

Nosotros, en
singular, se dice
tú y yo

Paula Piñana



Nosotros, en singular, se dice tú y yo

Paula Miñana

Copyright © 2018 Paula Miñana Hurtado

Todos los derechos reservados.

*“No te rindas, aún estas a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.”*

Mario Benedetti. “No te rindas”

.

*A mi abuelo Manolo, por enseñarme a leer.
A mi abuela Blasa, por las judías con chorizo.
A mi abuela Rosario, por las tortas fritas.
A mi padre y a mi madre, por no dejar que me rindiera.
A mi hermano, que fue el primero en leerme.
A mis hijos, porque esto también es suyo.
A mi marido, que me enseñó el singular de nosotros.
A mi prima Virginia, por ser mi editora en la sombra.
A toda mi familia, porque son mis raíces.*

CONTENTS

[Capítulo 1. Al principio tampoco fue maravilloso](#)

[Capítulo 2. Sobrevivir al Erasmus](#)

[Capítulo 3. El fin de un sueño](#)

[Capítulo 4. La boda de Virginia](#)

[Capítulo 5. En la casilla de salida](#)

[Capítulo 6. De nuevo en casa](#)

[Capítulo 7. Vacaciones](#)

[Capítulo 8. Instagram](#)

[Capítulo 9. London calling](#)

[Capítulo 10. ¿Sí, quiero?](#)

[Capítulo 11. El singular de nosotros](#)

[Capítulo 12. El plan C](#)

[Capítulo 13. En la calle](#)

[Capítulo 14. Catarsis](#)

[Capítulo 15. Toda la verdad](#)

[Capítulo 16. Mar en calma](#)

[Capítulo 17. Two Little Monkeys & Co.](#)

[Capítulo 18. Encuentros](#)

[Capítulo 19. El toro por los cuernos](#)

[Capítulo 20. Lo sabía](#)

[Capítulo 21. Madurar era esto](#)

[Capítulo 22. Mierda de ciudad](#)

[Capítulo 23. Como Las Grecas](#)

[Capítulo 24. Esto no puede ser verdad](#)

[Capítulo 25. La vida es ahora](#)

[Capítulo 26. Tic tac](#)

[Capítulo 27. Ladrillos de otro](#)

[Capítulo 28. La madre que os parió](#)

[Capítulo 29. Todo por aclarar](#)

[Capítulo 30. Oscuridad](#)

[Capítulo 31. Tristeza](#)

[Capítulo 32. El sol](#)

[Capítulo 33. Surrealismo puro](#)

[Capítulo 34. Navidad](#)

[Capítulo 35. Nuevos propósitos, viejos deseos](#)

[Capítulo 36. Quince días antes](#)

[Capítulo 37. La Boda](#)

[Capítulo 38. El merecido descanso](#)

[Capítulo 39. Hecatombe](#)

[Capítulo 40. Secretos y mentiras](#)

[Capítulo 41. Vergüenza propia](#)

[Capítulo 42. Viejos conocidos](#)

[Capítulo 43. La cabra siempre tira al monte](#)

[Capítulo 44. Futuro](#)

[Epílogo](#)

Gracias a Miguel Delibes, por El príncipe destronado
A Ana María Matute, por Paulina.
A Lord Byron, por So, we'll no go more a roving.
A Asun Balzola, por La cazadora de Indiana Jones.
A Antoine de Saint-Exupéry, por El principito.
A Louis May Alcott, por Mujercitas.
A Lewis Carrol, por Alicia en el País de las Maravillas.
A Mary Shelley, por Frankenstein.
Y a Freddie, por todo.

Capítulo 1

Al principio tampoco fue maravilloso

Si tu ex te dice que no vas a encontrar a nadie como él, dile que esa es la idea. Seguro que lo habéis oído. Yo siempre quise usar esa frase para romper con Rafa. Me imaginaba saliendo de la habitación, con un golpe de melena, dejándolo con dos palmos de narices. Pero por alguna extraña razón, cuando discutíamos y él me decía que no iba a encontrar otro como él en la vida, en lugar de decirle, “a Dios gracias”, solo me salía sollozar “por favor, no me dejes”. Así de patético como suena.

Rafa y yo habíamos cortado como unas cien o ciento cincuenta veces, las mismas que yo había salido corriendo detrás de él para suplicarle que volviera, que sin él me moría, o algo incluso peor. Os podéis imaginar que lo del amor propio y el orgullo no era lo mío. Para nada. Lo mío, más bien, era dar gracias al cielo cada día por la inmensa suerte que tenía de estar con alguien como él, guapo, simpático, con dinero, muy popular... demasiado popular, diría yo, qué cabronazo.

El caso es que me gustaría poder decir que al principio todo era maravilloso, pero que la cosa se fue enfriando, pero qué va. Desde el principio todo fue una puta mierda. Supongo que debí escuchar a mi hermana...

— Ada, por favor, ni se te ocurra liarte con Rafa, ni de coña.

— Claro, porque tú lo digas.

— No, Ada, porque yo lo digo, no. Porque es un capullo integral y te va a joder la vida. Hazme caso.

Pero no se lo hice y aunque me duela en el alma reconocerlo, tenía razón. Todos tenían razón. Y así pasaron ocho años de peleas, llantos, discusiones sin sentido, por motivos tan peregrinos como el hecho de que yo solo había comprado *cocacola light* para comer, sabiendo que a él no le gustaba –

discusión que acabó con la *cocacola* estampada en la pared, por cierto —, cuernos, muchos cuernos, de los que tuve noticia mucho después y muchas rupturas que siempre acababan conmigo suplicando que no me dejara.

Sin embargo, aquel día, agachada en el suelo, mientras recogía mis *cedés* de la estantería, sabía que esta ruptura no era una más. En primer lugar, había sido yo la que lo había mandado a la mierda, que vale que ya lo había hecho otras veces, pero esta vez iba en serio. No, no, en serio lo digo. Además, se lo había dicho a todo el mundo, incluidos mis padres, lo cual, sin ninguna duda, le otorgaba a aquella ruptura en concreto la categoría de punto de no retorno.

En otras ocasiones en las que la movida había sido tan fuerte como para decir “ahí te quedas”, yo había recogido mis cosas con parsimonia, despacio, mirándolo a cada segundo hasta ver en él alguna señal que me indicase que ya podía ir a implorar perdón, a decirle que lo podíamos arreglar, prometiéndome a mí misma que todo iba a ser distinto esta vez.

En esta ocasión yo iba a toda pastilla, con la única precaución de no coger ninguno de sus *cedés* que tanto odiaba. Si algo no le perdonaré en la vida a Rafa, además de todos los desprecios, humillaciones y putadas en general que me hizo, es haber estado tanto tiempo sin poder escuchar a Queen. En serio, era oír una canción y ponerme enferma. No es por rencor ni nada de eso, es por pura vergüenza ajena. Si lo hubierais visto hablar de Freddie Mercury como si fuera, yo qué sé, su hermano mayor...

Freddie nació con cuatro pares de incisivos. El cabecero de la cama de Freddie era un piano, para poder componer si se despertaba por la noche. Freddie no era inglés, era de Zanzíbar, aunque se crio en la India. Fridi ni iri inglissss...

Uf, es que es recordarlo y me pongo mala. Pero lo peor, lo que hizo que durante años no pudiera escuchar *Bohemian Rhapsody* sin ganas de arrancarme las orejas era, sin duda, recordar a Rafa imitando a Freddie Mercury, poniendo voces, caras, copiando sus movimientos... No había comida de amigos, cena con compañeros de trabajo o evento *random* en el que no se arrancase a cantar e hiciese corrillo a su alrededor. De verdad, Tierra, trágame y escúpeme en Australia.

Pero no, esta vez no había vuelta atrás, ni arrepentimientos, esta vez iba en serio, no había duda. Tenía prisa por salir de esa casa, tenía prisa por recoger todas mis cosas y pegar un portazo y no tenía ningún interés en que Rafa me mirase para indicarme que ya podía ir a suplicarle, porque esta vez era la definitiva.

Bueno, para ser sincera, también tenía prisa porque en un par de horas había quedado con Gonzalo, lo cual no dejaba de ser tremendamente irónico, porque yo no había quedado con Gonzalo para llorar por mi ruptura, yo había quedado con Gonzalo para comer y echar un polvo, así de claro te lo digo, y no necesariamente en ese orden. Dios, cómo lo deseaba. Era irónico porque Rafa, como todo terrorista psicológico que se precie, era enfermizamente celoso. Tenía celos de todo y todos, fundamentalmente porque era imbécil. Y un *hijoputa*, mira lo que te digo, porque hace falta ser imbécil e *hijoputa* para decirle a tu novia que su primo, que se ha criado con ella, le mira las tetas y se pone cachondo. Señor, qué asco...

Rafa tenía celos hasta de las bragas que llevaba; me la había liado por abrazar a Pablo, un compañero de la universidad al que hacía siglos que no veía, un día que nos encontramos en el teatro; me montó un pollo espectacular porque, según él, iba *demasiado* maquillada para ir a trabajar y me acusó de estar detrás de mi jefe de departamento – casado y con cinco hijos, del Opus, *ojocuidao* – ya que siguiendo su lógica enfermiza, “llevar tanga a la oficina es ir buscando guerra”.

Con todo, no sabía de la existencia de Gonzalo, porque Gonzalo era algo solo mío y yo me había ocupado de mantenerlo fuera de sus desvaríos. Habíamos mantenido el contacto desde antes del inicio de mi relación con Rafa, aunque luego dejamos de escribirnos. Pero unos seis meses antes de romper con Rafa, la casualidad hizo que nos escribiéramos de nuevo. Los correos entre Gonzalo y yo habían ido subiendo de intensidad a medida que pasaban las semanas y los meses, hasta que quedar con Gonzalo se convirtió en una obsesión para mí. Hubo noches en las que no me pude dormir hasta bien entrada la madrugada por miedo a hablar en sueños de él, o incluso, decir su nombre.

Yo tenía claro que no era buena idea ver a Gonzalo a escondidas de Rafa, principalmente porque me aterraba la idea de que pudiera enterarse y ensuciar

nuestra historia con una movida de las tuyas. Pero por encima de todo, porque yo sabía que cuando viera a Gonzalo se me iban a caer las bragas al suelo y que, a poco pie que él diera, nos íbamos a acostar, segurísimo.

Durante esos meses previos a mi reencuentro con Gonzalo, me encontraba en un constante estado de ansiedad. No podía quitármelo de la cabeza ni de día, ni de noche, y una desazón profunda me invadía cuando abría los ojos por la mañana y era la cara de Rafa la que veía. Todo esto, creo yo, me hizo darme cuenta de que a mí ya no me merecía la pena tener que buscar excusas para salir de casa, no me merecía la pena aguantarme las ganas que tenía de ver a Gonzalo, ni me merecía la pena reprimir las fantasías en las que él era el protagonista, porque las ganas que tenía de irme a la cama con Gonzalo no se debían solamente a que fuera el puto tío-perfecto-rubio-de-ojos-azules más guapo que había visto en mi vida. Las ganas que tenía de meterme en la cama con Gonzalo eran directamente proporcionales a las ganas que tenía de salir de la cama, de la casa y de la vida de Rafa.

Acabé de recoger, me incorporé y cerré la mochila. Miré a mi alrededor y sentí una punzada de pena y de tristeza al ver por última vez aquella casa. Recordé el día que fuimos a alquilarla. Rafa venía directamente de algún bar; al menos había pasado a ducharse, pero seguía oliendo a *gintonic* que tiraba para atrás. La noche antes habíamos salido a cenar para celebrar que habíamos encontrado una casa con el alquiler tirado de precio; lo que yo no sabía era que a esa celebración también estaban invitados sus amigos, con los que, por lo visto, se fue a tomar la penúltima y la última – y la de después de la última – mientras que yo ya estaba en casa de mis padres durmiendo. Recordé el día que fuimos a comprar los muebles para el salón, que estaba sin amueblar; ese día fuimos felices y yo creí por unos días que realmente todo se iba a arreglar, que era cierto que el ambiente que se respiraba en casa de su madre, de permanente luto desde que murió su padre, era lo que le hacía perder los nervios de vez en cuando.

Aquello únicamente fue un espejismo como otros tantos, un trampantojo de la que fue mi realidad, que solo sirvió para enmascararla durante unos meses más. Es triste no ser capaz de recordar un solo momento de felicidad plena que le dé sentido a aquellos ocho años de mi vida. Ni un puto momento. Sinceramente, durante el tiempo que duró mi relación con Rafa yo creí ser

feliz de vez en cuando; teníamos nuestras discusiones y nuestros problemas como todas las parejas, pero *éramos felices*. Qué equivocada estaba. Es increíble cómo un terrorista emocional te puede convencer de que eso que vives, es lo mejor a lo que puedes aspirar. Cómo puede hacerte creer a pies juntillas y sin lugar para la duda, que la vida es eso y que los demás, los que parecen ser perfectos, tienen su mierda de puertas para adentro, como la teníamos nosotros. Pero la verdad es que las parejas que se quieren y se respetan no dejan de hablarse dos días, porque te has quedado sin batería mientras que estabas de compras con tu madre. En las relaciones de pareja normales no es necesario ocultarle a tu novio que vas a tomar café con una amiga para que no te eche en cara que estás robando tiempo a vuestra relación. En las demás parejas, uno no hace sentir al otro una puta mierda.

En ese momento, Rafa levantó la vista de la pantalla de su móvil, me miró, bajó la mirada de nuevo y, antes de hablar, siguió trasteando, probablemente jugando al póker, durante unos segundos que a mí me parecieron horas.

— Espero que no hayas cogido ninguno de mis *cedés*. Hay algunos que son de coleccionista —dijo sin levantar la vista del móvil, mientras asomaba en su cara un gesto de fastidio. Habría perdido la partida.

— No te preocupes, no quiero ninguno de tus *cedés* de mierda. De hecho, no quiero nada tuyo.

— Hum... ¿te vas ya o estás esperando algo? —esta vez sí levantó la mirada para escanearme de arriba abajo.

— No, no espero ya nada de ti. Me voy ya mismo. De hecho, tengo prisa. He quedado —tenía la sensación de que las palabras salían de mi boca sin pasar por mi cerebro.

— ¿Sí? Que te vas, ¿a llorarle a la puta de tu amiga Virginia?

— Pues mira, concretamente no. Concretamente para llorar no he quedado —ojalá en aquel momento hubiera encontrado el valor para decirle que me iba a follarme a otro.

— Qué fantasía tienes, hija, de verdad. Qué sola te vas a quedar en la vida y qué hostia te vas a dar el día que te des cuenta de que has perdido al único tío que tiene los cojones de aguantarte —lo soltó sin apenas mirarme, como si estuviera convencido de que volvería a verme pronto.

— Vale, Rafa, muy bien —musité, masticando mis palabras.

— Ya volverás, ya. Cuando veas que ni tu padre te mira, ya volverás

llorando, como siempre.

— Rafa, eres imbécil y me das mucha pena —notaba cómo la rabia me subía por la garganta.

— ¿Que te doy pena? Mira que eres ridícula.

— No, ¿sabes lo que es ridículo? Lo ridículo es que te hayas pasado ocho años amargándote con la idea de que pudiera ponerte los cuernos, pensando que podría meterme en la cama con cualquier amigo, compañero de trabajo u hombre en general que se cruzase en mi camino y que durante todo ese tiempo yo haya sido incapaz de mirar a nadie más. Y que precisamente hoy me digas que me voy a quedar más sola que la una, pues mira, me da la risa.

— ¿...? —me miró con gesto de no entender nada, como si le estuviera hablando de una persona a la que no conociese.

— Rafa, mira, vamos a dejarlo aquí, en serio, deja que esto acabe con la dignidad que no ha tenido en todo este tiempo —yo solo quería salir de allí, corriendo, si era preciso.

— Como si tú supieras lo que es la dignidad...

— Adiós, Rafa, me voy. Aquí dejo las llaves. Creo que no me dejo nada, pero si encuentras algo mío, títalo.

— Si te vas, no vuelvas.

— No, si esa es la idea —¡Sí! ¡Por fin!

Y así acabó todo. Ya no más discusiones por ir demasiado maquillada. Ya no más sudores fríos al recibir un SMS con el texto “*llamada perdida de RAFA*”. Ya no más sentir el corazón en la boca cuando algún amigo se acercaba a saludarme mientras estábamos de copas. Si soy sincera, sentí cierto vértigo al cerrar la puerta de la que había sido mi casa los últimos años y tuve miedo de que mientras que esperaba el ascensor, esa puerta se abriese. Las piernas me temblaban. Gracias al cielo, la puerta no se abrió y horas después las piernas también me temblarían, pero por motivos bien diferentes...

Capítulo 2

Sobrevivir al Erasmus

Es curioso cómo la vida te hace dar vueltas sobre ti mismo para, al final, llegar al mismo punto en el que estabas. Gonzalo y yo nos conocimos cuando yo apenas era una adolescente. Él era compañero de carrera de mi hermano George y solía venir por casa con frecuencia, dado que mi hermano era su pareja en los trabajos que tenían que hacer para la universidad. Años más tarde me confesó que la primera vez que les tocó juntos fue casualidad, pero que después, era él quien pedía formar pareja con mi hermano para venir a mi casa y verme. Mira lo que te digo, si a mí me dice esto con dieciséis, me muero.

La primera vez que vi a Gonzalo estaba tirada en el sofá jugando al *Tetris* en la *gameboy* y con los auriculares puestos a toda pastilla. Mi hermano abrió la puerta y Gonzalo entró detrás de él. El tío más bueno que yo había visto en mi vida estaba entrando por la puerta de mi casa y yo estaba en pijama, con mis zapatillas de casa de garras de oso y el aparato de los dientes puesto.

— Ada, pírate a tu cuarto que tenemos que currar.

— Podrías avisar, tío, qué susto...

— Si no estuvieras todo el puto día escuchando la mierda esa, que te vas a quedar gilipollas...

Como pude, me quité el aparato de los dientes y escondí las zapatillas. Lo del pijama no tenía solución, pero había que minimizar la humillación en lo posible.

— Hola, soy Gonzalo. ¿Qué escuchas? —Dios mío, era el tío más bueno del mundo.

— *Americana*, de The Offspring —dije eso como podría haber dicho que si quería ser el padre de mis hijos y el abuelo de mis nietos.

— ¿Has oído que dicen que *Why don't you get a job?* es un plagio de *Ob-la-di Ob-la-da* de los Beatles?

— Pues la verdad es que no, pero ahora que lo dices...

— Gonzalo, mejor nos ponemos en el despacho de mi madre, que el *ordenata* está allí —interrumpió mi hermano.

— Bueno, Ada, nos vemos. Ah, y si te mola The Offspring busca *Ignition*. Es una pasada, mucho menos comercial.

— Ah, pues gracias, lo haré —de hecho, en ese momento decidí que nunca más escucharía otra cosa.

Después de ese primer encuentro hubo muchos más. Los primeros fueron similares, en casa, mientras que estudiaba o hacía trabajos con mi hermano. La tercera o la cuarta vez que vino a casa, Gonzalo me trajo el disco del que me había hablado. Y yo lo escuchaba en bucle en el *discman* hasta casi borrarlo.

Hasta que un día ocurrió.

Acabábamos de empezar las vacaciones de Navidad y yo estaba con mis amigas en *Friends*, nuestro bar. Yo creo que deberían haber puesto una placa con nuestro nombre en la puerta, en verdad os lo digo, que pasamos más horas allí que en la biblioteca. Es más, en más de una ocasión, y en más de dos, nos pasó el curioso fenómeno de que una fuerza sobre natural nos abducía y arrastraba a *Friends* cuando íbamos de camino a la biblioteca. La comunidad científica, a día de hoy, no ha sido capaz de dar una explicación racional para tal fenómeno. El caso es que salimos a la puerta a darle conversación a Óscar, el portero, y allí estaba él. Os juro por mi vida que cuando lo vi tirar el cigarrillo al suelo y acercarse a mí me faltó poco para desmayarme. Se estaba acercando. Estaba casi delante de mí. Me iba a hablar. A mí.

— Ada, ¿qué tal, tía?

— Eh, yo... nada, aquí, como siempre — esa era yo, la reina de la conversación fluida y natural.

— Esto, ¿qué te iba a decir? ¿estás con tus amigas? — Gonzalo tampoco iba sobrado de verborrea en ese momento, para qué engañarnos.

— Eehm, sí, claro, están... bueno, Virginia está ahí y Alicia y las demás dentro.

— Es que estaba pensando que... bueno, igual no... no, déjalo.

— No, di, ¿qué? — por tus muertos más recientes, cómo ibas a dejarme así, hijo de mi vida. Menos mal que reaccioné.

— ¿Te apetece tomar una cerveza... en otro sitio?

— Ah, vale, pero tengo que estar en casa a las doce.

— Venga, vamos a *La Ysería*, que allí ponen una música que te cagas.

Y nos fuimos. Pero no llegamos, porque al doblar la esquina de la calle donde estaba *Friends*, me echó el brazo por el hombro, me empujó suavemente hacia la pared y nos pasamos las dos horas siguientes comiéndonos la boca sentados en el poyete de una de las ventanas del Banco Santander.

Desde ese día, yo andaba que no tocaba el suelo. Gonzalo no solo era un tío buenísimo, con un rollo que te mueres, universitario y con coche. Era un tío buenísimo, con coche y universitario QUE ESTABA COLADO POR MÍ. Por mí, por Ada Marco Boatman. Mis amigas flipaban y me envidiaban a partes iguales y yo, las entendía.

Gonzalo nunca me pidió salir formalmente. Unas semanas después de ese primer beso de dos horas – tras el que vinieron muchos más – me dijo que igual era mejor que le contásemos nosotros a mi hermano que estábamos juntos, antes de que se enterase por otros. Estábamos juntos... dicho por él sonaba aún mejor, os lo prometo. Así que se lo contamos y mi hermano nos miró a los dos con cara de *amiquemecuentas* y dijo:

— Pues vale.

Supongo que esperabas que mi hermano hubiera montado un pollo en plan “como le hagas daño te mato” o “cómo te has atrevido a follarte a mi hermana”. Qué va. Mi hermano no es de esos. No es para nada un hermano mayor sobreprotector y posesivo, de hecho, en el cole, solo me defendió una vez cuando éramos pequeños. Unas niñas de mi clase se estaban riendo de mí por llevar una mochila de cuero heredada de mi hermano, en lugar de esas de colorines que llevaban todos. Se acercó y les dijo que eran unos ignorantes, que esa mochila había salido en la peli de Indiana Jones, que era un objeto de culto. Las niñas pijas de mi clase dejaron de reírse de mí inmediatamente, por supuesto. Yo en aquel momento sentí una inmensa devoción por mi hermano, el salvador. Años después, sin embargo, me enteré de que esa mentira venía de largo; mi hermano había leído una historia parecida en un libro y esa era la patraña que había contado a los niños de su clase cuando se rieron de él por el mismo motivo. Así que en el fondo no me estaba defendiendo, estaba perpetuando su mentira.

Durante todo el año siguiente, Gonzalo y yo fuimos la pareja más empalagosa de España. Él estudiaba Medicina, yo estaba en el último año de instituto y éramos tan ideales que si por aquella época hubiese existido Instagram hubiéramos dado puto asco por las redes. Todo lo hacíamos juntos, todos decían que éramos el uno para el otro, nuestras familias estaban encantadas con nuestra relación, tanto que nuestras madres ya hablaban hasta de lo guapos que iban a ser los nietos que íbamos a darles en un futuro relativamente cercano. Vamos, éramos poco menos que la fuente de inspiración de los *Brangelinos* o de los *Bustaeche*. Aunque ellos hayan acabado como el rosario de la aurora, claro.

Por eso el hecho de que yo me fuera a Madrid a estudiar Administración de Empresas no nos pareció que fuese a ser ningún problema para nosotros. La verdad es que podría haber estudiado la carrera aquí en Murcia, pero mis padres me animaron a hacerlo en Madrid, en una universidad privada que además contaba con un Máster en Marketing y Comunicación Empresarial *megaprestigioso*.

Durante los dos primeros años que estuve en Madrid, apenas notamos que vivíamos en ciudades distintas. En realidad, Gonzalo pasaba toda la semana estudiando, con lo que prácticamente nos veíamos solo los fines de semana, así que no fue un gran cambio con respecto al año anterior. Nos turnábamos para viajar, un fin de semana venía yo a Murcia y al siguiente venía él a Madrid. También estaban las vacaciones y los veranos, se podía decir que lo llevábamos bien.

Al final del segundo año, Gonzalo me planteó la posibilidad de ir un año a estudiar fuera, concretamente a Milán. Había solicitado la beca Erasmus y se la habían concedido, pero solo la aceptaría si yo estaba de acuerdo.

— Gonzalo, ya sabes lo que dicen de las parejas y el Erasmus... no hay ninguna que lo supere.

— Bueno, Ada, pues seremos los primeros. Siempre tiene que haber alguien que sea el primero para todo.

— ¿Y cuándo nos vamos a ver? Ir y venir de Madrid es fácil, pero Milán... a Milán no se puede ir cada finde...

— Haremos que funcione, Ada, te lo prometo.

Y sí, lo intentamos durante todo ese año. Hablábamos por *Messenger* cada noche, nos vimos en Navidad en Murcia y yo fui en febrero después de los exámenes a Milán... pero algo estaba cambiando. Yo quería mucho a Gonzalo, muchísimo, pero empecé a pensar que a lo mejor me había atado a él demasiado joven... Todo había empezado como un sueño, él, el tío más guapo del planeta, fijándose en una cría como yo... Quizá le había idealizado y en realidad no era el hombre de mi vida, tal y como yo creía.

Llegó el verano post-erasmus y lo pasamos, como los anteriores, en La Manga. Mis padres tenían una casa allí y Gonzalo siempre pasaba los veranos con sus abuelos. Poco antes de las vacaciones, el abuelo de Gonzalo había muerto, por lo que ese verano estarían él y su abuela solos. Y ese verano nos peleamos por primera vez. A ver, habíamos discutido antes, está claro, pero ese verano fue la primera vez que estuvimos un par de días sin hablarnos. Supongo que no fue por nada grave, porque no recuerdo el motivo de la discusión, así que imagino que la sensación de que algo estaba cambiando en mí de la que hablaba antes, fue el detonante de la pelea.

En septiembre, con Gonzalo de nuevo instalado en Murcia y yo casi camino de Madrid, llegó la ruptura. Tampoco sabría decir por qué fue exactamente, porque realmente no pasó nada que la motivase. La noche antes de irme, cenando comida china en mi casa, sonaba *Wonderwall*, la canción de Oasis.

...there are many things that I would like to say to you but I don't know how...

— Ada, parece que la canción te lee el pensamiento...

— ¿Tú crees? ¿Por qué lo dices?

— No sé... tengo la impresión de que necesitas tiempo y distancia, de que necesitas crecer por tu cuenta... y de que no te atreves a decírmelo.

— Gonzalo, no digas eso... yo te quiero con locura.

— Ya, y yo a ti, pero es lo que pienso, lo que siento. Creo que necesitamos un tiempo para crecer por separado, para conocernos a nosotros mismos y para madurar solos, porque si no, al final vamos a acabar como esas parejas de ex que no pueden ni verse —como los *Brangelinos* o los *Bustaeche*, era nuestro destino...

— Gonzalo, pero yo me muero si no estoy contigo, me da algo si te

veo con otra.

— Ada, no digas eso... yo te quiero, pero quiero que tú estés conmigo porque quieres, no porque sea tu única opción. Estamos juntos desde que eras una cría y ahora ya no lo eres... y en el fondo sabes que no estás segura de si las cosas han cambiado...

Aquello me dolió, vaya si me dolió. Una cosa era que yo tuviera dudas, que no estuviera segura de si Gonzalo era el hombre de mi vida, pero otra muy distinta era oírlo de su boca. Aunque sabía que tenía razón en cada una de sus palabras, que fuera él quien planteó la ruptura me hizo preguntarme si era cierto que Gonzalo pretendía que tuviera la libertad y el tiempo de reflexionar si él era la persona con la que yo elegía estar, o si por el contrario, era él quien quería tener vía libre para estar con otras, sin remordimientos ni cargo de conciencia.

Así me marché a Madrid, libre, enfadada y con rencor porque, a fin de cuentas, Gonzalo me había dejado. Vale que yo había estado todo el verano muy distante y enfadándome por tonterías, pero Gonzalo me había mandado a tomar por culo, eso era así. Lo que el Erasmus no pudo romper, me lo cargué yo solita con mis dudas.

A lo largo del curso siguiente salía cada fin de semana por Madrid. La verdad es que me volví tremendamente sociable, en comparación con los años anteriores, en los que pasaba la semana estudiando y los fines de semana pegada a espaldas a Gonzalo. Si no venía él a Madrid, era yo la que salía cortando hacia Murcia el viernes a las dos de la tarde, en cuanto acababan las clases. Pero ese año hice nuevas amigas y amigos con los que cerré todos los bares y discotecas de Madrid. Y una noche, en uno de ellos, conocí a Rafa. Ni mucho menos era tan guapo como Gonzalo, qué va. Era alto, muy delgado, tanto que se le marcaban los pómulos y la mandíbula. En una oreja, llevaba dos pendientes, en la otra, un piercing en el trago, la parte de la oreja pegada a la cara. Vestía con un cuidado desaliño, como esforzándose para que todos vieran que le daba igual su aspecto. Y sobre todo, tenía un punto canalla de tío de veintiséis años que a la Ada de veintiuno le gustaba muchísimo.

Nos enrollamos esa primera noche. Lo único que sabía de él era que se llamaba Rafa, que todavía estudiaba Periodismo en Madrid y que era, como yo, de Murcia. Quedamos un par de veces esa semana y la segunda vez,

tomando un café en una cafetería de Malasaña, llegamos a la conclusión de que Rafa y mi hermana Allegra se tenían que conocer seguro. Rafa había ido desde los quince a los diecisiete a la academia de inglés de mi madre, en la que mi hermana, que era de su edad, daba clases a los niños pequeños.

No he contado que mi madre es inglesa, concretamente de Sheffield aunque toda su vida ha vivido en Southfields, un barrio de las afueras de Londres, pegado al mítico Wimbledon. No sé si por ser británica, o simplemente porque sí, mi madre es la fan *number one* de Lord Byron, motivo por el cual llamó a mi hermana mayor Allegra, como una de sus hijas, a mi hermano George, como el propio Byron, y a mí Ada, como otra de sus hijas, que además es considerada la primera programadora informática de la historia. Y no sé si es porque esa pasión que mi madre tiene por Lord Byron se transmite genéticamente, o si es porque estoy igual de pirada que ella, pero el caso es que a mí también me obsesiona la figura de Lord Byron. De adolescente, leía compulsivamente sus libros y hubo una época en la que estuve enamorada platónicamente de él. Todo muy *lòquer*.

La cuestión es que mi madre, al casarse con mi padre, se vino a vivir a Murcia y montó la *Boatman English School*, donde mi hermana Allegra echaba una mano enseñando inglés a los más pequeños, así que tenía que haber coincidido con Rafa casi con total seguridad.

Mi hermana Allegra es cinco años mayor que yo, está casada con mi cuñado Andrés, que es un santo, tienen una niña, Jimena, y un niño, Toni y es abogada, como mi padre, aunque ella se dedica al derecho penal. A pesar de que teníamos, y tenemos, una relación estupenda y nos llevamos genial, en todo el tiempo que estuve estudiando en Madrid hablábamos más bien poco, no solo porque entonces no teníamos whatsapp, sino porque mi hermana Allegra era y sigue siendo una indocumentada en cuestión de redes sociales. A día de hoy, no tiene ni perfil de Facebook, ni cuenta en Instagram, vamos, que por no tener no tiene ni foto de perfil en el whatsapp. Por eso, ese día, cuando la vi en línea en el *Messenger* la atacué a bocajarro y sin piedad:



Pero como ya sabéis, no le hice caso... y años después de aquella conversación de MSN con mi hermana, tras haber dejado Madrid para venir

detrás de Rafa de nuevo a Murcia y haber aceptado un trabajo en el departamento de Marketing de una empresa de perfumería, diseñando folletos promocionales, que me daba ganas de cortarme las venas, lo tuve que reconocer. Mi hermana tenía razón. Todos tenían razón.

Capítulo 3

El fin de un sueño

Cuando al acabar el instituto me fui a estudiar a Madrid, yo tenía un plan. Iba a estudiar ADE en cinco años, iba a hacer un máster en marketing y comunicación empresarial y con veinticinco años, iba a empezar a trabajar en Inditex, Telefónica, BBVA... Pero a veces las cosas no salen como uno planea o, mejor dicho, a veces tomamos decisiones equivocadas que hacen que te desvíes del plan que habías trazado.

Corría el mes de mayo. Se acercaban los últimos exámenes de la carrera y, a pesar de no haber tenido grandes problemas para aprobar con buenas notas todos los años, tenía un talón de Aquiles que se llamaba Econometría. El curso anterior había estudiado como una burra, incluso había ido a clases particulares, pero saqué un 2,14 en el examen. Este año estaba obsesionada con aprobar, me negaba a tener que retrasar un año mis planes por una puta asignatura, que además no creía que me fuera a servir para mucho en mi futuro. Así que pasaba horas y horas estudiando y horas y horas llorando por los nervios y el estrés que me generaba este examen.

Rafa y yo llevábamos un par de años saliendo. Durante el primer año, nos veíamos más como *follamigos* que como otra cosa. No teníamos realmente compromiso entre nosotros, no solo a nivel de fidelidad, sino también a la hora de contar el uno con el otro para hacer planes. Quedábamos de vez en cuando, salíamos a cenar o de copas, nos íbamos de fin de semana a algún sitio y sí, nos acostábamos algunas veces, pero ya está. Gonzalo y yo seguíamos escribiéndonos, aunque es cierto que cada vez espaciábamos más los correos y que cada vez nos contábamos menos cosas. Creo que fui yo la primera en no responder a uno de sus correos, porque realmente tampoco tenía nada más que decirle, y tampoco había nada en su mail que requiriera una respuesta por mi parte.

Al año siguiente, Rafa y yo empezamos a hacer más planes juntos. Quizá el

tiempo que llevaba sin hablar con Gonzalo hizo que ahora sí me sintiese libre para empezar una relación estable con otra persona. Así que una tarde, poco antes de Navidad, tuvimos *la conversación*:

— Ada, estaba pensando que igual podríamos ir juntos a Murcia en Navidad, en mi coche.

— Ah, pues vale, iba a sacar los billetes esta semana, pero si nos vamos juntos, eso que me ahorro.

— Ya... también había pensado que en Nochebuena podría pasar por tu casa a recogerte antes de ir a tomar el aperitivo... me gustaría saludar a tus padres.

— ¿A mis padres?

— Bueno, supongo que antes de presentarte a mis padres como mi novia, debo conocer a los tuyos, ¿no crees?

— Eh, si, sup... supongo que es... bueno, imagino que es lo que se suele hacer.

Y así fue como formalizamos Rafa y yo nuestra relación, sin más romanticismos y sin un “quieres salir conmigo”. Ada Marco Boatman, dos novios, cero “quieres salir conmigo.”

Qué triste.

A medida que se acercaba el examen de Econometría, yo me iba desquiciando cada vez más y más. No dormía, tomaba demasiado café y estaba tremendamente irritable. La verdad es que Rafa aguantaba mis desplantes sin quejarse demasiado, parecía incluso que me entendía.

Y ahí fue donde el plan empezó a torcerse.

— Ada, deberías relajar un poco, te vas a poner enferma.

— No puedo relajar, si suspendo pierdo un año por una puta asignatura.

— Vas a aprobar, seguro.

— Si ya no es aprobar. Es que como saque un cinco *pelao*, no entro en el máster. Tengo que tener una media de 8, al menos, para que me admitan.

— ¿Y estás segura de lo de hacer el máster el año que viene?

— Pues claro.

— No, si yo te lo digo porque igual te viene bien tomarte un año para trabajar, hacer otras cosas...

— Rafa, yo vine a Madrid por ese máster, no contemplo la posibilidad de no hacerlo.

— Si yo lo único que quiero es que estés bien. Si te tomases un año libre, a lo mejor podríamos vivir juntos, empezar una vida adulta... No sé, era una idea, piénsalo.

— No tengo nada que pensar, Rafa, voy a matricularme en el máster.

Pero no lo hice. A pesar de haber sacado más de un nueve en el examen de Econometría y de tener de sobra nota para entrar en el máster, no me matriculé. Si soy sincera conmigo misma, realmente no sé qué me llevó a tomar esa decisión. Por un lado, estaba muy cansada. Llevaba cinco años viviendo por y para la carrera. Al principio pasaba las semanas estudiando para tener los fines de semana completamente libres para estar con Gonzalo. Había creado una rutina de estudio y sacrificio en la que no me permitía ni tomar un café entre semana con amigos, o ir al cine y ni siquiera al terminar con Gonzalo cambié esas rutinas. Sí, salía a divertirme, pero solo los fines de semana. Durante la semana, permanecía enclaustrada horas y horas entre clases y biblioteca.

Y por otro lado, Rafa lo tenía todo tan claro... Él empezaba a trabajar en El País en septiembre. En principio era solo un contrato en prácticas, cubriendo las noticias locales, pero él estaba seguro de que era el inicio de una gran carrera profesional, auspiciada por un amigo de su padre, que era un tío importante. Yo podría trabajar durante mi año sabático en la empresa de un amigo suyo, como contable y al año siguiente, cuando él ya estuviese consolidado en el periódico, reducirme la jornada y matricularme en el máster.

Era un plan perfecto, sin fisuras, que nos permitiría alquilarnos algo juntos, tomarme un descanso en los estudios y comenzar el máster con fuerzas renovadas. Con lo que no había(mos) contado era con el hecho de que las salidas nocturnas de Rafa le iban a hacer no presentar sus artículos a tiempo, sin contrastar las fuentes o incluso, inventándose cosas y que en apenas seis meses iba a estar en la puta calle. Y claro, alguien tenía que seguir trabajando a jornada completa para pagar las facturas, lo cual era incompatible con

matricularme en ningún máster de mierda. Y así, queridos amigos, fue como el plan magistral de Ada para ser una *superejecutiva* se fue a tomar viento.

Durante los tres años siguientes vivimos en una relativa calma. Tuvimos que cambiarnos de piso porque mi sueldo no daba para pagar el alquiler de un apartamento en el pleno centro de Madrid y aunque Rafa encadenó algunos empleos, el dinero no era suficiente. Discutíamos bastante a menudo. Rafa salía a veces entre semana; la primera vez me asusté realmente. Yo llegué de trabajar a las ocho y algo. Rafa estaba trabajando en una tienda del Barrio de Salamanca, así que, entre que cerraba y cogía el metro, solía llegar sobre las diez a casa.

Las diez, las once...

Lo llamé para preguntarle si le esperaba a cenar, pero su teléfono estaba apagado.

Las doce, la una...

Llamé a Javi, un amigo con el que solía quedar, que solo supo decirme que habían comido juntos y que lo había dejado tomando una copa antes de volver a la tienda.

Las dos, las tres...

Llamé a los hospitales, quizá lo hubieran atropellado, igual lo habían atracado y estaba malherido en alguna parte, o algo peor...

Nada.

Las cuatro, las cinco...

Desesperada, llamé a su hermana.

— Perdona por la hora, Patricia... No quería asustarte, pero mira, es que no sé nada de Rafa desde esta mañana —le dije entre sollozos.

— No te preocupes, Ada, se habrá liado... —me respondió con total tranquilidad.

— ¿Pero cómo liado? —exclamé— ¡Si no me ha dicho que fuera a

salir a ningún sitio! ¡Si es martes!

— Bueno, ya sabes cómo es, se habrá tomado un par de copas y estará al llegar, de verdad, no te preocupes.

A las seis y cuarto oí sus llaves. Obviamente, venía ciego como un piojo, oliendo a tabaco y whisky.

— *Nennna, ¿cacesh* despierta, *ein?* —dijo arrastrando cada una de las palabras.

— Pues llamar a tus amigos, a los hospitales, a la policía, a tu hermana... porque en este momento más te valdría estar inconsciente en una cama del Doce de Octubre, cabrón.

— ¿Y tú *paqué llamash a nadiein?* ¿Es *queresh gipollash* o qué? Copón, ni una copa *meviapoder* tomar, *hostiash* —tiró las llaves con tanta fuerza, que el cristal de la mesa del salón estalló en mil pedazos.

— ¡Encima! ¿Tú sabes la noche que he pasado, que me creía que te habías muerto?

— Pfffff *enga*, anda *dramaqueen*, que eres una *dramaqueen*... Ven aquí, que mira como me tienes, *shocia* —susurró a mi oído, mientras trataba de llevar mi mano a su entrepierna.

— Claro, lo que me faltaba, la noche en vela, me insultas y encima pretenderás que te deje que me folles, lo llevas claro. Me voy a trabajar —dije, levantándome del sofá y yéndome para la ducha.

— Noooooo, vete a tu puta oficina a follarte al *trajeao* ese, que te folla el culo con los ojos —le oí gritar, mientras abría el grifo de la ducha.

Cuando salí de vestirme, estaba roncando en el sofá y ni me molesté en despertarle para ir a trabajar porque, obviamente, no estaba en condiciones. Esa tarde al volver a casa me pidió perdón por todo, me dijo que estaba mal, que no encontraba trabajo de lo suyo, que su padre —ese *hijoputa*— se negaba a mandarle más dinero y que había explotado.

Yo me lo creí. Durante los tres años que vivimos en Madrid, venía a explotar una media de una vez cada mes y medio o así. Siempre la misma historia: llegaba a casa, no estaba, tenía el móvil apagado durante horas y ya amaneciendo, llegaba a casa con ganas de rematar la fiesta. Al principio me enfadaba, pero luego llegué a acostumbrarme, porque ¿qué otra opción me

quedaba? Esa era mi vida, yo la había elegido y poco más podía hacer.

Capítulo 4

La boda de Virginia

Virginia y yo nos habíamos conocido en el colegio, cuando teníamos cuatro años. Desde entonces, prácticamente no nos habíamos separado. Habíamos hecho la comunión juntas, habíamos tenido nuestros primeros amoríos al mismo tiempo, incluso nos pusimos de acuerdo para perder la virginidad con nuestras respectivas parejas el mismo fin de semana.

Junto con Alicia, a la que conocimos en tercero de primaria, éramos el trío inseparable. Un verano, en La Manga, Alicia conoció a Graziano, un italiano guapísimo y forradísimo del que se enamoró perdidamente y con el que ahora vivía en Roma; constantemente planeábamos ir a visitarla, pero siempre lo dejábamos para más adelante. Virginia empezó a salir con Miguel en la universidad. Él estudiaba Derecho, ella Enfermería y se conocieron en las fiestas de Químicas, a las que habían ido porque, ambos, eran muy de no perderse ni una. Un viernes, yendo hacia el trabajo, recibí una llamada de Virginia.

— Hola, *golfi*, ¿qué haces? —Virginia era muy de llamarte *golfa*, puta, guarra... pero todo en diminutivo, porque era como más de *amiguís*.

— Pues me meto al metro en dos minutos, así que aligera.

— Nada, nena, que Miguel y yo vamos a Madrid hoy. ¿Cenamos esta noche y copas?

— Vale, lo hablo con Rafa, pero sí, creo que no tenemos nada —por supuesto, sabía que no teníamos nada planeado, pero no podía hacer un plan que antes no hubiera aprobado Rafa.

— Y si tienes, lo cancelas, que hace meses que no te veo, *perri* — Virginia no tenía ni idea de lo que podría suponer decirle a Rafa que cancelásemos un plan para quedar con ella

— Venga, luego hablamos.

Rafa opinaba que Virginia era un putón. El hecho de que cuando él la

conoció ya estuviera saliendo con Miguel y que jamás la hubiera visto con otro tío, le daba igual. Para él, era una golfa porque vestía como una golfa, se comportaba como una golfa y hablaba como una golfa, lo que quiera que significase aquello.

No le agradaba lo más mínimo que yo tuviese una relación tan estrecha con ella, obviando por completo que había sido mi mejor amiga en los últimos veintidós años. Según Rafa, yo tenía a Virginia en un pedestal y eso me impedía ver que, en realidad, ella no me consideraba a mí tan buena amiga como yo a ella. *De buena te pasas a tonta, Ada*, solía decirme cuando me quería convencer de que las cosas no eran como yo creía que eran.

Por eso, cuando le dije a Rafa que Virginia y Miguel venían para Madrid y que me apetecía quedar con ellos para cenar, resopló.

— Joder, Ada, estoy *reventao*, no me apetece una mierda salir —dijo Rafa, al que debí pillar en la única noche del año en la que no le apetecía ir de copas.

— Ay, Rafa, que hace meses que no la veo... —supliqué yo, como una niña pequeña.

— ¿Y no puedes quedar un rato, por la tarde? —claro, total, para que quería yo más de treinta minutos para ver a mi mejor amiga, a la que no había visto en los últimos seis meses...

— Rafa, por favor...

— Bueno, venga, pero me debes una y gorda, que sabes que no la soporto —como para no saberlo, si ya me lo recordaba él cada vez que la mencionaba...

Así, como una niña que tiene que convencer a su padre para que la lleve a jugar a casa de una amiga, conseguí salirme con la mía, tal y como Rafa no dejó de recordarme en las siguientes semanas.

Fuimos a cenar a un restaurante en el Paseo de la Castellana, que estaba muy de moda y Rafa estaba en su salsa, porque aunque no pudiera ni ver a Virginia, si había algo que a Rafa le gustaba era sentirse el rey de la montaña y allí lo era, ya que el encargado del restaurante y él eran amigos, compañeros de juergas, diría yo más bien. Mientras que esperábamos la cuenta, Virginia empezó a agitarse y de repente, soltó:

— Ada, que no aguanto más, que te lo tengo que contar... ¡Nos casamos! —dijo, tendiendo su mano hacía mí para enseñarme el anillo.

— ¿Qué? ¡Enhorabuena! ¿Cuándo? —madre mía, qué emoción, mi mejor amiga se casaba...

— En junio, dentro de tres meses —dijo ella, totalmente emocionada.

— ¿Tan pronto? ¿Es que estás preñada? —voceó Rafa, no sé si queriendo hacerse el gracioso o preguntándolo de verdad.

— Pues no, no estoy preñada. Pero el sitio que queríamos para celebrarlo tenía, o esa fecha, o nada hasta dentro de año y medio, así que mira, nos hemos lanzado —contestó Virginia, notablemente molesta.

— Ostras, ¿y tenían una fecha libre en junio? Con la de bodas que hay en junio, eso es una señal, tía...

— Hubo una cancelación. Gente que de repente abre los ojos y huye, gente que ve la realidad, Ada —dijo Virginia, mirándome fijamente.

— Bueno, pues su desgracia ha sido vuestra suerte. ¡Qué ilusión! — en aquel momento fui incapaz de comprender su indirecta.

— El caso es que quería que me ayudases a organizarlo, tía, porque en tres meses apenas tengo tiempo de nada. Y no hay nadie mejor que tú para echarme una mano —Virginia sabía que organizar eventos era mi pasión.

— Ay, pues claro, tía, ¡claro que te ayudo! —estaba totalmente emocionada.

— Bueno, *tía*, pero tendrás que ver si tienes tiempo, ¿no, *tía*? — contestó Rafa con voz burlona.

— Pues claro que tengo, lo saco de donde... —Rafa no me dejó terminar.

— Es que luego vienen los agobios y el Rafa que no me da tiempo a nada y el madre mía, todo lo que tengo que hacer aún, que ya me conozco la historia.

— Y digo yo, Rafa ¿a ti qué te importa? —dijo Virginia, que se estaba calentando.

— A mí me importa una reverenda mierda, pero el que lo sufre luego, soy yo, que aún me acuerdo el año pasado con el cumpleaños de su madre, el *porculo* que pudo dar.

— Bueno, chicos, ya está, dejadlo. Vir, yo te ayudo en todo lo que pueda, de verdad. Y, Rafa, no te preocupes, que podré hacerlo —dije yo en un intento de apaciguar los ánimos.

— ¿Nos vamos a tomar una copa? —preguntó Miguel, que estaba flipando en colores.

— Venga, vamos a 69 Pétalos, que un colega trabaja allí —Rafa jamás ha perdido la oportunidad de ir a tomar una copa.

Organizar la boda de Virginia fue una pesadilla. Cada vez que Rafa me veía en el ordenador buscando ideas para la decoración, diseñando los misales, añadiendo canciones a la lista que estábamos preparando para el *disc-jockey* o buscando la decoración para una mesa dulce que quería regalarle, se cabreaba. Según él, no pensaba en otra cosa que no fuera la boda de mi amiga. Incluso un día, tomando una cerveza en La Latina con unos amigos suyos, no dudó en hacer bromas sobre ello:

— Al final voy a tener que casarme con ella, tío, que desde que su amiga le dijo que se casaba, está obsesionada, macho —hablaba como si yo no estuviera delante.

— Bueno, es que estoy ayudándola con la...

— Sí, sí, que estás loca por casarte tú también, que culo veo, culo quiero —me interrumpió.

— Yo no sé si me quiero casar... —dije en voz baja, casi inaudible.

— Pues claro que te quieres casar, como todas las tías. De blanco, por la iglesia, con trescientos invitados y costándome la boda un huevo y parte del otro. Como todas, nena —parecía que él fuera el que pagaba todos mis caprichos.

— Pues yo es que no he pensado jamás en una boda así, si te digo la verdad... —de repente, la idea de casarme con Rafa me daba náuseas.

— *Amos*, no me jodas que me ha tocado a mí la *especialita*, la única tía en el mundo que no quiere un bodorrio por todo lo alto... Mira qué suerte, que me ha tocado una novia barata. Anda, chaval, ¡ponme otra caña, que lo celebre! —se sentía tan bien cuando creía quedar por encima de mí...

Cuando faltaban un par de semanas para la boda, empecé a pensar en lo que me iba a poner. Yo ya tenía un vestido para la boda de Virginia. Era un vestido de gasa verde, con escote *halter* y suelto. Me lo había comprado hacía un año para la boda de una prima de Rafa y estaba claro que no me hacía falta comprar uno nuevo. Aunque yo me muriese de ganas de estrenar y de estar

guapísima en la boda de mi amiga.

Una tarde, al salir de la oficina, pasé por un escaparate y vi un precioso vestido rojo, palabra de honor, drapado en la cadera y con un poco de cola. No pude evitar entrar y preguntar:

— Perdón, ¿qué precio tiene el vestido del escaparate? —en el fondo deseaba que me dijera que era tan caro que ni en dos vidas podría comprarlo.

— Es el último que nos queda, en talla 42. Se queda en ciento veinticinco aunque su precio era de casi seiscientos euros —dijo la dependienta, que me miraba con cara de *llévatelo*.

— Pero la 42 quizá sea pequeña para mí, ¿no? He engordado un poco últimamente y hace tiempo que no me compro ropa... —hacía siglos que no me compraba ni unas bragas nuevas.

— ¿Pequeña? Pero qué dices, qué va. Pruébatelo, porque si en la mano es bonito, puesto es espectacular.

Vaya si lo era. Incluso sin apenas maquillar, con una coleta y con cara de estar necesitando desesperadamente la cama, me veía como una diva de los años cincuenta. No pude sino tirar de tarjeta de crédito y llevármelo. Mala idea.

— ¿De qué vas disfrazada? —fueron las palabras de Rafa al enseñarle mi vestido puesto.

— Es el vestido que me he comprado para la boda de Virginia. Estaba rebajadísimo porque solo quedaba este —intentaba hacerle ver que no había sido un gran desembolso, cómo si eso le importase.

— Claro, y te han dado uno dos tallas más pequeño, ¿es que no ves cómo se te marca todo? — dijo señalando mis pechos y mi cintura.

— Rafa, que es mi talla, que es que es así...

— Ah, claro, que para ir a la boda de un putón hay que ir vestida de putón, lógico.

— Tú todo lo ves de putón, de verdad que tienes un problema...

— Mi problema es que mi novia me quiere dejar en ridículo presentándose vestida de golfa en una boda. Ese es mi puto problema.

Y sí, aunque ahora me avergüence de ello, fui con el vestido de gasa verde

a la boda de mi amiga Virginia.

Porque a las bodas de las amigas no se va vestida de golfa.

Porque lo que yo creía que era un vestido precioso, que me hacía sentir bien, con el que me veía guapa, era un vestido de puta.

Porque estaba ciega.

Ciega.

Capítulo 5

En la casilla de salida

Serían como las tres de la mañana cuando sonó el teléfono de Rafa. No medió palabra. Se sentó en la cama, encendió un cigarro y se levantó.

- ¿Qué pasa, Rafa? —pregunté sin abrir los ojos.
- Mi padre —respondió mientras estaba de pie en la oscuridad.
- ¿Qué pasa con tu padre?
- Que se ha muerto. Que le ha dado un infarto y se ha muerto.
- Rafa... —intenté abrazarle, pero me puso la mano en el hombro y me pidió que me vistiera.

Esa misma madrugada salimos para Murcia. Llegamos directos al tanatorio, mis padres estaban allí. La madre de Rafa estaba destrozada, su hermana sollozaba apoyada contra el cristal de la pequeña habitación donde estaba el ataúd.

- Está tan guapo... parece que está dormido —dijo su hermana, antes de romper en llanto.
- Lo siento muchísimo, Patricia —susurré mientras la abrazaba.
- Le gustabas mucho, siempre decía que eras demasiado buena para Rafa...

Los siguientes días los recuerdo borrosos. Entre la falta de sueño, los nervios y las emociones vividas, no soy capaz de recordar cómo decidimos que nos trasladaríamos de nuevo a Murcia. Rafa no quería dejar a su madre sola bajo ningún concepto. Es cierto que su hermana también vivía allí, pero Rafa quería estar cerca de su madre. Lo necesitaba y yo, lo entendía.

Lo arreglamos con el amigo de Rafa para que me despidieran del trabajo y poder cobrar el paro unos meses, hasta que encontrase algo en Murcia. Alquilamos un piso en el centro, que nos costaba algo más de la mitad del que teníamos en Madrid. Yo encontré trabajo relativamente pronto, diseñando los

folletos publicitarios en una empresa de perfumería e implementando acciones comerciales. Fue lo más cerca del marketing que estuve.

Una vez instalados de nuevo en casa, la vida continuó sin grandes cambios. Rafa y yo seguíamos peleándonos cada dos por tres. Sus salidas nocturnas entre semana y sin avisar continuaron también. Llegó un momento en el que me daba igual, incluso las aprovechaba para ver películas que me gustasen a mí, leer o hacer cualquier cosa que con él no podía, como pintarme las uñas. Visto desde ahora, con la perspectiva que da el tiempo, no entiendo como pude ser tan imbécil. Es cierto que dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver, pero yo no es que estuviese ciega. Es que me había sacado los ojos, los había quemado y había echado lejía en las cuencas.

Recuerdo la vez que empecé con molestias al hacer pis. Me ardía. Tampoco podía tener relaciones sexuales porque tenía muchísimo dolor. En mi médico de cabecera me daban cita para una semana después y Rafa, en un alarde de lo que yo entendí como preocupación por mi salud, dijo que *su novia* no iba a esperar tanto, así que le pidió una cita para mí a su amigo Carlos, ginecólogo, en su consulta privada. El diagnóstico fue infección vaginal por el uso de tampones. Una semana de antibióticos y listo. Años después descubrí que lo que había tenido se llamaba clamidia y que solo se contagia por vía sexual. Si yo no me había acostado con nadie que no fuera Rafa desde hacía años, saquen sus propias conclusiones, señorías.

En otra ocasión habíamos quedado para comer con unos amigos un sábado. Rafa quería pasar antes por casa de su madre, pero yo tenía que acabar con urgencia un folleto para el trabajo, ya que mis jefes decidieron, el viernes por la tarde, lanzar una campaña de descuentos para esa misma semana, así que el sábado a mediodía tenía que estar en imprenta.

Eran como las once y media de la mañana y aún me faltaba la mitad del folleto, cuando Rafa entró a la habitación donde yo estaba trabajando.

— Ada, en media hora nos vamos —me dijo.

— ¿Media hora? Ni de coña, a mí me queda, como mínimo, dos horas, y luego me tengo que duchar y vestir, antes de la una y media no estoy lista ni de broma —le dije agobiada.

— Pues yo tengo que ir a ver a mi madre, así que tú misma.

— Joder, Rafa, vete tú y luego vienes a por mí —le propuse.

— Claro, ¿y qué más? A ver si te crees que no tengo nada mejor que hacer que estar de taxista. Te dejas eso y te duchas ya. Ya lo acabarás después de comer —dijo él, obviando el hecho de que mis jefes estaban esperando mi correo para mandar a imprimir los folletos.

— ¿Y si vamos a ver a tu madre después de comer? Esto no me lo puedo dejar a medias, lo tengo que acabar sí o sí.

— Los cojones. Que te lo hubieran dicho antes. Mi madre está esperando que vaya a verla y no la voy a dejar tirada por tu capricho.

Y se fue. Salió pegando un portazo y no volví a saber de él hasta las siete de la mañana del domingo. Volvió borracho, como de costumbre, y buscando fiesta en casa. Cuando le dije que no pensaba meterme en la cama con él después de lo que había pasado, entró en cólera y estrelló mi portátil, que estaba encima de una silla, contra el suelo. Gritó que estaba hasta la polla de mi trabajo, que me pasaba el día fuera, que cuando estaba en casa, no pensaba en otra cosa y que cada vez que me llamaba al trabajo, resulta que estaba reunida.

No, mi trabajo no le agradaba en absoluto. Era lo que pagaba el alquiler y las facturas, pero eso daba igual. Rafa llevaba meses sin trabajar, preparando un negocio que “como saliese bien, íbamos a chupar todos del bote”, que nunca llegó a ver la luz, con lo que mi sueldo era el único que entraba en casa. Aun así, mi trabajo molestaba a Rafa, le incomodaba y le ponía de los nervios.

Una mañana, Rafa entró en el baño mientras yo me arreglaba para ir a trabajar; estaba maquillándome y en ropa interior.

— ¿Llevas tanga? —preguntó Rafa, con un evidente tono de reproche.

— Pues sí, hoy tengo reunión y con el traje de chaqueta se me marcan las bragas —expliqué.

— Te pones unos vaqueros —sentenció Rafa.

— Rafa, no puedo ir a una reunión con vaqueros. Viene gente de marcas importantes y hay que ir formal... —ahora veo tan sumamente ridículo tener que dar estas explicaciones...

— Ya. Y por supuesto en la reunión estará el tal Paco, el que te llama cada dos por tres y con el que te mandas correítos... ¿Folláis en tu despacho después de las reuniones para rematar la faena?

— Rafa, ¡por Dios! Paco es el jefe de mi departamento, me llama y me escribe por cosas de trabajo, además de que está casado, tiene cinco hijos y es del Opus... — ¿en serio creía que me acostaba con él?

— Si sales con el tanga, no te molestes en buscarme cuando vuelvas, porque no me ves más. Si te crees que te vas a reír de mí en mi puta cara, es que me conoces bien poco.

La gota que colmó el vaso llegó un jueves. Estaba en la oficina y decidimos salir a comer a un restaurante que había cerca. Al ir a pagar, me di cuenta de que no llevaba la tarjeta e intenté recordar cuándo había sido la última vez que la había usado. Al volver a la oficina, consulté mis movimientos en la banca online y vi que había un reintegro de doscientos euros de esa misma mañana. Supuse que me habrían robado la tarjeta en el autobús o vete tú a saber si me la habían clonado al pagar el café en el Starbucks. Pero la realidad era muy distinta.

Nada más salir del ascensor, al llegar a casa, noté un olor muy fuerte a marihuana. Ni que decir tiene que salía de mi casa. Al abrir la puerta, me encontré sentados en el sofá a Rafa, a un tipo que no había visto en mi vida y a la camarera del *Clandestino*, un bar al que íbamos a veces. Bueno, Rafa iba bastante más que yo, para qué engañarnos. Estaban fumando un porro. Encima de la mesa, un billete de veinte enrollado, un *cedé* de Queen con restos de coca, una bolsita, varios vasos y mi tarjeta.

— Pero, ¿esto qué cojones es? —pregunté indignada.

— ¡Hola preciosa! Una fiestecilla que hemos montado. Estamos celebrando el negocio del siglo. ¿Una copa? —dijo Rafa sin inmutarse.

—¿¡Celebrando qué!?! —estaba alucinando.

— Matías y yo vamos a lanzar una revista de sitios guapos de ocio y tal. De tiendas de puta madre. De lo que lo está petando en Murcia. Eva va a llevar la parte de bares nocturnos. Va a ser la hostia. ¿Un tiro para celebrarlo?

— Rafa, ¿tú me has cogido la tarjeta y has sacado doscientos euros? —no sé para qué preguntaba, si estaba claro.

— Un préstamo, nena. Con las ventas del primer número, te devuelvo dos mil pavos, toma negocio —dijo mientras se preparaba una raya.

— No, no, de préstamo nada. —dije negando con la cabeza—. Voy a

darme una ducha. Cuando salga, no quiero ver a nadie aquí. A nadie, Rafa.

Cuando salí, efectivamente no había nadie. Al día siguiente tampoco y esa tarde, al salir de la oficina, cogí mi coche y me fui a la casa de la playa yo sola, sin decirle nada a nadie. Pasé el sábado pensando en si eso que tenía era lo que quería. Si mi vida iba a ser así siempre o si había algo que yo pudiera hacer para dejar de sentirme un trozo de mierda arrastrado por un río lleno de basura.

Y lo decidí.

El domingo por la mañana volví a casa y Rafa estaba allí. Ni me miró al abrir la puerta. Estaba mirando el móvil y obviamente, esperaba que me disculpase por haber desaparecido durante dos días. Pero yo no estaba dispuesta a hacerlo, había tomado una decisión y esta vez era la definitiva.

Le dije que se acababa, que no podía más, que estaba cansada de luchar contra él y de sentirme humillada, sola, anulada. Él me dijo que yo no tenía ni puta idea de la vida, que aún vivía debajo de las faldas de mi madre, que ya volvería llorándole e implorándole perdón cuando me diera cuenta de que estaba más sola que la una.

Suspiré.

— Adiós, Rafa, me voy. Aquí dejo las llaves. Creo que no me dejo nada, pero si encuentras algo mío, títalo.

— Si te vas, no vuelvas.

— No, si esa es la idea.

Capítulo 6

De nuevo en casa

Mientras que conducía hacia donde había quedado con Gonzalo, la cabeza me iba a mil por hora. Me venían recuerdos de nuestro primer beso en el poyete del Banco Santander, del pellizco en el estómago mientras lo esperaba en Atocha, cada quince días, cuando ambos éramos estudiantes, de las noches pegados al Messenger cuando Gonzalo estaba estudiando en Milán...

Pensaba en aquel correo que lo removi3 todo... Un correo para felicitar la navidad que mi hermano, con total seguridad, borracho, hab3a enviado a toda su lista de contactos, entre los que est3bamos Gonzalo y yo. Y en c3mo Gonzalo tom3 la iniciativa de mandarme a m3 sola un correo pregunt3ndome c3mo me iba.

Respond3 muy emocionada, entre la ilusi3n de volver a saber de Gonzalo y la excitaci3n de saber que estaba haciendo algo prohibido. Al principio nos cont3bamos c3mo nos hab3a tratado la vida en estos a3os, los sue3os que hab3amos cumplido y los que no... 3l hab3a acabado pediatria y trabajaba en un centro de salud. Hab3a salido durante un tiempo con una chica, pero no hab3a funcionado; Gonzalo quer3 casarse y tener hijos y su ex no ten3a intenci3n alguna de ser madre, ni ahora ni nunca. Yo le hablé de Rafa, qu3 remedio, aunque me sorprend3 a m3 misma pensando que ojal3 pudiera decirle que no estaba con nadie. Aquello fue el principio del fin, sin duda alguna, porque de alguna manera, yo empezaba a ser consciente de las se3ales que me dec3an que mi relaci3n con Rafa no ten3a sentido. No pasaron ni dos semanas cuando le dej3 caer que lo hab3amos dejado, o que est3bamos a punto de hacerlo. Rafa era un estorbo en mi vida, hab3a quedado meridianamente claro.

Recordamos an3cdotas de cuando sal3amos juntos, como el primer San Valent3n, en el que no hablamos sobre si hacernos o no regalos, y ambos los

teníamos guardados, esperando a que fuera el otro quien lo sacase primero. O como aquella vez en la que los dos compramos entradas para Red Hot Chili Peppers para regalar al otro por Navidad y nos pagamos el viaje con lo que nos sacamos con la reventa de las entradas que nos sobraban. El primero en hablar de cosas más personales fue Gonzalo. En uno de los correos se despedía diciendo:

“¿Sabes que no puedo ver *Armageddon* sin ponerme cachondo?”

Eso me trajo a la memoria nuestra primera vez. Virginia, Alicia y yo habíamos hablado muchas veces de cómo sería, de si nos dolería, de si sería romántico... Nos habíamos puesto de acuerdo en perder la virginidad al mismo tiempo, para podérselo contar sin crear expectativas a la que fuera después. Por aquel entonces, Virginia salía con Eduardo, un chico guapísimo que tenía la misma conversación que un maniquí del Corte Inglés. Alicia llevaba un tiempo saliendo con Manu, pero por alguna razón que solo ella conocía, el elegido para aquella primera vez fue un tal Alfonso, uno de los *tíos duros* del instituto, que luego resultó ser más tierno que un unicornio lamiendo arcoíris.

Mis padres habían ido a Sevilla a la boda de la hija de unos amigos. Mis hermanos no iban a estar en casa tampoco. Gonzalo vino a ver una peli y cuando estábamos sentados en el sofá, tapados con una manta, tomé la iniciativa. Él me miró con cara de incredulidad, como queriendo confirmar que eso era lo que iba a pasar.

— ¿Estás segura? —musitó Gonzalo.

— Totalmente —contesté yo, cogiéndolo por la mano y dirigiéndome a mi habitación.

Encendí el CD. Sonaba la canción *I don't wanna miss a thing* de Aerosmith. Era la canción de *Armageddon*. Le di al botón de repetir canción. Empezamos a quitarnos la ropa, yo a él, él a mí. Había visto otras veces desnudo a Gonzalo, pero aquella vez era distinto. Era como si todo encajase, como si toda aquella coreografía de movimientos, de caricias, de besos, hubieran sido ensayados al ritmo de aquella música durante toda la vida. Nos dejamos caer en la cama y saqué de mi mesilla un condón de los que había comprado con Virginia y Alicia un par de días antes.

— ¿Azul? —dijo Gonzalo sonriendo al abrir el envoltorio.

— Yo... no sabía que eran de colores —creo que batimos algún récord mundial de vergüenza cuando los compramos y cogimos lo primero que la de la farmacia nos dio.

— El azul me gusta.

Gonzalo se puso encima, me miró a los ojos y al tiempo que entraba en mí, me dijo que me quería. Aquella primera vez no tuve un orgasmo, pero sí recuerdo sentir escalofríos recorriendo mi cuerpo, calambres de placer, la sensación de estar flotando y de que aquello transcendía del puro acto físico. Gonzalo dejó el listón muy alto a los que vendrían después.

Los recuerdos que compartíamos eran cada vez más íntimos, como aquella vez en la que estábamos echando un polvo en casa de la abuela de Gonzalo, aprovechando que la mujer se había ido a tomar un helado con sus amigas y casi nos pilla en plena faena cuando la pobre vino a traernos unos granizados de café, creyendo, como creía, que estábamos estudiando. O como aquella otra, en la que lo hicimos en la playa, dentro del agua, mientras nuestros padres estaban en el chiringuito tomando una cerveza. Así se explica cómo nos fuimos calentando y cómo llegamos a la conclusión de que teníamos que vernos cuanto antes. Total, ambos estábamos solteros y libres, con la salvedad de que yo no estaba ni libre, ni soltera. Al menos de momento. Siempre pienso que si Gonzalo y yo no hubiéramos retomado el contacto, no hubiera reunido el valor para dejar a Rafa. Yo estaba harta de todo, no podía aguantar más desprecios y humillaciones, pero en el fondo creía que realmente aquello era lo máximo a lo que alguien *como yo* podía aspirar. Que Gonzalo hubiera aparecido de nuevo en mi vida y que se mostrase tan interesado en mí en todos los aspectos, me hizo abrir los ojos y darme cuenta de que igual sí podía aspirar a, simplemente, ser feliz. Así que aquel día en el que me encontré en mi casa la fiesta de la *farlopa* en honor a una revista imaginaria que nunca vería la luz, me dije a mí misma “a tomar por culo” y aquí estaba yo, libre, liberada y de camino a reencontrarme con el amor de mi vida.

Aparqué el coche y vi a Gonzalo a lo lejos, andando hacia a mí. ¿Qué se supone que debía hacer ahora? ¿Dos besos? ¿Un abrazo? ¿Tirarlo encima del capó y subirme sobre él? Me abrió la puerta y me tendió la mano, fundiéndonos en un abrazo que duró ¿cuánto? ¿una hora? mientras él susurraba

en mi oído “Ada...”

Entramos a comer a un japonés que acababan de abrir y a mí me temblaban tanto las manos, que tuve que pedir un tenedor porque con palillos era imposible agarrar ni un trozo de sushi. Él hablaba, yo me reía, él me contaba anécdotas de sus pequeños pacientes y yo pensaba en que aquello debía ser lo más parecido a la felicidad que existía. De vez en cuando, miraba a mi alrededor, con miedo de que Rafa pudiera aparecer en cualquier momento y liarla. Pero lo que veía era otras parejas manteniendo conversaciones animadas, riendo, charlando... parejas normales como ahora mismo éramos Gonzalo y yo. Y aquella normalidad, aquella sensación de tranquilidad y calma me reconfortó. Estaba en casa.

Terminamos de comer y Gonzalo se ofreció a acompañarme al coche. Él había venido andando porque su casa estaba muy cerca.

— ¿Así que, por fin, vives en Las Tascas? —Las Tascas es el nombre con el que se conoce a la zona de marcha universitaria de Murcia, y de adolescentes Gonzalo siempre decía que algún día viviría allí para poderse caer del sofá al *Ideales*, uno de los bares míticos de la zona.

— Jajajajaja, sí, pero ha sido pura casualidad, no te creas que bajo a tirar la basura y me tomo una copa en el *Ideales*... que por cierto, ya no existe —parecía que Gonzalo me había leído el pensamiento.

— No, si yo no digo nada, hombre. Pero fíjate qué casualidad, ¿no? Y, ¿está muy lejos tu casa? —pregunté yo, de manera nada inocente.

— A cinco minutos. ¿Te gustaría verla? —respondió Gonzalo, que con los años había aprendido a captar las indirectas a la primera.

Y sí, la vi. Vamos que si la vi. La casa también. Muy bonita, por cierto. La casa, digo.

Si digo que estuvimos horas metidos en la cama, mentiría. También estuvimos en el sofá, en la ducha y en la encimera de la cocina. Dios de mi vida, cómo se sabía Gonzalo mi cuerpo... Parece increíble cómo es posible que después de tantos años sin vernos, recordase perfectamente que tengo una zona en la parte de atrás de los muslos que solo con acariciarla, puede proporcionarme los orgasmos más bestiales. Yo también recordaba que Gonzalo prefiere los rodeos previos al sexo oral, al propio sexo oral. Me sentí

tan liberada al poder recorrer con mi lengua su vientre, sus muslos, sus caderas, sin que me cogiese la cabeza y me dirigiese hacía su polla, tal y como hacía Rafa... Fueron horas de sexo memorable, de sentir la hinchazón de mis labios, de temblor de piernas.

Cuando nos despedimos, en la puerta de mi coche, Gonzalo me miraba con la cabeza ladeada, mientras quitaba un mechón inexistente de mi frente repetidamente.

— Ada, estás tan... colorada —dijo mientras se reía.

— Hombre, algo tendrás tú que ver ahí, ¿no?

— ¿Te veo mañana? —preguntó.

— Ya es mañana —le dije, haciendo ver que eran más de las doce de la noche.

— ¿Te veo luego, entonces? —dijo sonriendo.

— Mañana hablamos, ¿te parece?

Y me besó. Nos besamos. Mientras, sus dedos se entrelazaron con mis dedos y a mí me recorrieron la espalda los mismos escalofríos que años atrás había sentido mientras sonaba *I don't wanna miss a thing*.

Al llegar a casa de mis padres, mi madre estaba despierta. Tan pronto como decidí cortar con Rafa, llamé a mis padres y se lo dije; supongo que de esa manera me aseguraba de no arrepentirme. Les avisé de que esa noche iría a dormir a casa, aunque entre polvo y polvo con Gonzalo no encontré el momento para avisar de que llegaría pasadas las doce de la noche. La pobre estaba alteradísima.

— Hija, ¿cómo llegas a estas horas sin avisar? ¿Cómo se lo ha tomado? ¿Está todo bien? ¡Estaba preocupadísima! —dijo gritando en voz baja.

— Mamá, lo siento, tienes razón. He quedado a hablar con una amiga y se me ha ido el santo al cielo —obviamente no podía contarle a mi madre que venía de jugar al *kamasutra* con el que ella siempre había considerado mi novio de toda la vida.

— ¿Y los veinte whatsapp que te he enviado no los has visto?

— *Mummy, I'm so sorry, please, don't get angry* —cuando le hablo en inglés, siempre se ablanda.

— *Ok, ok... Is everything alright?*

— *It could be worse, mummy, definitely, it could be worse...*

Cuando entré en mi antigua habitación y saqué el móvil, efectivamente tenía veintitrés mensajes. Veintidós eran de mi madre y uno de Gonzalo.



Y sí, hablamos. Nos pasamos toda la noche mandándonos mensajes como si fuéramos dos adolescentes, solo que sin usar la k como si fuera una q , porque eso, queridos, hubiera roto, sin duda, toda la magia del momento. Hablamos tanto que tuve que poner el móvil a cargar, tanto que el móvil se me

cayó en la cara dos veces del sueño que tenía.

Esa mañana me fui a trabajar sin haber pegado ojo, pero con más energía de la que había tenido en los últimos cinco años. Iba por la oficina como una auténtica diosa, mirando con condescendencia a todo el que se cruzaba en mi camino. Tanta serenidad y felicidad irradiaba por mis poros que Lola y Tere, unas compañeras, me preguntaron si es que Rafa y yo nos habíamos reconciliado después de nuestra última pelea. En la oficina tenía algunas compañeras con las que me llevaba bien y a veces les contaba que habíamos tenido una bronca o que nos habíamos enfadado por algo.

Por supuesto, no se me ocurría decirles que la pelea había sido, por ejemplo, porque Rafa me había visto cogerle la mano a su amigo Juan en el velatorio de su abuelo para consolarle, porque en aquel momento, hasta yo sabía que eso no era normal. Pero sí les contaba que habíamos discutido, aunque solo fuera para justificar mis ojos llorosos.

Así que para ellas, el motivo de mi felicidad no podía ser otro que una reconciliación tras nuestra enésima pelea. Obviamente, una sesión de ocho horas de sexo con mi ex novio de toda la vida no se encontraba entre las posibilidades que ellas barajaban.

— Rafa y yo hemos roto —les dije.

— ¿Otra vez? —me preguntó Tere, irónicamente, acostumbrada como estaba a nuestras idas y venidas.

— Pero esta vez es para siempre —dije muy convencida.

— Bueno, eso tendré que verlo yo con mis ojos. Yo creo que tienes un enganche sexual con él, pero vamos, que no te culpo, porque tu novio tiene pinta de *empotrador* total, de los que me gustan a mí —soltó Lola.

— Lola, hija, que bestia eres, cómo se te ocurre hablar así de su...

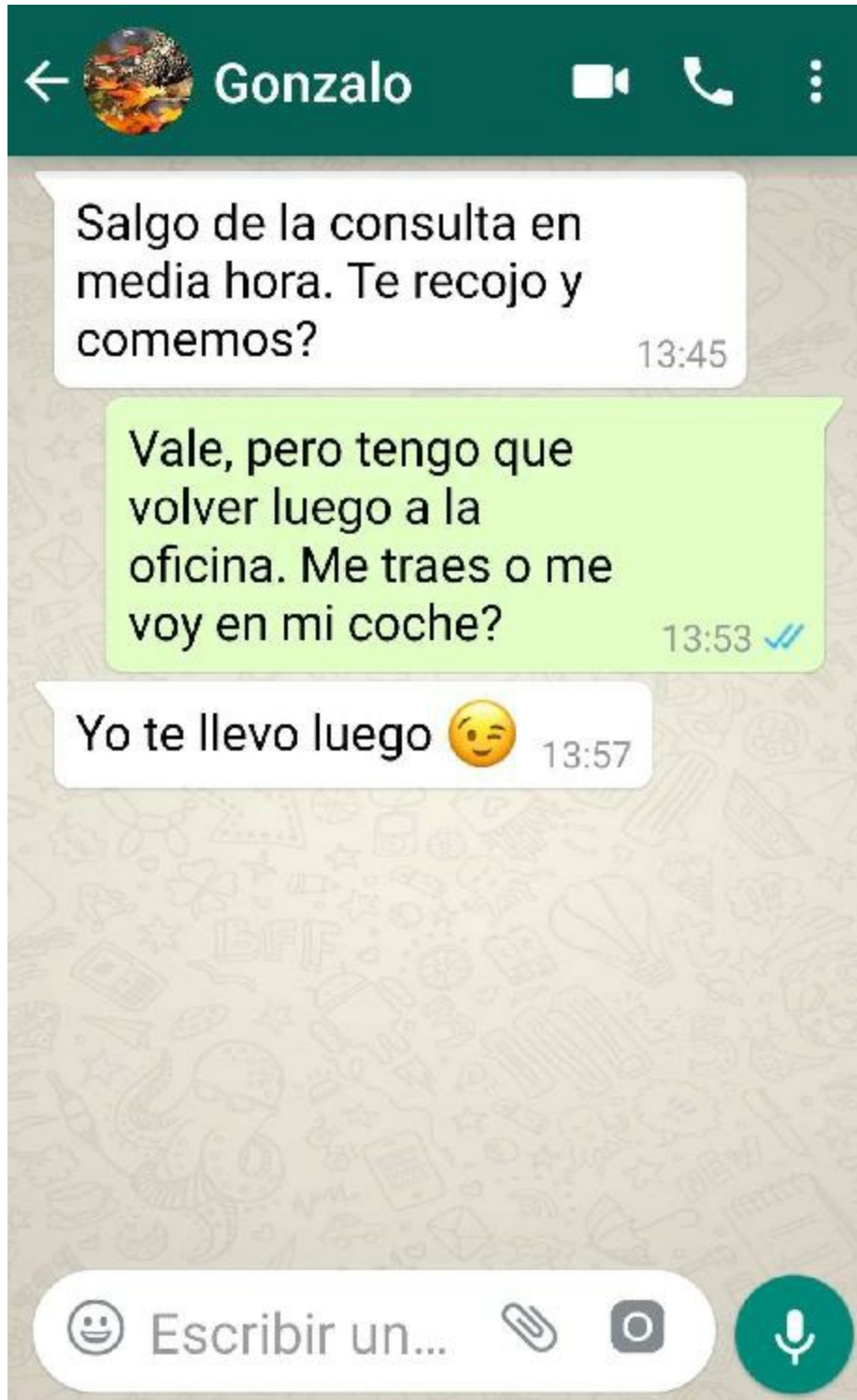
— Que no, que no, Tere, que lo hemos dejado para siempre, en serio, que la rubia esta puede decir lo que le dé la gana y hacer lo que quiera con él, aunque te advierto que, de *empotrador*, cero.

— Pues hija, viéndote cómo estás, solo me queda darte la enhorabuena. Para serte sincera, a mí ese Rafa no me cuadraba para ti... que oye, tú sabrás, ¿no? pero vamos, que gustarme, gustarme... no.

— Gracias, Tere. Y no te preocupes, que lo puedes poner verde. No pienso dar marcha atrás.

— Haces bien, ese tío no te conviene. Es un cantamañanas. Y si encima, ni es *empotrador*, ni nada, pues estás mucho mejor sin él.

De vuelta a mi mesa, mi móvil parpadeaba.



En serio, la cabeza me iba a mil por hora, la sangre me hervía en el estómago y estoy segura de que si no oía *Lovefool* de The Cardigans sonar a mi alrededor, era porque mi corazón latía tan fuerte que me lo impedía. Hace apenas una semana entraba por la puerta de la que era mi casa y me encontraba a mi novio con un tío sin oficio ni beneficio y a una golfa, metiéndose la *farlopa* que mi novio había comprado con el dinero que había sacado robándome la tarjeta. Y siete días después, Gonzalo, mi Gonzalo, me estaba mandando mensajes para recogerme en mi oficina, invitarme a comer y vete tú a saber qué más.

La vida era perfecta.

Gonzalo vino a recogerme en su BMW X6. Se bajó del coche, me abrió la puerta y, mirad lo que os digo, yo volé. Sentía cómo mis compañeras me miraban; no importa que no hubiera ni una en la puerta de la oficina y no pudieran vernos. Se morían de envidia y punto. Es curioso, porque las (pocas) veces que Rafa vino a buscarme al trabajo, ni siquiera se lo presenté a mis compañeros. En aquel momento, yo misma lo justificaba pensando que era para evitar que Rafa montase alguna escena de las tuyas si alguno de mis compañeros hacía algún comentario que pudiera molestar a Rafa, algo como “tienes mucha suerte de tener una novia como ella” o “es una compañera increíble”. Pero ahora lo pienso fríamente y tengo que reconocer que si nunca presenté a Rafa a mis compañeros de oficina era porque ME DABA VERGÜENZA. Siempre llevaba pinta de venir de juerga, en cualquier momento podía soltar un exabrupto o simplemente, dejar con la palabra en la boca a cualquiera de mis compañeros si, en su realidad paralela, le estuviera faltando al respeto, alabándome.

Pero con Gonzalo era totalmente distinto. Lo hubiera cogido de la mano y lo hubiera paseado por los distintos departamentos diciendo a todo el mundo, mirad, este es Gonzalo, fuimos novios casi cinco años y ayer estuvimos follando ocho horas seguidas, ¿qué tal? Pensándolo bien, definitivamente esto hubiera sido muy raro y embarazoso, sobre todo para Gonzalo, así que me limité a subir al coche y preguntar ¿a dónde vamos?

Capítulo 7

Vacaciones

Los días iban pasando y Gonzalo estaba presente en todos y cada uno de los momentos. Si no estaba con él, nos escribíamos por whatsapp o nos mandábamos mensajes de voz interminables. ¿Que hubiera sido más fácil llamarnos? Pues también, pero los mensajes de audio tenían un punto romántico que no tenían las conversaciones normales y corrientes.

El mes de julio había volado y apenas faltaban dos días para las vacaciones, que ambos teníamos en agosto. Una tarde, sentados en el suelo del salón con la espalda apoyada en el sofá, Gonzalo me preguntó si tenía planes para las vacaciones.

—La verdad es que no, ha sido un año muy... complicado —respondí.

Complicado.

La respuesta más sincera hubiera sido la siguiente: “pues verás, hasta hace un mes mi plan para el verano era quedarme en casa con el patán de mi novio, porque no tenemos un duro para ir ni un fin de semana a un hotel en la playa, ya que si, por ventura, consigue trabajar unos días, se lo gasta antes de cobrarlo, generalmente en *farlopa* y copas. Pero por cosas del destino, mi hermano envió un email a todos sus contactos, incluidos tú y yo y, gracias al cielo, empezaste a escribirme, dándome las fuerzas necesarias para dejar de una vez por todas y para siempre al desgraciado que me estaba llevando a la ruina, económica y moral. Y ahora estamos aquí, sentados en el suelo de tu casa, hablando sobre los planes para mis vacaciones, que no son otros que irme contigo al fin del mundo si hace falta”.

Pero quizá como respuesta a la pregunta “¿qué planes tienes para vacaciones?” hubiera sido un poco larga, por un lado, y hubiera sonado

tremendamente desesperada, por otro.

— ¿Te apetecería hacer algo? No sé... unos días en la playa, un viaje... algo juntos.

— Hombre, juntos llevamos a pespunte desde hace casi un mes, que no entiendo cómo no les ha llegado la onda ni a tu madre ni a la mía —le dije.

— Ya, bueno, ahí llevas razón... pero quiero decir que si quieres que nos vayamos de vacaciones juntos, en plan... pues eso, juntos.

— Gonzalo, la verdad es que me apetece un montón, pero mi situación no es nada boyante ahora mismo. Como mucho me da para ir una tarde a la feria o para alquilar un patinete en el Mar Menor. Para las dos cosas, no.

— Ada, ¿dónde quieres ir? Supongo que a estas alturas de la vida, te podré invitar a unas vacaciones, ¿no? Es más, te las debo.

— ¿Me las debes? ¿De qué? —pregunté extrañada.

— El último verano que pasamos juntos... Sé que después de volver de Milán del Erasmus tú esperabas que pasásemos tiempo solos. Realmente yo hubiera querido irnos a algún sitio de viaje, de hecho estaba ahorrando, pero al morir mi abuelo, me dio pena dejar a mi abuela sola... No sé, igual tendríamos que habernos ido de todas maneras...

— No seas tonto, lo que pasó no tuvo nada que ver con eso. Yo no sabía ni lo que quería. No me debes nada, de verdad.

— Bueno, pero quiero hacerlo. ¿Dónde quieres ir? ¿Londres? ¿París? ¿Nueva York? ¿Ámsterdam? Roma no, por Dios, que en verano te mueres de calor.

— Uf, yo que sé... elige tú, porfa —joder, aquello era súper emocionante, en serio que me sentía como la puñetera Cenicienta.

— ¿Nos vamos a Londres y me enseñas tu ciudad? —le había hablado tantas y tantas veces a Gonzalo del Londres de los *londoners*, el que no sale en las guías de viaje...

— Ains... ¡vale! —no estoy del todo segura, pero creo que no miento al decir que en aquel momento, mi cuerpo estaba más o menos como un metro por encima del suelo, levitando.

— Yo me encargo, no te preocupes de nada —dijo inclinándose para besar mi frente, aunque yo estuve más rápida y le mordí en la boca, en lo que sería el preludio de un *polvazo* en el suelo del salón.

Capítulo 8

Instagram

Cuando vi su nombre en la pantalla del móvil, sabía que me la iba a liar. Que tenía toda la razón, vale, pero sabía que me iba a montar un pollo de escándalo.

— Dime, Virginia, guapa —como si no supiera lo que me iba a decir.

— Ni dime, ni hostias. ¿De qué vas? —estaba cabreada, muy cabreada. Cabreadísima.

— No te enfades, Vir, verás, te explico... —a ver cómo le explicaba.

— Eres muy puta mala amiga, tía. Que me tenga que enterar de que has vuelto con Gonzalo... ¡joder, con Gonzalo! por Miguel, que lo ha visto en el Instagram de Rafa, tiene santos cojones, guapa.

— ¿¿Perdona?? En primer lugar, yo no he vuelto con Gonzalo y en segundo lugar... ¿en el Instagram de Rafa? ¿Hola? —es que estaba flipando...

— Miguel sigue a Rafa en Instagram y resulta que anoche estábamos en la cama y de repente me dice, “hostia, qué fuerte” y me enseñó la cuenta de Rafa... muy fuerte todo, tía, de verdad, es que en serio que me apeo de la vida contigo.

— ¿Pero qué coño ha puesto el subnormal de Rafa en Instagram? ¿Desde cuándo tiene Instagram el anormal este? —mira, fli-pan-do.

— ¿Es que no le sigues? —Virginia lo preguntaba como si lo más normal del mundo fuera seguir a tu ex en las redes sociales.

— ¡Yo que voy a seguir!

Francamente, no soy muy activa en Instagram. De hecho, solo sigo al de *Outlander* porque está tremendísimamente bueno, a mi amiga *Annita Monroe* de Barcelona, porque es amor puro y siempre consigue ponerme de buen humor y porque estoy convencida de que algún día acabará casándose con el de *Outlander*, a *Asivemoselholá*, para echarme unas risas, a mi querida *Mgemil*, por sus historias de lo cotidiano y pare usted de contar. Es más, creo

que no he subido una foto en la vida; miento, subí una vez una de un gato y otra de un café muy cuqui que me tomé en Madrid.

— ¿Y no me sigues a mí? Joder, qué mala amiga, de verdad. Ya me estás empezando a seguir —así es Virginia, hasta en los momentos más críticos de la vida está pendiente de aumentar sus *follogüers*.

— Bueno, Virginia, que me estás poniendo de los nervios. ¿Qué cojones ha dicho Rafa de Gonzalo y de mí? —de verdad, a lo importante.

— Míralo tú misma. Vete a su cuenta @rafafonabe y flipa.

Abrí Instagram y busqué a Rafa. Solo tenía una publicación, pero no dejaba lugar a dudas.



Cuando te enteras de que “tú” novia se está metiendo en la cama con su ex a la semana de haberlo dejado contigo. Eres muy puta y LO SABES.

En ese momento me dieron ganas de coger el teléfono, llamarlo y decirle de todo. Entre otras cosas, que “tú” solo lleva tilde cuando es un pronombre personal y en este caso, era un determinante posesivo. Posesivo, nunca mejor dicho. Mira que era fuerte lo que había escrito; pues a mí se me iban los ojos hacia ese “tú” que, en realidad, no llevaba tilde. Reconozco que me hubiera gustado tener las pelotas de llamarlo y decirle que era un auténtico hijo de la gran puta y un analfabeto funcional, pero era incapaz. Me daba mucha rabia que al final hubiese conseguido meter mierda en mi historia con Gonzalo, porque aunque en realidad yo no sabía hacia dónde íbamos, de lo que estaba segura es de que si Gonzalo y yo íbamos a ser de nuevo algo, no quería que fuera “el tío con el que me metí en la cama a la semana de dejar a mi novio”.

Sin embargo, algo me impedía llamarlo y cagarme en sus muertos. Yo creía que era la educación, pero me temo que se trataba de miedo.

Llamé a Virginia de nuevo.

— Tía, ya lo he visto. Me da, eh, me da. ¿Cómo se puede ser tan capullo?

— Ya, tía, es que encima querrá quedar de “pobrecito que le han puesto los cuernos”...

— Venga, es que no me jodas —lo que me faltaba.

— Hombre, tiene cojones que después de llevar seis meses follándose a la golfa esa del *Clandestino*, todavía quiera quedar de víctima —soltó Virginia, como si yo supiera de qué estaba hablando.

— ¿CÓMO? —o sea, ¡¡¡hasta luego, Maricarmen!!!

— Por eso lo dejaste, ¿no? A ver, tú me dijiste que habías terminado de verdad con él porque los habías pillado en tu casa en plena fiesta.

— Ya, tía, pero en plena fiesta de *farlopa* y copas, con un tío, además. Y todos estaban vestidos y sentados en el salón —madre mía, madre mía.

— Hostias, Ada. Yo pensaba que lo sabías... en fin, todos lo sabíamos. De hecho yo te pregunté que hasta dónde estabas dispuesta a humillarte y a aguantar...

— No tenía ni puta idea... Es que tiene cojones... encima la puta soy yo...

— Bueno, mira, no le des más vueltas. Ya está. Fuera Rafa. Rafa es un mierda. Y estás mejor sin él. Y ahora, cuéntame. ¿Qué coño es eso de que has vuelto con Gonzalo y por qué no me lo has contado?

Convencer a Virginia de que no había vuelto con Gonzalo no fue fácil. Porque realmente no habíamos vuelto. Que, a ver, llevábamos unas semanas... un mes, que nos veíamos todos los días, que comíamos o cenábamos juntos. Vale que habíamos ido una vez al cine. Y otra vez a tomar una copa. Nos habíamos acostado, mucho, muchas veces. Y nos íbamos juntos a Londres una semana. Pero de ahí a decir que habíamos vuelto... Era mucho decir, vamos, una completa exageración. Porque no habíamos vuelto, ¿no?

Joder, ¿habíamos vuelto?

Capítulo 9

London calling

Sin tener muy claro si Gonzalo y yo volvíamos a estar juntos o no, pusimos rumbo a Londres. En el avión estuve un par de veces tentada de sacar el tema “nosotros”, pero reculé. Porque por un lado, si para Gonzalo el último mes significaba que habíamos vuelto, era de suponer que yo debería verlo igual, y no estaba nada segura de ello. Pero por otro lado, si para Gonzalo esto no era más que un “vamos a probar”, a lo mejor pensaba que yo estaba presionando y se asustaba. Y yo no quería asustarlo, porque aunque no estaba convencida de que una relación de pareja fuera lo que más me convenía ahora, sabía que tener a Gonzalo cerca me hacía feliz.

Aterrizamos a eso de las doce la mañana en Gatwick y Gonzalo se emperró en alquilar un coche. Que le hacía ilusión conducir por la izquierda, decía. Le advertí de las restricciones de circulación en la *city*, de los problemas de aparcamiento en todo Londres... pero él estaba empeñado, así que no insistí.

En la ciudad de Londres está prohibido aparcar en casi todas las calles. Es posible encontrar alguna en la que se permite el estacionamiento durante ciertas horas, por supuesto pagando y a unos precios que ríete de Madrid. Calcula unas tres libras la hora. Con todo, aunque pagues, en la mayoría de los sitios está prohibido aparcar durante toda la mañana y gran parte de la tarde, así que teníamos dos opciones: meter el coche en el parking de un hotel cercano, ya que el nuestro no tenía, al módico precio de cincuenta libras al día (por seis días que íbamos a estar) o dejar el coche a las afueras de Londres, donde era posible que igual encontrásemos alguna zona *free parking* en la que dejar el coche durante nuestra estancia.

Acabamos en Southfields, el barrio de mi madre. Southfields está a unos veinte minutos del centro de Londres en coche y a una hora en metro, más menos. Allí, solitaria en mitad de la noche, encontramos una calle – una única

calle en todo el barrio – donde se podía aparcar sin restricciones de hora y sin pagar. Creo que preguntamos como a seis personas si el aparcamiento era libre y gratuito en esa calle para asegurarnos. El último señor nos miró como si fuéramos imbéciles.

De camino a la estación de metro, Gonzalo me cogió de la mano. No hacía frío, pero las tenía heladas.

— Ada, tienes que pensar que soy gilipollas. Mira que me lo habías dicho, pero vaya un negocio hemos hecho con el coche...

— Gilipollas, no. Cabezón, un rato. Pero bueno, mira, no te preocupes, ya lo hemos arreglado. Hemos perdido casi una tarde entera en aparcar el coche, pero ya está solucionado. Ahora, a disfrutar.

— Ada... joder, si es que... te quiero tanto... — dijo abrazándome muy fuerte.

Oh. Dios. Mío.

Oh. My. God.

Me. Cago. En. La. Puta.

No es que Gonzalo diera por inaugurada la segunda temporada de *Ada&Gonzalo's lovestory*, sino que iba sin frenos y cuesta abajo, directo al *they were happily ever after*. Y sí, estaba cagada porque todo esto era demasiado intenso en muy poco tiempo, pero por otro lado, es que era así como tenía que ser, lo sentía. Éramos Gonzalo y yo, coño, siempre habíamos sido Gonzalo y yo.

Durante los días siguientes estuvimos recorriendo Londres. Por supuesto, fuimos a Buckingham Palace, a Hyde Park, a Picadilly y al Big Ben, pero también a Neal's Yard, un sitio cerca de Covent Garden que está lleno de pubs y locales con un buen rollo bestial. Llevé a Gonzalo al Old Operating Theatre, un antiguo quirófano del siglo XIX situado en una iglesia, donde los estudiantes de medicina podían asistir a las operaciones que se realizaban en vivo y en directo. Y también fuimos al templo hindú de Neasden, a las afueras de Londres (en metro y bus, el coche juramos y perjuramos no tocarlo por si no encontrábamos aparcamiento después).

El penúltimo día dedicamos la mañana a ver la National Portrait Gallery. Bueno, dediqué porque Gonzalo se había dejado el móvil en el hotel y tuvo que volver a buscarlo. Pero no me importó, porque así pude reunirme con mi amor, Lord Byron. Allí hay un retrato suyo del cual yo tenía un póster en mi habitación de adolescente. Como te lo cuento. Mientras que mis amigas flipaban con los Back Street Boys, yo suspiraba por un tipo que llevaba muerto casi doscientos años.

Ese día, después de comer, entramos a ver la abadía de Westminster. Yo me la conocía al dedillo, pero Gonzalo nunca había entrado. Y allí, en aquel lugar donde habían tenido lugar sucesos que cambiaron el mundo como la coronación de Isabel II, el funeral de Lady Di o la boda del príncipe William y Kate, allí mismo, sucedió. Yo iba andando hacia el Rincón de los Poetas, una zona de la abadía en la que están enterrados escritores como Dickens o Kipling y en la que mi adorado Byron tiene una lápida conmemorativa. De repente, vi que la gente me miraba me sonreían poniendo esa cara de *oh*. Me di la vuelta y allí estaba Gonzalo, de rodillas sobre la lápida de Lord Byron, con una caja azul con un lazo blanco.

— Ada, hemos dado muchas vueltas para al final llegar hasta aquí, pero yo no quiero dar un paso más si no es juntos. ¿Qué me dices? ¿Te casas conmigo?

— Gon... Gonzalo, yo... joder, Gon... ¡SÍ, JODER, SÍ! —me tiré a abrazarlo y a besarlo mientras la gente a nuestro alrededor aplaudía y un vigilante de la Abadía se acercaba a ver qué escándalo era ese.

Sobra decir que ya no vimos nada más. El resto de la tarde y toda la mañana siguiente, hasta que llegó la hora de irnos a recoger el coche (por favor, que no se lo hubiera llevado la grúa, por Dios bendito) los pasamos en el hotel, haciendo el amor con mi futuro marido y mirando la alianza de diamantes de Tiffany que mi prometido y futuro marido me había regalado.

Gonzalo.

Mi futuro marido.

Capítulo 10

¿Sí, quiero?

Llegar de Londres, con un anillo de diamantes en el dedo, prometida con Gonzalo, mi Gonzalo de toda la vida fue muy fuerte. Pero no fue nada si lo comparas con el momento en el que se lo conté a mi madre. A ella no le había dicho que me iba una semana a Londres con Gonzalo, sino que me iba a pasar unos días con unas amigas a Cabo de Gata. Entré en casa y estaba sentada en el sofá leyendo una revista.

— Hombre, hija, ya estás aquí. Qué poco morena te veo para haber pasado una semana en playa —a mí madre no se le escapa una, de verdad.

— Verás, mamá, de eso precisamente venía yo a hablarte — a ver cómo empezaba—. En realidad no he estado en Cabo de Gata con unas amigas.

— No me asustes, hija, no me digas que has vuelto con el impresentable ese que me muero aquí mismo.

— Con “el impresentable ese” te refieres a Rafa, ¿no? —por centrarnos.

— Pues claro, impresentable por no decir algo más fuerte, que sabes que no me gusta —en la vida he oído a mi madre decir un taco, ni en español, ni en inglés.

— Vale, vale, no, no te preocupes, que no es eso —pero te vas a quedar flipada, madre.

— Pues tú dirás, a ver a santo de qué tienes que andar con tapadillos a tus años...

— A ver cómo empiezo... No he estado en Cabo de Gata, he estado en Londres —tomé aire.

— Hija de mi vida, qué tontería no decirme que ibas a Londres, si a mí me da igual que no vayas a ver a...

— Madre, por favor, déjame hablar y no me interrumpas —que igual no acabo de contártelo—. Como te decía, no he estado en Cabo de Gata, sino en Londres y no he estado con unas amigas, sino que he estado con —pausa dramática— Gonzalo.

A mi madre se le abrió la boca de par en par.

— Pero con, Gonzalo, ¿Gonzalo?

— Sí, mamá, con *ese* Gonzalo. Pero hay más —dije extendiendo mi mano con el anillo frente a ella.

— *Oh my God, it can't be true. Is it really true, darling?* —parece que se lo estaba tomando bien.

— Sí, madre. ¿Te parece bien? ¿Qué dirá papá? ¿Es una locura? — las dudas me corroían.

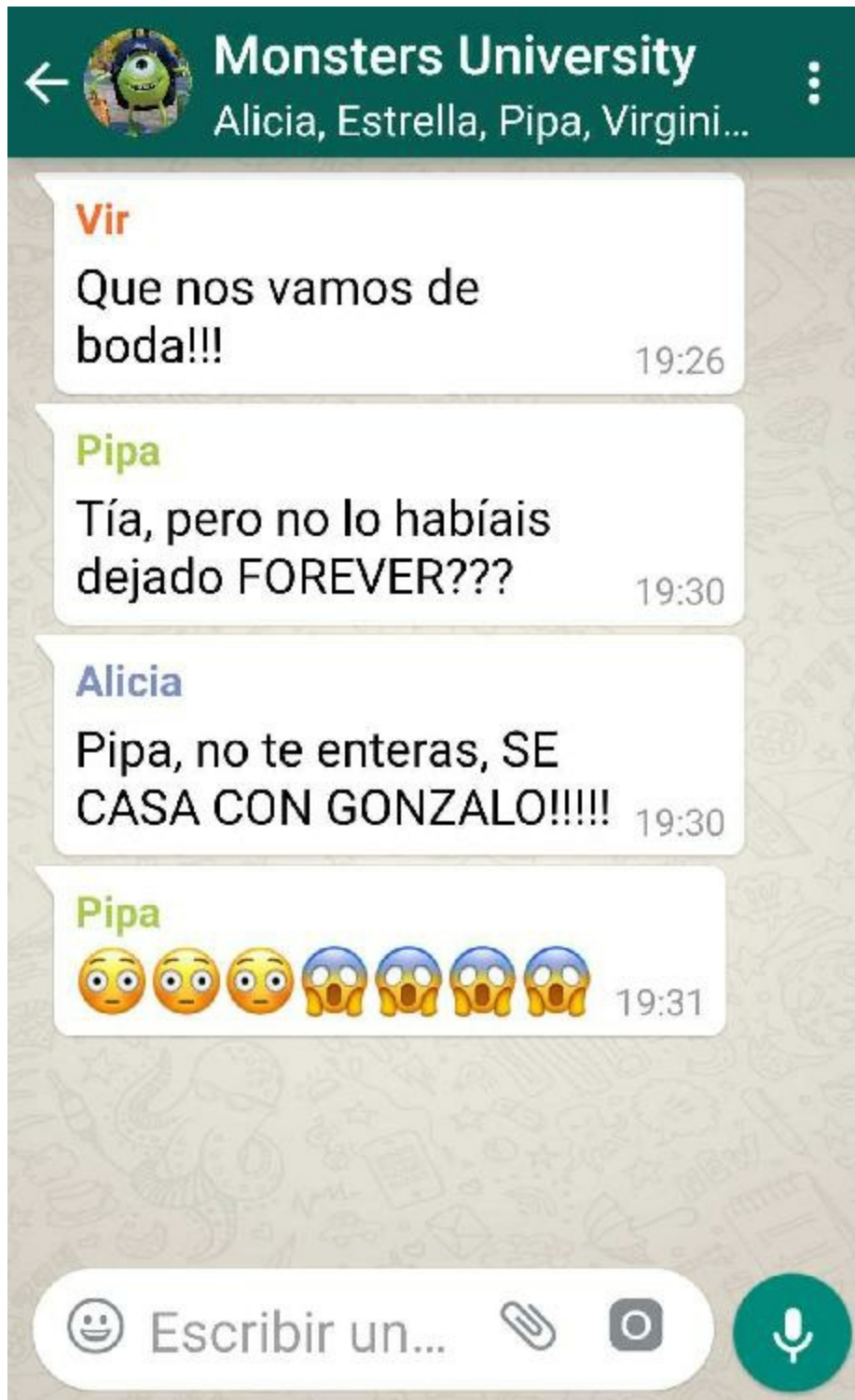
— Pues qué va a decir, que estamos encantados, hija. ¿Lo saben sus padres? ¿Puedo llamarles? —se lo estaba tomando mejor que bien.

— No sé, mamá, acabamos de llegar. Espera unos días, por favor.

— *I'm so happy, honey!* —dijo mi madre besándome en la frente.

— *Me too, mum, me too...*

Los siguientes días fueron una locura. Hubo hasta alguna confusión, lógica si tenemos en cuenta que en realidad, no hacía ni mes y medio que lo había dejado con Rafa.



Todo el mundo estaba súper feliz por nosotros, nos felicitaban, nos daban la enhorabuena... Mi hermano George ya hablaba de su “cuñado” y de cómo su email de borrachera había obrado la reconciliación de la mayor historia de amor de todos los tiempos. A nadie parecía asustarle el hecho de que hiciera

tan solo un mes y medio que hubiera dejado a Rafa, ni que en apenas mes y medio hubiéramos tomado la decisión de casarnos, después de haber pasado tantos años separados. A nadie, menos a mi hermana Allegra.

Estaba en casa, apurando los últimos días que me quedaban de vacaciones. Gonzalo había ido a la playa con su madre a recoger a su abuela, que ya daba por finalizado el veraneo, y no volvería hasta la noche. Allegra llamó a la puerta de mi cuarto.

— ¿Puedo pasar? —preguntó mi hermana cuando ya estaba dentro, según su costumbre.

— Claro, pasa.

— ¿Podemos hablar un momento? —su gesto era serio y grave.

— ¿Pasa algo? ¿Ha pasado algo?

— Eso me pregunto yo, Ada, ¿qué pasa?

— ¿Qué pasa de qué? —no entendía nada.

— Hace apenas un mes que saliste de tu casa, prácticamente con lo puesto, hecha una auténtica mierda. Y ahora resulta que te casas con tu ex, al que hace años que no ves, porque es el hombre tu vida. Y todo esto lo has decidido en mes y medio.

— Pero, Alle, nosotros...

— Mira, Ada, el día que me dijiste que habías dejado al terrorista psicológico de Rafa fue uno de los más felices de mi vida, pero no me puedo creer que después de todo lo que has pasado en los años que has estado con él, estés preparada para casarte con Gonzalo. Lo siento, pero no me lo creo —mi hermana estaba casi llorando.

— Pero nosotros nos queremos, Alle. Estamos enamorados, siempre lo hemos estado. Queremos estar juntos y formar una familia... Estamos hechos el uno para el otro, eso es así — dije intentando convencerla de que sabía lo que hacía.

— ¿Te oyes, Ada? Nosotros, nosotros, nosotros... ¿Alguna vez no has sido *nosotros*? ¿Alguna vez en tu vida has sido, simplemente, *yo*?

— No sé a qué te refieres, Allegra. Nosotros somos Gonzalo y yo. Y yo, soy yo. Es que no te pillo —mentira, sí la pillaba, pero no quería aceptarlo.

— Sí lo sabes, Ada. Piénsalo. Reflexiona. Y dime si alguna vez has sido solo “yo”.

Mi hermana Allegra salió de la habitación y yo me quedé dándole vueltas y vueltas a la cabeza.

Porque no tenía razón.

Porque no podía tener razón.

Capítulo 11

El singular de nosotros

De repente lo vi claro. Joder. Lo vi total y absolutamente claro. Tenía razón. De nuevo, Allegra, tenía razón. Me puse a repasar mentalmente los últimos años de mi vida casi desde la primera vez que Gonzalo y yo nos vimos y no podía creerlo.

Nosotros estamos saliendo.

Nosotros vamos a superar el Erasmus.

Nosotros necesitamos crecer por separado.

Nosotros somos solos *follamigos*.

Nosotros somos pareja.

Nosotros vamos a vivir juntos.

Nosotros necesitamos que dejes el máster.

Nosotros nos mudamos a Murcia.

Cuando dejé a Rafa creí estar tomando las riendas de mi vida, pero en realidad solo estaba cambiando el tú de mi nosotros. Nosotros ya no éramos Rafa y yo, nosotros éramos ahora Gonzalo y yo. Y nosotros nos queríamos y nosotros nos íbamos a casar.

Joder.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo? Llevaba toda la vida siendo la mitad de algo, siempre había sido nosotros, pero nunca me había

planteado ser tú y yo con lo que eso implica. Las grandes decisiones de mi vida las había tomado en plural, pensando en nosotros, quien quiera que fuera ese nosotros. Había empezado a salir con Gonzalo porque él dio por sentado que éramos pareja y que había que contárselo a mi hermano. Había pasado un año separada de Gonzalo porque él aseguró que podríamos superarlo. Había cortado con Gonzalo porque él decidió que nosotros necesitábamos madurar y crecer por nuestra cuenta. Había formalizado mi relación con Rafa porque él opinaba que era el momento. Había dejado el máster porque Rafa concluyó que era necesario para emprender una vida juntos. Había dejado mi vida y mis sueños en Madrid porque Rafa necesitaba volver a casa.

Había, había, había...

Llevaba toda la puta vida dejándome llevar por el torrente que supone el *nosotros*, sin ni siquiera pararme a pensar un minuto si lo que era mejor para ese nosotros era lo que yo quería hacer, lo que me convenía o si era lo mejor PARA MÍ.

Yo quería a Gonzalo, estar con él me hacía feliz, pero ¿YO quería casarme con él? ¿YO estaba preparada para el matrimonio? ¿Era esto lo que YO necesitaba ahora? La putada es que no lo sabía. Hubiera sido mucho más fácil darme cuenta de que en realidad no quería a Gonzalo, de que me había aferrado a él como el clavo que saca a otro clavo, pero para mi desgracia, no era así. Gonzalo era maravilloso. Guapo, inteligente, buena persona, con un buen trabajo y un buen sueldo, le encantaban los niños y encima me trataba como a una reina. ¿Qué coño me pasaba? Si era el tipo perfecto, ¿por qué tenía dudas ahora, precisamente ahora?

Supongo que alguien podría pensar que lo que a mí me pasaba es que me aterraba estar sola y es posible que tuviera razón. Es cierto que prácticamente durante toda mi vida adulta había tenido pareja, pero en este caso, no se trataba de un estado civil, la historia no iba de estar sola o en pareja. La cuestión era que estar con Gonzalo me hacía feliz. Yo era feliz estando al lado de Gonzalo, pero había algo que me decía que no podía dejar que mi felicidad dependiese de otra persona, que debía asegurarme de que yo era capaz de ser feliz por mí misma, en singular. Pero yo no quería perder a Gonzalo. Yo quería el singular de nosotros y, eso, amigos míos, no existe.

¿O sí?

Capítulo 12

El plan C

Lo más difícil de todo no fue explicarle a Gonzalo cómo me sentía. Lo más difícil de todo fue creerme que él, realmente, entendía cómo me sentía.

Al día siguiente, el último antes de empezar a trabajar, fuimos a la playa. El último día de playa de ese verano. Y tumbados en la arena, mientras que unos críos jugaban a nuestro alrededor, vomité todo lo que había estado rumiando en las últimas veinticuatro horas.

— Gonzalo, yo no sé cómo decirte esto, pero he estado pensando y dándole vueltas y... —madre mía, qué difícil es decir algo que no estás segura de querer decir.

— Tranquila, puedes hablar conmigo de lo que quieras.

— A ver, es que yo llevo toda vida siendo *nosotros* y yo lo que quiero... No, lo que necesito... es ser por una vez en la vida, *yo* —notaba como el llanto me subía por la garganta, y no quería llorar.

— ¿A qué te refieres exactamente? —qué bonita es esa sensación, cuando notas que la persona a la que estás hablando de verdad tiene interés por entenderte.

— Pues que desde que tú y yo empezamos a salir, yo siempre he hecho lo que era bueno para *nosotros*... para la pareja, lo que a mi pareja le venía bien... y yo ahora no sé si esto es bueno para mí o si de nuevo estoy dejándome llevar por el *nosotros*... Porque yo quiero que seamos *nosotros*, pero también quiero que seamos *tú y yo*, así en singular ¿tú me entiendes, Gonzalo?

— Creo que sí te sigo... Creo. Pero no sé a dónde quieres llegar. ¿Necesitas tiempo? ¿Te arrepientes de haber dicho que sí? ¿Quieres dejarlo? —esto último me lo preguntó con una cara de *no por favor* que casi me muero allí mismo.

— No. Bueno, no lo sé. Sé que cuando estoy contigo estoy feliz. Y que me siento bien. Pero sé que voy a ahogarme y no quiero que eso pase

y que sufras. Que suframos.

— Vamos a ver. Según lo que me estás contando, crees que tenemos, o que tienes, dos opciones. La primera es dejarlo, aquí no ha pasado nada, y seguimos cada uno por su camino. La segunda es seguir adelante con la boda mañana mismo —lo explicaba tan tranquilo y con tanta seguridad que no tenía más remedio que tener razón.

— Puede que simplificando al máximo y reduciendo al absurdo, sea así —la Ada más matemática siempre sale en los momentos críticos.

— Está claro que la opción de seguir con la boda inmediatamente, te agobia, ¿cierto?

— Algo así...

— Vale. Vamos a plantear un escenario. La otra opción. Decidimos dejarlo aquí y ahora. Mañana te levantas, te vas a trabajar y después de trabajar no quedamos, no nos vemos, no hay mensajes, porque tú y yo no estamos juntos ya. No hay planes, ni cenas en el *japo*, ni cines, ni conversaciones de whatsapp de dos horas por la noche. ¿Eres feliz?

— No lo creo —bueno, era más bien que si eso pasa, me puedo arrancar el corazón y dárselo de comer a los lobos. Me muero de la pena.

— Pues entonces tenemos un problema.

— Pero Gonzalo, yo... — ay, no por Dios, ¡que no quiero dejarlo!

— Claro, que luego está la opción C, que es tomarnos las cosas con calma —me cogió de la mano—. Ada, yo cuando te pedí que te casaras conmigo no pretendía volver de Londres y poner una fecha. Me dejé llevar, la verdad, quizá me precipité, pero sabes que soy muy impulsivo y vi el momento y la ocasión y no lo pensé.

— Gonzalo, si fue precioso... —casi me estaba arrepintiendo de haber sacado este tema.

— Tú sí eres preciosa —dijo acariciándome la mejilla.

— Lo que pasa es que ha sido todo tan rápido y tan intenso que aún no sé ni dónde estoy, ni a dónde se supone que quiero ir. Pero lo que sí sé, seguro, es que quiero tenerte conmigo.

— Ada, yo también quiero estar contigo, pero no quiero arrasarte, ni anularte con un *nosotros*. Tienes que darte a ti misma tu lugar, tienes que dejar de creer que mantener tu sitio te va a alejar de mí. Yo no sé cómo sería tu relación anterior, aunque me hago una idea, pero tienes que saber que yo te quiero a mi lado porque me sumas y por eso nunca querré que te conviertas en un cero. Y quiero que crezcas, que te hagas más grande y

verlo desde la primera fila, porque cuanto más grande te hagas tú, más grande me hago yo, si estoy a tu lado. Porque se trata de eso, Ada, de crecer juntos y de que nuestros logros individuales nos hagan más grandes, que hagan más grande el *nosotros*.

— Yo... yo no sé ni qué decir, me has dejado sin palabras, Gonzalo
—menudo *speech*, colega.

— Dime que te quedas conmigo.

— Me quedo contigo, amor, me quedo contigo.

Y así fue como decidimos que, dado que ninguno de los dos queríamos dejar de ser *nosotros*, deberíamos intentar encontrar la manera de que ese *nosotros* también tuviera singular. Que debíamos encontrar la manera de, estando juntos, seguir creciendo por separado y mantener nuestras individualidades. Que *nosotros* no fuera un ciclón que nos arrasase, sino que fuera la suma de *tú y yo*.

Nada menos.

Capítulo 13

En la calle

La vuelta al trabajo fue, sin duda, la bofetada de realidad más grande que podía recibir en aquel momento. Llevaba dos meses viviendo una especie de peli de sobremesa, de esas rollo la *prota* se jura y se perjura que jamás en la vida va a volver a creer en el amor y entonces, su abuelita difunta – o Papá Noel, su sobrinita pequeña, su madre metomentodo, o el hada de los dientes – le mandan de manera mística al puñetero hombre de su vida, perfecto no, lo siguiente. A mí el hombre de mi vida me lo había mandado mi hermano en forma de correo de borrachera y no me había dado tiempo ni tan siquiera a plantearme si iba o no a creer en el amor.

Tener que explicar a nuestras familias, amigos y conocidos que sí que estábamos juntos, pero que de momento la boda quedaba en *stand by*, fue toda una odisea, porque por lo visto, lo normal si dices que te vas a tomar un tiempo antes de dar un paso así, es romper la relación. Así que todos asumían que si no poníamos inmediatamente fecha de boda era porque, obviamente, habíamos cortado.

En medio de toda esta irrealidad, la vuelta al trabajo me puso los pies en el suelo. No había buen ambiente, para nada. Uno de los contables de tesorería había estado desviando durante años dinero de la empresa a la cuenta de una compañía que figuraba en los papeles de Panamá. La UDEF había registrado la oficina y, como resultado, fueron detenidos dos compañeros, el propio contable de tesorería que parecía ser el autor material del desfalco y el jefe de contabilidad, al que consideraban colaborador necesario, además del presidente de la empresa. De la noche a la mañana, todos nos convertimos en presuntos delincuentes, ya no para la policía, que parecía tener claro quiénes eran los responsables, sino para los propios compañeros.

Por otro lado, la empresa se enfrentaba a una multa por fraude fiscal continuado que se acercaba a los dos millones de euros. Al parecer, parte de

los fondos que se desviaban a las cuentas de empresas pantalla provenían del dinero que, supuestamente, se dedicaba a liquidar los impuestos, que la empresa llevaba años pagando a medias, al haber estado falseando las cuentas de resultados de la sociedad.

Así las cosas, todos nos mirábamos por los pasillos como en ese chiste de Gila “*alguien ha matado a alguien... alguien es un asesino...*”. Además, había rumores más que confirmados de que en la empresa iba a haber despidos. Así, a lo loco. Y nos podía tocar a cualquiera.

¿Sabéis esas veces que tu madre te decía “se está rifando un guantazo y tú llevas todas las papeletas”? Pues tal cual. Mira que no me ha tocado en la vida ni la devolución de la lotería de Navidad, pues en este caso, me llevé el premio gordo. El jefe de personal me llamó un jueves por la mañana, nada más llegar a la oficina.

— Ada, ¿puedes acercarte a mi despacho? —tenía la voz como un adolescente en pleno cambio hormonal.

— Eh, sí, claro, ¿es urgente? —¡no, por Dios, a mí nooooo!

— Sí, por favor, ven ya.

En resumen y por ahorrar en detalles. Que la situación de la empresa era más que delicada. Que había que hacer muchos recortes y que, evidentemente, el marketing era una actividad totalmente innecesaria por el momento. Que por deferencia a los años trabajados y al esfuerzo invertido en la empresa, lo iban a considerar un despido improcedente y que me indemnizarían. Y que lo sentían mucho, pero que ya al día siguiente no hacía falta que fuera a trabajar.

De camino a mi mesa, solo podía pensar en cómo se lo iba a contar a Gonzalo y en lo que pensaría de mí. Probablemente esto afectaría a nuestra relación, porque claro, ¿quién iba a querer cargar con una tía con los treinta cumplidos, que vive con sus padres, sin trabajo y sin futuro? Lo más normal es que saliera huyendo. Lo haría de una forma elegante, eso seguro. Nada de ahí te quedas, me daría unas razones súper convincentes del porqué lo mejor para mí era que lo dejásemos y yo le daría las gracias por ser tan bueno.

Me repetía a mí misma, Ada no llores, Ada, no llores, pero no lo conseguí. Estaba en el paro y mi novio me iba a dejar por ello, ¿cómo no iba a llorar?

Al llegar a mi mesa, entre sollozos, vi el móvil parpadeando.



Recogí mis cosas a la velocidad del rayo, cosa que últimamente se me daba de lujo. En un arranque de rabia, me metí en mi ordenador, entré a la

carpeta “Acciones Octubre-Noviembre” y la machaqué. Había adelantado mucho trabajo antes de vacaciones para la campaña de otoño y, sinceramente, no me daba la gana de que la empresa se quedase con ese trabajo. Tampoco sabía si realmente lo iban a utilizar y quizá hasta hubiera una copia de seguridad en algún lado, pero yo me quedé en la gloria. Hay que ver con lo poco que somos felices algunas veces.

Habíamos quedado en vernos en el *Zalacain*. El *Zalacain* o simplemente, el *Zalaca* era un bar, cafetería, refugio de almas doloridas y sala de conciertos, todo en uno. Las paredes estaban llenas de libros, entre los que había antiguos libros de cuentas, guías telefónicas, libros de cartón piedra falsos, libros de texto de derecho, economía, medicina y de casi cualquier cosa, que los estudiantes habían ido olvidando en sus mesas de mármol. Mesas que, por cierto, según la leyenda, eran lápidas de tumbas abandonadas. Decían que si las mirabas por la parte de abajo, aún podían verse los nombres, aunque los habían pulido. Yo nunca me atreví a asomarme. En el *Zalaca* el tiempo se detenía. Podías llegar por la mañana, tomarte un café con leche con una tostada, ponerte a leer, a escribir o estudiar y llegar al mediodía sentado en la misma mesa. Si te entraba el hambre, podías pedir una ensalada, un sándwich vegetal o un montadito y seguir a lo tuyo. Y sin moverte de la mesa, podías esperar a tus amigos para tomar una copa y escuchar algún concierto de los músicos que solían tocar allí a cambio de unas cervezas y unos aplausos. El *Zalaca* era uno de los mejores sitios del mundo.

Cuando llegué, Vir y Alicia ya estaban allí. Joder, casi no reconocí a Alicia. Estaba negra como Donatella Versace y llevaba una falda lápiz, unos *stilletos* y una blusa de seda que nada tenían que ver con la chica de vaqueros y camisetas de grupos heavies con la que había vivido la adolescencia.

— ¿Son unos *manolos*? —pregunté, sin decir ni hola.

— Sí, los *hangisi denim*. Pero hola, ¿no? —dijo Alicia.

— Ay, sí tía, perdona, es que estoy en shock todavía —dije intentando disculparme.

— Pues espérate que os cuente lo que os tengo que contar, que se os van a caer las bragas. ¡Tres cervezas aquí, guapo! —dijo Alicia, cuyos modales y forma de expresarse no habían cambiado en absoluto, a pesar de parecer una pija italiana.

Alicia y Graziano habían roto. Bueno, más bien Alicia había roto con Graziano porque lo pilló en la cama con otro tío. Por lo visto, una mañana él le dijo que estaba enfermo y que no iba a ir a trabajar. Alicia, que trabajaba en un estudio de arquitectura en Roma, se marchó al trabajo, pero a mitad de mañana y aprovechando que tenía que ir a visitar a un cliente, decidió pasarse por casa para ver si se encontraba bien.

— Tías, entro, no oigo nada y gilipollas de mí pienso, pobre, estará dormido. Total, que voy para la habitación y me encuentro a Graziano bocabajo en la cama y a un *chulazo* de melena rizada y cuerpo aceitado, de rodillas entre sus piernas, los dos en pelotas —contaba Alicia con una calma que parecía que le hubiera pasado a otra.

— Hostias, qué fuerte —exclamó Virginia tapándose la boca —¿Y qué dijiste?

— Pues tía, me quedé como flipada y a todo esto va y me suelta que no es lo que parecía, que era su *fisio*... ¡que le estaba recolocando una vértebra!

— ¡Mentira! ¡No puede ser, tía! ¿Te dijo eso de verdad? —dije yo, que no sabía si echarme a reír o qué hacer.

— Con dos cojones morenos, nena. Total, que yo le digo, pero Graziano, ¿tú te crees que yo soy gilipollas?

— Normal... —asentimos Virginia y yo.

— Pues todavía va el payo y me suelta que bueno, que en la vida hay que estar abierto a todo y que hay que probar cuantas más experiencias, mejor.

— ¡Venga ya! ¡La madre que lo parió! —dijo Virginia, que estaba descojonada de la risa.

— Cabrona, no te rías, que lo fuerte viene ahora. Le digo que lo estoy flipando, que cómo tiene ese morro y esa poca vergüenza y me dice el tío que me una, que por qué no me quito la ropa y me meto en la cama con ellos... ¡CON LOS DOS!

— Bueno, mira, por lo menos te invitaron —dije yo, que me lo estaba tomando a cachondeo al ver que Alicia parecía estar haciendo lo mismo.

— Pues te juro que por un momento me lo pensé, pero le dije *figlio di puttana, vaffanculo* y aquí estoy.

— Pero, ¿lo has dejado? — le pregunté yo.

— Hombre, no, mi novio me pone los cuernos con un *chulazo* que

está más bueno que él y si quieres le doy el premio al novio del año.

— ¿Y el trabajo? —preguntó Virginia.

— Me he despedido. Si te digo la verdad, estaba hasta las narices de Italia, de los italianos y de su puta madre. Eso es un caos, nenas. Todo carísimo, los sueldos una mierda...

— Pues tú bien que llevas unos *manolos*, maja —dije yo, precisando.

Como si fuera lo más natural del mundo, Alicia nos contó que cuando se puso a recoger sus cosas del piso que compartía con Graziano, se dio cuenta de que no le cabía todo en las maletas que tenía, así que se fue a comprar una. Total, que en lo que veía las maletas, se encontró con los *manolos*, con el *Antígona* de Givenchy y con una bufanda de Alexander McQueen, así, de casualidad. Y como la tarjeta de *Rinascente*, que es como El Corte Inglés de allí, estaba a nombre de Alicia, pero se cargaba en la cuenta de Graziano, se hizo un autoregalo de tres mil euros post-ruptura. Por las molestias.

— Qué fuerte eres, tía... Cuando se entere... — dije yo.

— Graziano es un cabrón, pero un cabrón forrado. No creo ni que se dé cuenta, ni que le importe. Además, es por los daños morales.

— Di que sí, hija —sentenció Virginia.

Sin tiempo para recuperarnos de la opereta que nos acababa de contar Alicia, Virginia me preguntó *por lo mío*, por mi drama vital, por el fin de mi existencia tal y como la conocíamos.

— Pues eso, que me han echado a la calle. Que sobro. Que con media empresa en la cárcel, poco trabajo hay para mí... —dije casi echándome a llorar.

— Pues otra cosa saldrá, tía. No te pongas así por un curro que ni siquiera te gustaba —dijo Virginia, con toda la razón del mundo.

— Si ya no es el curro, tía, es que veremos a ver cómo se lo toma Gonzalo...

— ¿Gonzalo? ¿El qué? ¿Que te hayan despedido? —dijo Alicia, muy sorprendida.

— Claro, tía. Estoy segura de que me va a dejar —dije entre sollozos.

— ¿Pero qué dices? ¿Ha pasado algo? —preguntaron casi a coro.

— Que me han echado del trabajo, ¿es que no me estáis escuchando?

— Ya, pero ¿qué tiene que ver eso con Gonzalo? —preguntó Virginia.

— Pues tía, que dónde voy yo ahora, con treinta años, en el paro, viviendo con mis padres... Gonzalo es un tío adulto, y yo me acabo de convertir en la Ada adolescente a la que conoció en pijama, la hermana pequeña de su mejor amigo.

— Ada, tú lo que estás es trastornada, te lo digo desde el cariño —dijo Virginia.

— Venga, gracias.

— No, no, en serio. Te has pasado muchos años machacada por el terrorista de Rafa y tú te sigues creyendo que no vales una mierda. Y perdóname que te diga, pero no. Tú eres una tía de puta madre, y Gonzalo lo sabe. Lo ha sabido siempre. ¿O acaso no te has dado cuenta de que está loco por ti?

— No, si yo sé que él...

— No, tú no sabes nada. ¿Alicia, puedo, por favor? —dijo Virginia, muy seria.

— Tírale... —respondió Alicia.

Y delante de tres ensaladas César del *Zalaca* y de otras tres cervezas, con *The Reason* de The Hoobastank de fondo, me dijeron todas las cosas que llevaban mucho tiempo queriendo decirme y que callaron para no hacerme daño.

Capítulo 14

Catarsis

Virginia comenzó a hablar y sus palabras se iban metiendo en mi cerebro como pequeños alfileres, pinchando y provocando punzadas de dolor a cada segundo. Mis amigos, mis padres, mis hermanos... todos llevaban años preocupados por mí. La Ada bromista, divertida, ingeniosa, valiente y decidida se había convertido en una sombra, una muerta viviente, un espectro que veía pasar los días y la vida desde la segunda fila. Porque Rafa no me dejaba ser protagonista de mi vida. Habían intentado hacerme ver que Rafa había anulado completamente mi existencia y que durante muchos años yo no había sido sino la comparsa de su vida. Todo lo que yo hacía, decía o pensaba estaba pasado por el filtro de Rafa.

Qué pensaría Rafa.

Qué le parecería a Rafa.

Qué me permitiría Rafa.

Ellas, mis amigas, muchas veces me habían advertido de esto, pero yo no lo quería ver. Siempre encontraba una justificación que explicase el comportamiento de Rafa. Cuando no era que estaba estresado porque no encontraba trabajo, lo disculpaba porque se encontraba muy triste por la muerte de su padre. Y si no, era yo la que provocaba sus desplantes y sus salidas de tono. La culpa era mía porque yo tenía mucho carácter y no sabía llevar a Rafa. Les pregunté que por qué no me habían hablado nunca de todo esto y se rieron las dos a la vez.

— Ada, te lo hemos dicho millones de veces, pero no nos has querido escuchar —dijo Virginia.

— Pero yo no recuerdo...

— Claro que no recuerdas, no nos escuchabas. O peor, escuchabas a Rafa, que te decía que queríamos malmeter en vuestra relación porque

teníamos envidia de lo que vosotros teníais —dijo Alicia.

— ¿Cuántas veces te dijo Rafa que yo era una puta y Miguel un cornudo consentidor? ¿Cuántas veces te dijo que yo no te consideraba una amiga y que me aprovechaba de ti?

— Pero no lo decía en serio, Vir...

— ¿Ves? Hasta ahora sigues disculpándolo. Sí lo decía en serio, ¿sabes por qué? Porque de esa manera te aislaba, te incomunicaba, te secuestraba de tu propia vida. Solo le tenías a él. Solo él te comprendía y solo él te cuidaba.

— Los demás éramos tóxicos para ti, Ada, solo buscábamos meter mierda —sentenció Alicia.

Así siguieron un buen rato, recordándome situaciones que yo creía vividas de una manera y que, contadas por ellas, cobraban un nuevo significado. Como cuando dejé de ir al gimnasio, al que me había apuntado con Virginia al poco de volver a Murcia. En mi memoria, yo había dejado de ir porque no estaba cómoda con los tipos que pululaban por allí últimamente. Según mis recuerdos, eran unos babosos que solo iban al gimnasio a ligar y que nos importunaban a cada momento, haciéndonos sentir violentas. Según Virginia, eran los mismos tipos de siempre, pendientes hasta el narcisismo de sus propios cuerpos, y que en ocasiones contadas se dirigían a nosotras para preguntarnos si íbamos a seguir usando la máquina de pectorales o la de abductores.

Yo había convertido el hecho de estar en un mismo espacio con tres o cuatro hombres haciendo deporte en algo sucio, en algo clandestino, en algo deshonesto. ¿Y por qué? Porque solo pensaba y veía a través de los ojos de Rafa. Y él lo hubiera visto así. Me pusieron tantos ejemplos, tantos, que no fui capaz de otra cosa que de echarme a llorar. Dios mío, ¿cómo había podido ser capaz de lobotomizarme de aquella manera? ¿En qué momento perdí la capacidad de ver la realidad y de sustituirla por un mundo indecente, obsceno en el que todo el mundo quería aprovecharse de mí? ¿Cómo fue capaz Rafa de convencerme de que el único que realmente me valoraba y me entendía, era él?

— ¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo?

— No has sido imbécil, Ada, has sido abducida por un maltratador

psicológico. Y el problema es que aunque hayas sido capaz de reaccionar y lo hayas dejado, sigues bajo su influjo.

Virginia hablaba masticando cada una de sus palabras, como si la rabia acumulada durante todos estos años estuviera saliendo a borbotones por su boca.

— Pero si lo he dejado, si no quiero saber nada de él...

— Ya, pero las secuelas están ahí. Crees que Gonzalo te va a dejar porque has perdido el trabajo. ¿Tú crees de verdad que una relación adulta y sana puede romperse porque te echen del trabajo?

— Yo.... no sé, es que... —no sabía qué decir.

— Te quieres tan poco, que crees que un trabajo, dónde vivas o cómo te vistas puede hacer que Gonzalo ya no quiera estar contigo. Y Gonzalo se muere por ti. Literalmente.

Lo que Virginia y Alicia me contaron a continuación provocó en mi tal ira, que si en aquel momento hubiera tenido a Rafa delante, le hubiera matado con mis propias manos. Y no es una forma de hablar. Nos remontamos a unos ocho años atrás. En aquel momento, Rafa y yo llevábamos, más o menos, un año viéndonos de vez en cuando, pero sin compromiso alguno. Gonzalo y yo hacía algo más de un año que habíamos cortado y llevábamos un par de meses sin tener ningún contacto.

Uno de esos días, Gonzalo se encontró con Virginia tomando un café y le preguntó por mí. Ella le dijo que yo seguía viviendo en mi piso de estudiantes de siempre en Madrid y que estaba bien, estudiando a tope, como siempre. Le preguntó por mi vida amorosa y ella le dijo la verdad, que no salía con nadie, aunque tonteaba con un tío de vez en cuando, pero nada serio.

Gonzalo le dijo que no era capaz de olvidarme, que me necesitaba y ella lo animó a ir a Madrid a decírmelo en persona. Y vino. Vino unas semanas antes de Navidad, esa Navidad en la que Rafa se presentó ante mis padres como mi novio. Llamó a mi puerta, a la puerta de mi piso. Y le abrieron. Pero no era yo. Era Rafa. Yo debía estar en la ducha, quizá había bajado a comprar algo, no soy capaz de ubicar en qué momento Rafa estuvo solo en mi casa y pudo abrirle la puerta a Gonzalo sin que yo me enterase.

Gonzalo preguntó por mí y Rafa le dijo que yo no estaba. Le contó que era mi novio. Que vivíamos juntos. Cuando Gonzalo le dijo quién era, Rafa le contestó algo así como “ah, sí, algo me contó de un *rollete* que tuvo contigo de críos, nada serio”. Nada serio. Un *rollete*. De críos.

Gonzalo se marchó. Creyó que yo era feliz con mi novio, viviendo juntos y se marchó. En aquel momento, mientras el amor de mi vida se montaba en un coche, de vuelta a Murcia, yo seguiría quizá en la ducha, o puede que en el súper de abajo comprando *cocacola* normal para Rafa, porque la *light* que yo tenía, no le gustaba. Y mientras yo pisaba el suelo que Gonzalo había pisado hacía apenas unos segundos, mientras yo hablaba con la persona que le había dicho a Gonzalo que él para mí era un *rollete* de adolescencia y lo había alejado de mi vida, Gonzalo tenía un accidente a la altura de Tarancón.

Ojalá te pudras en el infierno, Rafa. Ojalá te pudras.

Capítulo 15

Toda la verdad

Cuando salí del *Zalaca* estaba de noche y hacía frío. Al menos, yo tenía frío. Saqué el móvil del bolso, tenía catorce llamadas perdidas de Gonzalo y otros tantos whatsapp, de él, de mi madre y de mi hermana Allegra.

Llamé a Gonzalo.

— Ada por Dios bendito, ¿dónde coño estás? — dijo Gonzalo nada más sonar el primer tono.

— Estoy con estas... con Vir y con Alicia, es que, joder, lo siento, ya te contaré, es muy fuerte...

Estaba como anestesiada, quizá la adrenalina que había segregado a lo largo de todo el día me tenía medio colocada. Bueno, eso y las tres cervezas y cuatro *gintonic*s que me había metido para el cuerpo.

— Te he llamado al trabajo, Ada, y me han dicho lo que ha pasado. He llamado a ver si estabas en casa, a tu madre, a tu hermana, a Virginia la he llamado por lo menos diez veces... ¿se puede saber dónde estáis?

— Aquí, en el *Zalaca*. ¿Puedes venir a por mí? Creo que no me encuentro bien... —básicamente porque estaba borracha como una cuba.

— No te muevas de ahí, que voy. Yo aviso a tu madre y a tu hermana de que estás bien.

Me senté en un portal a esperarlo. Apenas en diez minutos, llegó Gonzalo. Yo no podía ni hablar; me preguntó que si quería dormir en su casa y asentí con la cabeza. No tenía pijama allí, así que me puse uno suyo. No me estaba demasiado ancho, solo algo largo, así que me lo remangué. Me di la vuelta, me quedé mirándolo y a bocajarro, solté:

— ¿Fuiste a verme a Madrid hace ocho años y tuviste un accidente?

— ¿Quién te lo ha contado?

— ¿Fuiste a verme a Madrid y tuviste un accidente?

— Sí.

— ¿Y no pensabas contármelo nunca?

— ¿Para qué?

— Porque tenía derecho a saberlo.

— Ada, qué más da. Fue hace mucho.

— ¿Si no me lo hubiera contado Virginia, nunca hubieses dicho nada?

— ¿Y de qué vale remover ahora eso? Yo fui a pedirte que volvieras conmigo, tú ya tenías tu vida hecha y me volví. Con tan mala suerte que mi coche tuvo un reventón y no supe reaccionar. Fin.

— No. Fin no. Porque tú fuiste a pedirme que volviera contigo, pero yo no tenía mi vida hecha. Yo no estaba saliendo con Rafa y ni mucho menos estaba viviendo con él. Y casi te mueres sin que yo pudiera decirte que te quiero, que estoy loca por ti, que eres el amor de mi vida y que siempre has sido tú, Gonzalo, siempre has sido tú. Que cada noche soñaba con que volvieras a buscarme y TÚ YA HABÍAS IDO y ese hijo de la gran puta lo jodió todo. — Ada, cariño mío, no llores... —Gonzalo casi estaba llorando también.

— Todos estos años, todo lo que yo he tenido que pasar, todos los sueños que tenía... todo se fue a la mierda porque ese día no te abrí la puerta. Por no estar en el puto sitio correcto, a la puta hora correcta.

— Ada, ya, para, por favor. ¿Vas a arreglar algo así? En serio, no podemos estar siempre pensando en lo que pudo ser y no fue. Vamos a dar gracias a la afición que la familia Marco Boatman tenéis por los *gintonics* y al mail que tu hermano mandó a todos los contactos de su agenda que hizo que estemos hoy aquí juntos.

— Madre mía el mail de mi hermano... Es que no me quiero imaginar las caras de sus compañeros, de su dentista, del director de su banco cuando vieron el mail...

— Bueno, creo que fue un cachondeo general... Algo me llegó de uno de los enfermeros de su centro de salud... Pero bueno, todos saben que tu hermano tiene un humor muy... particular —la tensión del ambiente se había ido al recordar el mail de mi hermano.

— Hombre, llámalo particular o llámalo un humor que solo entiende él —puntalicé, mientras me limpiaba las lágrimas.

— Sea lo que sea, le doy las gracias por haberlo hecho —tiró de mi brazo hacia él y me abrazó.

- Gonzalo... te quiero —dije yo, sin apenas darme cuenta.
- Y yo a ti, Ada. Más que a nada en el mundo.

Los siguientes días los viví como atontada, casi como si estuviera adormilada. Por primera vez en mi vida no tenía absolutamente nada que hacer, ni ningún sitio a donde ir. Una vez hube solucionado el papeleo del paro y todos esos menesteres, no sabía qué hacer con mi vida. Me levantaba por las mañanas, me duchaba, daba una vuelta por casa, miraba webs de búsqueda de empleo sin ningún éxito, abría el frigo, lo miraba, lo cerraba, ponía la tele y oía alguna truculenta historia sobre trapicheos de drogas en barrios marginales o carne de vaya usted a saber qué, vendida como carne de ternera.

Un día estaba en el sofá con el móvil en la mano, cotilleando en Facebook. Las publicaciones de la mayoría de mis amigos de *face* se podían clasificar en dos grupos: las de ecografías, barriguitas de embarazada y fotos de bebés, por un lado, y las de los indignados políticos, a izquierdas y a derechas, que una tiene amigos de todas las cuerdas, por otro.

Qué aburrimiento.

Me pasé a Instagram. Me acordé que tenía que empezar a seguir a Virginia si no quería que nuestra amistad se tambalease, y lo hice. Qué tía, tenía un montón de seguidores y unas altas dosis de postureo en todas sus fotos. Mira que le gusta. Busqué a Alicia entre los seguidos de Virginia y también la seguí. La verdad que sus fotos eran una pasada, como de revista. Viéndolas, jamás tendrías la impresión de que apenas hacía unas semanas que se había encontrado al tipo trajeado que salía con ellas en algunas fotos en la cama con un efebo. Todo transmitía un aire de felicidad, de romanticismo, de tener una vida ideal de la muerte. Qué falso era todo.

De repente, tuve un impulso. Me fui a la lupa y lo tecleé. Rafafonabe. No sé muy bien qué esperaba ver o qué esperaba encontrar allí. Pero, desde luego, fuera lo que fuera, no era ni mucho menos lo que estaba viendo. La primera foto era la que hizo que Virginia me llamara para decirme que se había enterado que estaba con Gonzalo, la de “*eres muy puta y lo sabes*”. La siguiente era una foto de Londres. Le seguía una foto de la playa y a esta una foto del *Zalacáin*. El pie de foto en todas era parecido. *Londres, ciudad de golfas... Cuando la playa se llena de zorras... Aquelarre*. Todos los pies de

foto finalizaban con el hashtag *#empyls*, lo que deduje que significaba “eres muy puta y lo sabes”.

No sabía cómo reaccionar. Rafa había estado subiendo fotos de todos los sitios en los que yo había estado últimamente. En Londres, con Gonzalo. En la playa. En el Zalaca con mis amigas. Un escalofrío recorrió mi espalda y pude notar cómo se secaba mi garganta. Realmente no sabía qué hacer, así que llamé a Virginia.

— Denúncialo — dijo Virginia sin pensarlo.

— Ya, ¿y qué le digo a la policía? Hola, buenas, quiero denunciar que mi exnovio sube fotos a Instagram de sitios donde yo he estado. Se descojonan de mí en mi cara, tía.

— Bueno, es que no solo es eso. Te insulta en las fotos, te llama puta y no sabemos si te está siguiendo. Eso es acoso, Ada.

— Este tío es gilipollas. ¿Y si lo llamo y se lo explico?

— ¿Tú eres tonta? Ni se te ocurra. Te estoy diciendo que vayas a la policía y que le pongas una denuncia. Pero ya.

— Que no voy a denunciar nada, tía, que paso de movidas. Voy a pasar del tema y punto.

— Tú sabrás, yo ya te he dado mi opinión.

— Bueno, de momento voy a bloquearlo, pero si tú ves algo raro, avísame, por favor.

— ¿Algo más raro que el hecho de que esté haciendo un seguimiento de los sitios a los que vas con el hashtag “eres muy puta y lo sabes”? Venga, vale, no te preocupes.

— Joder, tía, yo quería que me tranquilizases, no que me acojonases viva. ¿Es que no ves que si le pongo una denuncia va a ser peor? Tendría que ir a declarar, ir a un juicio, verle la cara... Que no, que no, de verdad.

— Sigo pensando que deberías denunciarlo.

— Vale, Virginia, ha quedado claro. Una cosa más, no le digas nada a Gonzalo, por favor.

— Lo que tú digas, pero no estoy de acuerdo.

Capítulo 16

Mar en calma

El primer mes que me pagaron la prestación por desempleo, me sentí rarísima. Llevaba semanas sin trabajar, parecía un alma en pena sin saber muy bien a dónde dirigir mis pasos. Por eso, recibir un sueldo en aquellas circunstancias me hizo sentirme aún peor, como si me dijeran “sabemos que no vales para nada y por eso te damos esta paga”.

Gonzalo y yo habíamos quedado en el gimnasio al que mi hermano y él iban desde hacía años. Yo nunca he destacado por mis dotes para el deporte, pero tanto mi hermano, como Gonzalo, Virginia, Alicia y Miguel opinaban que tenía que hacer algo con mi vida y que el deporte podía ser un buen comienzo. No las tenía yo todas conmigo, teniendo en cuenta que la última vez que me apunté al gimnasio, no duré ni seis meses. Aunque aquello fue otra historia, está claro. Confieso que lo que mejor llevé fue ir a comprarme ropa para ir a entrenar. Porque lo primero que me quedó claro es que no se va al gimnasio, ni se va a clase de spinning a ver cómo la vida se te escapa entre tus dedos mientras pedaleas. No. Se va a entrenar. Se me ocurrió preguntar que para qué nos estábamos entrenando, si es que íbamos a correr alguna maratón o algo – cosa a la que me negaba – pero me miraron de una manera que decidí no volver a abrir la boca.

Cuando llegué al gimnasio mi primer impulso fue darme la vuelta e irme por donde había venido. Qué derroche de luces, de mallas fosforitas, de cuerpos reventones y de música *chundachunda* a toda pastilla.

- Gonzalo, en serio te lo digo, yo no creo que esto sea buena idea...
- Que ya verás como sí. Entra a clase de spinning y luego me cuentas.
- Pero Gonz...
- Hazme caso, te lo prescribo como médico.
- Gonzalo, haz el favor, que tú eres pediatra...

— Pero soy médico, ¿no? Pues venga, que verás que bien te vas a sentir luego.

La verdad sea dicha, cuando acabó la clase es cierto que me sentí bien. Bueno, a ver, bien exactamente no era, más concretamente se trataba de una mezcla de sensaciones entre gratitud por no haber muerto encima de la bicicleta, alivio, por dejar de oír al monitor gritando como si estuviéramos en la marina americana y un poco de asco porque estaba sudando más que en toda mi vida. En aquel preciso momento decidí que iba a volver al gimnasio mi abuela en bicicleta, que yo a lo más que me prestaba era a dar una caminata a buen paso, siempre y cuando después me pudiera tomar una cerveza.

De camino a la ducha vi a Gonzalo y a mi hermano levantando pesas muertos de la risa y la verdad que en aquel momento me enamoré un poquito más. Que mi novio estuviera de *colegueo* con mi hermano era algo que ni me planteaba hace unos meses. George no podía ni ver a Rafa y Rafa opinaba que mi hermano era un snob, que se creía superior por ser médico y que nos miraba por encima del hombro.

— ¿Una cerveza después de la ducha, Ada? —me gritó mi hermano desde la otra punta del gimnasio.

— He quedado con Alicia —le contesté.

— Pues que se venga —dijo mi hermano.

Aunque estábamos a mediados de octubre, aún hacía buen tiempo, así que nos sentamos en una terraza. Bueno, quien dice sentarnos, dice desparramarme, porque en aquel momento no era capaz de controlar mis extremidades inferiores y mis bajos habían vivido tiempos mejores, sin duda.

— ¿Estás bien? —me preguntó Gonzalo.

— Yo sí, pero tú vas a pasar más hambre que en la guerra, porque esto está declarado zona catastrófica por una semana por lo menos, amigo...

— Hola, ¿qué tal? —dijo Alicia que acababa de llegar.

— Hola, creo que no nos han presentado, soy George, el hermano de Ada.

— Hola, George. Te conozco desde hace *veintipico* años, hijo —dijo Alicia agachándose para dar dos besos a mi hermano y dejando un halo

de *Midnight rain* de La Prairie en el aire.

— Es mi amiga Alicia del colegio, George. La que se fue a Italia.

— Pues no... quiero decir que no... vamos, que has cambiado mucho, ¿no?

— Algo... —dijo Alicia riéndose y señalándose la nariz, que se había operado hacía unos diez años. También podía haberse señalado las tetas, pero de eso no dijo una palabra, la tía.

Pedimos unas cervezas y unas marineras y, como el que no quiere la cosa, Gonzalo fingió que se acababa de acordar que en quince días era el cumpleaños de su hermana y que se le estaba ocurriendo que yo podría organizarle la fiesta sorpresa que quería darle. Vamos, como actor no se iba a ganar la vida, estaba claro que esto lo tenía más que hablado con mi hermano. Yo no lo veía claro, era demasiada responsabilidad, así que le dije que no, que ni hablar.

— ¿Cómo que no? —exclamó Alicia—. Pero si eres la ama organizando, tía.

— Yo... es que... no sabría ni por dónde...

— A ver, la lista de invitados te la doy yo, seremos unos cuarenta o cincuenta. Te doy un presupuesto y unas ideas y tú te organizas, ¿cómo lo ves?

— No sé... ¿tú crees que es buena idea?

— Hombre, como que es mía —dijo Gonzalo, riéndose.

— No, en serio, ¿y si la cago?

—¿Con quinientos euros va bien de presupuesto? Yo tengo en mente cena fría y copas, ambiente de los noventa, música, fiestón... ¿cómo lo ves?

— Podríamos poner unos pósters de los New Kids on the Block, de Sensación de Vivir... repartir las invitaciones a mano... o más fácil, hacerla a mano con bolis de colores y luego mandarla en foto por whatsapp... —mi cabeza ya iba a mil por hora.

— Dice que no sabe si podrá hacerlo y ya tiene la tía media fiesta montada en dos minutos... —dijo mi hermano.

— Y podríamos poner la bebida en botellitas de esas que vendían de plástico cuando éramos críos... esas de chuches... un photocall rollo Salvados por la campana... —yo seguía a lo mío.

— ¿Entonces sí? —preguntó Gonzalo.
— Venga, vale, yo me encargo, pero tú me echas una mano, ¿vale, Ali? —apoyo moral, que se llama.
— Uf, venga, vale. Total, soy una desocupada...
— ¿Y eso? —preguntó mi hermano.
— Pues nada, que hasta hace cuatro días yo tenía un trabajo y un novio cojonudos en Roma, pero se me ocurrió ir a llevarle un caldito de pollo un día que estaba enfermito y me lo encontré con la polla hecha caldito... la vida.
— Alicia sorprendió a su novio con un chico en la cama —traduje yo.
— Ah, joder, qué fuerte, ¿no? —dijo un George entre flipado y muy interesado.
— Bueno, cosas que pasan. Me pidieron que me uniera, no te creas, pero una tiene su orgullo y no se sienta a comer cuando ya casi van por el postre.
— Me cago en la puta, jajajaja, eres la hostia, tía —George estaba muerto de la risa.

Gonzalo se levantó y dijo que él se iba, que estaba muerto de sueño. Yo también me levanté y me fui con él. Aunque no era ni mucho menos algo consciente, ni premeditado, yo dormía más noches en casa de Gonzalo que en la de mis padres y poco a poco fui teniendo más cosas allí que en mi propia casa. Sin embargo, no fui capaz de reconocer hasta varios meses después que Gonzalo y yo no solo habíamos vuelto, sino que estábamos viviendo juntos.

Viviendo juntos. Tócate las narices.

Capítulo 17

Two Little Monkeys & Co

El cumpleaños de Carlota, la hermana de Gonzalo, fue un exitazo. Alquilamos un local y lo llenamos de pósteres de los ídolos de los noventa: los New Kids on the Block, Brandon y Brenda, Zack Morris, Pamela Anderson, Alejandro Sanz, Keanu Reeves, Jesús Vázquez... Hicimos un *photocall* con forma de Gameboy y pusimos caretas de Mario Bros. La música corrió a cargo de Alejandro Sanz, los New Kids on the Blocks, Take That y por supuesto mucha música pachanguera como *Saturday night –diririrara rarará, be my baby –, Estoy llorando por ti, Give it up...* El final de fiesta con los Jumper Brothers hizo que la gente se viniera arribísima y acabó acudiendo la policía a multarnos por el ruido. Aun así, al día siguiente el whatsapp de Gonzalo estaba que reventaba de mensajes pidiéndole que felicitara a las organizadoras de la fiesta y diciéndole que si se nos podía contratar para eventos futuros.

— ¿Por qué no lo haces? —dijo Gonzalo después de leerme uno de esos mensajes.

— ¿El qué?

— Dedicarte a organizar eventos. Está claro que se te da bien. El fiestón que has montado con el presupuesto que te di es prueba de ello.

— ¿Dedicarme a organizar eventos? ¿A ti se te va la olla o qué?

— ¿Por qué? Una amiga de mi hermana me está preguntando si puedes organizar la comunión de su hijo en mayo y mi prima quiere que te encargues del cumpleaños de su hija el mes que viene. Empieza por ahí y a ver qué sale...

— ¿Pero cómo voy a cobrar por organizar fiestas? Además, Alicia me ha ayudado, ella también ha tenido un montón de ideas.

— Ada, la gente no quiere complicaciones. Quiere tener lo mejor, sin pringar. Por eso contrata a organizadores de eventos. Propónselo a Alicia, a ver qué te dice. Total, no tenéis nada que perder, ¿no?

— Eso es verdad. Pero es que no sé ni por dónde empezar. Hace tanto

tiempo que estudié todo eso que ya ni me acuerdo...

— Habla con tu padre, él asesora legalmente a empresas, ¿no? Que te diga qué trámites tienes que seguir para que todo sea legal.

— ¿Tú crees que yo...?

— Tú puedes hacer lo que te propongas, Ada. Lo que te propongas.

Cuando se lo dije a Alicia no tardó ni dos segundos en aceptar. Le entusiasmaba la idea de que alguien le pagase por hacer algo que le encantaba y ya se veía organizando eventos del calibre de la Copa Davis, la Semana de la Moda o la inauguración de la nueva tienda de Louis Vuitton.

— Lo primero que tenemos que hacer es constituir la empresa para poder facturar y operar. Necesitamos una denominación social y un domicilio —estaba claro quién era la voz de la sensatez en esta empresa.

— Ada, tenemos que buscar un nombre que suene a postureo total, que denote que hacemos fiestas de nivelón —dijo Alicia, a la que ya se le había ido la olla por completo.

— ¡Pero qué me estás contando, tía! Si somos dos mindundis, dos pavas haciendo el mono, tía...

— ¡TWO LITTLE MONKEYS! No, no, mejor, Two Little Monkeys & Co., que suena como más internacional, rollo Nueva York. ¿Te gusta?

— No suena mal, la verdad... —Alicia estaba empezando a arrastrarme a su rollo.

— Pues nada, ya lo tenemos. De domicilio podemos poner la dirección de mi piso y como me sobra una habitación, podemos montar allí el despacho. Cuando seamos mundialmente famosas ya alquilaremos una oficina.

— Bueno, Ali, poco a poco, no te lances...

— Hija, sueña un poco, que es gratis —dijo Alicia.

Esa misma semana fuimos al Registro Mercantil a tramitar la inscripción de la empresa y una vez tuvimos nuestra marca registrada, empezamos a crear nuestras redes sociales. En realidad fue Alicia la que se encargó de esto, porque yo le tenía cierto pánico a Instagram, como si detrás de cada foto fuera a aparecer el fantasma de Rafa y sus fotos con el hashtag *#empyls*.

— Ada, mira, ¿subimos estas fotos de la fiesta de tu cuñada a Instagram?

— Lo que tú quieras, Alicia. Yo paso de Instagram, encárgate tú de las redes sociales.

— ¿Qué te pasa con Instagram?

— Pues que no me gusta, que le tengo asco.

— ¡Venga ya! ¡Cómo no te va a gustar Instagram! —¿en serio todo el mundo creía que era una anormal por no gustarme Instagram?

— Tía, porque no me gusta. Es que... Rafa...

Tenía que contarle a Alicia lo de Rafa. Ahora además de mi amiga, era mi socia y conociéndola como la conocía, si se enteraba por Virginia se iba a enfadar.

— Ada, eso es acoso. Perdona que te diga pero eso es acoso aquí y en Pekín.

— Joder tía, pero me siento ridícula yendo a la policía a denunciar que mi ex sube fotos a internet en las que ni siquiera salgo yo.

— Espérate, que voy a entrar a su cuenta.

Además de las fotos que ya conocía, Rafa había añadido una del gimnasio al que me acababa de apuntar. El pie de foto, en la línea de los demás. *Las zorras poniéndose en forma. #empyls*

— Desde luego, Neruda no es, también te lo digo —dijo Alicia, tratando de quitar hierro al asunto.

— ¿Pero ves como no puedo ir con esto a la policía? — intentaba que Alicia me diera la razón.

— ¿Tu expareja está subiendo fotos de todos los sitios a los que vas, llamándote zorra, y tú dices que esto no es acoso? Si quieres esperamos a que agreda, o mejor, a que te secuestre.

— Alicia, por favor. Que los malos tratos son una cosa muy seria y esto es una gilipollez.

— No, perdona, bonita. Que Rafa no te haya pegado nunca, porque espero que nunca lo haya hecho, no quiere decir que no te haya maltratado. Rafa te ha machacado psicológicamente desde el minuto cero, pero lo ha hecho tan bien y tan poco a poco que no te has dado ni cuenta.

— Alicia, por favor te lo pido, eso ya es agua pasada.

— Vale, tú has decidido pasar página y lo respeto. Pero esto que está haciendo no es algo que debamos pasar por alto o irá a más.

- Ya. ¿Y qué hago? Porque a la policía no pienso ir, ya te lo digo.
- Pues no sé, Ada, pero algo hay que hacer. Vamos a pensarlo entre las dos. ¿Virginia lo sabe?
- Sí, pero no te enfades, por favor...
- Siempre soy la última en enterarme de todo... Pues luego quedamos con ella y tratamos de buscar una solución, ¿vale? —no me quedó más remedio que asentir.
- Lo que tú quieras —dije.

El primer evento oficial de Two Little Monkeys & Co. fue el cumpleaños de la hija de la prima de Gonzalo. La niña cumplía seis años y le organizamos una fiesta temática inspirada en Alicia en el País de las Maravillas. Con fieltro y cosas que compramos en un bazar chino hicimos disfraces de Conejo Blanco, Reina de Corazones, Sombrero Loco y, por supuesto, Alicia. Decoramos con cartas gigantes, tazas de colores, cartelones de “*this way*”, “*no way*”, muchos corazones y flores.

Las madres se volvían locas y los niños alucinaban. Les pusimos un *photocall* donde podían disfrazarse y hacerse fotos con unas caretas de *gomaeva* que hicimos también para la ocasión. Decidimos que todos los adornos y disfraces serían en régimen de alquiler para que nuestras tarifas para cumpleaños infantiles fueran competitivas, es decir, que una vez finalizado el cumpleaños, nos los llevábamos. Así podríamos reutilizarlos en fiestas futuras. De ese cumpleaños, salieron dos más, uno ambientado en piratas y otro en bailarinas. Two Little Monkeys & Co. empezaba a funcionar.

Capítulo 18

Encuentros

Two Monkeys & Co. ocupaba la mayor parte de mi tiempo, lo cual suponía una mejora importante con respecto a los meses anteriores. Además de cumpleaños infantiles casi todos los fines de semana, habíamos organizado la apertura de una nueva tienda de ropa de firma, la reinauguración de un pub tras su remodelación y las bodas de plata de una pareja. De cara a las navidades teníamos varios eventos contratados y ya podíamos decir oficialmente que nuestra pequeña empresa de organización de eventos empezaba a dar beneficios.

Para celebrarlo, o simplemente por el hecho de ser sábado, Gonzalo y yo decidimos salir a tomar algo y al cine, un plan sencillo pero que me resultaba tremendamente apetecible.

Cuando estábamos en la cola del cine, vi llegar a mi hermano George. Al verme, lo noté nervioso, como si le incomodase encontrarse allí conmigo.

— Ada, ¿qué haces tú aquí?

— Comprar pescado. ¿Tú qué crees?

— No, me refiero... que no sabía que veníais. ¿Qué vais a ver?

— La de *Star Wars*. ¿Y tú?

— *Suburbicon* —dijo, visiblemente aliviado—. Bueno, te dejo que está... bueno, mi gente, que ya están dentro. Pasadlo bien.

— ¿Y este? —preguntó Gonzalo extrañado.

— Si no lo sabes tú, que eres su amigo...

Las coincidencias no acabaron ahí. Antes de entrar a la sala fui al baño, y allí me encontré con Alicia.

— Hombre, ¿no habrás venido con mi hermano, no? —bromeé.

— ¿El qué? ¿Qué... qué dices?

— No, que me acabo de encontrar con mi hermano en la puerta y

ahora contigo, y digo ¿te imaginas que habéis venido juntos? —dije yo riéndome.

— Ah... he venido... con mi prima y una amiga. No te he dicho nada porque me imaginaba que tendrías planes con Gonzalo —Alicia parecía avergonzada por no haberme invitado a ir con ellas.

— Mujer, si no pasa nada, no somos siamesas.

— Ya, bueno... me voy que empieza la peli, mañana hablamos —dijo, mientras salía del baño.

La verdad es que me quedé escamada... ¿No había sido todo muy raro? ¿Sería posible que mi hermano hubiera venido al cine con Alicia y ninguno me hubiera dicho nada? Bueno, en realidad solo se habían visto una vez y estaba yo delante... aunque me fui y se quedaron solos. Pero no, no... Ella me lo hubiera dicho. Si se hubiera enrollado con mi hermano o si hubiera quedado con él, Alicia me lo hubiera contado. Creo.

Al salir del cine me estuve fijando a ver si los veía por el centro comercial, pero ambos se habían evaporado, juntos o por separado, el caso es que no los localizaba.

— ¿A quién buscas? —preguntó Gonzalo, al que no había ni mirado desde que salimos del cine.

— No, nada, es que... Nada, nada —si le contaba lo que estaba pensando seguro que me decía que era una novelera.

— Nada, ¿qué? —Gonzalo me miraba como si estuviera leyéndome el pensamiento.

— Es que... bueno, si es que te vas a reír y vas a decir que soy una flipada —mi teoría me sonaba más disparatada a medida que iba hablando—. En fin, que me he encontrado en el baño con Alicia antes de entrar al cine y me parece que se ha puesto muy nerviosa a verme. Igual que mi hermano cuando le hemos visto antes. ¿Tú crees que mi hermano y ella...?

— Ah, pues no tengo ni idea. Tu hermano no es de contar esas cosas —dijo Gonzalo sin añadir ninguna bromita sobre mi capacidad de montarme películas partiendo de la cosa más tonta.

— Ya... no, si serán cosas mías —contesté yo sin tenerlas todas conmigo.

Antes de irnos a dormir nos tomamos una copa en uno de los bares que había debajo de casa de Gonzalo. Justo cuando estábamos a punto de irnos, lo vi aparecer por la puerta.

Estaba allí, con una chica. Rafa estaba allí.

Me puse tan nerviosa que hasta Gonzalo se dio cuenta. Yo le pedí que saliéramos de allí sin más, que no quería ni que me viera, pero fue demasiado tarde. Nos había visto y se acercaba a nosotros.

— Hombre, hola, Ada, ¿qué tal? Te veo muy bien —dijo con toda la falsedad de la que era capaz.

— Perfectamente, pero nos íbamos ya —respirar el mismo aire que él me estaba poniendo enferma.

— Déjame que te presente, Natalia, Ada. Una amiga... —era una chica jovencísima, de apenas unos veinte años. Su cara me resultaba familiar, quizá porque tenía la misma pinta que todas las niñas pijas clónicas, pelo castaño claro, largo, brillante y muy liso, piel bronceada, maquillaje muy natural pero abundante, dientes blanquísimos, delgada y vestida con ropa, perdón, con un *outfit*, que seguro que alguna *itgirl* había posteado el día antes en Instagram.

— Encantada, Natalia, pero nos tenemos que marchar.

— Un placer verte tan bien, preciosa. ¡Cuídate! — dijo Rafa mientras ya nos íbamos.

Cuando ya estábamos fuera, Gonzalo me preguntó qué había pasado exactamente allí. Yo le pedí que no le diera más vueltas, que por favor que lo olvidase y Gonzalo no preguntó más. Yo, sin embargo, no pude dejar de pensar en ese encuentro en toda la noche. No paraba de darle vueltas a si realmente había sido algo casual o si, por el contrario, sabía de alguna manera que yo estaba allí. Serían como las cinco de la mañana cuando se me ocurrió entrar a la cuenta de Rafa de Instagram desde la cuenta de la empresa, ya que con la mía personal le había bloqueado. Había dos fotos nuevas. Una de un mono con una botella en la mano. El pie de foto decía “*una pequeña zorra & Co. #empyls*”. La otra era una foto de dentro del bar donde nos habíamos visto. En el pie de foto decía “*Aunque la zorra se vista de mona...*”

Aquello sí que me asustó, vaya que si me asustó. Pero más que la foto en

sí, que también, lo que me asustaba era darme cuenta de que Rafa seguía teniendo poder sobre mi vida. Me robaba horas de sueño y no me permitía disfrutar de todo lo bueno que me estaba pasando. Gonzalo me valoraba, me quería y me apoyaba incondicionalmente en todo lo que hacía. Tenía una empresa que estaba funcionando a las mil maravillas, en la que hacía algo que me encantaba. Una de mis dos mejores amigas se había asociado conmigo con los ojos cerrados y era responsable de buena parte del éxito de nuestra empresa. Y yo estaba a las cinco de la mañana desvelada porque un imbécil inmaduro y egoísta encontraba diversión y placer en demostrar, de alguna manera, el poder que aún tenía sobre mí publicando ese tipo de cosas.

No. No estaba dispuesta a darle ese poder. Si Rafa seguía publicando ese tipo de cosas es porque, de algún modo, sabía que yo las veía. Quizá se había dado cuenta de que le había bloqueado en Instagram y eso le había hecho sentirse importante. Quizá se imaginaba que Miguel, el marido de Virginia, me habría dicho el tipo de fotos que subía. De alguna manera, él tenía que saber que yo estaba al tanto, porque ¿qué sentido tenía seguir subiéndolas si no?

Y si él lo sabía y, al mismo tiempo, era consciente de que yo no había hecho nada, ¿no era yo la que, involuntariamente, le estaba otorgando la potestad de seguir asustándome y controlándome? Tenía que hacer algo, estaba claro, ¿pero qué? Espera un momento... ¿y si...? ¡Claro! Aquello podía ser la solución. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tenía la solución delante de mis narices y no la había visto. Era sencillo, pero le tenía que echar un par de huevos. Y vamos que si se los iba a echar. Rafa había dejado de tener el mando y lo que iba a hacer le iba a dejar bien claro que ya no tenía ni el más mínimo control sobre mí. Solo yo tenía poder sobre mi vida y yo decidía quién estaba dentro y quién no, lo que me daba miedo y lo que no. Y Rafa había dejado de darme miedo.

Capítulo 19

El toro por los cuernos

Cuando le conté a mi padre lo que Rafa estaba publicando, tuve que sujetarlo para que no saliera por la puerta en su busca. Él también me dijo que lo denunciara a la policía, pero cuando le expliqué lo que pensaba hacer, estuvo de acuerdo conmigo. Solo me faltaba poner al corriente a Gonzalo. No quería mantenerle al margen de esto, porque Gonzalo formaba parte de mi vida, pero tampoco quería que se implicase, puesto que si algo tenía claro, es que yo era la que tenía que tomar las riendas del asunto y solucionarlo. De alguna manera, el simple hecho de tomar determinaciones, de decidir qué hacer en aquella situación y de pensar cómo acabar con ella me estaba ayudando a sanar muchas heridas. Ahora era yo la que decidía hasta qué punto Rafa podía hacerme daño. Era yo la que estaba cerrando un capítulo y era yo la que estaba poniendo fin a la influencia que Rafa tenía sobre mí.

Entré en Instagram y tomé capturas de pantalla de todas las publicaciones de Rafa. Abrí el correo y redacté un mail. Decía lo siguiente:

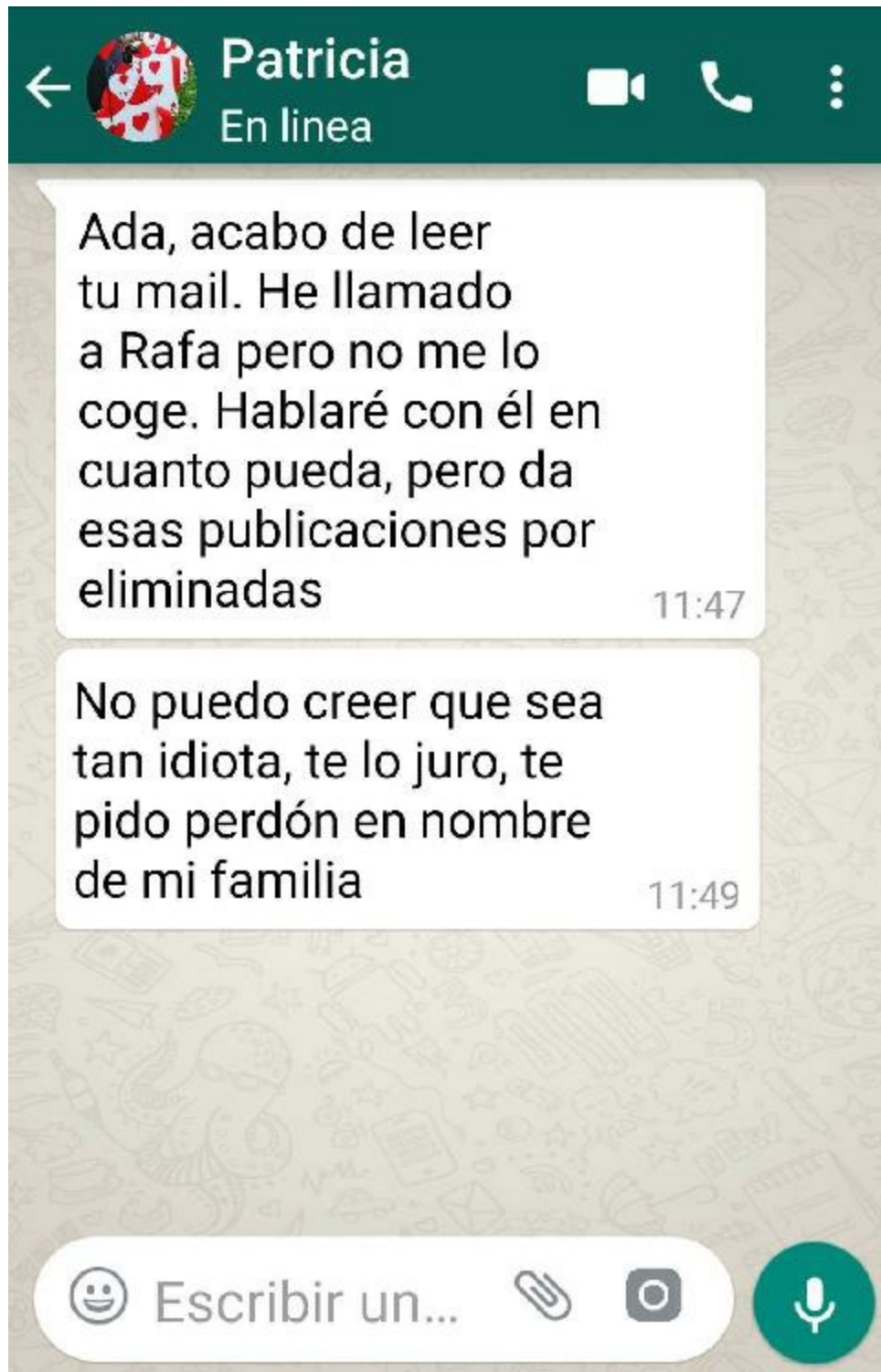
Como bien habrás intuido por el asunto del email, ha llegado a mi conocimiento que estás publicando en Instagram fotografías de lugares en los que yo he estado, coincidiendo la fecha en la que publicas la foto con el momento en el que yo he estado en dicho lugar. Además, acompañas la fotografía de textos que contienen las palabras "zorra", "golfa", "puta" y similares, así como del hashtag #empyls, lo que a la vista de la primera publicación, podemos deducir que significa "eres muy puta y lo sabes". Adjunto captura de pantalla de las imágenes mencionadas, así como de los comentarios.

Como verás, este correo no solo va dirigido a ti, sino también a tu hermana Patricia y a tu madre, para poner en su conocimiento lo que estás haciendo. Así mismo, pongo en copia a mis amigas Virginia y Alicia, que ya están al tanto de la situación. También habrás observado que el correo va dirigido a la dirección corporativa de mi padre, en calidad de abogado, dado que si en 24 horas las publicaciones mencionadas no desaparecen, procederemos a interponer denuncia contra ti por delito de stalking o acoso, recogido en el art. 172 ter. del Código Penal y castigado con penas de hasta dos años de cárcel. Del mismo modo, ruego que en lo sucesivo te abstengas de realizar publicaciones similares. De lo contrario, tomaremos las medidas legales oportunas.

Un saludo.

Cuando le di a enviar, sentí un miedo enorme, no lo voy a negar. ¿Y si se enfadaba? ¿Y si me hacía algo? ¿Y si...? Pero mientras pensaba en esto, me preguntaba a mí misma cuáles eran mis opciones. ¿Dejar que siguiera teniendo control sobre mi vida? ¿Permitirle creer que podía vigilar mis movimientos? ¿Consentir que siguiera formando parte de mi día a día? Estaba claro que ninguna de esas opciones era posible.

El móvil sonó de repente. Era un mensaje de la hermana de Rafa.



Al poco, volvió a sonar el teléfono. Era Virginia:

— ¡Qué par de huevos tienes, hermana! —dijo nada más coger la llamada.

— Ay, ¿tú crees que he hecho bien? —casi estaba empezando a arrepentirme, yo nunca he sido muy lanzada y esta vez me había tirado a la piscina sin estar muy segura de si hacía pie o no.

— ¿Bien? Lo has hecho de puta madre. Ahora, eso sí, no le pases ni una. Guarda copia de todo, del mail, de las publicaciones de Instagram... de todo y a la más mínima intención que le veas, denuncia a la policía — Virginia sí sabía enfrentarse a este tipo de cosas, siempre he envidiado lo echada para adelante que es.

— Me ha escrito su hermana, que dice que las ha visto y que me pide perdón.

— Guárdalo también. Y si te escribe él, también. Todo.

Eso hice.

Al rato, otra llamada. Esta vez era Alicia.

— Tía, ¿estás sentada? —preguntó.

— ¿Qué pasa? —joder, a lo mejor no tenía que haber hecho nada, a lo mejor me tenía que haber estado quieta y pasar del tema.

— Tengo un notición. No, no, tengo LA NOTICIA. ¿Preparada? —le faltó hacer un redoble de tambores.

— ¿Qué pasa, tía? —el corazón se me salía por la boca.

— ¿Tú sabes quién es Andrés Ortega? —vaya, esto sí que no me lo esperaba.

— ¿El hijo de Amancio Ortega? —no tenía ni puñetera idea de quién estaba hablando.

— No, Andrés Ortega es el presidente del Club Excellence, ignorante —cualquiera diría que ella se había enterado de esto hacía apenas unas horas.

— Ah, sí, sí, de toda la vida, vamos —parecía ser que la llamada de Alicia no tenía nada que ver con *mi tema*.

— Bueno, pues resulta que hay un evento del Club Excellence el mes que viene y, ¿a que no sabes quién lo organiza? ¡¡Two Little Monkeys & Co.!! — chilló a través del teléfono.

— ¿Y eso? ¿Y qué es el Club Excellence? — pregunté aún a riesgo de que Alicia volviera a llamarme ignorante.

— El Excellence es un club de empresarios y gente profesional súper

importante e influyente. Vamos, lo que nuestra empresa necesita para lanzarse del todo.

— Ostras, qué bien. ¿Y cómo has conseguido que se interesen en nosotras?

— Contactos, Adita, contactos. Por cierto, he visto un mail tuyo que pone “publicaciones Instagram”. ¿Es que hay más fotos que subir?

— No, es... otra cosa.

Le expliqué a Alicia lo que había hecho y su respuesta fue muy similar a la de Virginia, que lo había hecho muy bien, pero que llevase cuidado y que a la más mínima señal, fuera con todo a la policía. También le propuse quedar esa tarde para tomar unas cañas en el *Zalaca* con Virginia, pero me dijo que estaba ocupada, así que decidí acercarme un rato a casa a ver a mi madre, que últimamente la tenía abandonadísima.

Al llegar a casa estaba mi hermana Allegra con mis dos sobrinos. Es curioso cómo una madre puede llegar a cambiar cuando se convierte en abuela. Recuerdo que de pequeña teníamos completamente prohibido jugar en el salón, pintar, bailar... Para todo eso teníamos una salita, que era nuestro cuarto de juegos, en la que podíamos hacer lo que quisiéramos, dentro de un orden, claro, porque mi madre se ponía como una hidra si sacábamos mil millones de trastos. Pues al llegar a casa tuve que ir sorteando los coches, piezas de Lego y Playmobils que había tirados por los suelos por todo el pasillo hasta el salón, donde mis dos sobrinos, de cinco y siete años, estaban comiendo galletas en el sofá.

— Madre, hay que ver, ¿eh? —dije burlona—. A estos no les gritas en arameo por poner enredos.

— Hija, para una vez que vienen los pobres... — dijo mi madre en tono lastimero.

— Ya, ya, que te estás ablandando con la edad. ¿Y Allegra?

— En la cocina preparando un té. ¿Quieres?

— Sí, voy a decírselo.

Me venía muy bien que Allegra estuviese sola en la cocina porque quería contarle el asunto de Instagram sin que mamá se enterase. Por supuesto, flipó y me dijo lo mismo que todos, que denunciase a la policía. Yo le conté lo del correo, las capturas de pantalla, el mensaje de la hermana de Rafa y la

advertencia de denunciarle si no retiraba las fotos y estuvo de acuerdo conmigo en que quizá había hecho lo correcto. También me insistió en que estuviera atenta y a la más mínima sospecha, denunciase. Y se enfadó un poquito conmigo por no haberle contado nada antes, porque a fin de cuentas, la abogada penalista de la familia era ella, y no mi padre.

— ¿Pero las ha quitado por fin? —preguntó Allegra.

— Pues no he mirado aún, espera — con todo el rollo de lo del Club Excellence, ni había caído

Entré en Instagram, de nuevo con la cuenta de la empresa. Solo había una foto de una playa en la que ponía “*Relax*”. ¡Bien! Rafa había eliminado todas las publicaciones. Efectivamente, no podía bajar la guardia, pero aquello era una victoria para mí. Él ya sabía que no me iba a dejar amedrentar. Sabía que mi padre estaba al tanto y dispuesto a interponer una denuncia contra él. Sabía que su madre y hermana conocían lo miserable que era y que yo no estaba sola. No sé si en algún momento llegó a comprender lo terrible que era lo que había estado haciendo. Quizá nunca entendió que su comportamiento había sido inmaduro, egoísta, delictivo y mezquino. Pero tampoco me importaba. No era mi misión en la vida cambiar a Rafa y hacer de él una buena persona, desde luego, a pesar de que durante muchos años, estuve convencida de que podría lograrlo.

Sí, a lo largo de los años que duró nuestra relación yo me autoconvencía de que Rafa se comportaba como se comportaba porque tenía un motivo para ello, llámalo X. Bien porque no encontraba trabajo, bien por la muerte de su padre, bien porque su madre no se sentía orgullosa de él... Daba igual, el caso es que Rafa tenía una razón para tratarme mal, para humillarme, para ejercer control sobre mí. Porque yo era todo lo que tenía y le daba miedo perderme, me decía a mí misma. No es que sea malo, es que te quiere tanto y está tan solo que vive acojonado por el miedo a que lo dejes, me repetía. Yo estaba convencida de que, demostrándole que siempre estaría a su lado, que él era lo más importante de mi vida, ese temor desaparecería y Rafa se convertiría en una persona mejor, que me respetase y me quisiera sin miedo.

De lo que me di cuenta más tarde es que yo no tenía que demostrarle nada para que él me quisiera bien. Rafa sabía que yo le quería, el problema es que él no sabía querer. Cada vez que hacíamos las paces tras una pelea, Rafa me

repetía la misma frase “*tienes que luchar por mí*”. Y yo me lo creía. Años después he comprendido que en el amor no se tiene que luchar, en el amor y en las relaciones de pareja se tiene que compartir, que entender, que apoyar, que acompañar, pero nunca luchar. Hay que luchar en la vida por conseguir lo que uno quiere y si lo haces en pareja, empujar los dos en la misma dirección. Pero cuando en una relación tienes que luchar, cuando tienes que pelear día a día para que esa relación siga adelante, cuando tienes que hacer sacrificios y renunciaciones para hacer feliz a tu pareja, amiga, eso no es amor. Eso es otra cosa. Con el tiempo he aprendido que en las relaciones amorosas las cosas tienen que ser fáciles. No me refiero a que la vida sea de color de rosa, por supuesto que habrá dificultades, pero cuando es tu propia pareja la que plantea esas dificultades, la relación se vicia y se convierte en un círculo tóxico del que debes salir lo antes posible.

En estas reflexiones me encontraba sumergida cuando llegó mi madre a la cocina.

— Allegra, *for heaven's sake*, tus hijos están saltando en el sofá y no me hacen ni caso —mi madre también tiene un límite y estaba claro que lo había alcanzado hacía rato.

— Ay madre, qué lucha interna entre la abuela enrollada y la madre *rottenmeyer* —mi hermana y yo nos echamos a reír.

— ¡Chicos! ¿A que nos vamos a casa? —Allegra salió de la cocina en dirección al salón.

— ¿Todo bien, *honey*? —dijo mamá abrazándome.

— Todo bien, mami, todo va bien.

Capítulo 20

Lo sabía

La fiesta del Excellence había sido un exitazo. Nuestra pequeña empresa se estaba labrando un nombre cada vez más respetado en el mundo de la organización de eventos y teníamos la agenda a tope de trabajo para los próximos meses: el aniversario de una boutique, una fiesta infantil para los hijos de los empleados de una empresa, y en mayo, una boda y el sesenta cumpleaños de un joyero muy conocido. Estábamos hasta arriba de trabajo y yo no paraba de discutir con Alicia.

— Bonica, ¿te puedes dejar ya el móvil y hacerme caso, que te estoy hablando? —yo soy la primera que esta todo el día con el móvil en la mano, pero es que Alicia estaba en modo automático.

— Si te estoy escuchando —dijo Alicia con una sonrisa de oreja a oreja y sin levantar la vista del móvil.

— Pues eso, tía, que he pensado que voy a contratar una stripper para la fiesta de cumpleaños del joyero. O mejor un stripper, si la lío, la lío bien —clarísimamente, Alicia no estaba en el mismo espacio astral que yo.

— Ajam... vale, lo que tú veas —Alicia seguía tecleando en su móvil.

— ¡Alicia!

— ¿Qué? Dime, dime, ya estoy.

— ¿Qué te pasa? Estás alhelada, hija.

— Nada, de verdad, no me pasa nada, qué decías de la fiesta del joyero.

— Pues eso, que le voy a contratar un stripper y que sea lo que Dios quiera.

— ¿Estás de coña, no?

— ¿Tú qué crees? ¿Me vas contar qué lío te llevas entre manos? Bueno, o mejor que qué lío, qué tío, porque nos conocemos y aquí hay un maromo de por medio, fijo —anda que no sabía yo lo que había.

— Anda, anda, no inventes, que eres muy inventora tú.

— Ya. Lo que tú quieras, pero llevo razón.

Alicia no soltó una palabra y yo dejé de insistir porque sabía que al final se iba a enfadar. Las semanas siguientes fueron caóticas. Miles de llamadas a empresas de catering, contratar personal de apoyo para los distintos eventos que teníamos y sobre todo, lidiar con la mujer del joyero que pretendía que organizásemos una fiesta digna de un marajá por menos de mil euros. No había manera de hacerla entender que con ese dinero, no podíamos poner *Moët Chandon* para setenta personas, porque solo con el champán nos comíamos prácticamente todo el presupuesto.

Una de esas mañanas, me disponía a ir a firmar el contrato con la empresa de animación infantil que habíamos subcontratado para uno de los eventos. Cuando estaba a punto de salir, recordé que el contrato lo había dejado en nuestro despacho del piso de Alicia. Menos mal que tenía una copia de las llaves, porque Alicia estaba esa mañana en el médico, por algo de unas analíticas o algo así. Al menos, eso me dijo... Abrí la puerta y entré al despacho. El piso no era muy grande y la habitación de Alicia estaba pegada a la habitación en la que habíamos instalado nuestra oficina. Noté que había alguien dentro.

— ¿Alicia? ¿Estás ahí? —pregunté.

— Eh... sí, sí, salgo, espera —dijo con una voz de ultratumba mientras la oía correr por la habitación.

— ¿Pero tú no tenías...? —fui a entrar a su habitación, pero me cerró la puerta en las narices—. ¿Me quieres dejar pasar?

— ¡Espérate un momento, coño! —gritó Alicia, sujetando la puerta desde dentro.

Al salir, pude atisbar que había alguien dentro de la habitación. Un hombre, sin duda. Y desnudo, si no me engañaba la vista.

— Pero tía, ¿de qué vas? —dije yo por lo bajini.

— Shhh, cállate. No te interesa. ¿Qué haces tú aquí? —dijo Alicia gritando en voz baja.

— Pues venir a coger el contrato que hay que firmar esta mañana, del que tú no te podías encargar porque estabas en el médico, embustera — encima, tócate las narices.

— Voy más tarde.

— ¿Más tarde de las 9 a hacerte una analítica? Sí, claro. ¿Tú te crees que yo soy gilipollas o qué? ¿Lo conozco? ¿Es Graziano? —a ver, cómo te lo explico, que he visto que hay un tío ahí dentro, amiga.

— No, no es Graziano y no lo conoces. Venga, vete —dijo ella, empujándome hacia la puerta.

— No, no, de eso nada. Hasta que no salga no me voy. Quiero ver al culpable de que le hayas mentido a tu mejor amiga y socia — no es que yo sea muy cotilla, pero me escamaba mucho que Alicia, que no ha tenido nunca reparos para contarnos su vida sexual con pelos y señales, que de adolescentes no le dio vergüenza ninguna llevarse a Fernando Vidal a su dormitorio mientras hacíamos botellón en su casa y salir a la media hora abrochándose los pantalones, estuviese escondiendo a un tío.

— Que no, tía, que te vayas —Alicia estaba realmente incómoda.

— Mira, Alicia, estoy empezando a pensar que el que está ahí dentro es Gonzalo, tanto misterio...

— ¿Eres imbécil? —Alicia no se esperaba que yo, aunque fuera de broma, pudiera pensar que Gonzalo me engañaba con ella.

En mitad de aquella conversación en susurros, se abrió la puerta. Lo que vieron mis ojos me dejó estupefacta durante unos segundos. Allí, saliendo de la habitación de Alicia, en calzoncillos y con una camiseta – y calcetines, por Dios, calcetines – estaba mi hermano George.

— ¡Hostias! ¡Qué fuerte! ¡QUÉ FUERTE! —venga, por favor, mi hermano, tócate los huevos.

— ¡Si te estoy diciendo que te vayas será por algo, coño, que eres muy cotilla! —Alicia se tapaba la cara, como si no viéndonos, aquello no estuviera pasando.

— ¡Lo sabía, cabrones, es que lo sabía! ¿Desde cuándo? —estaba entre indignada e ilusionada.

— Ada, no te pongas así... —mi hermano no sabía dónde meterse.

— Espera, espera, el día del cine... ¡Ay, Dios, qué hijos de puta sois! ¡¡Estabais juntos!! ¿Verdad? — estaba claro, no había duda alguna.

— Eh, ¿el cine? ¿qué dices? ¿qué cine? —madre mía, qué falsa podía ser Alicia cuando se lo proponía.

A malas penas les pude sacar una “confesión”. El día que estuvimos de cañas después de gimnasio, cuando Gonzalo y yo nos fuimos, se quedaron tomando la última. Hablaron, se rieron, se cayeron bien y quedaron más veces. El día del cine, efectivamente, habían ido juntos. Mi hermano venía de comprar palomitas y Alicia había ido al baño. Habían pensado que era mejor no decirme nada para que no hubiera malos rollos si las cosas no salían bien.

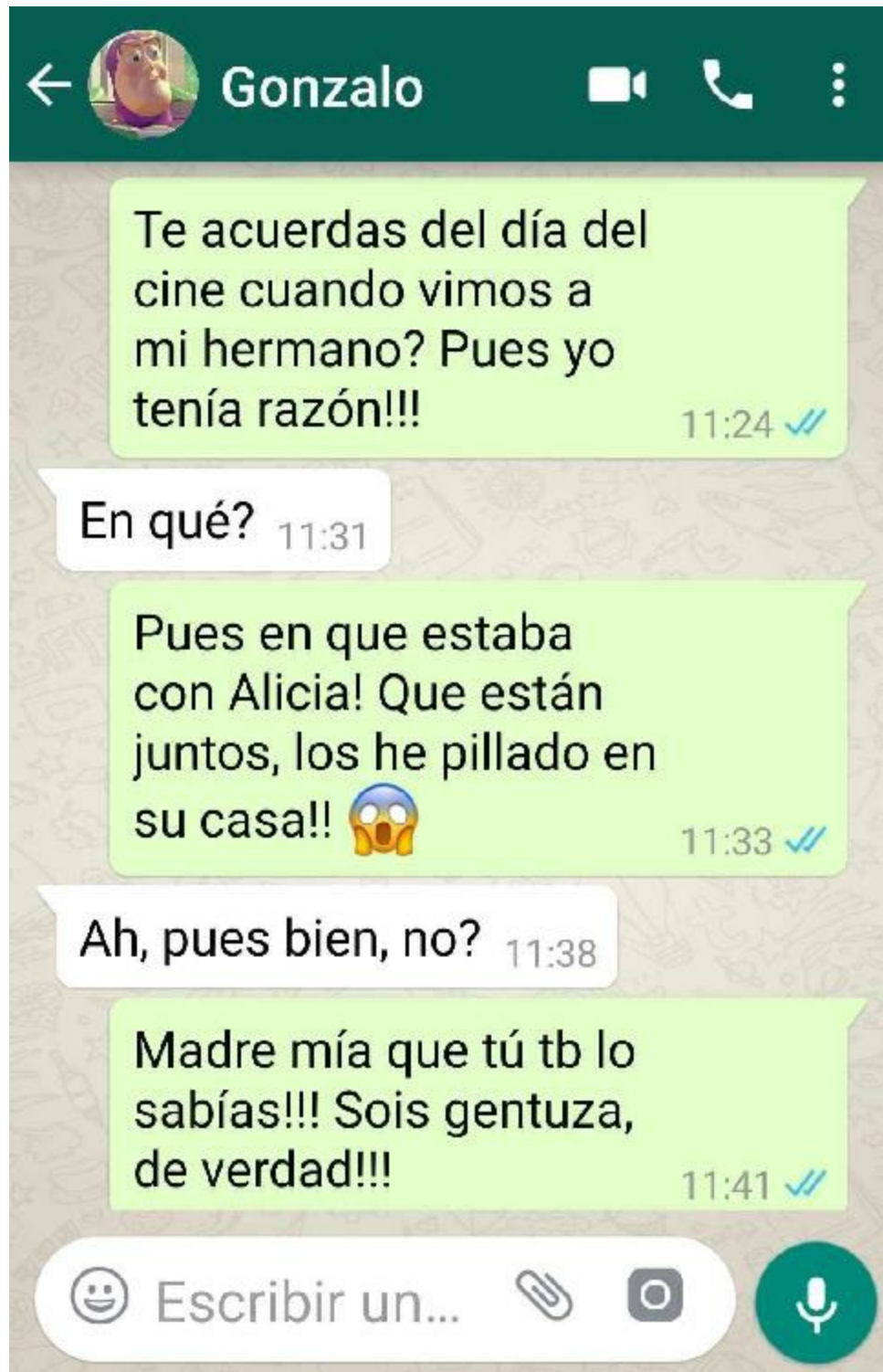
— Pero entonces, ¿estáis juntos? ¿o es un rollete? ¿vamos a ser cuñadas? —dije yo, riéndome.

— Bueno, a ver qué pasa... —dijo mi hermano mirando a Alicia con una cara de enamorado que no le había visto en la vida.

— A ver...—dijo Alicia con la misma cara.

— Bueno, aquí sobro, está claro. Me piro que llego tarde. Sois unos cabrones los dos. Pero os quiero y me alegro por vosotros —dije yo entre risas, pensando que aquella traición podría ser utilizada en su contra cada vez que me diera la gana.

No le había preguntado a mi hermano y a Alicia si se lo podía contar a Gonzalo, por lo tanto, no me habían dicho que no, así que le mandé un whatsapp.



De verdad, qué mal me sentó que Gonzalo lo supiera... Luego me explicó que mi hermano se lo había contado justo al día siguiente de la tarde del gimnasio. Por lo visto, para mi hermano había sido un auténtico flechazo, como un amor a primera vista. Gonzalo me contó que desde aquel primer día,

mi hermano estaba colgado de Alicia, que veía claro que era la mujer de su vida y nunca había conocido a nadie como ella.

Lo cierto es que yo nunca había conocido a ninguna novia de mi hermano, si es que las había tenido. Durante un tiempo pensé que era homosexual, poniendo de manifiesto que estaba llena de prejuicios, aunque fuera de progreso por la vida. Yo, que me tenía por una mujer abierta de mente y progresista, cuestionándome la orientación sexual de mi hermano con argumentos que no dejaban de ser auténticos estereotipos. Creía que podía ser gay porque no había tenido pareja femenina nunca, lo que para mí era una prueba de que era gay y no quería salir del armario. Tampoco había tenido nunca pareja masculina, pero de alguna manera me decía a mí misma y asumía que podría haberla tenido y haberlo mantenido oculto, como si ocultar una pareja masculina fuera normal, y sin ni tan siquiera plantearme que podría haber ocultado también a una pareja femenina. Pero por otro lado, y tirando aún más de clichés, me decía a mí misma que no podía ser que mi hermano fuera gay porque no era nada amanerado, ni tenía pluma. En serio, ahora lo recuerdo y me avergüenzo de verdad de haber podido pensar así. Supongo que a pesar de haber nacido en una familia medianamente liberal y progresista, aún me quedan restos vergonzantes de cierta homofobia socialmente aceptada.

Firmé el contrato con la empresa de animación infantil y volví a casa dando un paseo. Hacía frío, pero el sol estaba fuera, daba gusto andar por la calle. De camino, me detuve en un escaparate. Había un vestido de primavera, escotado, con la falda de vuelo.

Rojo.

Llevada por un impulso, entré a la tienda y sin pensarlo, sin ni siquiera probármelo, lo compré.

Cuando llegué a casa, Gonzalo ya estaba allí. Entré a nuestra habitación y me lo puse. Me miré al espejo y me vi guapa. Muy guapa. El vestido tenía un escote en V que me hacía sentir un poco insegura. Me volví a mirar al espejo, recordé aquel otro día, con aquel otro vestido rojo y salí de la habitación.

— Jo-der —exclamó Gonzalo llevándose la mano al pecho.

— ¿Te... te gusta? — todas mis inseguridades iban cosidas en aquel

trozo de tela roja.

— Ada... estás... impresionante. ¿Cuándo lo vas a estrenar?

— Ahora mismo.

Me abalancé sobre Gonzalo y lo besé con todas mis fuerzas. Lo besé, lo abracé, le quité la camiseta, me quité el vestido y lo hicimos con urgencia, con desesperación, con apremio, pero sin prisas. Porque a fin de cuentas, teníamos toda la vida por delante.

Capítulo 21

Madurar era esto

Virginia nos había citado en el *Zalaca* para contarnos algo muy importante. Algo que no nos podía decir por teléfono. Yo me lo imaginaba, tampoco había que ser muy lista, pero el hecho de que se pidiera una *sin* me lo confirmó.

— Tía, tú estás embarazada —dije nada más sentarme.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Ah, ¡que es verdad! No me lo ha dicho nadie, pero tú, bebiendo una *sin* alcohol... blanco y en botella.

— Me enteré hace una semana... Ha sido una sorpresa, no me lo esperaba.

— Hija mía, yo pensaba que a estas alturas de la vida ya sabías cómo iba este tema —dijo Alicia, con sarcasmo.

— Hay fallos, ¿sabes? Y a nosotros, pues nos ha fallado el asunto.

— Pero entonces, ¿no estás contenta? ¿para cuándo es? —pregunté yo.

— Sí, bueno, contenta estoy. Flipada también y un poco acojonada, pero contenta. Lo que pasa es que queríamos esperar un año más por lo menos, pero bueno, ha venido así... Se supone que doy a luz a primeros de septiembre —Virginia estaba ciertamente emocionada, con lágrimas en los ojos.

— Entiendo que lo vais a tener, ¿no? —Alicia no se corta un pelo, jamás.

— ¡Claro! A ver, no es que me haya quedado preñada de un noviete de la universidad. Es Miguel, mi marido, llevamos años juntos y en algún momento queríamos tener hijos. Pero sin duda, esto supone el fin de una era, amigas... —así es ella, una *drama queen* en toda regla.

Virginia empezó a relatar todas las cosas que ya no podría hacer, al menos en una larguísima temporada, como la Ruta 66 por los Estados Unidos, salir

cada fin de semana a tomar copas, ir al cine entre semana, recorrer Europa en tren, de albergue en albergue, ir a festivales de música en verano... Lo contaba de una manera que parecía que daba su juventud por muerta y enterrada.

— Eres muy exagerada, Virginia. La mitad de esas cosas no las ibas a hacer en tu vida. ¿Tú, de mochilera por Europa? ¡Pero si te negaste a ir a Cambridge porque nos teníamos que alojar en un *Bed&Breakfast!* —terció Alicia.

— Ya, tía, pero no las he hecho porque no he querido. Ahora no las haré porque no puedo. ¿Ves la diferencia? —dijo Virginia dando golpecitos con el dedo en la mesa.

— Ay, Vir, pero es otra etapa nueva... Jo, ya verás qué bonito, con tu bebé, con lo bien que huelen y lo bonitos que son... Me das envidia, tía —dije yo en un súbito despertar del instinto maternal que no sabía que tenía.

— Pues ten tú uno. Te saldría guapísimo, con lo bueno que está Gonzalo —saltó Alicia.

— Oye, perdona, no sé si me sienta muy bien que digas eso, por doble motivo, amiga —bromeé yo.

— ¿Cómo que doble? —preguntó Virginia, que no estaba al tanto de los amoríos de mi hermano y Alicia.

— Que te cuente esta, si quiere... —lo de hacerme la ofendida con esta historia se me iba a dar de lujo.

Alicia por fin se abrió y nos contó que estaba enamorada de mi hermano hasta las trancas. Todo empezó la noche famosa del gimnasio. Como ya sabía, cuando Gonzalo y yo nos fuimos, ellos dos se quedaron. Estuvieron hablando y tomando cervezas hasta las dos de la mañana y cuando George acompañó a Alicia hasta su casa, se besaron. Según nos contó, ella notó una sensación muy extraña, como si aquel no fuera su primer beso, aunque obviamente, lo era. No era como estar besando a alguien que acabas de conocer, había complicidad y confianza en ese beso.

La semana que siguió a aquella primera cita improvisada, quedaron más veces. Alicia nos confesó que hubo un momento en el que pensó en no seguir adelante, ponerle alguna excusa y no quedar más con él. Le agobiaba el hecho de que fuera mi hermano, sobre todo ahora que éramos socias en un negocio.

Pero según nos dijo, la atracción que sentía por George era superior a sus fuerzas y estaba dispuesta a correr el riesgo, aunque con condiciones. Por eso no me contó nada, porque si no salía bien, el mal rollo quedaría entre mi hermano y ella y siempre podrían decir que es que no se caían bien. Sin embargo, las cosas estaban saliendo demasiado bien. Tan bien, que apenas quince días después de su primer beso, mi hermano prácticamente vivía en el piso de Alicia. Y claro, estaba un poco muerta de miedo, porque – y ahora veía el bombazo – mi hermano le había pedido que se casara con ella.

— ¿Perdona? Pero si lleváis, ¿qué? ¿Dos meses? —dije yo entre indignada y alucinada.

— Tres meses y medio —contestó Alicia.

— ¿Y tres meses y medio te parece tiempo suficiente para casarte con alguien? Porque yo, desde luego, no lo veo...

— Ada... olvídate de que es tu hermano con quien se quiere casar, ¿qué le dirías? —intervino Virginia.

— Ya, pero es que resulta que sí es mi hermano. Y me parece un disparate, sinceramente — yo a Alicia la quiero mucho, pero la conozco demasiado y conozco a mi hermano y juntos debían ser como una bomba a punto de estallar.

— Ada, yo le quiero, te lo juro. En la vida me había sentido así. A lo mejor es una locura, pero es que le quiero de verdad y él me quiere a mí —había mucha sinceridad en aquellas palabras, mucha.

— No sé, tía... Si yo me alegro un montón, joder, pero lo que no quiero es que llegue un momento en el que tenga que elegir a uno de los dos —dije yo en un hilo de voz.

— Te prometo que eso no va a pasar. Pase lo que pase entre tu hermano y yo, nunca te vamos a poner en esa situación. Te lo juro —contestó ella mientras se ponía la mano en el pecho.

— Y la que estaba loca era yo... —dije entre risas, recordando que apenas hacía unos meses Gonzalo dábamos la noticia de que nos casábamos.

— ¿Cómo lleváis ese tema? —preguntó Virginia.

— Pues en *stand by*. Y si a estos dos gilipollas les da por casarse, pues más *stand by* aún. Me voy a quedar la última para todo, de verdad...

Desde luego, hay que ver cómo puede cambiar la vida en cuestión de

minutos. Aquella tarde habían entrado al *Zalaca* tres amigas sin más preocupaciones en la vida que trabajar, divertirse, contarse sus aventuras y desventuras amorosas y quedar para tomar una cerveza después del trabajo. Y un par de horas más tarde salían de allí una futura madre, una futura novia, que casualmente era mi futura cuñada y una Ada que ahora más que nunca se planteaba hacia dónde dirigir sus pasos.

Estuve a punto de llamar a mi hermano, pero quise darle la oportunidad de que me lo dijera él. Lo hizo al día siguiente, por teléfono. Yo de verdad es que no sé qué ha podido ver Alicia en mi hermano. A ver, es un tío guapo y majo, pero es que es soso como la sopa de un hospital. A veces me pregunto si tiene sangre en las venas o si es horchata, porque no se altera por nada en la vida. Su llamada, sin embargo, no era simplemente informativa. Quería presentar a Alicia a mi familia y soltar la noticia y me pidió el favor de que fuera yo la que propusiera quedar para comer todos juntos. Llamé a mi madre y a mi hermana y quedamos para ese sábado.

Para mí también era una ocasión importante, porque Gonzalo aún no había estado en ningún acontecimiento familiar como mi pareja desde que habíamos vuelto. Estaba nerviosa, pero ilusionada y para mí esto era una sensación nueva. Estando con Rafa, temía las veces en que tenía que juntar a mi familia con él, porque nunca sabías por dónde te podía salir. En el cumpleaños de uno de mis sobrinos había quedado en recogerme en casa para ir a la fiesta. Como no lo hizo, me fui yo sola y a la hora y pico de estar en el parque de bolas, apareció, pidiendo perdón por haber llegado tarde. Según él, se había liado con una cosa del trabajo, lo cual era altamente improbable ya que estaba en paro desde hacía meses. Venía acelerado y muy probablemente puesto de coca hasta los ojos y salía cada diez minutos a fumar. En la tarta, no se lo ocurrió una idea mejor que ponerse a cantar *We are the champions* imitando a Freddie Mercury. Los padres de los demás niños se miraban en plan *¿pero esto qué es?* y yo me moría de vergüenza.

La última Navidad que vino a comer a mi casa, también discutió con mi hermano, a cuenta de la situación política. Rafa opinaba que todos los de izquierdas eran gentuza que no habían dado un palo al agua en su vida. En mi casa no es que se hable mucho de política, pero a mi padre le sentó especialmente mal este comentario, ya que mi abuelo fue alcalde por el

Partido Socialista en su pueblo, recién inaugurada la Democracia. Mi padre le contestó que era, cuanto menos, paradójico, que él acusase a nadie de no haber trabajado nunca. Vamos, un derroche de buen rollo y de armonía familiar.

Ir a comer con mis padres y mis hermanos sin miedo a que mi novio diese la nota y sabiendo que mi familia lo respetaba y lo apreciaba era, desde luego, algo que me hacía sentir muy bien.

Muy bien.

Al llegar al restaurante donde habíamos quedado, todos estábamos nerviosos. Mis padres asumieron que Gonzalo y yo íbamos a dar alguna noticia, como la fecha de nuestra boda o vete tú a saber si en algún momento pensaron que estaba embarazada. Traté de contarle a Allegra que George no iba a venir solo, pero fue imposible pillarla un minuto quieta, sin correr detrás de sus hijos. Aún no nos habíamos sentado cuando ya le estaba pidiendo al camarero que les hiciese a los niños una pechuga empanada con patatas, a ver si comían rapidito y se iban a jugar para que nos dejaran comer tranquilos. Gonzalo hablaba con mi padre sobre el partido de esa tarde, en el que el Real Madrid se jugaba la Champion y mi madre me insistía en que teníamos que quedar con los padres de Gonzalo a comer o a cenar, que ella no iba a estar tranquila hasta que ambas familias nos hubiéramos reunido. Y en medio de toda esta estampa, aparecieron ellos, George y Alicia, cogidos de la mano.

— Familia, esta es Alicia —dijo mi hermano sin parar de sonreír—. Alicia, estos son mis padres, Antonio y Susan, mi hermana Allegra y su marido Andrés y a Ada y a Gonzalo ya los conoces.

— Pero... ya conocemos a Alicia, George, si es amiga de tu hermana de toda la vida, hijo —exclamó mi madre sin entender mucho la situación.

— Ahora es algo más, mamá... Sin más rodeos y para que nos sentemos a comer tranquilamente, os contamos. Alicia y yo empezamos a salir hace unos meses y, bueno, estamos muy bien juntos y hemos decidido casarnos en junio —lo soltó todo del tirón, como el que se quita un peso de encima.

Mi madre me miraba a mí; Allegra miraba a mi madre; mi padre miraba a

mi hermano y yo los miraba a todos esperando que alguien dijera algo. Fue mi cuñado el primero en tomar la palabra.

— Pues que sea enhorabuena, ¿no?

— Claro, claro... es que nos has dejado sin palabras, hijo —dijo mi padre, en un hilo de voz.

— ¿Pero este junio? ¿Tenéis ya la fecha? —pregunté yo, tratando de romper el hielo.

— Sí, este junio, el día 23, en la finca de un amigo —la voz de Alicia sonaba completamente diferente, y yo estaba flipando de lo recatada que estaba.

— ¿En una finca? O sea, ¿que es por lo civil? —dijo mi madre, un tanto contrariada.

— Madre, ya sabes que yo no soy creyente...

— Ya, bueno, pero ella tendrá algo que decir, ¿no? — exclamó mi madre, buscando con la mirada apoyo en Alicia.

— Bueno... la verdad es que nos apetece hacer una boda más informal, más campestre —Alicia no iba a misa desde el día de su primera comunión, pero supongo que no era plan de poner todas sus cartas al descubierto con su futura suegra tan pronto.

— Susan, déjalos en paz, que ya son mayores... Haced lo que os dé la gana y como ha dicho sabiamente el marido de tu hermana, que sea enhorabuena. ¿Pedimos o qué?

Yo sabía que a mi madre le había caído como un jarro de agua fría que mi hermano anunciase así su boda y lo de que fuera por lo civil había sido el remate. George es el ojito derecho de mi madre y aunque ya fuera un hombre hecho y derecho, eso de que se casase sin haberle dicho nada antes a ella, sin que mi madre hubiese dado su visto bueno, eso no le sentaba nada bien, no señor. Unos días después, mamá me llamó para salir de compras, aunque lo que buscaba era que le diese la razón.

— Hija, ¿tú ves normal que tu hermano llegue así de repente y diga que se casa con una chica con la que lleva, qué, tres meses? —dijo mientras se probaba por encima una blusa azul.

— Yo cuando me lo dijeron también flipé, pero es que están superconvencidos.

— Ah, ¿pero que tú lo sabías de antes? —la indignación iba en aumento y al final la culpa de todo iba a ser mía, como si lo viera.

— Bueno, me lo dijeron dos o tres días antes, tampoco te creas.

— ¿Y tú no ves una locura casarse así, de sopetón?

— Bueno, madre, cuando yo te dije que me casaba con Gonzalo te pareció de puta madre... y llevaba apenas mes y medio con él.

— *Ada, don't be bold, please.* Y no es lo mismo.

— ¿Cómo que no es lo mismo?

— Hombre, Gonzalo y tú os conocéis desde niños...

— Y Alicia y George también, es mi amiga desde el colegio, mamá —interrumpí.

— Ya, bueno, pero no es lo mismo...

— Mamá, Alicia es buena chica. Está muy enamorada de mi hermano y mi hermano de ella y si la cosa no sale bien, míralo por el lado positivo, no estarán casados ante Dios —dije yo, intentando hacerme la graciosa, lo que no le hizo ni puñetera gracia a mi madre.

— Es que encima eso, dime tú qué les costará casarse... bueno, casarse bien.

— Mamá, pero si al final el matrimonio que vale es el civil...

— Bueno, vale, lo que tú digas... pero prométeme una cosa, ¿vale?

— A ver...

— Que tú sí te vas a casar como Dios manda —dijo mirándome con cara de pena.

— Bueno, mamá, espérate tú, que ya veremos a ver lo que hacemos.

— ¡Pero tú estabas antes! Si se tiene que esperar tu hermano para casarse, que se aguante —dijo mi madre, quizá pensando que si yo me quejaba, mi hermano retrasaría la boda.

— Madre, tú deja las cosas como están y disfruta de la vida.

— Hija, si yo solo quiero que seáis felices...

— Y lo somos, mamá.

Al terminar aquella frase, me di cuenta de algo. Durante mucho tiempo, yo no me había planteado jamás si era feliz o no. Sobrevivía como podía. La felicidad, no es que fuese algo secundario, simplemente era un aspecto de mi vida irrelevante. Sabía que algunas personas irradiaban felicidad, pero asumía que eran personas afortunadas a las que la vida había tratado mejor que a mí. Pero en aquel momento, justo en aquel momento en el que le aseguraba a mi

madre que era feliz viendo cómo mi hermano se casaba con mi mejor amiga y posponiendo *sine die* mi boda con Gonzalo, me di cuenta de que no mentía. Era feliz. Feliz de verdad.

Capítulo 22

Mierda de ciudad

Cuando vivía en Madrid echaba de menos constantemente Murcia. No sabría decir si era por tener lejos a la familia, por el aire templado que te roza la cara desde los primeros días de marzo y que reconforta hasta el peor de los días o por el olor a azahar que inunda las calles en primavera, que sumado al particular sonido de los tambores de la Semana Santa murciana me pueden transportar a algo cercano al paraíso. Es cierto que vivir en una gran ciudad tiene sus ventajas, como la oferta cultural, las comunicaciones, que casi siempre hay eventos o fiestas a las que apuntarte y que puedes disfrutar de un total anonimato que es difícil de conseguir en las ciudades pequeñas, en las que prácticamente todo el mundo se conoce. Pero como Murcia, nada.

Sin embargo, incluso las mejores cosas de esta vida tienen un lado negativo y quizá lo de que todo el mundo se conozca, sea lo que peor he llevado siempre de vivir en una ciudad como la mía. La teoría de los seis grados de separación, esa que dice que una persona *random* está conectada a otra persona también *random* por una cadena de no más de seis conocidos, aquí se limita a dos grados, todo lo más. Vamos, que es raro que cuando te presentan a alguien nuevo, no tengáis, al menos, un conocido en común o alguien que conoce a alguien que os conecta. Por eso no me extrañó en absoluto, aunque sí me molestó bastante, que Rafa estuviera en la fiesta de cumpleaños del joyero que habíamos organizado nosotras. Le vi entrar a lo lejos, con la niña pija clónica que me presentó en aquel bar, que en esta ocasión llevaba un LBD – *little black dress* en lenguaje *fashion* – y que me aspen si no eran unos *Pigalle* de Louboutin. Rafa llevaba unos pantalones de pinzas y una camisa blanca, con un cinturón de Hermès, lo que supuse que era por obra y gracia de la niña pija clónica, dado que Rafa era más de vaqueros, camiseta y zapatillas, aunque hay que reconocer que también tenía una gran capacidad de adaptación al entorno. Vamos, que si había que disfrazarse de pijo, se disfrazaba.

Alicia se me acercó haciendo gestos con las manos y con cara de circunstancias.

— ¿Has visto a ese? —preguntó Alicia, señalando con la barbilla en dirección de Rafa y la pija.

— Ya, tía, mierda de ciudad, te encuentras a quien menos quieres encontrarte —por un momento, añoré Madrid y sus más de tres millones de habitantes, dejando salir a la Ada matemática, que calculaba mentalmente las probabilidades de que dos personas concretas coincidieran en un mismo lugar, sin duda mucho menores que en Murcia.

— No es tonto, no... A saber cómo ha engañado la heredera de *Clothingale*...

— ¿A la heredera de qué? —Alicia me miró como si fuera un extraterrestre.

— Ada, en serio, lo tuyo es fuerte. *Clothingale*, la empresa que le está empezando a hacer la competencia a Zara, la empresa murciana que más ha crecido en los últimos cinco años. ¿No te suena?

— Ah, vale, ya... a saber cómo la habrá engañado... —no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

Mentalmente me repetía que no pasaba nada, que todo estaba bien, que Rafa era solo una persona más entre toda aquella gente, apenas un 1% del total de seres humanos que pululaban en aquel espacio concreto, en ese preciso instante, pero el corazón se me salía por la boca. En mi cabeza resonaban las palabras que escribí en aquel mail... acoso... código penal... penas de cárcel... medidas legales... delito... Aunque sabía que lo que había hecho Rafa era muy grave, no podía evitar sentir una pequeña punzada de culpabilidad, una especie de runrún en mi cabeza que me decía que a lo mejor había sacado las cosas de quicio... No, Adita, cállate. Has sido muy generosa no denunciando todo lo que este imbécil ha hecho, así que pasa página, cero remordimientos y ponte a trabajar. Cogí el *walkie* y empecé a dar instrucciones: a ver, los del grupo de jazz, que se coloquen. Alicia, en diez minutos damos el aviso para el cumpleaños feliz...

De repente, sin darme cuenta, tenía a Rafa detrás de mí; me di la vuelta y me encontré cara a cara con él.

— Eh... hola, Ada —su voz retumbó en mi cabeza como en una

pesadilla.

— Hola —contesté sin mirarle a la cara.

— Me alegro de haber coincidido contigo aquí, porque quería hablar contigo y no sabía cómo.

— Rafa, estoy trabajando y no tengo nada que hablar contigo —traté de ser tajante, pero él me cogió del brazo —. Rafa, suéltame inmediatamente.

— Perdona, no quería ser... mira Ada, lo siento, ¿vale? No sé qué me pasó, no era yo...

— Ah, no, fuiste muy tú, eso desde luego —un chulito pandillero y barriobajero—. Te repito, estoy trabajando y no tengo nada que hablar contigo. Que te vaya muy bien, Rafa.

Allí lo dejé, con la palabra en la boca y sintiéndome empoderada y liberada. Rafa ya no tenía poder sobre mí y, aunque seguía poniéndome nerviosa respirar el mismo aire que él, ya no era capaz de anular mi capacidad de acción y de reacción. Ya no formaba parte de mi vida, aunque como no tardaría en comprobar, se resistía a salir de ella.

La fiesta de cumpleaños del joyero fue otro éxito de Two Little Monkeys & Co, como bromeaba Alicia. Recibimos un ramo de flores de agradecimiento de parte de nuestros clientes e incluso nos mencionaban en el reportaje que publicaron en el periódico:

“Two Little Monkeys & Co, una prometedora empresa capitaneada por dos jóvenes emprendedoras, fue la encargada de organizar la fastuosa fiesta por el sesenta cumpleaños de Paco Alvarado, conocido joyero y empresario murciano, a la que acudió la flor y nata del lugar”.

Con la satisfacción del trabajo bien hecho, cerramos la agenda por tres semanas para dedicarnos por entero a la boda de Alicia y mi hermano. Finalmente, mi madre había logrado salirse con la suya y ambos habían transigido con los deseos de mi madre de que la boda fuera religiosa. Aunque ellos se casaban un día antes por lo civil en el ayuntamiento, la ceremonia la oficiaría un sacerdote, amigo de mi madre desde hacía años. Justo al lado de la finca donde se iba a celebrar la boda había una pequeña ermita de piedra, con bancos de madera rústica y una pequeña talla de madera de la Virgen, que imitaba a las imágenes románicas. A Alicia le pareció un sitio ideal, que iba a

quedar monísimo en las fotos y cuadraba perfectamente con la idea de boda campestre con balas cilíndricas de paja y centros de mesa de lavanda seca que tenía en la cabeza. Mi hermano decía que sí a todo porque, fiel a su *horchatismo* venoso, le daba igual ocho que ochenta. Cada vez que le preguntabas su opinión sobre algo, decía que a él le parecía bien lo que Alicia dijera. Y si seguías insistiendo, lo más que te contestaba era: “yo no necesito nada para casarme, excepto mi único imprescindible, que es que no falte la London Blue ni la tónica”. Así pues, con todo el mundo contento, comenzamos a ultimar los detalles de la boda que faltaban por concretar. Salvo por un pequeño detalle: que se acercaba el apocalipsis.

Capítulo 23

Como Las Grecas

La semana de la boda de Alicia y mi hermano fue frenética. Como Alicia estaba ocupada en los menesteres propios de una novia a la que le quedan días para casarse, yo debía encargarme de todas las cosas que quedaban pendientes, que no eran pocas. Estaba completamente absorbida por todos los preparativos, hasta el punto de que hacía días que no veía a Gonzalo más que en la cama, a las tantas, cuando caía rendida y prácticamente desmayada. El día antes del día B llegué a casa tan hecha polvo que podría haberme dormido en el ascensor con total tranquilidad. Apenas tuve fuerza para meterme a la ducha y pedirle a Gonzalo con un hilo de voz que me hiciera un *colacao* y me lo llevase a la cama, por caridad. Me acababa de acostar cuando vibró el móvil.

De: natadegea@grupogea.es

Para: hola@twolittlemonkeysco.es

Asunto: Organización boda

Hola! Mi nombre es Natalia y os escribo porque NECESITO que organicéis mi boda sí o sí. He estado en algún evento que habéis organizado y sin duda alguna, os tenéis que encargar de mi boda. Aún no tenemos fecha cerrada, cuando confirmemos que lo hacéis vosotras, concretamos todos los detalles. El presupuesto no es un problema, por lo que tendréis total libertad a la hora de materializar la idea de boda que tengo en mi cabeza. ¿Podemos concertar una entrevista lo antes posible?

Un saludo!

Natalia de Gea

Con apenas un ojo entreabierto, atiné a contestar al correo.

De: hola@twolittlemonkeysco.es

Para: natadegea@grupogea.es

Asunto: Re:Organización boda

Hola Natalia, en principio, si tus fechas son flexibles, no deberíamos tener problema para ponernos de acuerdo. El próximo lunes podemos vernos, aunque mi socia estará fuera un par de semanas. Si te parece bien, podemos concertar una primera cita la semana que viene y reunirnos más adelante de nuevo, cuando Alicia vuelva a incorporarse. Confírmame y concretamos hora.

Un saludo.

Ada Marco.

Tiré el móvil encima de la mesilla, cerré los ojos y, podría decir que me dormí, pero es más fiel a la realidad decir que me desmayé. No me enteré de que Gonzalo entró a nuestra habitación a traerme el *colacao* y tampoco me enteré de que había recibido una respuesta confirmando una cita para el lunes.

El día de la boda amaneció con un sol espléndido. Por suerte, como en los años anteriores, el mes de junio estaba siendo bastante fresco, si es que podemos considerar una media de veintisiete grados como *fresquito*. A pesar de que la boda no era hasta las seis de la tarde, mi madre me había pedido que estuviera en casa a las nueve, no me preguntéis para qué. Ella estaba en pie desde las siete y media, dando vueltas por la casa como pollo sin cabeza; si no era buscando unos pendientes que había decidido ponerse a última hora, era llamando a mis tíos, que habían aprovechado el viaje desde Londres para pasar la mañana haciendo algo de turismo, no fuera a ser que se les olvidase que esa tarde era la boda. Mientras, mi padre y mi hermano estaban sentados en el sofá y el sillón, respectivamente, como si toda aquella movida fuera en la casa de al lado. Mi madre, cada vez que pasaba por delante, resoplaba o sacudía la cabeza. Una de esas veces, se detuvo delante de ellos con los brazos en jarras y les espetó, “qué tranquilos vivís, de verdad”. Mi padre y mi hermano se miraron como si el tema no fuera con ellos y siguieron a lo suyo, mientras que mi madre salía de la salita sacudiendo la cabeza en dirección al cuarto de mi hermano. Apenas unos minutos después oímos un alarido escalofriante salir de allí dentro.

— *Oh my freaking gosh! This can't be true! Oh my God!* —mi hermano, mi padre y yo salimos corriendo hacia donde se encontraba mi madre.

— ¿Qué pasa, mamá? —pregunté yo con el corazón en la boca.

— Tu hermano, que es idiota, pero idiota perdido —gritó mi madre con los zapatos de mi hermano en la mano.

— ¿Y ahora qué he hecho yo? —respondió mi hermano.

— ¿Tú tienes un pie más grande que otro? —preguntó mi madre con los ojos fuera de las órbitas.

— Madre, ¿se te ha ido la mano con las valerianas o qué? —dijo mi hermano, echándose la mano a la cabeza, mientras que mi padre me miraba a mí en busca de alguna explicación racional.

— ¡Mira! ¡Mira! —gritó mi madre, poniendo las suelas de los

zapatos en la cara de mi hermano—. ¡Cuarenta y cuatro y cuarenta y seis! ¿Es que no comprobaste los números de los zapatos cuando los compraste o qué? —al borde de las lágrimas, mi madre estaba al borde de las lágrimas por unos zapatos. Ni en una fantasía de Almodóvar.

— ¡Hostias, madre! Pues no me di cuenta, no caí en mirarlos, la verdad...

— ¿Y ahora qué, eh? ¿Ahora qué? —mi madre estaba desplomada en una silla con los zapatos abrazados. Y luego, que por qué yo soy tan *peliculitas*, si lo llevo en los genes...

— Ahora me voy al *corteinglés* y los cambio, mamá, relájate. Y si no, me pongo las *Air Jordan* y a correr —hermano, poca broma en estos momentos, poca broma.

— George, nunca te lo he dicho, pero eres idiota. Idiota perdido, hijo mío —dijo mi madre muy seria mientras yo pensaba “te lo dije”.

— Bueno, en realidad me lo acabas de decir hace... —empezó a decir mi hermano, al que tuve que cortar antes de que aquello se convirtiera en Bodas de Sangre.

— Venga, madre, vamos a relajarnos todos. George, tira a cambiar los zapatos y tú mamá, acompáñame a la cocina que nos vamos a tomar un té y a respirar muy profundamente. Papá, tú vete a por la maquilladora, que habíamos quedado en recogerla a las once.

Una vez recuperada la paz familiar, el resto de la mañana transcurrió sin grandes sobresaltos. Mi hermana Allegra llegó a las once y media, porque como ella tenía hijos, podía llegar más tarde y ahorrarse el docudrama de los zapatos desparejados. Las mujeres Boatman fuimos maquilladas y peinadas como auténticas divas, comimos como buenamente pudimos para no estropearnos el maquillaje y antes de que nos diéramos cuenta la casa empezó a llenarse de gente. Mi cuñado Andrés con los niños, mis tíos con mis primos, que no solo no se habían olvidado de la boda, sino que habían tenido el detalle de venir a hacerse las fotos, tal y como les había pedido mi madre cuatrocientas veces y... Gonzalo. Cuando lo vi aparecer por la puerta, casi tengo que pellizcarme. ¿Cómo podía haber tanta perfección dentro de un chaqué? Chaqué que no era alquilado, he de decir, sino que se lo había hecho a medida para la boda de su hermana. Era algo fuera de este mundo, cómo le caían los pantalones, cómo le sentaba el reloj, cómo le cerraba el chaleco... Yo hasta ahora pensaba que no había hombre en el mundo

que pudiera lucir el chaqué mejor que el príncipe Harry. Pues estaba equivocada. Cómo no estaría de flipada, que el propio Gonzalo me miró sonriendo y me dijo:

— ¿Estoy guapo, eh?

— ... —a mí solo me salió asentir con la cabeza.

— Pues tú estás cien veces más guapa —me dijo dándome un beso en la frente.

La ceremonia fue preciosa, se me saltaron las lágrimas en varias ocasiones, tengo que reconocerlo. Gonzalo, que era el testigo de mi hermano, leyó al final de la ceremonia un discurso precioso que venía a decir que el amor y la felicidad parecen pasar de largo de nuestro lado durante mucho tiempo y de repente, un día cualquiera, te das cuenta de que el amor no te estaba esquivando, sino que la vida te estaba conduciendo a la verdadera felicidad. Que todos los corazones rotos, las lágrimas vertidas por desengaños y las desilusiones no son más que piezas de un puzle que, irremediabilmente, tienen que colocarse para que encaje la última, solo que en este caso, esa última pieza no era el fin del juego, sino el inicio de algo más grande aún: crecer uno al lado del otro, al mismo tiempo y en la misma dirección, pero por separado también. Haciendo del plural, singular y del singular, plural.

Aquella última frase se me clavó en el alma, pues no era otra que la que yo le había dicho aquel día en la playa. Aquella tarde en la que yo no sabía si estar de nuevo con Gonzalo, era lo que yo necesitaba; aquella tarde en la que comprendí que aunque *nosotros* implicase un *tú y yo*, a mí llevaba tiempo arrastrándome hasta borrar me de mi propia existencia. Aquella tarde en la que Gonzalo me dejó claro que para que fuéramos *nosotros* era necesario que yo, siguiera siendo *yo*, y que creciera mucho. Aquella tarde en la que yo empecé a deshacerme de toda la capa de miseria, dolor, tristeza, humillación y desprecio que llevaba encima de mí. La tarde en la que me permití empezar a ser feliz.

Yo andaba medio embobada en todos estos pensamientos, que me acompañaron mientras que nos hacíamos las fotos de familia después de la ceremonia y durante todo el ágape de bienvenida que tomamos mientras esperábamos que los novios se hicieran sus fotos. De fondo, sonaban en directo versiones de éxitos de los ochenta y noventa, interpretados con estilo

cincuentero por unos músicos vestidos como granjeros amish. Alicia había visto a ese grupo en Instagram y removi6 cielo y tierra hasta que aceptaron tocar en la boda. En serio, qu6 intensa pod6a llegar a ser.

Durante el c6ctel, mis sobrinos derribaron a dos camareros, mi hermana Allegra amenaz6 con irse a casa unas veinte veces y unas seiscientas personas se acercaron a Gonzalo y a m6 para preguntarnos el inevitable “*bueno, ¿y vosotros para cu6ndo?*”. Una t6a de mi padre puntualiz6, incluso, que despu6s de catorce o quince a6os, ya iba siendo hora de que sent6semos la cabeza, ignorando por completo que hab6a habido un per6odo de unos ocho a6os en los que no hab6amos estado juntos y dejando claro que para algunos, la 6nica manera de “sentar la cabeza” se llamaba matrimonio.

Por fin nos sentamos en nuestras respectivas mesas. Entre las dos hab6amos conseguido dar vida a la boda campestre con la que Alicia so6aba. Las mesas de madera, con mantelitos individuales de arpillera, los centros de mesa de lavanda en botes de cristal *vintage*, los arbolitos decorados con guirnaldas de luces, los cartelitos de madera pintados con pintura a la tiza... todo proporcionaba un ambiente de lo m6s buc6lico. L6stima que los mosquitos que me estaban acibillando los tobillos rompieran un poco aquella magia. De repente, se hizo un silencio, que se rompi6 por las primeras notas de *Song 2* de Blur. ¡No me lo pod6a creer!

Unas noches antes del d6a de la boda, Virginia, Alicia y yo hab6amos hecho una mini despedida de soltera que, b6sicamente, consisti6 en bebernos tres botellas de vino entre Alicia y yo y en o6r a Virginia quejarse de la mala suerte que ten6a de haberse quedado embarazada justo antes de la boda de una de sus dos mejores amigas en el mundo.

— Vosotras el d6a de la boda os pondr6is finas de cerveza, vino y *gintonic* y yo ser6 la t6pica repelente que os mirar6 con la cara de l6stima y reprobaci6n que se te pone cuando eres la 6nica persona sobria del lugar.

— *Gue* no, *gue* te lo juro que no voy a beber nada, Vir —le dije yo, mientras me pon6a un *gintonic*.

— Yo tampoco, t6a, *shhhhnada* de *nadashhh*. *Güeno*, a ver igual una copita no te digo yo *gue* no me *vayatomar*, pero de ponerme como las grecas, nada, *tojuero* —dijo Alicia, parti6ndose la caja.

Y así, entre vino, *gintonics* y promesas de sobriedad que ya sabíamos que no íbamos a cumplir, sonó en Spotify *Song 2* de Blur.

— ¡Hostia, hostia, temazo! —gritó Alicia saltando del sofá.

— ¿Te acuerdas cuando la ponían en *Capítulo*, que salíamos de donde estuviéramos pegando botes? —exclamó Virginia.

— ¿Te imaginas entrar así en la cena de mi boda? ¡Sería un puntazo!

— ¡No hay huevos! —chillé yo, imaginándome la cara de mi madre.

— ¡Tu madre me mata! —chilló también Alicia, leyéndome el pensamiento.

Y ahí quedó la cosa, pero por lo visto, lo del “a que no hay huevos” no es exclusivo de los hombres, así que Alicia decidió que ese temazo de Blur era el elegido para entrar a la cena de la boda y mi hermano y ella aparecieron por el arco de flores que daba paso al comedor al aire libre, pegando botes y cogidos de la mano. Y efectivamente, la cara de mi madre era para verla.

Esa noche rompimos todas las promesas de permanecer sobrias en solidaridad con Virginia, que se marchó al poco de empezar con las copas en vista de que habíamos hecho del grito “¡como las grecas!” nuestro lema de vida. Bailamos, bebimos, reímos, cantamos “*Te estoy amando locamente*” a gritos, saltamos, sudamos, volvimos a bailar, a beber y a reír y disfrutamos de eso que llaman felicidad, por si acaso mañana nos era esquiva.

Capítulo 24

Esto no puede ser verdad

Apartir de ciertas edades, las resacas pasan de ser una sensación de malestar más o menos persistente a convertirse en una especie de enfermedad crónica que parece que vas a arrastrar durante el resto de tus días.

De la boda de mi hermano y Alicia, amanecí el domingo a las cuatro de la tarde. Me llevó unos segundos, que me parecieron horas, ser capaz de abrir los ojos y ubicarme. ¡Dios de mi vida! ¿En qué momento de la noche me comí un murciélago muerto? Me tiré al baño a lavarme los dientes para evitar que aquel sabor nauseabundo me provocase arcadas. Me vi en el espejo. Obviamente, no llegué a casa en condiciones de desmaquillarme y parecía completamente una prostituta heroinómana en el baño de un motel de mala muerte. A pesar de llevar tres minutos cepillándome los dientes, aquel sabor a perro mojado seguía deslizándose por mi garganta. Cogí el colutorio e intenté hacer gárgaras con él. ¡Joder! ¿Desde cuándo el *listerine* sabe a ginebra? Qué asco, por favor. Con ganas de morir, me volví a la cama; justo cuando iba a empezar a hibernar de nuevo hasta el lunes, apareció Gonzalo, en calzoncillos, con una bandeja con café, zumo de naranja natural, tostadas, una tortilla y una caja de ibuprofeno. Madre mía, qué bueno está.

— ¡Buenos días, Massiel! —dijo sentándose en la cama.

— ¿Eh? —mi cerebro no procesaba información.

— Nada, nada, que si has soltado ya la copa.

— ¿Qué hablas? ¿Qué dices? —*error 404 not found*, así estaba mi cabeza.

— Que vaya pedal, amiga —susurró, mientras me daba una palmada en el culo.

— Hombre, tampoco sería para tanto, digo yo... —el último recuerdo claro que tenía era haberme subido a espaldas de mi hermano mientras

sonaba *Fiesta pagana* y yo cantaba a voz en grito “*si es verdad que existe un Dios, que trabaje de sol a sol*”.

— Para tu tranquilidad te diré que no la liaste mucho... en la boda. Aquí ya fue otro cantar... ¿te lo cuento o te acuerdas?

— Mmm, no sé de qué me hablas —hostias, me estaba empezando a acordar.

— “*Gonzalo, vamos a follar como animales, tírame del pelo, córrete en mi cara*” ¿te suena? Que a ver, no es que me moleste, ni me escandalice, pero ¿tú cuándo te has vuelto una fanática del sexo duro? — dijo riéndose.

— ¡Cállate, por favor te lo pido, que me da mucha vergüenza! ¿No me harías caso, verdad? —a ver si el rímel no era lo único que se me había corrido en la cara...

— ¿Tú que crees? Yo soy un caballero y nunca cedería a los deseos lujuriosos y obscenos de una dama que cuadruplica la tasa de alcohol permitida. Pero ahora que ya estás bien... —Gonzalo se tiró encima de mí riéndose.

— ¡Quita, que estoy a punto de vomitar, por Dios! Me quiero morir del dolor de cabeza, y mañana creo que tengo una reunión a primera hora con una posible clienta. ¿Me miras en la agenda del móvil a la hora qué he quedado, porfa? Se llama Natalia de Gea.

— Coño, ¿de los de Gea de toda la vida? —preguntó Gonzalo sorprendido.

— ¿Qué de Gea dices? Yo qué sé, una que dice que le tenemos que organizar la boda sí o sí.

— ¿Pero es Natalia de Gea, la hija de Manuel de Gea, el presidente de Grupo Gea, o sea, los de las tiendas estas de ropa que están volviendo locas a las *bloggers* y a las adolescentes de media España?

— Gonzalo, no te voy a preguntar cómo sabes tú las tiendas que vuelven locas a las *bloggers*, porque sinceramente, no sé ni de qué tienda me hablas —tiene narices que mi novio estuviese más al tanto de las tendencias en moda, que yo.

— Sí, hombre, cómo se llama... Closing... no, espera, *Clothingale*.

Clo-thing-ga-le.

Venga-hombre-por-favor.

No podía ser, ni de coña. No podía ser que la Natalia que me intentó presentar Rafa aquella noche en el bar, fuera la misma pija clónica con la que lo vi en la fiesta de cumpleaños del joyero, y la misma Natalia de Gea con la que yo tenía una cita mañana a las nueve y media para empezar a organizarle su boda. Bueno, calma, cálmate Adita. A lo mejor, aunque sí que fuese ella, el novio no es Rafa. Claro, eso será, ella fue a la fiesta con Rafa por algún motivo que desconocemos, pero no se va a casar con él, se casa con otro más joven, más rico, más pijo y más guapo. O a lo mejor la chica con la que viste a Rafa no era esa Natalia y Alicia se confundió. Está claro, no es ella, esta es otra Natalia de Gea que no tiene nada que ver.

Pues sí que era ella. Y él. Los dos. Cogidos de la mano y sonrientes entrando al despacho de Two Little Monkeys & Co., justo el día en el que mi socia, amiga y cuñada estaba volando hacia su luna de miel en Japón con mi hermano. A Rafa no pareció sorprenderle lo más mínimo verme allí, con lo que imaginé que no solo estaba al tanto de que la agencia de eventos que su novia quería contratar para su boda era la mía, sino que además, le parecía bien. Yo pensé que era mejor dejarles hablar a ellos, antes de empezar a cagarme en los muertos de los allí presentes, así que eso hice.

— Bueno, Ada, te comento, como ya te expliqué en mi mail, es vital que organicéis mi boda. Vuestros trabajos son bru-ta-les y necesito que seáis vosotras, ¿saes? —madre mía qué pija es la pobre.

— Ya, bueno, pero como ya te dije, mi socia no está ahora mismo en España y un trabajo de esta envergadura debemos decidirlo... —a ver, mona, ese que está sentado a tu lado es mi ex y le odio con todas mis fuerzas, ¿saes?

— Na, na, na —dijo llevándose el dedo a la boca—. A ver, estoy al tanto, ¿saes? Sé que mi novio y tú tuvisteis algo en el pasado, pero es que me da igual, ¿saes? Somos todos mayores ya y esto es una cuestión profesional. No me puedes decir que no.

Rafa no había movido los labios desde que se sentó en el sillón Barcelona de imitación que habíamos puesto en el despacho. La cuestión es que ella tenía razón. No podía decir que no. La noche anterior estuve *googleando* a Natalia y resulta que era eso que ahora llaman una *itgirl*, vamos, lo que toda la vida se ha llamado una niña de papá, pero con cuenta de Instagram. El caso es que

había artículos sobre ella en Cosmopolitan, Telva, Vogue, Elle, ¡Hola! y no sé cuántos millones y millones de blogs y foros. Estaba claro que su boda iba a salir en todos los medios y esa publicidad para Two Little Monkeys & Co. era impagable. Además, si le decía a Alicia que había rechazado este trabajo porque el novio era Rafa, me iba a matar, no sin razón. Estaba atada de pies y manos. No tenía más remedio que aceptar.

— Para empezar a trabajar necesito que me facilitéis fecha y lugar del enlace, si ya lo tenéis, preferencias sobre el lugar de celebración, lista de invitados y una descripción por escrito de cómo os imagináis vuestra boda. Además, es necesario abonar el 5% del presupuesto total en concepto de adelanto sobre nuestros honorarios, que suponen el 10% del total del presupuesto del evento —todo esto lo dije de carrerilla, sin apenas pensar. Mejor no pensar.

— La fecha es el próximo catorce de febrero, el lugar, la finca familiar, invitados unos quinientos, la boda la quiero es-pec-ta-cu-lar y por el presupuesto no te sabría decir, pero no te preocupes, yo te dejo ahora un depósito de diez mil euros en concepto de anticipo y lo que falte hasta vuestra comisión, lo vamos completando de aquí a la boda. ¿El baño, por favor? —sonrió dejando ver sus enormes y blanquísimos dientes.

— La puerta de enfrente.

Mientras que su novia iba al baño, Rafa se levantó y me intentó convencer de que él se había enterado esa misma mañana, al ver la placa en el portal, de que la agencia que su novia quería contratar era la mía.

— Pero somos adultos, Ada, esto no tiene por qué suponer un problema, ¿no?

— Mira lo que te digo, Rafa, esto no es una jodida comedia romántica. Yo no soy Jennifer López y desde luego tú no eres Matthew McConaughey, así que vamos a dejarlo estar.

— Cómo me ha puesto siempre la forma que tienes de pronunciar el inglés... *macónahey*... me pones de la hostia.

— Que te quede claro, no te paso ni media. Si vuelves a hacer cualquier bromita de este estilo, se acabó. Dejo la boda y además le cuento a tu novia cómo eres, le enseño lo que estuviste publicando en

Instagram y te jodo el chiringuito, ¿estamos?

Cuando Natalia salió del baño, quedamos para vernos la siguiente semana, no sin antes comentarle que en la mayoría de los casos era mejor que el novio quedase un poco al margen de los preparativos y que fuera la novia la que organizase la boda junto a nosotras. Y si no era cierto en la mayoría de los casos, en este era una verdad como un templo. Cuanto más lejos estuviera, mejor.

Llegué a casa a la hora de comer, sin saber muy bien cómo decirle a Gonzalo que los próximos meses me los iba a pasar organizando la boda de mi ex, así se lo dije sin rodeos.

— ¿Qué tal el día? —preguntó mientras me besaba en la frente.

— De puta madre. Voy a organizar una boda de presupuesto millonario, que igual nos supone la mitad de la facturación anual, que va a salir en todas las revistas de moda y del corazón y en la que el novio es mi ex. Y tú, ¿qué tal? ¿Has curado a muchos niños hoy?

— ¿Cómo que el novio es tu ex? ¿Rafa?

— El mismo. Resulta que la novia es, efectivamente, la pija esta de las tiendas de moda de las *bloggers*, pero el novio no es otro que mi ex. ¿Es o no es maravilloso? Y lo peor es que no puedo decir que no, porque si lo hago Alicia me mata y con razón. Es un eventazo —esto último lo dije para dejar claro que estaba en la obligación de aceptar, dijera Gonzalo lo que dijera.

— Pues claro que no vas a decir que no. Tú eres una profesional como la copa de un pino y trabajo, es trabajo. Tú, *palante*.

¿Por qué yo no era capaz de anticipar jamás las respuestas de Gonzalo? Con Rafa nunca me equivocaba, sabía perfectamente cómo iba a reaccionar en cada momento. Mal. Por ejemplo, en este caso, me hubiera espetado que le dijera a mi ex que se comiera una mierda, que ni hablar, que yo no le iba a organizar nada a mi ex porque ese lo que quería era dar por saco y acercarse a mí. Como si lo estuviera viendo. Pero con Gonzalo no había manera. ¿Que yo pensaba que me iba a dejar porque me habían despedido? Él me animaba a montar mi propia empresa y hacer de mi pasión, o sea, de organizar eventos, mi trabajo. ¿Que yo creía que me iba a mandar a la mierda porque después de decirle que sí me quería casar con él, le digo que todavía no? Pues él me dice

que perfecto, que mientras que estemos juntos, todo estará bien. ¿Que le digo que le voy a organizar la boda a mi ex? Pues me contesta que olé por mí, que a darlo todo. No negaré que era una sensación desconcertante para mí, pero al mismo tiempo, me hacía sentir cada día más segura, más confiada en que había tomado la decisión correcta. Me hacía sentir serena. Y precisamente serenidad era lo que iba a necesitar en los próximos meses.

Capítulo 25

La vida es ahora

Cuando Alicia volvió de su viaje de novios y le conté quiénes eran nuestros próximos clientes, le dio un ataque de risa. Pero no una risa de estas nerviositas en plan, jo, qué fuerte. No. Una risa de las que te salen lágrimas de los ojos a propulsión y de las que te duelen los mofletes de reírte. Una risa de las que paras un segundo y vuelves a explotar al siguiente. La hija de la gran puta me hizo contarle todos los detalles de la primera reunión, de la cara que se me quedó cuando vi a Rafa, de mi frase “esto no es una jodida comedia romántica y tú no eres Matthew McConaughey” y de la pija clónica contándome *¿saes?* en nuestra segunda reunión que quería una boda *así como* espectacular, con zancudos, tragafuegos, puestos de algodón de azúcar *supervintage*, *¿saes?*, cocineros preparando sushi y tacos mexicanos en directo y no sé qué pollas en vinagre más. Y cuando ya se lo había contado una vez, me volvía a decir, tía, tía, pero cuéntamelo otra vez, por favor, que no puedo con mi vida, en serio y se descojonaba viva de nuevo.

— Tía, Alicia, no te rías, por favor te lo pido. Esto es muy gordo. Es lo mejor que nos ha pasado como agencia de eventos, pero lo peor que me ha pasado en la vida. A ratos me quiero morir, tía, en serio —me tiré encima del sofá para darle más dramatismo a la escena.

— Bueno, no te pongas así. Si lo mismo ni se casan al final. ¿Tú le has dicho que cobramos la mitad de los honorarios por adelantado y que no se recuperan si no se celebra el evento por causas ajenas a la agencia?

— ¡Pero si ha hecho una transferencia de diez mil pavos, tía! —dije sosteniendo el justificante del banco en la mano.

— ¿Perdona? ¿Pero qué presupuesto tiene esta mujer? —los ojos de Alicia tenían el símbolo del dólar, del euro, de la libra y del yen japonés.

— Ah, eso ni se sabe. Que adelantaba diez mil y el resto, según vayan pasando los meses. ¿Qué te parece?

— ¿Que qué me parece? Que el Rafa ha pegado el braguetazo de su vida. Qué hijo puta... ¿Y cuándo los vemos de nuevo?

— He quedado con ella pasado mañana para ir viendo cosas. Yo es que estoy por llamar al Circo del Sol y ya tenemos media boda organizada, también te lo dijo... —zancudos, tragafuegos, mimos... lo normal en una boda, vamos.

— Lo que los señores quieran, Adita. Que sean tan ostentosos, garrulos y horteras como quieran. Cuanto más circo monten, más cobramos nosotras.

— En fin... bueno, me marcho que me ha llamado mi hermana, que no sé qué le pasa, que quería hablar conmigo de una cosa. Está de un misterioso...

Si me hubieran dado diez años, posibilidad de infinitas respuestas y veinte pistas, no hubiera sido capaz de adivinar lo que le pasaba a mi hermana Allegra. Habíamos quedado a comer en el mismo japonés donde Gonzalo y yo tuvimos nuestra *segunda* primera cita. Cuando entré, Allegra ya estaba sentada, pero al llegar, se puso de pie y me abrazó. Inmediatamente pensé que a mamá o a papá les pasaba algo malo, pero ella me dijo que no iban por ahí los tiros, que tenía que ver con ella. Con algo que había pasado y que no sabía cómo gestionar. Algo que ella sabía que estaba mal, pero que no era capaz de controlar.

— En resumen, Ada, que me he... —dijo algo completamente ininteligible.

— ¿El qué dices?

— Que me he... —bendito sea, si pude entender una palabra.

— Allegra, como no hables más fuerte... —dije arriesgándome a llevarme un pescozón de mi hermana.

— ¡Que me he liado con el papá de Emma! —chilló muy bajito.

— ¿Qué te quééééé? —mi hermana, ese ejemplo de rectitud y virtud, imposible.

— Pues eso, que he tenido una aventura con el papá de Emma, la amiguita de Jimena. Vamos, que la sigo teniendo.

— Mira, Allegra, lo primero que te voy a decir: es ridiculísimo eso de llamar al tío que te estás tirando “el papá de Emma”. Porque el papá de Emma tendrá un nombre e imagino que una polla como la de un caballo para que tú estés haciendo esto.

— Ada, por Dios, no hables así —dijo medio chistando.

— Mírala qué escrupulosa se pone. Hablar de su polla, no. Pero que te la meta mientras vuestras hijas están en el colegio, no te supone ningún problema.

— Te lo pido por favor, Ada, estoy muy avergonzada, pero no sé qué me pasa que todos los días digo que es la última vez y nunca lo es.

— Pues te pasa que tienes treinta y seis años, que llevas casada desde los veinticuatro y que en tu vida solo te has acostado con tu marido. Y en algún momento tenías que probar que te la metiera otro.

— Ada, por Dios, no seas ordinaria —lo que yo te diga, tan fina para unas cosas y tan poco fina para otras.

— ¿Tú le quieres? —así, a bocajarro.

— ¿Yo? ¿A quién? ¿Al papá de Emma? ¡Cómo le voy a querer, si estoy casada! ¡Yo a quien tengo que querer es a mi marido!

— Una cosa no quita la otra.

— Hermana, no me vengas con rollos de amor libre, o de poliamor, que todo eso está muy bien para las películas, pero la vida real es otra cosa.

— La vida real, Alle, es que tú puedes querer mucho a tu marido porque es el padre de tus hijos, porque lleváis media vida juntos y porque es un buen hombre. Pero eso no quiere decir que estés muerta en vida. Te puedes volver a enamorar. Contéstame, ¿tú estás enamorada de Andrés? —toma pregunta.

— Yo... yo le quiero mucho, Ada...

— ¿Estás enamorada de Andrés sí o no? —como si fuera una pregunta fácil de responder.

— Hace seis meses que no nos acostamos. Y antes de esos seis meses, hacía por lo menos tres.

— O sea, que en nueve meses habéis echado dos polvos, ¿no?

— Más o menos. Y no estoy segura de que a aquello se le pudiera llamar “polvo”.

— Allegra, yo no soy ni mucho menos una experta en estos temas, pero mi consejo es que te des un tiempo. Que dejes lo tuyo con el tío este, con “el papá de Emma” en suspenso y que te aclares. Vete con Andrés de viaje, yo me quedo con los niños, id a un sitio romántico y a ver qué pasa. Hay veces que unos cuernos pueden salvar una relación, o al menos eso dicen. Y si después de eso sigues sintiendo que se acabó la magia, te planteas la separación.

- ¡Separación! ¡Por Dios! —me interrumpió mi hermana.
- ¿Se te ocurre otra idea? ¿Seguir acostándote con “el papá de Emma” hasta que Andrés os pille? ¿Seguir sintiendo que te mueres del aburrimiento con tu marido? Dime, ¿cuál es tu plan?
- Yo qué sé, yo no tengo plan... Lo mismo tienes razón, no sé...
- La tengo — sentencié.
- Déjame que me lo piense... y no vayas a contar nada, por favor, a nadie.
- Descuida.

Por si era poco surrealista tener que organizarle la boda a mi ex, aquí estaba yo dándole consejos a mi hermana mayor, la virtud hecha persona, sobre infidelidades, recuperar la magia de su matrimonio, cuernos que salvan relaciones y sexo. Hablar de sexo con mi hermana era una experiencia completamente nueva para mí, la verdad.

El día, sin embargo, aún no había terminado, qué va. Estaba muy lejos de terminar. Cuando iba de camino a casa, recibí una llamada de Miguel. Virginia estaba en el hospital. Un desgraciado que conducía mientras grababa un puto *story* de Instagram, había empotrado su coche contra el de mi amiga. A consecuencia del golpe, Virginia había roto aguas y estaba hospitalizada. Aún faltaba poco más de un mes para que saliera de cuentas, con lo que tenían que intentar retrasar el parto lo máximo posible.

Llamé a Gonzalo y a Alicia, pasé a recogerlos a los dos y nos presentamos en el hospital lo más deprisa que pudimos. No sé muy bien a qué íbamos; no podríamos ver a Virginia, con total seguridad, pero al menos Miguel nos tendría allí y, de algún modo, sentía que necesitaba ir. Es curioso cómo, en menos de un minuto, un huracán puede entrar en tu vida y volverla del revés. De repente, el tener que organizar la boda de mi ex, o que mi hermana le pusiera los cuernos a su marido, me parecían anécdotas triviales, fútiles, chascarrillos frívolos e insustanciales que no servirían más que para amenizar una comida navideña cuando fuese viejecilla. En un minuto, mi mejor amiga había pasado de ir conduciendo hacia su casa después de su turno en el hospital, a estar en él de nuevo intentando mantener a su hija dentro de ella el mayor tiempo posible, como garantía de supervivencia. En un minuto, el universo se encargaba de dejarnos claro a todos que esto es lo que hay, que la

vida es ahora, que *pa'luego*, es tarde y que da igual cuánto planifiques, cuánto organices, cuánto planees, que la vida te dará lo que considere oportuno, sea justo o no. Y precisamente por eso, en la vida no triunfan los que son de hierro, triunfan los que son como un junco, que se dobla pero siempre sigue en pie, como decía aquella canción del Dúo Dinámico que siempre escuchaba mi padre. Resistiré, como lema de vida.

Cuando llegamos al aparcamiento del hospital, tenía la cara totalmente cubierta de lágrimas. Gonzalo seguía intentando localizar a un neonatólogo amigo suyo, por si el parto era inevitable. Alicia se estaba arrancando las uñas de gel con los dientes. Bajamos del coche y vimos a Miguel en la puerta del pabellón de maternidad. Estaba fumando, a pesar de que en los hospitales está prohibido y de que hacía años que lo había dejado.

— Miguel, ¿novedades? —pregunté sin ni siquiera saludar.

— Tiene una fisura en la bolsa amniótica, que parece estar controlada, pero ha empezado a tener contracciones. En principio van a ponerle antibióticos para prevenir una infección y le han empezado a dar no sé qué para parar las contracciones y otra cosa para los pulmones de la niña.

— ¿Ella está consciente? —de repente me di cuenta de que hasta que Alicia preguntó por ella, no había pensado en cómo estaría Virginia.

— Sí, bueno, está un poco atontada porque se ha llevado también un buen golpe en la cabeza y ha perdido el conocimiento varias veces, pero quitando los ocho puntos que le han dado en la frente, está bien.

Como era de prever, no nos dejaron entrar a verla, así que nos tomamos un café con Miguel y cuando llegaron los padres de Virginia, a los que el accidente de su hija les había pillado de viaje en Segovia, nos marchamos. Yo fui todo el camino en silencio, mi cabeza iba a mil por hora dándole vueltas a una idea y yo sabía que ya no había vuelta atrás. Mi reloj biológico se había puesto en marcha.

Capítulo 26

Tic tac

Cuando llegamos a casa, llevaba como media hora sin abrir la boca. Gonzalo me abrazó y me susurró al oído que no me preocupase, que todo iba a salir bien. Virginia estaba ya de treinta y cinco semanas y aunque se pusiera de parto esa misma noche, la probabilidad de que la niña naciese sin complicaciones, era muy alta. Pero si bien era cierto que yo seguía preocupada por Virginia y su bebé, mi silencio no se debía a ellos. Mi silencio se debía a que estaba absorta en asimilar aquel deseo repentino e irrefrenable de ser madre que había despertado en mí esa noche. A ver, yo siempre he querido ser madre, no me acababa de dar cuenta de ello, pero siempre me lo había planteado como un plan de futuro, como algo que llegaría... más adelante. Pero ¿y si no había un más adelante? ¿Y si el momento era ahora? ¿Y si me pasaba algo? O aún peor, ¿y si le pasaba algo a Gonzalo y nunca podía ser el padre de mis hijos? Eran demasiados riesgos los que asumía y no estaba dispuesta. Ahora faltaba por saber lo que opinaba Gonzalo... porque aunque me había seguido incondicionalmente en todas mis decisiones, ser madre no era algo que me afectase a mí sola. Yo sabía que Gonzalo quería tener hijos, entraba en sus planes. De hecho, la relación con su exnovia acabó precisamente porque ella no quería ser madre. Que a Gonzalo le encantan los niños no tenía discusión, no en vano es pediatra, pero no sabía si había llegado al punto de su vida en el que deseaba que un pequeño se tomase el control. Con todo, yo sabía que esa noche no era momento de plantearlo. Gonzalo podría pensar que se trataba de un puntazo raro que me había dado por los nervios y yo misma quería tomarme unos días para madurarlo y asimilarlo. Sin embargo, como me ocurre en muchas ocasiones, las palabras viajaron de mi corazón a mi boca, sin pasar por el cerebro, y cuando a la mañana siguiente Gonzalo me preguntó mientras desayunábamos que qué me pasaba, lo solté de sopetón:

— Que quiero tener un hijo.

Gonzalo me miró durante unos segundos como si hubiera dicho que no quedaban ni huevos, ni mantequilla. Dio un sorbo a su café, me miró de nuevo, volvió a dar un sorbo a la taza, la dejó sobre la encimera y se sentó en la silla que había a mi lado.

— ¿Estamos hablando de tener un hijo como idea general, o lo que me estás diciendo es que quieres tener un hijo ya?

— Sí, lo que te estoy diciendo es que quiero dejar la píldora, empezar a tomar las pastillas esas de vitamina o de ácido no sé qué y que me dejes preñada. Y no es por lo que ha pasado con Virginia, aunque en parte sí... el caso es que no controlamos una mierda el futuro, podemos hacer los planes que queramos, pero luego pasa lo que menos esperamos y yo... yo ya tengo treinta años, casi treinta y uno y te quiero, eres sin ninguna duda el hombre de mi vida, el trabajo va bien, aunque esté organizando la boda de mi ex, pero el caso es que nos va bien y... que no sé qué más excusas ponerme para convencerme de que tengo que esperar.

— ¿Te das cuenta de una cosa? —me preguntó Gonzalo cogiéndome de la mano.

— ¿De qué?

— De que has dicho “para convencerme de que tengo que esperar”. De que “tengo”. No has dicho “tenemos”, has dicho “tengo”.

— ¿Qué me quieres decir con eso? —¿acaso pensaba que se trataba de un deseo egoísta?

— El año pasado, cuando decidimos dejar en el aire lo de la boda, me dijiste que siempre habías hablado en plural, siempre te habías incluido a ti misma en un “nosotros” que, a veces, ni siquiera era lo que tú querías o necesitabas. Sin embargo, ahora mismo me estás hablando de que tú quieres ser madre, de que no tienes que esperar más, ¿te das cuenta?

— Pero Gonzalo, yo quiero tener un hijo contigo, no es que... — madre mía, a ver si ahora se creía que lo estaba usando de donante de esperma.

— Ya, ya, lo sé. Pero creo que lo has conseguido.

— ¿El qué?

— El singular de nosotros.

— ¿Qué? No te entiendo.

— Que has conseguido que el “nosotros” no te arrolle. Sabes lo que

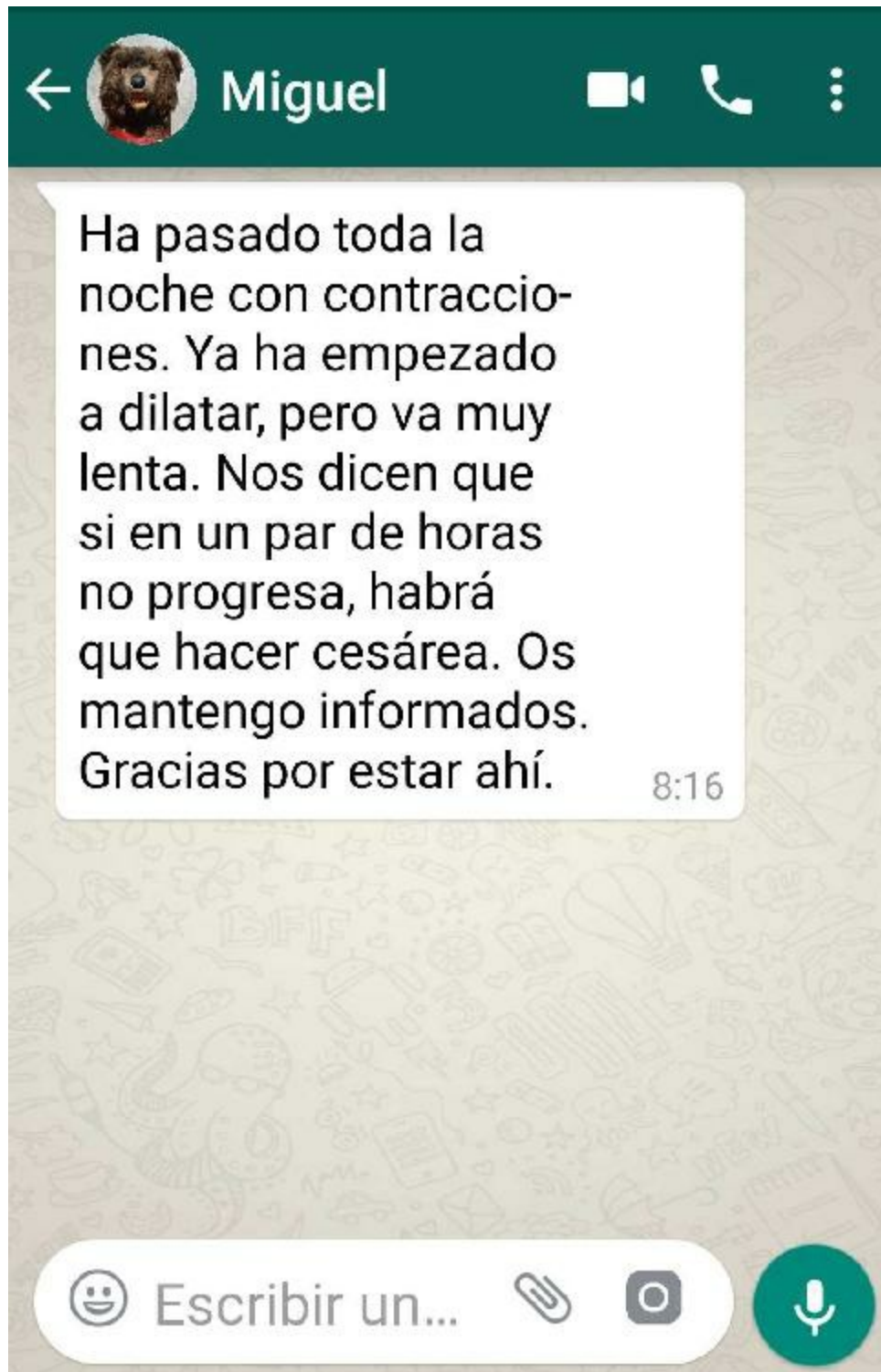
quieres hacer con tu vida, sabes cómo quieres vivirla y lo mejor de todo es que quieres que yo esté en ella.

Gonzalo se levantó, me dio un beso en la frente, metió la taza en el lavaplatos y salió de la cocina. Cuando estaba en el pasillo, se dio la vuelta, me miró y me dijo:

— Ah, por cierto, yo también quiero tener un hijo contigo.

Algo como un fuego me subió por las piernas, recorrió mi espalda, los brazos, el cuello y salió despedido por las orejas en cuestión de milésimas de segundo. Lo que hace apenas unas horas no era más que una idea en mi cabeza, iba camino de convertirse en realidad. Bueno, aún no, estaba claro, primero tenía que dejar las pastillas, preparar mi cuerpo y era posible que tardase meses en quedarme embarazada... o no, pero el caso es que íbamos a por ello.

Llamé a Miguel, para preguntar por Virginia, pero no me lo cogía. Al poco, recibí un whatsapp.



Salí para la oficina, que actualmente era una zona de desastre natural. Alicia se había mudado al piso de mi hermano unas semanas antes de casarse y estábamos intentando acondicionar una zona de recepción para los clientes, en el antiguo salón y una zona de almacén, en el antiguo dormitorio. Tenía que

revisar unos presupuestos de catering para la boda de *la heredera* – la llamábamos así para no nombrar al innombrable – y elegir tres para presentarle. Además, habíamos recibido el encargo para una fiesta de cuarenta cumpleaños en apenas una semana y tenía pendiente de terminar los últimos detalles de las bodas de plata de una pareja. Pero yo, de lo único que tenía ganas era de pensar en cómo sería mi hijo, si sería niño o niña, cómo se llamaría, cuándo nacería... Empecé a buscar en Google... resulta que si me quedaba embarazada ahora, el bebé nacería a finales de abril, primeros de mayo... jolín, sería perfecto, con la primavera, el sol que empieza a calentar... Pero debe ser muy difícil quedarse embarazada al primer intento, así que lo más probable es que ya fuera para el verano, o incluso para el otoño. Mejor para otoño, que luego en verano, el pobre, para celebrar su cumpleaños... Inmersa en estos pensamientos me hallaba cuando sonó el teléfono:

— Ada, ¿qué tal Virginia? —era mi hermana Allegra.

— Hola, pues lo último que sé es que está con contracciones desde anoche y que si no dilata de aquí a un rato, le hacen cesárea.

— Pobre. ¿De cuánto está?

— Treinta y cinco semanas, le falta más de un mes para salir de cuentas.

— Bueno, seguro que va bien, ya verás. Yo te llamaba para preguntarte cuándo te va bien quedarte con los niños. Tres o cuatro días, a lo sumo. He pensado en ir a París con Andrés, más romántico imposible.

— ¿Pero has visto ya algo de vuelos y eso?

— No, aún no, por eso te pregunto.

— Pues yo me voy a coger de vacaciones el mes de agosto. Todo lo que queda de julio lo tengo liado con dos eventos, pero la primera semana de agosto soy toda tuya y de mis sobrinos, ¿te parece?

— ¡Gracias, hermana!

Al poco de colgar con mi hermana, otra llamada. Esta vez era *la heredera*, que se lo había pensado mejor y que en lugar de una mesa dulce, que estaba muy vista, quería una barra libre de chuches.

— ¿Pero no viene a ser lo mismo? —dije yo, en la más absoluta ignorancia.

— Sí y no. Es un concepto nuevo, ¿*saes*? En lugar de que la gente meta la mano en las chuches y tal, un camarero con guantes te las va poniendo en un bol transparente, es como más higiénico y *cool*, ¿*saes*? Es brutal porque en realidad, tú puedes pedir un cóctel de chuches y combinarlas como quieras.

— Bueno, si a ti te gusta más así, cancelo lo de la mesa dulce y busco uno o dos camareros más —estaba empezando a pensar que Rafa se merecía casarse con esta insufrible.

— Eres un amor, Ada, ¡*chau*!

Perfecto, ahora tenía que cancelar lo que llevaba adelantado de la mesa dulce y montar una barra libre de chuches, vamos, lo que viene siendo un kiosko de toda la vida, pero con un camarero, en lugar de la Mari la de las chuches. Señor, yo me quiero ir de vacaciones.

En apenas una hora, recibí un whatsapp de mi hermana. Había reservado vuelo y hotel del dos de agosto, al siete. Cinco días. Utilizó el emoticono de las palmitas, con lo que deduje que estaba emocionadísima, ya no por el emoticono en sí, sino por el hecho de que mi hermana no suele utilizarlos. Muy excitada tenía que estar para no poder explicarlo con palabras y tener que recurrir a ellos. A todo esto, caí en que no le había comentado nada a Gonzalo del tema de que íbamos a ser padres adoptivos cinco días. Supuse que le parecería bien, él adora a mis sobrinos, lo difícil sería no hacerlo. No es porque sean mis sobrinos, pero son los niños más especiales del mundo. Jimena tiene siete años. Es inteligentísima, divertidísima y preciosa. Como yo, es una lectora compulsiva y para lo pequeña que es, devora los libros a una velocidad de vértigo. Además, es una atleta. Está en el equipo de gimnasia rítmica del cole y el año que viene quiere hacer las pruebas de ingreso para el conservatorio de danza. Toni es un crack. Tiene cinco años y ya tiene claro que de mayor va a ser futbolista del Real Madrid y del Chelsea F.C. Con uno va a jugar la Liga y con el otro la Champions League, pero aún no tiene claro cuál será el elegido para cada competición. Son flecos que quedan por solventar. Eso sí, tendrá que compaginarlo con su trabajo de superhéroe, porque él está decidido a acabar con todos los villanos de la galaxia. Definitivamente, mis sobrinos son maravillosos y Gonzalo iba a estar encantado de tenerlos en casa.

Mis ganas de trabajar esa mañana eran inversamente proporcionales a lo

harta que estaba de la boda de la heredera y el innombrable. Yo de lo que tenía ganas era de irme de vacaciones, de tumbarme a la bartola y de no pensar más en barras libres de chuches, zancudos repartiendo flores y el resto de fantasías estrambóticas que salían de la cabeza de la pija clónica. Se me ocurrió ir a Primark a comprar porquerías para cuando vinieran mis sobrinos. Maldita sea. Mi idea era comprarles un pijama, unas tazas y unas zapatillas para hacerme la tía enrollada. Ja. Tres bolsas gigantes y doscientos euros después recibí una llamada de Alicia.

— Mira lo que te digo, yo no sé lo que vamos a ganar con esta boda, pero me voy a tener que gastar la mitad en ansiolíticos —bramó Alicia sin decir ni buenos días.

En resumen, que la heredera quería un *photocall*, pero no un *photocall* común y corriente, no. Cómo iba ella a querer algo normal y corriente. No, hombre, ella quería un córner de maquillaje y otro de peluquería para las invitadas y un fotógrafo de moda que hiciese fotos dignas del Vogue. Normalmente cuando organizamos un evento tratamos de guiar a los clientes y quitarles de la cabeza algunas ideas locas, que suelen quedar mejor en la imaginación que en la realidad. Pero yo tenía clarísimo que en este caso, lo mejor era decir que sí a todo, cobrar nuestros honorarios y mandarlos a tomar por culo en el momento que hubiera acabado nuestro trabajo. Mi salud mental me lo agradecería y mi paz interior también. A fin de cuentas, solo era una clienta más.

Al rato, otra llamada, pero esta vez era una llamada esperada y muy deseada. El bebé de Virginia, su hija, había nacido y aunque la habían tenido que llevar a la UCI neonatal por ser prematura, se encontraba muy bien. Había pesado algo más de dos kilos y medio, un peso bastante bueno para esas semanas de gestación, y aunque había necesitado un poquito de ayuda al principio para respirar, ya lo hacía por sí sola. Si todo iba bien, en un par de semanas o quizá tres, Virginia y su bebé, estarían en casa. Y yo, no podía estar más feliz por ellas.

Capítulo 27

Ladrillos de otro

El mes de julio acabó en un suspiro y cuando me vine a dar cuenta, mis sobrinos estaban instalándose en mi casa. Entre las chorradas de *la heredera*, los eventos acumulados para finales de julio y otras historias, se me pasó completamente comentarle a Gonzalo lo de los niños. Para mi sorpresa, cuando le dije a Gonzalo que íbamos a ser padres suplentes durante cinco días, pareció no sentarle muy bien

— ¿Y por qué no se quedan con tus padres? —me preguntó con cara de circunstancias.

— Pues porque mi hermana me lo ha pedido a mí —le contesté algo airada—. Pero si no te sienta bien, me voy con ellos a casa de mis padres y listo.

— Hija, de verdad, cómo te pones.

— Es que yo pensaba que te iba a hacer ilusión, la verdad. Pero ya veo que me equivocaba, que no te hace ni un poco de gracia.

— No es que no me haga gracia, pero me lo podrías haber preguntado antes de decirle que sí, solo eso.

—No sabía que te tenía que pedir permiso para que mis sobrinos se quedasen en tu casa —le espeté, marcando mucho el *tu*.

— Ada, te estás pasando. En primer lugar esta es nuestra casa y en segundo lugar, simplemente creo que no hubiera estado mal que me pidieses opinión.

— Si quieres, le digo que no vengan.

— No digas tonterías —dijo de muy mala leche, mientras salía del dormitorio.

Me quedé con muy mal sabor de boca, porque no sabía si aquello había sido una pelea, una discusión o una conversación normal y corriente. Salí del dormitorio para tratar de apaciguar los ánimos, pero Gonzalo no estaba. Miré en el recibidor y sus llaves no estaban. Lo llamé al móvil, pero me daba

apagado o fuera de cobertura. Empecé a ponerme nerviosa. Instintivamente, me asomé a la ventana, para mirar si su coche seguía aparcado en la calle de detrás. No estaba. Me senté en el sofá y empecé a repasar mentalmente la conversación que habíamos tenido. Quizá me había pasado un poco, quizá sí que debería haber consultado con Gonzalo antes de comprometer una semana de nuestro mes de vacaciones. Definitivamente, me había puesto muy chulita y me había pasado cuatro pueblos. Pero joder, tampoco era para que me dejase con la palabra en la boca, ¿no? ¿A dónde habría ido? ¿Y si no volvía? Bueno, a ver, volver tenía que volver porque vivía aquí, pero ¿y si cuando volviera me mandaba a la mierda? Joder, joder. La has cagado pero bien, Ada, eres idiota perdida. Gilipollas, más que gilipollas.

Había pasado más de hora y media cuando Gonzalo abrió la puerta. Yo me tiré hacia el recibidor como si hiciera seis años que no lo veía, dispuesta a pedirle perdón e implorarle que no me dejase, cuando frené en seco. Me quedé petrificada en la puerta del pasillo, agarrando con las manos el marco y con las piernas como si fuera a salir corriendo una maratón. Venía en pantalón corto y camiseta, sudado y con la bolsa del gimnasio. No me había abandonado, ni había desaparecido para irse tres días de juerga. Venía del puto gimnasio.

— Estás muy rara hoy, de verdad —dijo mientras se secaba el sudor del cuello con una toalla—. Me voy a la ducha a ver si cuando salga ha vuelto mi novia y se ha ido la psicótica que la está suplantando.

— Yo... ¿no estás... enfadado? —pregunté tímidamente.

— ¿Quién, yo? ¿Por qué?

— No, por lo de los niños y tal...

— Hombre, bien no me ha sentado que no me dijeras nada, pero vamos... enfadado no. ¿Cuándo llegan?

— Esta tarde.

— Pues habrá que comprar un carro de mierdas para cenar, ¿no?

— Eh... sí, claro, claro.

Me senté de nuevo en el sofá mientras que Gonzalo se metía a la ducha. Encendí la tele y me puse a mirar un programa de esos que te reforman la casa en diez días y te la dejan que ni en Pinterest. Pero los gemelos que tiran paredes con un martillo se iban quedando muy lejos de mis pensamientos.

Recapitulando, le había montado un pollo a Gonzalo por algo en lo que, si lo pensaba bien, él tenía razón; había dado por hecho que se había enfadado y que por eso había cogido el coche y se había largado Dios sabe dónde y que cuando volviera – yo había dado por hecho que tardaría en volver horas, muchas – me iba a mandar a tomar viento fresco, motivo por el cual yo me había tirado a la puerta a suplicarle que no lo hiciera. Joder.

Un año después no había aprendido nada. Yo creía que sí, estaba convencida de que había superado eso, pero no. Me decía a mí misma que Gonzalo era diferente, pero lo que no había comprendido aún es que no se trataba de que Gonzalo fuera distinto. Gonzalo no era una rara avis, ni un mirlo blanco. Gonzalo era una persona normal. Porque lo normal en las parejas era que existiesen desavenencias, diferencias de opiniones, incluso discusiones por tener posturas encontradas sobre un determinado asunto, pero que eso no implicaba que uno de los dos saliera huyendo y no diera señales de vida en días. Que no estar de acuerdo en algo no significaba que uno de los dos pasase horas llorando en el sofá, consumido por la angustia. Que se podía discutir y hacer las paces sin que entre ambos momentos tuviese lugar una telenovela mexicana. Y entonces me di cuenta. Si había conseguido sacar a Rafa de mi vida – bueno, excepto lo de organizarle la boda y tal – no podía seguir esperando que la vida se desarrollase como hubiera sucedido con él. El anormal era Rafa, el que se comportaba de manera ilógica era él y no el resto. Así que decidí que era hora de cambiar mi vara de medir. A partir de ahora, cada vez que a mi mente viniera un pensamiento catastrófico, me plantearía si yo reaccionaría o me comportaría así. A partir de ese momento, el criterio sería yo, y todo lo que yo haría, diría o todo aquello que a mí me enfadaría o molestaría, lo consideraría normal. Lo anormal serían aquellas actitudes que yo no tendría. Me juré a mí misma que iba a construir una vida realmente nueva, una vida propia, sin traumas ajenos, sin inseguridades y sin miedos. Un año después seguía en esas, y después de todo lo pasado, después de todo lo que había conseguido superar, era en este momento cuando, de verdad, había decidido que ya estaba bien, que tenía que abandonar de una vez por todas el papel de sufridora que había desempeñado durante tantos años. A pesar de todo, por encima de la inseguridad, del miedo, del dolor del pasado que vuelve y se hace presente y de la sensación de no saber muy bien qué estoy haciendo, estaba decidida a permitirme a mí misma ser feliz. Ya ves tú. Sabía que no iba a ser un trabajo sencillo, porque desmontar un mundo que has

creado con piezas de otro y reconstruirlo con las tuyas propias, no es fácil. Aún hoy, después de un año, me preguntaba si este ladrillo era nuevo o si se había colado en mi mochila de recuerdos y traumas. Pero aun sabiendo todo eso, no estaba dispuesta a rendirme.

Gonzalo apareció de repente en el salón, con la toalla a la cintura. Dios de mi vida, si es que estaba buenísimo. Si es que era perfecto.

— ¿Vamos a ir ahora al súper? —me preguntó mientras buscaba algo en su bolsa del gimnasio.

— Sí, sí, ahora vamos...

No lo pude evitar. Me fui hacia él, salté y le rodeé con las piernas mientras le besaba frenéticamente y tiraba de la toalla. Y allí mismo, en el suelo de nuestro salón, echamos el polvo de reconciliación más salvaje y más guarro de la historia de los polvos de reconciliación.

Capítulo 28

La madre que os parió

Muerta. Estaba muerta. Cinco días es un espacio de tiempo muy breve, pero con dos niños en casa, puede convertirse en una eternidad. Mi hermana se merece dos monumentos, el primero, por sobrevivir a la maternidad, y el segundo, por si el primero no es suficiente. La gente suele preguntarse de dónde sacan los niños esa energía y esa vitalidad y yo he descubierto la respuesta en estos cinco días: te la absorben a ti como si fueran pequeños vampiritos.

La cosa empezó muy bien. Mi hermana y mi cuñado llegaron a casa con dos maletas, una de ropa y otra de juguetes, los imprescindibles, dijeron. Gracias por quedaros a los niños, portaos muy bien, beso, beso y salieron por patas. Ahora lo entiendo. Tenían miedo de que nos arrepintiéramos porque ellos, sabían lo que había. Esa primera noche como padres sustitutos fue bien. Cenamos pizza, patatas fritas y helado y los niños se quedaron durmiendo en el sofá mientras veíamos una peli de risa. Pero a la mañana siguiente... Bueno, digo mañana por no decir madrugada, porque para mí, las siete menos cuarto de un día del mes de agosto es plena madrugada. El caso es que a esas horas en las que, en alguna ocasión, yo he estado tomándome la penúltima en algún antro, una manita pegajosa y calentita me tocó la cara:

— Tita, me hago pipí.

— ¿Eh? — ¿quién eres tú y cómo has llegado hasta aquí?

— Que me hago pipí y no sé dónde está el baño —ah, vale, era mi sobrino.

— Vamos, vamos.

Yo pensaba acompañarlo al baño, dejarlo allí haciendo sus cosas y volverme a la cama. Ja. Nada más lejos de la realidad.

— Tita, espera, no te vayas —Toni había pensado que ya que estaba

allí, iba a hacer caca también—. Es que me aburro de hacer caca solo.

— Pero es que uno tiene que ir al baño solito, ¿o me vas a acompañar tú cuando yo vaya a hacer caca?

— Es que tu caca echa peste —dijo el espíritu puro.

— Vaya por Dios.

— Tita...

— ¿Qué?

— ¿Por qué tú duermes con Gonzalo si no te has casado con él? — pregunta súper apropiada para hacerla a las siete de la mañana mientras cagas, claro.

— Porque no hace falta casarse para dormir con alguien. No hace falta casarse para casi nada y de hecho algunas parejas no se casan nunca.

— Pero mi papá y mi mamá sí se han casado y el tito George y Alicia también.

— Ya, pero porque han querido. No es obligatorio.

— ¿Entonces Gonzalo y tú nunca os vais a casar? —juro que esto lo dijo mientras apretaba.

— Pues no lo sé, a lo mejor sí o a lo mejor no —un niño de cinco años cuestionando mi vida sentimental. Estaba pasando.

— Ya he terminado.

— ¿Ya no quieres saber más cosas?

— No, espera, que me queda una.

— ¿Otra pregunta?

— No, otra caca.

— Ah.

— Ya he terminado.

— ¿De hacer caca?

— Sí. ¿Me limpias?

Ahora sí que sí me disponía a volver a la cama. Pues ja otra vez. Quería desayunar. A las siete de la mañana. Preparamos el desayuno, leche con *colacao* para él, un café cargado para mí. Tostadas de mantequilla y mermelada de fresa, me pidió. Posteriormente tuve que retirar toda la mermelada porque la mía tenía *cosas* y la de su casa, no. Nos sentamos en el sofá, pusimos la tele y me quedé como hipnotizada viendo unos dibujos de una niña que cuando se pone unos pendientes se convierte en mariquita heroína y de un niño que se convierte en gato superhéroe.

- Ahora los va a *acumatizar*, tita —me explicó mi sobrino.
- ¿El qué? —¿*acumatiqué*?
- Lepidóptero, que los va a *acumatizar*.
- ¿Lepidóptero es el malo? —mi sobrino no sabía limpiarse el culo después de cagar, pero sabía palabras como lepidóptero y *acumatizar*, significase eso lo que significase.
- Es el malo, pero es el papá de *Chatnoir*, que es Adrien cuando se transforma, pero él no lo sabe —dijo mientras seguía mirando la tele.
- Jod.. roba, si parece esto Juego de Tronos.

Al poco apareció por el salón Jimena y las nueve y cuarto de la mañana ya estábamos todos en el parque. Le conté a Gonzalo la conversación con Toni en el baño y se moría de la risa.

- Hazle caso a tu sobrino, cástate conmigo, que le vas a crear un trauma —dijo bromeando.
- ¿Qué trauma, ni qué trauma? —contesté mientras empujaba el columpio.
- Bueno, pues si no es por él, hazlo por mí, a ver si el del trauma voy a ser yo.
- Qué tonto eres...
- ¿Entonces sí o no? Mira que me pongo de rodillas otra vez...
- ¡Ni se te ocurra! Ay, no sé... ¿Sí? Ay, venga, vale, pero con una condición. Paso de bodorrio. Tú, yo, nuestras familias y amigos más íntimos. En el ayuntamiento, sin velos, ni colas de tres metros. Y sin festorro, una comida o una cena y unas copas entre amigos. ¿Vale?
- A sus órdenes, pero a tu madre le da algo. Y a la mía también.
- Uf, ya. Pero paso, si no, nada. En serio te lo digo, estoy saturada de tanta tontería y tanta gilipollez. Si todo esto de la boda por todo lo alto no me ha ido nunca, ahora menos.
- ¿Por la boda de *la heredera* y...?
- Calla, ni lo nombres. Que es capaz de llamarme ahora a decirme que quiere que le contrate a Juan Peña para que cante.
- ¿A quién? —preguntó Gonzalo.
- A nadie, uno que canta en las bodas de los famosos.
- Bueno, entonces, ¿lo hacemos?
- Vale, sí, lo hacemos. Ay, sí, ¡lo hacemos! —¡que me caso!

Los siguientes días fueron más de lo mismo. Niños que aparecen en tu cama como la muerta de la curva a las tres de la mañana, niños que se levantan a las siete pidiendo el desayuno, niños que se matan por el mando de la tele porque uno quiere ver Disney Channel y otro Clan TV, niños que se quedan durmiendo abrazados a tu cuello y te hacen morir de amor y niños que te dan el susto de tu vida. Serían como las seis de la tarde cuando abrí los ojos, después de habernos pegado Jimena y yo una siesta de dos horas en el sofá. Gonzalo había ido al gimnasio y Toni estaba jugando con unos playmobil que se había traído en su maleta de imprescindibles para la vida. Intenté despertar a Jimena, pero no me hacía caso. La llamé un par de veces y nada. Me acerqué a ella, le acaricié la cara y, Dios de mi vida, ¡estaba ardiendo! Fui a por el termómetro, uno que tenía Gonzalo con el que solo hay que apuntar a la frente. Marcaba 41,2°. No puede ser, esto tiene que estar roto, pensé. Volví a apuntar. 41,1°.

Atacada de los nervios, cogí el móvil para llamar a Gonzalo, mientras seguía tratando de despertar a mi sobrina. Gonzalo no contestaba. Jimena entreabría los ojos, pero se le quedaban como en blanco. Busqué el número del gimnasio en Google y llamé.

— Por Dios, que lo coja, por Dios... — pensé—. ¿Hola? Mira, necesito que busques urgentemente a Gonzalo Salaberry —dije nada más descolgar el teléfono.

— Un momento, por favor.

— ... —el minuto más largo de mi vida.

— ¿Qué pasa? —dijo Gonzalo, asustado.

— Jimena, tiene más de cuarenta y un grados de fiebre y no consigo despertarla. Vente. Ya.

— Voy. Ve quitándole la ropa, llena la bañera de agua templada y con una esponja, poco a poco, se la vas echando por la cabeza y por el cuerpo. No pongas hielo ni agua fría, solo agua templada. Estoy ahí en diez minutos.

Apenas veinte minutos después, Gonzalo llegó. Había pasado por la farmacia a comprar unos jarabes para que le bajase la temperatura. Al bañarla, Jimena se había espabilado un poco, pero seguía medio grogui. Gonzalo la cogió en brazos, calculó la dosis de medicina y se la dio de un

jeringuillazo en la boca.

— Esto está asqueroso, cuanto más rápido, mejor —dijo mientras se la daba.

Nos fuimos al salón y mientras él le miraba las pupilas, le tomaba el pulso, le presionaba la barriga y le miraba la garganta, yo me eché a llorar.

— ¿Por qué lloras, tonta? —me preguntó muy cariñosamente.

— Porque si le pasa algo... me muero, Gonzalo, me muero.

— No te preocupes, es un catarro de verano. Mira, tiene la garganta llena de placas de pus. ¿Ves esos puntitos blancos? De ahí viene la fiebre. Le vamos a dar un antibiótico y en un par de días, como nueva.

Al día siguiente Jimena estaba como si no hubiese pasado nada, a pesar de que yo seguía con el susto en el cuerpo. Cuando mi hermana y mi cuñado volvieron de viaje y se lo conté, se rieron un poquito de mí. A ver, entendieron que me hubiera asustado un poco, pero adoptaron ese tono condescendiente que solo los padres veteranos saben emplear con la gente que aún no tenemos hijos, como si ellos hubieran nacido enseñados. No te queda nada por sufrir, me dijeron. No te queda nada por pasar, aseguraron. No sabían cuánta razón había en aquellas palabras.

Capítulo 29

Todo por aclarar

El día que mi hermana y mi cuñado volvieron de viaje no pude preguntarle cómo había ido la misión reconquista, así que pasados un par de días – que necesitaba para recuperarme física y mentalmente del paso de mis sobrinos por mi casa – la llamé para quedar con ella. Gonzalo y yo nos escapábamos unos días a Formentera, por lo que aproveché que tenía que ir al centro comercial a comprarme bikinis nuevos para tomar un café con mi hermana y que me contase.

Ciertamente, había poco que contar. Se lo habían pasado muy bien, habían recorrido París de punta a punta, visitado el Louvre, los jardines de las Tullerías, habían subido a la Torre Eiffel, habían cenado en un bistró en Montmartre. Incluso estuvieron tentados de ir un día a Disneyland, aunque sabía que echarían terriblemente de menos a sus hijos, aún más de lo que ya lo hacían. Y ese era el principal problema, sus hijos lo eran todo. Si de algo se había dado cuenta en estos cinco días es que no eran nada sin sus hijos. Por mucho que intentase llevar las conversaciones por otros derroteros, al final siempre acababan hablando de sus hijos. Si no era contando una anécdota narrada ya mil veces, era imaginando qué estarían haciendo o qué dirían si estuvieran allí.

— Ada, tía, que he llegado a inventarme historias de los niños por tener tema de conversación —confesó mi hermana.

— ¿Qué dices? —respondí yo, sorprendida.

— Como te lo digo. Y cuando ya no sabía ni qué decir, os llamaba. En ese punto estamos.

Más de mil veces dijeron aquello de tenemos que volver con los niños, como si aquella escapada no hubiera sido más que un ensayo para lo verdaderamente importante, los hijos. A mí todo eso me estaba dando una pena

horrible, pero también cierto miedo, porque ¿nos pasaría eso a Gonzalo y a mí? ¿Nos convertiríamos en dos extraños con un solo tema de conversación en común? Mi hermana pareció leerme el pensamiento, o quizá me lo estaba viendo en la cara.

— A mí lo que me pasa es que he perdido las ganas. Que a ti no te tiene por qué pasar, ya te lo digo, pero yo es que me veo ya sin fuerzas, Ada.

— Pero entonces, ¿te vas a separar? —pregunté yo, imaginando el drama que iba a montar mi madre si la respuesta era que sí.

— No es tan sencillo. Andrés es un buen hombre, me quiere, me respeta y adora a sus hijos. Y yo... yo quizá solo esté pasando por un bache. Me veo de camino a los cuarenta y qué quieres que te diga, veo que hay muchas cosas que se me escapan ya.

— Hija mía, si los cuarenta son los nuevos treinta. Además, que aún te faltan cuatro años.

— Chorradas. Los cuarenta son los cuarenta. Y a mí me parece que la parte más emocionante de mi vida ya se ha acabado.

— ¿Y por eso buscas nuevas emociones tirándote a otro?

— Shhhh, no seas bocazas —dijo Allegra mirando a su alrededor como, si nos estuviesen espiando—. Eso ya tal. Ya le he dicho a Cristóbal que lo tenemos que dejar.

— Entiendo que Cristóbal es el papá de Emma —al final sí tenía nombre el del rabo de caballo.

— Entiendes bien. Pero eso ya es historia, nos veremos en la puerta del cole y en los cumpleaños y fin. Es lo mejor.

— ¿Entonces? —pregunté, esperando que me dijera qué pensaba hacer con su vida.

— Entonces nada. Tengo dos hijos y lo primero son ellos. No voy a cargarme su estabilidad familiar por un *comecome* que no sé muy bien qué es. A ver si se me pasa esta crisis y si no, pues ajo y agua. Es lo que hay.

En aquellas circunstancias, comprendí que no era el momento de contarle a mi hermana que Gonzalo y yo habíamos decidido casarnos y tener un hijo. Ya se lo contaría más adelante. Total, aún faltaba para ambas cosas.

El mes de agosto pasó en un suspiro. Martina, la hija de Virginia y Miguel por fin recibió el alta y pudo volver a su casa, donde la esperamos con una gran fiesta. Una semana en Formentera, unos días en Barcelona en casa de unos amigos de Gonzalo, otros días en La Manga, en los que aprovechamos para contar a nuestras familias que nos casábamos, y el veraneo y las vacaciones habían terminado. Por supuesto, mi madre puso el grito en el cielo con eso de que la boda fuera por lo civil y sin más celebración que una comida familiar. Aún no teníamos fecha, pero yo tenía claro que sería el día que nos diesen en el Ayuntamiento, como si era un lunes por la tarde. Me negaba a estar meses planeando la boda, organizando, preparando chorradas que no valían para nada. Aunque esas chorradas me pagasen las facturas y me dieran de comer, desde luego, no iban conmigo. Y por encima de todo, no estaba dispuesta a que cosas como un día de lluvia, un grano en la cara o un invitado que se enfada porque lo has puesto en una mesa que no le convenía, me generasen estrés y ansiedad. Pero aun así, mi madre no lo entendía. Que qué más me daba, decía. Que parecía que lo hacía por jorobar. Que si era por dinero, ella lo pagaba. No parecía comprender que yo nunca había deseado una boda tradicional, con cientos de invitados, con primos que no sabes ni que existen, saludando a gente que es la primera y, muy probablemente, la última vez que ves en tu vida.

Todo eso a mi madre le parecían excusas. Estaba convencida de que podría hacerme cambiar de opinión, como cuando era adolescente e íbamos de compras. Ella siempre me elegía conjuntos de niña pija que a mí no me gustaban nada, porque me parecían de niñata, pero insistía e insistía y al final me los compraba. ¿Adivináis dónde acababan, no? Exacto, en el armario por los siglos de los siglos. Pero esto no era un jersey ñoño con cuello bebé. Esto era mi boda y aunque no estaba dispuesta a que mi madre me manejase a su antojo, no tenía ganas de aclarárselo ahora. Ya se enteraría. Hacía unos días que me encontraba como el culo, supongo que de tanta porquería como comíamos y del caos de horarios que llevábamos, el caso es que tenía el estómago hecho una mierda, mucho cansancio y un agobio extremo por la ola de calor que duraba ya quince días. Y en aquellas circunstancias, no tenía ganas de explicarle a mi madre que me iba a casar como a mí me saliese de las narices.

Capítulo 30

Oscuridad

Alguien debería decir a los responsables de los hospitales que unas cortinas bonitas, unas plantas o un color cálido en la pared pueden adelantar el proceso de curación de una persona. Yo no tenía nada físico que curar, pero tenía el corazón y el alma rotos de dolor. No podía parar de llorar y aquellas paredes grises, aquel armario metálico que parecía de un hospital de campaña de la II Guerra Mundial y esa ventana sin cortinas y que no era posible abrir no mejoraban mucho mi ánimo.

Hacia tres semanas que me había enterado del motivo de mis náuseas, que como ya podréis suponer, era que estaba embarazada. Estaba, porque ya no lo estoy. Fueron tres semanas de incredulidad, por haberme quedado embarazada casi sin buscarlo, ya que en realidad, aún no habíamos comenzado oficialmente la búsqueda. Tres semanas de alegría, de miedo, de sorpresa, de contarlo a los cuatro vientos. Si se lo conté hasta a *la heredera*... Estaba exultante y quería compartir mi alegría con todo el mundo, incluso con ella. Lo que no pude prever es que ella, lejos de alegrarse por mí o de darme la enhorabuena, me contestase “o sea, pero esto no afecta a la organización de mi boda, ¿no? *Saes*, no me puedes dejar tirada ahora porque me muero”. En mi vida me he encontrado con una persona con esa nula capacidad de empatía y esas dosis de egoísmo. Bueno, quizá Rafa... En el fondo se merecen mutuamente.

Mis padres estaban locos de contentos, los padres de Gonzalo daban saltos de alegría y mi madre incluso estaba dispuesta a pasar por alto el hecho de que fuéramos a hacer una boda de *aquella manera*, ahora que me iba a casar embarazada. En su mundo, ahora sí tenía sentido que nos casásemos por lo civil y sin mucho aspaviento. Mi madre es así y así hay que quererla.

A los pocos días de saber que estaba embarazada, pedí cita en el ginecólogo para hacerme una ecografía. Yo sabía que era muy pronto, pero

estaba tan ilusionada por oír su corazón... En la clínica me daban cita para un par de semanas después, cuando ya estuviese de ocho semanas, aún era demasiado pronto, me dijeron, y era posible que no se oyera nada. El día para el que me daban la cita lo tenía ocupado, maldita sea, con *la heredera*. Teníamos que ir a elegir la mantelería, la cristalería, la vajilla y la cubertería de la boda. Ella quería algo *vintage* chic, floral, bohemio... pijo, vamos. Por suerte, Rafa pasaba mucho de estos temas y no tenía que estar aguantándolo a él también. El planazo con *la heredera* no lo podía cambiar, así que tuve que coger la cita con el ginecólogo dos días después.

En mi vida había estado más nerviosa. Gonzalo trataba de tranquilizarme, me decía que estuviese relajada, que todo iba a ir bien, pero yo no podía evitarlo. Sentía el corazón en la boca, la garganta seca, las manos húmedas y se me había descompuesto hasta el estómago. Dos veces tuve que ir al baño mientras esperábamos en la consulta. En mi cabeza me imaginaba la escena, yo tumbada en la camilla, Gonzalo cogiéndome la mano y, de repente, el sonido del corazón de nuestro hijo invadiendo toda la habitación. Solo de pensarlo, me emocionaba. También se paseaba por mi mente algún pensamiento negativo, pero yo trataba de espantarlo visualizando el momento en el que el ginecólogo nos diría, *enhorabuena, todo está bien*.

Con más de media hora de retraso, la enfermera nos hizo pasar a la consulta. Me pidió que me tumbase y que me destapase la barriga. Ella misma me bajó un poco la cintura del pantalón, me colocó un trozo de papel, para no mancharlo, y me puso una especie de gel que estaba helado. El ginecólogo había entrado por la puerta. Era un hombre mayor, muy mayor, pero según todo el mundo, era de los mejores. Estaba ya jubilado, aunque seguía trabajando en su consulta privada para mantener activa la cabeza, tal y como nos contó mientras se acomodaba. Con algo que a mí se me antojó como una depiladora eléctrica, comenzó a dar pasadas por mi vientre. Daba golpecitos, apretaba, lo pasaba de un sitio a otro. Tocaba botones del aparato, volvía a dar golpecitos sobre mi barriga, volvía a presionar y no decía nada. Me dio un trozo de papel, me dijo que me limpiara el gel y que fuera detrás del biombo para desnudarme de cintura para abajo. Me iba a hacer una ecografía vaginal. Yo temblaba. Miré a Gonzalo, estaba serio, pero intentó sonreírme y decirme con la mirada que estuviera tranquila.

Volví, envuelta en una sábana, me tumbé de nuevo y me hizo subir los talones en algo parecido a unos aparatos ortopédicos para las piernas. Cogió otro aparato, una especie de palo, al que puso un preservativo y lo untó con el mismo gel que me habían puesto en la barriga. Lo introdujo entre mis piernas, yo estaba muy tensa y me dolió. Seguía moviendo el aparato dentro de mí, dándole a botones, moviendo una rueda que dibujaba unas líneas amarillas y rojas en la pantalla del ecógrafo. Presionó un botón y había un sonido sordo, la nada. Sacó el aparato de mí, lo colocó en su sitio y me pidió que me vistiera. Yo noté como las lágrimas caían por mis mejillas.

Pasamos al despacho y nos sentamos, cogidos de la mano. Gonzalo me dijo que me quería, que estaba conmigo, que no tuviese miedo. Pero estaba muerta. Por fin, el doctor se sentó.

— Lo lamento muchísimo, el embrión no tiene latido —dijo con gesto serio, pero con calma, con la aflicción justa de alguien que ha dado esta noticia cientos de veces.

— ¿Qué quiere decir eso? —pregunté con la contenida esperanza de que me dijera que aún era pronto, que el corazón empezaría a latir de un momento a otro.

— En ocasiones, el embrión comienza a desarrollarse y llegado un determinado momento, por un fallo genético o por otras circunstancias, no prosigue en su desarrollo. Son casos muy comunes, no debéis preocuparos porque esto no tiene por qué volver a repetirse —sus palabras sonaban cálidas, pero a mí me estaban matando.

— ¿Pero entonces, el bebé...? —no me atrevía ni a terminar la frase.

— Lo siento muchísimo, de verdad —dijo cogiéndome la mano.

No recuerdo nada más. Sé que Gonzalo estuvo hablando con el doctor, pero yo les oía muy, muy lejos. Mi bebé no estaba. Era lo único en lo que podía pensar. Salimos de la consulta en silencio. Gonzalo me llevaba cogida por los hombros. No hablamos nada durante todo el trayecto a casa. Una vez allí, comencé a llorar de verdad, con rabia, con impotencia, con dolor. ¿Y si hubiera ido al ginecólogo dos días antes, a la cita que no pude coger, por estar eligiendo vajillas con la puta Natalia? ¿Se podría haber hecho algo? ¿Habría cambiado algo? Gonzalo me decía que no, que cuando hay tan pocas semanas de embarazo todo es blanco o negro, o va bien o va mal, pero yo no quería o

no podía creérmelo. Quizá hubieran visto que estaba débil y me hubieran mandado reposo absoluto, quizá me faltaba hierro o calcio o cualquier otra cosa necesaria para mantener aquel diminuto corazón latiendo. Gonzalo insistía en que no me martirizase, que no había nada que pudiera haberlo evitado, pero yo no era capaz de aceptarlo. No podía asimilar que nada de lo que yo pudiera haber hecho cambiaría lo que finalmente había pasado: mi hijo se había ido.

Esa noche, poco antes de acostarme, comencé a manchar. Primero fue solo un poquito, luego cada vez de manera más abundante. Me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, estábamos de camino al hospital. Me ingresaron para realizarme un legrado, lo que la gente suele llamar “para limpiarme”. Qué expresión tan horrible. Cuando me bajaron al quirófano, a pesar de ir sedada, podía ver a Gonzalo a mi lado, cogiéndome la mano y diciéndome que me quería. Lo siguiente que recuerdo es despertar en la habitación, esa habitación gris, fría, fea e inhóspita, y ver a Gonzalo, a mi madre y a mi hermana. Y a pesar de estar rodeada de tanta gente, me sentí terriblemente sola, oscura y vacía. Mi bebé no estaba. Mi bebé se había ido para siempre.

Capítulo 31

Tristeza

Cuando me dieron el alta en el hospital, hice algo que no había hecho jamás en mi vida: tomarme unos días para mí misma. Pedí a Alicia que se encargase de algunos eventos que teníamos en octubre, que le dijese a Natalia que durante un par de semanas no íbamos a estar disponibles y cogí varias citas: un tratamiento de belleza, peluquería, manicura, pedicura... Creía que aquello me iba a hacer sentir mejor, pero lo cierto es que no fue así. No dejaba de pensar qué estaría haciendo ahora si no hubiese perdido el bebé, cómo me sentiría, si ya se me notaría la tripa...

A todo esto, Gonzalo y yo ya teníamos fecha de boda, en un par de semanas y aunque no pensábamos hacer nada a lo grande y aquello era poco más que un puro trámite, porque yo lo había querido así, de repente, la idea de la boda me estaba dando mucha tristeza, una gran melancolía. Vale, yo nunca había querido un boda tradicional, pero a dos semanas de casarnos, me estaba dando la impresión de que aquello se estaba pareciendo más a ir a declarar a un juicio por robo con violencia, que al momento en que decides unirte legalmente para siempre con el amor de tu vida. Que no es que yo quisiera ahora tragafuegos y zancudos como mi amiga *la heredera*, pero no sé, algo... bonito.

Todo esto se lo estaba contando a Alicia en el sofá de casa mientras sollozaba, cuando se levantó y cogió el portátil. Tecleó rápidamente algo y volvió la pantalla hacia mí:

— Escoge la que más te guste. Te la regalo.

Se había metido en la página de Lucía Be y lo que me estaba enseñando eran sus maravillosas coronas de flores para novias.

— Alicia, yo... —sentía un gran nudo en la garganta y no me ponía a llorar, porque ya estaba llorando.

— Tú necesitas ahora *joie de vivre* y en eso, esta es la experta. Es normal que estés triste, pero no voy a dejar que recuerdes tu boda por la tristeza, así que entre tú y yo vamos a organizar una boda preciosa, porque te la mereces.

Rompí a llorar sin consuelo. Alicia tenía razón, no era justo lo que me había pasado, pero dejarme llevar por la profunda tristeza que sentía no me iba a ayudar en nada. Mientras me limpiaba los mocos, me prometí a mí misma que iba a poner todo de mi parte por no regodearme en mi pena y por hacer de mi boda un día feliz. Con esto en mente, me dispuse a elegir una de las coronas que había en la web. Mientras me decidía entre los modelos Linda y Emma – ganó el Emma – llegaron mi madre y mi hermana.

— ¿Qué tal está? ¿Qué hace? —preguntó mi madre a Alicia como si yo no la estuviera oyendo.

— Está comprándose un tocado para la boda —contestó Alicia.

— Puedo oírlos, ¿sois conscientes? —dije mientras seguía mirando fotos, esta vez de ramos.

— Hija, ¿cómo estás? —se sentó a mi lado—. Qué cosa tan bonita, por favor —dijo señalando uno de los ramos.

— Dice Alicia que me regala el tocado que yo quiera.

— Pues yo te compro el ramo que más te guste —dijo mi madre mientras me besaba en la frente. Hay pocas cosas más reconfortantes en la vida que el beso de una madre en la frente.

Mi hermana se unió a nosotras y las cuatro convinimos que el vestido que yo había pensado ponerme para casarme, no quedaba nada bien con el ramo y la corona, con lo que no nos quedaba más remedio que buscar otro. Yo quise meterme en Asos o en Amazon, pero tanto mi madre, como mi hermana, como Alicia negaron con la cabeza. Un vestido de novia, aunque fuera un vestido de novia no tradicional, no se podía comprar online. Tenía que vestirme, peinarme y salir a la calle. Y pintarme los labios de rojo, que eso siempre anima, apostilló mi madre.

Asumí que no me iba a quedar otro remedio y aunque no tenía ni puñeteras ganas, me había jurado que, al menos, lo iba a intentar. Antes de que me diera cuenta estaba probándome vestidos que no tenían nada que ver conmigo. Mi madre me miraba con cara de corderito degollado y decía, entre suspiros, que

esos vestidos eran para una boda como Dios manda. Alicia la miró con cara de reprobación y mi madre terció que lo que quería decir es que esos vestidos eran muy bonitos, pero que en realidad no eran *muy yo*.

Entre vestido y vestido se nos ocurrió hacer un *facetime* con Virginia, que se encontraba recluida en su casa con la pequeña Martina, según ella para protegerla de virus y demás amenazas exteriores. Contestó mientras estaba sentada en el sofá con la bebé en el pecho.

— Central Lechera Asturiana, ¿dígame? —dijo cuando vio que éramos nosotras.

— Hoooolaaaaaa —canturreamos al unísono agolpándonos ante la pantalla.

— ¿Dónde andáis, *perris*?

— Cuidado, que está *my mother* presente —avisé.

— Le estamos comprando un no-vestido de novia a esta — interrumpió Alicia.

— Y os vais sin mí. Sois muy putas. Tú no, Susan, perdona, pero tus hijas y tu nuera son muy *zorrupias*.

— Si vienes, te esperamos —la reté yo, sabiendo que iba a decir que no.

— Es que ahora no está Miguel y la nena...

— ¡Queeee nooooo, que ya sabemos que de tu casa no sales, así te digamos que está el de *Outlander* en pelotas en tu puerta! —dijimos Alicia y yo quitándonos la palabra la una a la otra.

— Bueno, pero si te pruebas un vestido muy bonito o uno con el que vayas muy ridícula me volvéis a llamar que me ría un rato, ¿vale?

— Vale, *guapi*, a tu servicio —contesté, riéndome por primera vez en semanas.

Con la tontería se había hecho la hora de comer y decidimos ir a tapear un rato a la Plaza de las Flores. Mientras que nos tomábamos una marinera, me sonó el teléfono. Era Gonzalo, al que no había avisado de que no iba a estar en casa.

— ¿Quieres que vaya? —me preguntó, preocupado.

— No, en serio, estoy bien, de verdad que estoy bien —le dije, mintiendo un poquito.

Después de comer entramos a una tienda de rollo *vintage* de las que había por el centro. Nada más entrar, lo vi. Estaba en un maniquí de costura. Era beige, de gasa, con el escote cruzado, la falda de vuelo con muchas capas y un cinturón de terciopelo rosa empolvado. Era mi vestido de novia. Entré al probador y una vez lo tenía puesto me tomé unos segundos para mí sola. Me miré al espejo y pensé en todo lo que había pasado en el último año y poco. Eran tantas cosas... Salí y mi madre se llevó las manos entrelazadas al pecho.

— *Oh my God, Ada, you are such an angel!*

Definitivamente, era mi vestido de novia, no había duda. Mi madre decidió que quería regalármelo, que una no podía pagar su propio vestido de novia porque traía mala suerte y yo no iba a contrariarla, bastante mala suerte había tenido ya sin ir a buscarla. Mi hermana se despidió, tenía que ir a por los niños al cole. Alicia también se marchó, había quedado con unos clientes nuevos, una empresa de cosmética a la que íbamos a organizar una presentación. Mi madre y yo fuimos a tomar un café, algo que hacía siglos que no hacíamos.

— ¿Estás mejor, *honey*?

— Bueno, no hay nada que un día de compras no pueda solucionar, ¿no? —contesté yo, temiendo la llegada de la noche.

— Ada, esto es un bache en tu camino y tienes que verlo así. Yo sé que ahora te parece que es lo peor que te ha pasado en la vida y que no podrás superarlo mucho, pero créeme, lo harás.

— Mamá, no te enfades, pero tú no sabes de que...

— Sí lo sé, Ada, lo sé —interrumpió mi madre—. Antes de que tu hermano naciera perdí un embarazo y después de tenerte a ti, otro y te diré algo, si me dieran a elegir, preferiría perder mil embarazos antes de que a ti o a tus hermanos os pasase algo.

— Mamá, perdóname, yo no sabía... ¿por qué no nos lo contaste nunca?

— Pues porque son cosas que pasan, Ada. Yo lo lamenté en su momento, lloré lo que tuve que llorar, pero hay que seguir adelante. Tienes que verlo como una ilusión que no ha podido ser, porque si te regodeas en que has perdido un hijo, no podrás superarlo. Sé que suena duro y que incluso ahora mismo te sentará hasta mal que te lo diga así de

claro, pero creo que es el mejor consejo que te puedo dar.

— Mamá... gracias. ¿Sabes que te quiero?

— Lo sé, hija, lo sé.

Aquella conversación, al contrario de lo que pueda parecer, me reconfortó. Las palabras de mi madre, aunque ciertamente sonaban ásperas y crueles, me habían hecho relativizar lo que había pasado. Era injusto, sin duda, pero la vida seguía y yo tenía que elegir entre seguir con ella o quedarme anclada detrás. Y aunque en aquel momento doliera, aunque yo misma me decía que no tenía derecho a estar bien, opté por hacer el esfuerzo de seguir adelante.

Capítulo 32

El sol

Cuando me desperté el día de mi boda y miré por la ventana me alegré hasta el infinito de no haber planeado una boda tradicional. El cielo estaba completamente negro, los truenos retumbaban por toda la casa y aunque la ceremonia no era hasta las seis de la tarde, ciertamente no parecía que aquella situación fuera a cambiar mucho a lo largo del día. Me metí en la aplicación del tiempo del móvil y a la hora de mi boda había una probabilidad de lluvia del noventa por ciento.

Gonzalo seguía durmiendo a mi lado, porque aunque su madre y la mía habían insistido hasta la saciedad en que pasásemos la noche antes de la boda cada uno a casa de nuestros padres, nosotros preferíamos despertar juntos esa mañana, desayunar tranquilamente, pasar la mañana sin hacer nada y vestirnos en casa. También quisimos llegar juntos al ayuntamiento, en nuestro coche, cosa que a nuestras respectivas madres les pareció un horror.

Sin hacer ruido para no despertarle, me levanté y me preparé un café con leche. Aunque estábamos a mediados de octubre, hasta el día antes había hecho calor. Sin embargo, aquella mañana se había levantado fría, quizá el cambio de tiempo ahora sí que estaba aquí. Pensé en que iba a pasar frío con el vestido, pero ya no tenía remedio, era demasiado bonito como para taparlo con una chaqueta.

Gonzalo entró en la cocina, me rodeó con sus brazos por la espalda y me besó en la cabeza.

— ¿Preparada para casarte conmigo? —me dijo al oído.

— Totalmente. Estoy impaciente.

Se preparó un café y se sentó en la mesa. Me miró durante unos segundos, me cogió de la mano y me dijo que tenía que contarme una cosa. Casi me da un infarto. Nunca un *“tengo que contarte algo”* antes de una boda había traído

nada bueno, no señor.

— No, no te preocupes, no es nada malo, pero quiero que sepas algo antes de casarnos, porque te lo tenía que haber contado desde el principio.

— Gonzalo, por Dios, que no quiero saber nada, en serio.

— Déjame que te lo cuente.

Y me lo contó. Resulta que técnicamente, no fue casualidad que Gonzalo me escribiera después de aquel correo que mi hermano nos mandó a todos sus contactos cuando estaba borracho perdido. Gonzalo estaba al tanto de mis miserias con Rafa, sabía que era una mala persona y que no me trataba bien, porque mi hermano se lo había contado. Era cierto que en aquel momento él salía con una chica y que esa chica no quería tener hijos, pero a Gonzalo le daba un poco igual, porque sabía que no tenían futuro, básicamente porque seguía total y absolutamente enamorado de mí. Así que cuando mi hermano le habló de cómo era mi relación con Rafa y de lo deprimida que parecía yo siempre, pensó que era el momento de retomar el contacto conmigo y ver si aún había alguna posibilidad de retomar nuestra relación.

— ¿Y si no hubiera cortado con Rafa? —pregunté yo, que le veía lagunas a su plan, un poco presuntuoso, por cierto.

— Cabía esa posibilidad, la verdad. También cabía la posibilidad de que tú ya no sintieras nada por mí y de que aunque lo hubieras dejado, hubieras pasado de mi cara. Pero tenía que intentarlo.

— Y a la otra chica, ¿cuándo la dejaste?

— Bueno, para serte sincero... el día antes de vernos la primera vez —dijo protegiéndose con el brazo, como si esperase que le diera un manotazo.

— Eres muy cabrón —obviamente le di el manotazo—. Pero un cabrón que está buenísimo y que es todo mío —dije abalanzándome sobre él.

Por supuesto, echamos un polvo después de aquello. Aquel pequeño engaño no me sentó mal, la verdad. Supongo que este es el momento en el que en las películas la novia se enfada tremendamente porque se siente manipulada o vete tú a saber qué, pero a mí, francamente, me la pelaba totalmente. ¿Que no había sido una casualidad del destino y que me hubiera escrito de todas

maneras? Pues me daba igual, la cuestión es que Gonzalo había vuelto a mi vida. Incluso si lo pensaba bien, esta nueva versión de los hechos me gustaba más, porque no había sido un vericuetto del destino lo que nos había unido, sino la determinación de Gonzalo y su deseo de estar conmigo.

Después de hacerlo un par de veces – mi madre se hubiera muerto si se entera – nos metimos a la ducha, donde lo hicimos la tercera. Íbamos a ser los novios más relajados y sonrientes de la historia de las bodas. Poco después de las tres de la tarde llegaron Alicia, Virginia y mi hermana Allegra, junto con la maquilladora y peluquera. Echaron a Gonzalo de la habitación, que tuvo que vestirse en el salón, mientras nosotras nos instalábamos en el baño del dormitorio.

— ¿Tú sabes cómo tienes a tu madre? Indignada—dijo mi hermana, contestándose a sí misma.

— Ya, bueno, me imagino...

— Me ha puesto la cabeza loca, que si esto no se le hace a una madre, que si dónde se ha visto que una novia se vista sola...

— Hombre, sola no estoy, estáis vosotras, Gonzalo...

— Bueno, bueno, esa es otra, que a ver qué es eso de que hayáis pasado el día juntos haciendo Dios sabe qué...

— Ada, tía, tu madre no creerá que llegas virgen al matrimonio, ¿no? —preguntó Alicia, no sé si en serio, en broma o medio medio.

— Es capaz —terció Virginia—, de Susan y sus mundos paralelos te puedes esperar cualquier cosa.

— Mi madre es capaz de pensar que me quedé embarazada por inspiración divina —al decir aquello el ambiente se ensombreció un poco.

— ¡Hostias! —gritó Alicia de repente—. ¡Venid aquí! —dijo desde la ventana de la habitación.

Había salido el sol. No un sol tímido, escondiéndose entre las nubes y asomando perezosamente, no. Un sol fuerte, contundente, un sol de los que iluminan y lo bañan todo con su luz. Un solazo, vamos. El día de mi boda, que se presentaba gris, lluvioso y triste de repente se había convertido en un día luminoso, soleado y feliz. Lo que son las cosas.

Terminé de maquillarme, peinarme y vestirme. Me puse la corona de Lucía

Be que me había regalado Alicia y cogí mi ramo. Estaba lista. Nos hicimos algunas fotos, nos bebimos una botella de champán que había traído Alicia y ahora sí que sí, salimos de la habitación.

No puedo explicar con palabras lo que sentí cuando vi a Gonzalo. No es que estuviese guapo, que lo estaba. No es que sus ojos brillasen de manera especial y estuviesen más azules que nunca. Es que lo vi y era él, sin más. Mi hermano y Miguel estaban allí con él, de pie en el centro del salón. Nos miramos sin decir nada. Todos fueron saliendo del piso, mientras Gonzalo y yo seguíamos mirándonos sin articular palabra.

— ¿Listo? —pregunté.

— Llevo años listo —contestó Gonzalo.

La ceremonia fue preciosa, sencilla, pero preciosa. Mis amigas habían contratado a un cuarteto de cuerda que tocó *Let it be* cuando entramos al salón de plenos. La hermana de Gonzalo leyó unas palabras que me emocionaron hasta las lágrimas... Hablaba de nuestra historia, de cómo dos personas a veces tienen que ir por caminos diferentes para darse cuenta de que su camino es el mismo y de que cuando el amor es de verdad, no importa el tiempo que haya que esperar.

Mi madre también leyó un poema, en inglés, obviamente de Lord Byron, mi amado George...

*She walks in beauty, like the night
Of cloudless climes and starry skies;
And all that's best of dark and bright
Meet in her aspect and her eyes;
Thus mellowed to that tender light
Which heaven to gaudy day denies.*

*One shade the more, one ray the less,
Had half impaired the nameless grace
Which waves in every raven tress,
Or softly lightens o'er her face;
Where thoughts serenely sweet express,
How pure, how dear their dwelling-place.*

*And on that cheek, and o'er that brow,
So soft, so calm, yet eloquent,
The smiles that win, the tints that glow,
But tell of days in goodness spent,
A mind at peace with all below,
A heart whose love is innocent!*

Conseguí mantenerme bastante entera la mayor parte del poema, pero cuando a mi madre se le quebró la voz en la última estrofa, hablando de las sonrisas que vencen y de colores que iluminan, hablando de días vividos con felicidad y de mentes en paz con todo, me rompí. Porque al igual que mi madre, Byron siempre había estado ahí para decir la palabra que necesitaba oír y en este caso no podían haber estado más acertados ambos, mi mente estaba en paz y mi corazón amaba a Gonzalo de manera inocente como si nunca hubiera dejado de hacerlo, tal vez porque nunca lo hizo.

Habíamos reservado para cenar uno de los salones de un antiguo palacete, que actualmente se había reconvertido en restaurante. Mi hermano y Alicia fueron los encargados de llevarnos en coche hasta allí y al entrar al salón, empezó a sonar *Corazón contento* de Marisol. Casi muero de la risa, porque mis amigas saben que es uno de mis *guilty pleasures*, esas canciones que me flipan, pero me da vergüencilla reconocerlo. De hecho, tengo una lista en Spotify con ese nombre, *Guilty pleasures*, hay que ver cómo me conocen... Sin remedio, entramos al salón bailando y entre risas, mientras todos hacían palmas, bailaban y se reían. Lo bueno de no haber preparado una boda al uso es que ni yo misma sabía lo que iba a pasar. Durante el año y pico que llevábamos organizando bodas y otros eventos, siempre he pensado lo mismo: no organizamos las bodas para nosotros, las organizamos para nuestros invitados. Un día que se supone que es de los más felices de nuestra vida, lo vivimos pensando en los demás, en lo que sorprenderá a nuestros invitados, en ser los más originales, rompedores e innovadores. No nos damos cuenta de que ese día es nuestro y de nadie más y que no importa hacer cosas vistas una y mil veces si esas cosas están hechas con amor. Por eso, cuando las luces se apagaron y empezaron a proyectar un vídeo que Alicia y Virginia habían hecho con la canción *Como yo te amo*, en la versión de los Niños Mutantes, que contaba la historia de nuestra amistad, de la amistad de Gonzalo con mi hermano y nuestra historia de amor no pude sino sentirme inmensamente feliz de haber tenido la mejor boda del mundo: la mía.

Capítulo 33

Surrealismo puro

Tras volver de nuestra luna de miel, tocaba volver a enfrentarse a la realidad. La boda de *la heredera* se acercaba a marchas forzadas y ella cada vez estaba más histérica. Yo cada día la tenía más atravesada, por lo que intentaba delegar en Alicia, pero Natalia me había cogido, por alguna razón que se me escapa, un tremendo cariño. Todo quería consultarlo conmigo y cuando digo todo, es todo. Así se explica cómo me vi un buen día del mes de diciembre eligiendo ropa interior y *negligés* de seda para su noche de bodas. Francamente, me sentía muy incómoda, haceos una idea, yo eligiendo la ropa interior a la prometida de mi exnovio... Si hay algo más surrealista que eso, no quiero saberlo.

Sin embargo, cuando yo ya creía que había alcanzado el punto álgido del absurdo en toda aquella historia, me di cuenta de que el cielo era el límite. Resulta que Natalia tenía la firme idea de que Alicia y yo teníamos que estar en la prueba del menú de su boda.

— O sea, a ver, ¿cómo pretendéis que la decoración de las mesas y todo lo demás quede integrado con el menú si no lo probáis? O sea, es que es imposible, ¿*saes*?

— Ya, bueno, a ver... es que el menú no tiene que pegar con las flores, además de que tampoco es necesario que lo probemos, con decirnos lo que es... —dijo Alicia, intentando que nos escaqueásemos.

— O sea, no. Tenéis que venir. Fin.

Os lo digo en serio, si no hubiera sido porque hubiera supuesto la debacle para nuestra empresa, en aquel mismo momento la hubiera mandado a tomar por culo. No soportaba esa voz que se me metía entre las neuronas y me las mataba poco a poco, no soportaba que estuviese morena en diciembre, no soportaba que siempre, siempre, siempre, llevase la manicura perfecta, como recién hecha y no soportaba que hiciera lo que le daba la gana con nosotras

por el simple hecho de tener dinero como para enterrarnos vivas en billetes de quinientos euros a mí, a Alicia y a toda nuestras familias. Pero no quedaba otra, *maifrends*, había que joderse.

¿Habéis soñado alguna vez que se os levantáis por la mañana y salís a la calle en pelotas y que todo el mundo os mira, pero no podéis hacer nada porque no es posible volver a casa a vestiros? Pues exactamente esa era la sensación que tenía yo, sentada en aquella mesa con Rafa, su madre, su hermana, *la heredera*, su padre y una señora mayor, que más tarde descubrí que era su abuela. La madre de Natalia había muerto siendo ella muy pequeña y su padre no se había vuelto a casar. Siempre había vivido con su padre y con su abuela, la madre de este, una señora muy muy chapada a la antigua, nostálgica de regímenes pasados y tremendamente estricta. Durante la cena, hubo un momento en el que la señora lanzó una mirada terriblemente dura a Natalia. Esta quitó inmediatamente los brazos de la mesa, colocó sus manos en el regazo y estiró la espalda. En aquel momento sentí una profunda pena por ella. Luego me acordé de que me estaba obligando a estar presente en la prueba de menú de boda de mi exnovio, con mi exsuegra y mi excuñada, y se me pasó.

Decir que la cena fue tensa, es poco. El padre de Natalia, que tenía más pinta de ser un pobre hombre que un empresario de éxito, parecía no estar al tanto de que una de las organizadoras de la boda de su hija era la exnovia de su futuro yerno. Por eso, cuando Patricia, la hermana de Rafa, comentó que me veía más delgada y me preguntó por mi boda, el hombre se sorprendió.

— ¿Vosotras os conocíais de antes? —dijo señalándonos con el cuchillo, en un gesto nada tranquilizador.

— Eh... sí, bueno, ya sabe, es una ciudad pequeña, casi todos... — contesté a trompicones, tratando de dar una explicación plausible que no revelase demasiado.

— Papá, Ada es la exnovia de Rafa —interrumpió Natalia, a la que se la pelaba todo.

— O sea, que tú y... —el padre de Natalia volvió a señalarme con el cuchillo y yo ya me estaba poniendo muy nerviosa.

— Bueno, pero de eso hace tiempo —terció Rafa —. Ada acaba de casarse con su novio de toda la vida, ¿verdad, Ada?

— Verdad, hace apenas un mes —dije, mostrando el anillo como una gilipollas en un intento de hacer ver que yo a Rafa... ni con un palo telescópico, vamos.

— ¡Qué bueno el solomillo a la naranja! ¡Se deshace en la boca! — exclamó Alicia, con la boca llena, en un intento de desviar el tema.

— Y usted que lo conoce, ¿cree que será buen marido para mi nieta?

La buena señora había estado callada toda la santa noche y para lo único que abrió la boca, además de para comer, fue para preguntar si yo pensaba que Rafa iba a ser un buen marido. Ojalá el dinero y Two Little Monkeys & Co. me hubieran importado una mierda. Ojalá la estabilidad de nuestra empresa no hubiera dependido de aquella boda. Ojalá haber podido contestar con una sonora carcajada y decir “*¿buen marido? Pues depende, si a ella no le molesta que sea un parásito, que no sepa mantener un trabajo más de un mes, que desaparezca un día y no vuelva hasta el siguiente puesto hasta las cejas y que encima sea un machista redomado, entonces sí*”. Pero en vez de aquello, solo me salió decir:

— Yo creo, sinceramente, que están hechos el uno para el otro.

Tras la cena, tomamos un “digestivo” en un *chill out* que había en la finca. La verdad es que era una preciosidad y estaba segura de que la boda iba a ser espectacular. La madre de Rafa se sentó a mi lado.

— Gracias —me dijo, apretando firmemente mi mano.

— ¿Por qué? —pregunté yo, extrañada.

— Por tener tanta clase. Sé que mi hijo se portó de una manera incalificable contigo durante el tiempo que estuvisteis juntos, e incluso después, y sé que tú lo quisiste mucho, así que te doy las gracias por haberlo perdonado y estar haciendo esto con tanta entereza y dignidad.

— Isabel, no te confundas. Yo no he perdonado a tu hijo. Para mí, tu hijo es lo peor que me ha pasado en la vida. Hago esto por dinero y por el prestigio y la proyección que la familia De Gea puede dar a mi empresa, pero ten claro que si tu hijo hubiera venido con una *Paquita* cualquiera a que le organizase la boda, lo hubiera mandado a la mierda en avioneta.

— Aun así, gracias —dijo levantándose.

Quizá fui muy dura con la madre de Rafa, la pobre mujer no tiene culpa de que su hijo sea un cabrón con pintas, o igual sí, pero el caso es que ella a mí nunca me hizo nada malo. Pero cuando me habló de entereza y de dignidad, a mi cabeza vinieron otras palabras como sumisión y sometimiento y no me daba la real gana de quedar como una sumisa. Me negaba a que Rafa volviera a humillarme, aunque fuera a través de las palabras de su madre. Así que es posible que fuera algo grosera y brusca, pero yo me quedé en la gloria bendita, porque entre que me tomen por maleducada o sentirme humillada y sometida, me quedo con lo primero.

De aquella noche de los horrores saqué una conclusión y es que realmente era una mujer nueva. La Ada de hace apenas año y medio no hubiera contestado nunca así, hubiera sonreído y hubiera dicho “bueno, cosas que pasan, está todo olvidado”, aunque por dentro se estuviera cagando en los muertos de Rafa. Pero la Ada que se había sacudido las telarañas, los traumas y los miedos, no se callaba para ser una niña discreta y buena, si eso me hacía sentir mal. No tenía miedo de decir lo que pensaba y no se sentía mal por decir la verdad, aunque la verdad fuese incómoda. Bueno, un poquito mal sí que me sentía, pero aún era una Ada 2.0 versión en pruebas. Todavía estaba trabajando en esta nueva Ada en la que me había convertido, que cada día me caía un poquito mejor y que cada día me gustaba más.

Capítulo 34

Navidad

Aunque nunca he sido una gran amante de la Navidad, este año tenía ganas de que llegase. A ver, que nadie me malinterprete, no es que yo sea una *Grinch* ni nada de eso, pero siempre me ha dado un poco de rabia lo de tener que estar feliz por decreto ley y el estrés que conlleva el tener que comprar regalos para todo el mundo. Sin embargo, este año era diferente. Yo seguía estando algo tocada por la pérdida del bebé, pero en la última visita al ginecólogo, a finales de octubre, me habían dado luz verde para volver a intentar quedarme embarazada y sin duda, eso era una excelente noticia. En noviembre no lo habíamos conseguido, pero algo me decía que Papá Noel podría obrar el milagro. Por otro lado, parte de mi falta de interés por la Navidad se debía a que cuando estaba con Rafa, la Navidad, especialmente la Nochebuena, era un día gris, oscuro y triste. Desde que su padre murió adquirimos la obligación no escrita de ir a cenar a su casa, por aquello de que su madre y su hermana no estuviesen solas. Aquello era lo más parecido a un velatorio constante y a mí el solo hecho de oír un villancico me ponía los pelos de punta.

Este año era diferente. Habíamos decidido pasar nuestra primera Nochebuena como marido y mujer en casa de mis padres. Bueno, lo habíamos decidido así y además, mis suegros se iban a Punta Cana a pasar las navidades, así que tampoco es que hubiera mucho que decidir. También iban a venir a cenar mi hermano y Alicia y mi hermana y su familia, así que, para ser sincera, estaba deseando que llegase.

Antes de que eso sucediera, a Alicia y a mí nos esperaba una semana criminal. Teníamos siete eventos en siete empresas diferentes, tres ágapes de Navidad para los empleados de tres empresas y cuatro fiestas para niños en otras cuatro empresas. Más o menos lo teníamos todo controlado, pero a falta de horas para la primera fiesta infantil, uno de los reyes magos nos llamó para decirnos que tenía diarrea y 39º de fiebre. Me iba a dar algo. Llamé a la

agencia donde los habíamos contratado, pero estaban en cuadro, todos los animadores estaban ocupados en fiestas, centros comerciales u otros eventos.

— Pues ya me dirás qué hacemos —suspiró Alicia cuando le conté lo que me habían dicho en la agencia.

—Uf, tía, yo qué sé. ¿Y si ponemos a uno de rey y a otro de paje? —pensé yo en voz alta.

— Yo que sé... es que uno es negro y el otro tiene sesenta años, Ada...

— No seas racista, tía...

— No, gilipollas, es que los críos no son tontos y se van a dar cuenta de que falta uno. Además, ¿tú tienes un disfraz de paje?

— Pues no.

— Pues a ver qué hacemos.

De repente, se me ocurrió una idea. Una idea de bombero de las mías, pero una idea que, a falta de una hora para que empezase el evento, igual podía funcionar.

— Tía, Alicia, llama a mi hermano.

— ¿A tu hermano para qué?

— Porque va a ser el rey Gaspar —dije yo, dando palmitas.

— Llama tú a tu marido, no te jode —contestó Alicia, muy ofendida.

— Gonzalo no está, lista. Está en Madrid y no llega hasta mañana —o sea, que era hacer de rey mago, no de *stripper*, por Dios.

— Llámalo tú, que a mí me va a mandar a la mierda.

Después de suplicar, implorar y casi ponerme a llorar, conseguí que mi hermano accediese, no sin antes jurar que lo estaría invitando a cervezas durante un año entero. En medio de toda aquella movida, no me había dado cuenta que tenía cien millones de llamadas perdidas de *la heredera* y otros trescientos millones de whatsapp en los que me decía que tenía que llamarla urgentemente. Pues se iba a esperar, que me tenía hasta los huevos. Esta se había creído que yo era su asistente personal o algo por el estilo y cada día le echaba más morro. La última había sido llamarme para decirme que tenía que llevarle los zapatos de novia a ponerles una media suela para que fueran más cómodos. Bueno, la última hasta ahora, porque lo mejor estaba por venir. Cuando nos desliamos un poco y dejamos a los dos reyes magos y a mi hermano repartiendo regalos a los niños, cogí el teléfono y la llamé.

— Dime, Natalia.

— Joder, Ada, ¿dónde coño estabas metida? —gritó a través del teléfono.

— Pues trabajando en un evento que tenemos esta tarde, ¿qué necesitas? —dos meses y este infierno será historia, dos meses y este infierno será historia, me repetía como un mantra.

— Necesito morirme. Rafa está de despedida de soltero en Ibiza y me acaban de llamar para decirme que un *paparazzi* tiene fotos tuyas de y todos sus amigos poniéndose hasta el culo en un reservado.

— ¿Y yo qué quieres que le haga? —a ver, hija, cómo te explicaría...

— O sea, ¿*saes*? es que lo mato.

— A ver, Natalia, si yo entiendo que estés enfadada, pero ¿qué quieres que haga yo?

— Necesito que llames por mí al *paparazzi* y que le digas que le das diez mil euros por la tarjeta de la cámara —acabáramos.

— Mira, Natalia, yo es que no sé...

— Ada, te lo pido por favor. Si esas fotos salen el miércoles en Cuore, en Lecturas o en cualquier otra mierda de esas, no hay boda. ¡Que hay putas en las fotos! —dijo chillando.

— Pero, y si no las publican, ¿te casas? —pregunté yo extrañada.

— Claro —contestó ella, dejando claro que no vivíamos en el mismo mundo.

Por mucho que me avergüence reconocerlo, llamé. Alicia estaba conmigo y mientras que yo hablaba con el *paparazzi*, me miraba y se tapaba la cara a ratos. Si es que era de no creer. Finalmente, conseguimos que accediera a vendernos las fotos, aunque había que ir a Madrid a por ellas. Sé que he dicho muchas veces que era una Ada nueva, que no me iba a dejar humillar, ni someter... así que no me preguntéis cómo unas horas después, me vi metida en un tren, dirección Madrid, de camino a hacer el intercambio. Alicia se había negado por completo a ir ella porque, en su opinión, ya había hecho bastante por la empresa cediendo a su marido para un evento. Como os lo cuento. Además, según ella, dado que Gonzalo estaba en Madrid, indudablemente era yo la que debía ir y así me volvía con él.

Llegué a Atocha pasadas las diez de la mañana. Cogí un Cabify y me dirigí a la cafetería donde había quedado con el *paparazzi*. Yo me lo imaginaba

como un tipo peligroso, con aspecto descuidado, como de matón, pero nada más lejos de la realidad. Me había dicho que dejaría la bolsa de la cámara de fotos encima de la mesa para que pudiera reconocerle y la única persona que había dentro de la cafetería con una cámara encima de la mesa era un señor de unos cincuenta y muchos, con el pelo cano, regordete y con cara de bonachón.

— Hola, ¿Luis? ¿Luis Belmonte? —pregunté al llegar a su mesa.

— El mismo. Supongo que eres Ada Marco, la secretaria de Nata de Gea —dijo mientras se ponía de pie y me tendía la mano.

— Soy Ada Marco, pero no soy la secretaria de Natalia, soy una de las organizadoras de su boda. Y no sé muy bien en qué momento me vi envuelta en este lío, ni si esto está dentro de mis atribuciones o de mi sueldo, pero el caso es que aquí estoy.

Saqué el contrato de confidencialidad que me había entregado *la heredera* para que firmase el *paparazzi*, según el cual se comprometía a no publicar ni difundir el material fotográfico, declarando no haber hecho copia del mismo, a cambio del cheque que estaba a punto de entregarle.

— ¿Son muy tremendas las fotos? —no pude evitar preguntarle.

— Depende de lo sensible que sea uno. Yo he visto de casi todo, así que no me parecen tan sumamente escandalosas, pero solo por la comparación con otras.

— Ya, bueno... —dije, intentando darle a entender que fuera un poco más descriptivo.

— Hombre, entre tú y yo, supongo que a nadie le haría gracia ver a su futuro marido en el reservado de una discoteca metiendo, literalmente, la cara en la raja del culo de una stripper mientras sus amigos se ponen finos de coca...

— No, supongo que no. Y menos que lo vea toda España —dije yo, imaginándome la escena.

Una vez firmado, hicimos el intercambio y salí de la cafetería con la intención de pasar un día de compras por Madrid, hasta que Gonzalo, al que solamente le había dicho que iba a Madrid por algo de la boda de *la heredera*, me recogiera a media tarde. A medida que andaba por la Gran Vía, me iban viniendo a la cabeza recuerdos de mis años en Madrid: los fines de semana con Gonzalo en los que apenas salíamos de mi piso, las juergas del año en el

que solamente estaba tonteando con Rafa, cómo todo después se convirtió en una mierda... Pensándolo fríamente y dejando a un lado los malos momentos vividos, quizá no haberme matriculado en el máster no fue tan terrible después de todo; a fin de cuentas, si lo hubiera hecho, es probable que hubiera acabado trabajando en una gran empresa, pero eso supondría que Two Little Monkeys & Co. no hubiera existido nunca, quizá Alicia y mi hermano no hubieran acabado enamorándose y quién sabe si Gonzalo y yo nos hubiéramos vuelto a reencontrar.

He de reconocer que, incluso aunque todo hubiera salido bien al final, seguía teniendo aquella sensación de años perdidos, de resquemor y de resentimiento que me invadía cada vez que pensaba en Rafa. De repente, me di cuenta de que tenía en mi mano, o más bien en mi bolso, la venganza que tantas veces había rumiado en mi cabeza. Podía sacar una copia de la tarjeta, guardar aquellas fotos para publicarlas y joderle la vida a Rafa. Total, yo no había firmado ningún acuerdo de confidencialidad, ni me había comprometido a no guardar copias. Pero, ¿sería yo capaz de hacer eso? Por un momento me hubiera gustado decir que sí, pero en el fondo de mi corazón, sabía que jamás en la vida me atrevería. Además, aquellas fotos no solo harían daño a Rafa, sino también a Natalia, *la heredera*, que a pesar de ser una insoportable, una snob y una loca del coño, no me había hecho nada. Aun así, aceptando que no me había convertido en una *Kill Bill* de la vida y que nunca sería capaz de reírme malignamente mientras se consumaba mi venganza, me metí a una cafetería, pedí un café con leche y saqué el *notebook* que llevaba en el bolso para hacer una copia de la tarjeta. Que sí, que probablemente jamás en la vida abriría la carpeta que estaba creando con el nada discreto nombre de “*confidencial*”, pero oye, ahí estaba y era preferible eso que pensar algún día “ojalá las hubiera guardado”.

El resto del día me lo pasé metida en el Primark de la Gran Vía. Vale, lo reconozco, es muy cateto por mi parte, pero yo soy así. Puedes sacar a una chica de la provincia, pero nunca podrás sacar la provincia de la chica, o algo parecido. Tengo que decir que me parece muy acertado que pongan cestas con ruedas para llevar las cosas, pero yo incluso apostaría por los carritos, fíjate lo que te digo. Cargué con dos bolsos, unas zapatillas de casa, varias camisetas, dos chaquetas, tres pijamas, sábanas para casa, velas, unos cuadritos que no sabía muy bien dónde iba a colocar, pero que eran una

monada, varios cuadernos y bolis divinos para la oficina y una taza de Darth Vader para Gonzalo, para lavar mi conciencia. Tan absorta me encontraba que no me había dado cuenta de que eran las cinco y cuarto y ni siquiera había comido. Tan solo fui consciente de ello cuando oí el teléfono sonar dentro del bolso:

— Ada, ya he acabado, ¿dónde te recojo? —era Gonzalo, obviamente.

— Pues es que acabo de comprar medio Primark y voy cargada a tope. ¿Me puedes recoger en la Gran Vía? —dije, poniendo voz melosa.

— ¿En la Gran Vía? —resopló—. Haz el favor de estar en la puerta cuando yo llegue, bien visible, porque eso es el infierno a estas horas.

— Me verás, soy la chica a la que tapan cinco bolsas de las grandes —dije haciéndome la graciosa, aunque me arriesgaría a decir que a mi marido no le hizo ni puñetera gracia, dado que me colgó el teléfono sin decir ni adiós.

Gonzalo paró en la puerta y ni se bajó a ayudarme con las bolsas, lo cual ya me hizo sospechar de que no estaba de muy buen humor. Al montarme en el coche, lo confirmé, ni me miró. Es más, fui a darle un beso y me esquivó, volviendo la cabeza como si fuera a mirar si venía algún coche para poder salir.

— ¿Qué te pasa? —le pregunté, suponiendo que el motivo de su enfado era haber tenido que recogerme en un sitio tan céntrico.

— Nada —contestó sin ni siquiera mirarme.

— Te he comprado una cosa...

— Muy bien —dijo mirando la carretera incluso más de lo que la seguridad vial estima como necesario.

Tardamos como media hora en salir del centro de Madrid y coger la autovía en dirección a Murcia. Media hora en la que no dijimos una palabra. Yo, porque intuía que me iba a contestar con monosílabos y él porque, por algún motivo, estaba molesto conmigo. Apenas llevábamos diez minutos en la autovía cuando Gonzalo me dijo que iba a parar, que se estaba haciendo pis, meando, en sus palabras. Aprovechamos para tomar un café, él. Yo, un bocadillo de tortilla, porque estaba sin comer aún. Sentados en la mesa, vi la ocasión de volverle a preguntar.

— A ti te pasa algo. Llevamos tres días sin vernos y ni me has dirigido la palabra apenas. Vamos, es que me has hecho hasta una cobra en el coche cuando me he montado —dije mientras le hincaba el diente al bocata.

— Como detective no tienes precio. Bueno, ni como detective, ni como mafiosa, espía o cualquiera que sea la actividad clandestina a la que te dedicas ahora.

— ¿Perdona? —contesté con la boca llena.

— Ada, yo creo que he sido bastante comprensivo todo este tiempo. No te dije nada cuando me contaste que ibas a organizar la boda de tu ex, me callé cuando te tuviste que ir a la cena de pedida, de prueba o de lo que coño fuera eso con toda la familia de tu ex...

— Pero tú dijiste que tenía que hacerlo, ¡que era una gran oportunidad para nosotras! — interrumpí, indignada.

— Y lo es, por eso he cerrado la boca hasta ahora. Pero venir a Madrid a salvarle el culo a ese impresentable, arriesgándote a verte con Dios sabe quién... Lo siento, pero eso ya no me lo puedo callar. Lo siento mucho.

— ¿Quién te lo ha dicho? — como haya sido Alicia, la mato.

— Bueno, es que esa es otra, que me digas que vienes “a un asunto”... Es fuerte lo tuyo, Ada.

— ¿Pero cómo te has enterado?

— ¡Que me lo ha dicho tu hermano! Esta mañana me ha mandado un whatsapp preguntándome a qué hora llegábamos Matahari y yo. Le he preguntado a qué se refería con lo de Matahari y me lo ha contado. Qué fuerte, Ada, qué fuerte —juro que hubo un momento en el que no sabía si estaba de coña o me estaba hablando en serio.

Salimos de nuevo a la carretera y de vez en cuando notaba como Gonzalo me miraba de reojo. Yo no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer, porque aunque es verdad que *a lo mejor* le tenía que haber dicho por qué iba a Madrid, él tampoco me contaba con pelos y señales lo que les pasaba a sus pacientes, ¿no? Era un tema de trabajo, a fin de cuentas, tampoco había que elevar aquello a categoría de asunto de estado.

— ¿Vas a estar todo el camino sin hablarme? —le pregunté a la altura de Saelices.

— Tampoco me hablas tú a mí —respondió tan ricamente.

— Hombre, para que no me contestes...

— Yo sí te contesto —aquello empezaba a parecerse a un diálogo de besugos.

— Es que no entiendo que te enfades... Bueno, tienes razón en que te lo tenía que haber contado, pero yo que sé, me dio corte.

— Pues sí que me lo tenías que haber contado, porque esa gente puede ser peligrosa, Ada.

— ¿Qué gente? —pregunté un poco desconcertada.

— Los *paparazzis* o *paparazzo* o como cojones se diga.

— ¡Anda, anda, anda, no flipes! —me reí, acordándome del señor rechoncho que me había encontrado —. Si era un abuelillo, te lo juro. Además, a ver si te crees que he quedado en un descampado, que lo cité en una cafetería de la Gran Vía —repliqué yo, como si estuviera más que acostumbrada a este tipo de tejemanejes.

— Igualmente me lo tenías que haber dicho...

— ¿Me perdonas? —susurré a su oído, intentando poner fin a aquel estúpido enfado.

— Bueeeeno —empecé a sospechar que estaba sobredimensionando a propósito su cabreo —. Una pregunta que te iba a hacer... ¿has visto las fotos?

— ¡Serás cotilla!

Capítulo 35

Nuevos propósitos, viejos deseos

La llegada del Año Nuevo siempre es buen momento para hacer propósitos de enmienda y marcarse metas para el año que comienza. En mi familia, como supongo que en tantas otras, también tenemos la costumbre de pedir un deseo por cada uva que comemos en Nochevieja. Sin embargo, este año los propósitos y los deseos de mi lista se confundían y fusionaban, porque en realidad tenía una única cosa en mente: quedarme embarazada de nuevo.

Hacía ya dos meses que me habían dado luz verde para intentarlo de nuevo y lo único que había conseguido eran dos desilusiones, al ver que la regla hacía su aparición puntual de cada mes. Reconozco que la primera vez me lo esperaba, notaba todos los síntomas premenstruales y, además, yo misma me decía que era imposible tener tanta suerte de nuevo. Pero el segundo mes me jodió de verdad. Llevaba unos días con *sintomatitis*, como lo llamó Virginia. Me notaba el pecho inflamado, percibía los olores con mucha intensidad y me encontraba en un permanente estado de náuseas. Casi hubiera asegurado que estaba embarazada. Para más inri, la regla se me retrasó dos días, así que me monté una película que ríete tú de la saga Star Wars.

Finalmente resultó que no estaba embarazada, lo que me supuso una llantera importante. Gonzalo, mi madre, mis amigas, mi hermana... todos me decían que era aún muy pronto, que el cuerpo necesitaba tiempo para recuperarse y que todo llegaría, pero a mí eso me sonaba a palabras vacías. Sé que sus intenciones eran buenas y que en cierto modo tenían razón, pero solo quien ha pasado por algo así entiende lo largas que se hacen las semanas y lo eternos que pueden ser los días hasta que esperas que *no* te venga la regla. Sinceramente, el embarazo se convirtió en una obsesión para mí y en aquellas semanas, llegué a consumir horas y horas delante de la tablet indagando en foros, en redes sociales, en webs... ojalá nunca lo hubiera hecho, la verdad. Leí cantidad de casos en los que, tras un aborto espontáneo, las mujeres no conseguían quedarse embarazadas de nuevo. Muchas historias se repetían y

eran peligrosamente parecidas a la mía: tras un embarazo inesperado y un aborto a las pocas semanas de gestación, pasaban los meses e incluso los años sin que pudieran concebir otra vez. Vale, lo sé, yo tan solo hacía dos meses que lo intentaba de nuevo, pero me aterraba la idea de convertirme en una de esas mujeres, anotando y contando en un foro sus temperaturas, la consistencia de su flujo vaginal, las relaciones sexuales que mantenían con sus parejas, haciéndose test de ovulación y guardándolos pegados con celo en una libreta para controlar sus ciclos... Es cierto que, de momento, yo solo leía y ni siquiera me había registrado en ninguno de aquellos foros, pero ¿y si seguía pasando el tiempo y no me quedaba embarazada? Lo reconozco, en ese momento me vi bastante capaz de acabar contando mi vida reproductivo - sexual en los foros de Enfemenino.

En ese punto me encontraba.

Mientras tanto, el trabajo se nos amontonaba. *La heredera* había concedido una entrevista en ¡Hola!, en la sección en la que enseñan las casas y había comentado que Two Little Monkeys & Co. era la empresa que se estaba encargando de la organización de su boda. A mí la verdad que me extrañó mucho, muchísimo, abrir el Instagram de la empresa un miércoles por la mañana y ver que teníamos más de mil seguidores nuevos. Pero cuando me enteré de que nos había mencionado en una revista de tirada nacional del prestigio de ¡Hola!, lo entendí todo. Cada vez que entraba en la aplicación, teníamos otros cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos seguidores nuevos, nos seguía gente constantemente. Alicia se preocupó al principio, ya que según ella, corría el rumor de que si te empezaba a seguir gente a lo bestia, Instagram te bloqueaba la cuenta, porque según las informaciones que ella manejaba, el hecho de que te siguiera mucha gente de golpe se interpretaba como que habías comprado seguidores, práctica que supuestamente está prohibida. A nosotras no nos bloqueó la cuenta nadie y el día que salió la entrevista de *la heredera*, tuvimos más de cinco mil seguidores nuevos, una barbaridad de visitas a la página web – que llegó a caerse en dos ocasiones, porque el servidor no aguantaba tanto tráfico – y como veinte o treinta correos pidiéndonos presupuestos para eventos varios.

Me disponía a llamar a Natalia para darle las gracias, pero Alicia me frenó en seco.

— ¿Tú estás tonta? —me dijo.

— ¿Qué pasa? Tendremos que agradecerse, ¿no? —estamos perdiendo las buenas maneras y la educación, ¿o qué?

— Claro, tú la llamas y le dices, “bonita, mil gracias por hacer que nos salgan veinte millones de seguidores y un montón de trabajos nuevos”. ¿Cuánto crees tú que tardaría ella en decirnos que le hagamos un descuento, o mejor aún, la boda gratis? —la verdad que visto así...

— Hombre, no creo yo que...

— ¿Que no? ¡Qué inocente eres, hija! La gente, cuanto más rica, más agarrada. A ver, ¿nosotras le hemos pedido en algún momento que nos mencione o que hable de nosotras? ¿A que no? Pues punto en boca.

— Vale, vale, no te pongas así, yo solo quería ser educada...

Al cabo de un rato, recibimos la llamada de Natalia. Lo cogió Alicia, porque decía que estaba convencida de que yo, al final, metía la pata. Estuvo dando un rato vueltas a cuenta de si debían lanzar el castillo de fuegos artificiales mientras cortaban la tarta nupcial o durante el baile, aunque quizá fuera aún más espectacular que fuera mientras sonaba *Your song* en la versión de *Moulin Rouge* y ellos lo contemplaban. La teníamos en manos libres y Alicia hacía gestos de meterse los dedos en la garganta para vomitar. Después de un soliloquio de veinte minutos sobre cuál era el mejor momento para los fuegos artificiales, Natalia parecía que iba a despedirse, pero antes lanzó un *por cierto* para comentarnos, así, de pasada, que nos había nombrado en el ¡Hola!

— ¡No me digas! Pues muchas gracias, guapa — contestó Alicia, haciéndome gestos con la cabeza de asentimiento, como diciendo “¿lo ves?”.

— Sí, bueno, salía hoy la revista, ¿no habéis visto nada...? ¿No os ha llegado...? —Natalia parecía contrariada.

— Aún no hemos tenido tiempo, estamos con tus preparativos — Alicia me guiñó el ojo.

— Bueno, pues ya me contaréis... ¡Chau!

Nada más colgar, Alicia se empezó a reír a carcajadas.

— Vamos, no sabe esta nada... La tipa ha llamado a investigar a ver si nos estábamos haciendo de oro gracias a ella, ya te lo digo.

— Tiene pinta. Pero vamos, si se cree que le vamos a descontar ni medio euro, lo lleva clarinete. Bastante es que estamos, bueno, estoy — subrayé mucho el *estoy*— tragando con todas sus gilipolleces...

Teníamos decenas de correos por contestar, así que, sin ganas ningunas, me senté a trabajar un rato. Qué fuerte, teníamos correos de gente de Madrid, de Valencia, de Toledo, de Málaga... Esto se nos estaba empezando a ir de las manos y la boda ni siquiera se había celebrado aún. Quizá habría que empezar a plantearse la posibilidad de contratar a más gente y, con toda seguridad, ampliar nuestra cartera de proveedores. Contesté a cinco correos y decidí que me merecía un descanso, así que entré a uno de los foros que frecuentaba últimamente, con tan mala suerte que no me di cuenta de que Alicia estaba justo detrás de mí e, irremediablemente, lo vio todo.

— ¿Qué es eso, tía? —preguntó señalando la pantalla.

— Nada —me apresuré a responder yo, intentando cerrar la ventana sin éxito.

— Nada, los cojones. ¿Te estás metiendo en foros, Ada?

Por alguna razón, Alicia opinaba que lo peor que podía hacer en mi situación, era meterme a indagar por internet. Me dijo que era gilipollas, que mi hermano y mi marido eran médicos y una de mis mejores amigas, enfermera y que parecía idiota yendo a buscar a foros la información que ellos, mejor que nadie, podían darme. Me enfadé, vaya que si me enfadé. Le dije muchas cosas, como que no tenía ni idea de lo duro que era esto, que no sabía por lo que estaba pasando y que no comprendía la desesperación que sentía. Alicia empezó a llorar.

— Tu problema, Ada, es que te crees que eres la única persona en el mundo que tiene problemas y que sufre por ellos —me gritó entre lágrimas.

— Ya sé que todos tenemos problemas, pero este es el que me duele a mí —grité yo también, notando cómo me subía el llanto por la garganta.

— ¿Y si a mí me duele lo mismo que a ti, Ada? ¿Has pensado que a lo mejor yo estoy pasando exactamente por lo mismo, solo que yo no voy lamentándome por las esquinas?

Me dejó pasmada. Sin palabras. Noqueada. Muda. ¿Alicia estaba

intentando quedarse embarazada sin éxito? ¿Eso era cierto? Sin apenas atreverme a terminar la frase, se lo pregunté. Mi hermano y Alicia llevaban buscando un bebé desde que se casaron en junio, pero no llegaba. Además, desde que yo sufrí el aborto, Alicia vivía cada mes una mezcla de sentimientos entre el deseo de quedarse embarazada y el miedo a hacerme daño si lo estaba. Joder, Alicia tenía razón, era una gilipollas integral. Con mi madre había hecho igual, había dado por supuesto que no tenían problemas por el hecho de no hablar de ellos. Me sentí muy egoísta y, francamente, una puta mierda y así se lo hice saber a Alicia.

— Pues no era mi intención, Ada, pero tienes que dejar de autocompadecerte. Todos tenemos problemas, todos pasamos por cosas que nos hacen sentir mal, pero la vida sigue y tenemos que mirar hacia adelante.

— Ya, tía, si yo solo quiero encontrar algo de esperanza, alguien que me diga que todo va a salir bien.

— ¿Y pretendes que *Voyasermamá83* te dé esa esperanza? Ada, tía, todo va a salir bien, te lo digo yo. ¿Sabes por qué? Porque tenemos a gente que nos quiere, salud y mil motivos para estar felices. Así que, sí, todo va a salir bien, porque todo está bien.

Supongo que es mucho más fácil hacer sentir bien a alguien cuando sabes exactamente las palabras que la otra persona necesita oír, porque son las que tú mismo estás pidiendo a gritos. Entre lágrimas, Alicia y yo nos prometimos compartir todos nuestros sentimientos y nuestros miedos y apoyarnos en aquel camino que, sin hasta ahora saberlo, estábamos viviendo juntas. Yo le di mi palabra de que me sentiría inmensamente feliz si ella conseguía quedarse embarazada antes que yo. Me avergüenzo de ello y me siento muy miserable y muy egoísta al reconocer esto, pero con sinceridad, en mi interior no sabía si iba a ser capaz de cumplir lo que acababa de prometer.

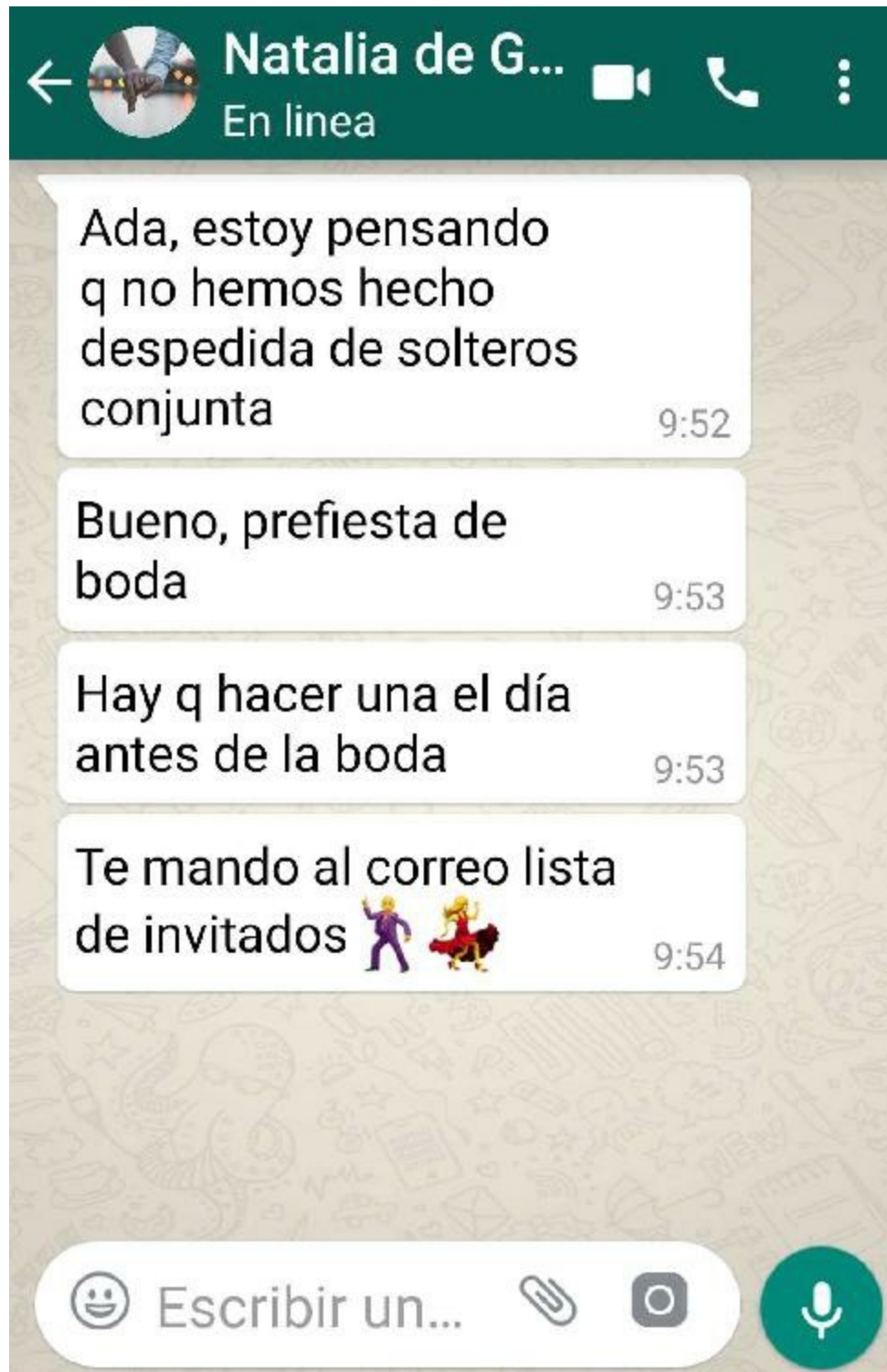
Capítulo 36

Quince días antes

Si los meses que precedieron a la boda de *la heredera* fueron una tortura, las dos semanas previas al día B fueron el infierno en la Tierra. Los últimos meses habían sido quizá los más convulsos de mi vida y, sin embargo, tenía la sensación de que lo único que había hecho era trabajar por y para la boda de Rafa y Natalia, mucho, muchísimo más que para la de mi hermano y Alicia e, incluso, más que para la mía propia. Qué narices, había trabajado para la boda de *la heredera* más que para las otras dos bodas juntas.

El teléfono se convirtió en una bomba de relojería. No callaba ni cinco minutos seguidos, si no era una llamada, era un correo, cuando no un whatsapp o de nuevo una llamada. Tenía que ir con la batería portátil a todas partes, porque a la que me descuidaba, la señal de alarma de batería baja se disparaba. Por supuesto, tuvimos que cerrar agenda para las dos semanas previas a la boda, no hubiéramos podido atender a ningún otro cliente, si apenas dábamos abasto con todo lo que teníamos que hacer.

Una de las veces que sonó el móvil estuve a punto de estamparlo contra la pared. Ojalá lo hubiera hecho.



Tenía a Alicia en la mesa de enfrente y tuve que darle el móvil para que lo leyera ella misma porque yo, no daba crédito. Ya había organizada una recepción para los invitados la tarde antes de la boda, ya que la mayoría venían de fuera, así que no sabíamos de dónde salía esto. Con total seguridad,

había visto algo en Pinterest, en Vogue, en Telva o en Cosmopolitan y, como no tiene filtro, pues a pedir por esa boca que el Señor – y un excelente cirujano plástico – le han dado.

— Esta está borracha —sentenció Alicia.

— Yo es que estoy sin palabras. Espera, a ver la lista—dije yo abriendo el correo—. Acabáramos, ha metido a toda la gente joven. Esta lo que quiere es festival por separado, tócate las narices. Atiende, qué lista... tenemos a medio mundo *blogger* invitado, Ali: Marta Atán, Alex del Val, Ximena Vasconcellos... ¡ay, por Dios bendito, que viene el Kortajarena también!

— Calla —dijo Alicia, tirándose hacia mi mesa.

— Míralo, tía, aquí está —señalé la pantalla.

— ¡Y Alba Carrillo también está invitada! —dijo Alicia dando saltitos.

— Me cae genial esa chica. Ya sé que es una opinión impopular, pero a mí me cae fenomenal.

— A mí también. La pusieron verde a la pobre por lo que contó del ex, pero su único pecado fue decir en público lo que todas hubiéramos dicho en la misma situación, pero en privado. Más que nada porque a nosotras no nos llaman del ¡Hola! para ofrecernos una portada, que si no, yo a Graziano, lo hubiera puesto... Vamos, fino filipino.

— Bueno, espérate que no se enteren en ¡Hola! de que una de las que está organizando la boda es la ex del novio y me llamen para una entrevista —dije yo, riéndome.

— ¿Lo harías? —preguntó Alicia.

En aquel momento, recordé las fotos que tenía en el ordenador, las de la despedida de Rafa que habíamos comprado al *paparazzi* y que había copiado en mi *notebook* antes de entregar la tarjeta a Natalia y de que esta, la quemara. Calculé cuanto valdría una exclusiva con aquellas fotos y declaraciones de la ex, o sea, yo, contando cómo era Rafa, sus miserias y cómo se había portado conmigo, las veces que lo habían despedido por ser un sinvergüenza y cuando me robó la tarjeta de crédito para comprar cocaína. Calculé la situación en la que me dejaba aquello a mí; además de la efímera sensación de venganza, ¿qué otros beneficios me reportaría a mí? Quizá un talón con varios ceros, está claro, pero ¿qué consecuencias tendría eso en mi futuro? Estar en boca de

todos, que los fans de Natalia, que los tenía a millares, me llamasen aprovechada, poner el nombre de mi familia en entredicho, que escarbasen en mi pasado y que pudieran convertir mi historia con Gonzalo en algo turbio...

— Ni por todo el oro del mundo —respondí, convencida, a la pregunta de Alicia.

La lista de invitados definitiva no la habíamos visto hasta ese momento. Sabíamos que había cuatrocientos once invitados, de los que ochenta y tres eran invitados por parte del novio. Los trescientos veintiocho restantes estaban compuestos por la familia de la novia, empresarios, políticos y gente de la alta sociedad a los que yo conocía por la prensa rosa. Sin duda, de todos ellos, a la que más ilusión me hacía conocer era a Cari Lapique. No me preguntéis por qué, pero desde niña me ha fascinado esta señora. Pensé en ese momento en la madre de Rafa, tenía que estar flotando en una nube. Mi exsuegra era de esas personas a las que les hubiera gustado nacer marquesa o condesa de algo. Es más, recuerdo en alguna ocasión oírla mencionar que un antepasado suyo era conde de no sé qué, pero que con la Guerra Civil los títulos se habían perdido y que en algún momento tendrían que ponerse manos a la obra para recuperarlos. Si es verdad o mentira, solo ella lo sabe. Así que verse, de repente, celebrando la boda de su hijo en una finca de trepecientos mil metros cuadrados, con más de cuatrocientos invitados, toda la plana mayor de la política asistiendo al enlace y tomando canapés y vinos con señoras del papel cuché, tenía que ser orgásmico para ella.

Alicia y yo decidimos no complicarnos demasiado la cabeza con la prefiesta de boda que nos pedía *la heredera*. Llamamos al *catering* y les pedimos que dividiesen el servicio en dos mitades, una para los invitados más mayores y otra para la fiesta de los novios. Contratamos un *disc-jockey* que montaba un espectáculo con luces y pantallas – salía por un pico, pero Natalia dio el visto bueno – y también a dos acróbatas aéreos, de los que hacen virguerías con las telas. Natalia era un grano en el culo pero, por suerte, también era muy agradecida y casi todo lo que nosotras le proponíamos le parecía “brutal” y “sensacional”.

Si algo bueno puedo decir de estos meses de preparativos previos a la boda, es que apenas había visto a Rafa. Quitando el primer día en el que vinieron al despacho y el día de la prueba del menú, no nos habíamos visto

más. Pero la semana antes de la boda nos encontrábamos a cada momento, lo cual era lógico, por otro lado, ya que había que ensayar la ceremonia, terminar de ubicar a los invitados en las mesas, decidir las canciones que sonarían durante el cóctel de bienvenida y durante las copas posteriores a la cena... Contar los días y las horas que faltaban para que acabase todo me proporcionaba cierto alivio, aunque más de una vez estuve al borde de la crisis de ansiedad. Una de las veces que me quedé, sin remedio, a solas con Rafa, se acercó a hablar conmigo. Según él, no me había felicitado por mi boda y no quería que yo creyese que no se alegraba, que en realidad estaba muy contento por mí.

— Lo nuestro no salió bien, pero tú te mereces ser feliz —me dijo de una manera terriblemente condescendiente.

— Vale, Rafa, gracias.

— Éramos... bueno, somos muy distintos y al final no habiéramos sido felices juntos —siguió diciendo—. Pero tú eres una mujer maravillosa y te mereces que te pasen cosas buenas.

— Rafa, ¿tú te crees, de verdad, toda esta mierda que estás soltando? —noté como la bola me iba subiendo por la garganta, y no podía, ni quería pararla.

— Solo intento ser amable contigo, Ada. Siento que lo nuestro acabase, pero no me guardes rencor, por favor.

Exploté, y de qué manera. Le grité que era un desgraciado, un sinvergüenza, que no conocía la decencia ni de pasada. Seguí chillando como una posesa, recriminándole que incluso a solas se comportase como si fuéramos una pareja de ex bien avenida, cuando en realidad yo era una superviviente de todo su torrente de mierda y podredumbre. Los operarios que había por la finca nos miraban sin saber muy bien de qué iba el tema y a lo lejos vi acercarse a Natalia con Alicia.

— ¿Qué está pasando aquí? —preguntó Natalia.

— Lo siento, me ha podido la presión, estoy muy estresada —me disculpé.

— Rafa, ¿qué coño le has dicho? —dijo Natalia, cogiendo a Rafa del brazo.

— Nada, ha sido un malentendido —contestó él, cabizbajo.

— Escúchame bien, si jodes la boda ahora ya sabes lo que hay. ¡Te hundo, cabrón, te hundo! —Natalia salió airada hacia el interior de la casa.

— ¡Nata, espera! —Rafa salió corriendo detrás de ella.

Alicia y yo nos miramos desconcertadas. Ella, imagino, porque no sabía de qué había ido la movida aquella y yo porque no entendía eso de “te hundo”. Con total sinceridad, a mí aquella boda cada día me daba más pereza, más pena y más mal rollo. En todo el tiempo que llevábamos organizándola no había visto un gesto cariñoso entre Natalia y Rafa, una palabra de emoción, unos nervios o un ápice de complicidad. Yo solo veía una niñata caprichosa, una pija clónica que podía intercambiar su perfil de Instagram con cualquiera de las *itgirls* que había invitado a su boda y nadie notaría la diferencia y a un Rafa desconocido para mí. Él, que solía ser el que llevaba la voz cantante y el que manejaba el cotarro, dejándose trajinar por una niña de apenas veinte años. No entendía nada, pero tampoco tenía el más mínimo interés por entender. Cogí el móvil, me coloqué los cascos, abrí Spotify, elegí de mis listas de reproducción la de System of a Down y me puse a distribuir las sillas en el jardín en el que iba a tener lugar la ceremonia dos días después. Alicia mientras indicaba a las azafatas dónde tendrían que recibir a los invitados tanto para la fiesta del día siguiente como el día de la boda y dónde tenían que ubicarlos.

Mentiría si dijera que no le di vueltas a aquella frase... “*si jodes la boda, ya sabes lo que hay, te hundo*”, pero me convencí a mí misma de que no era asunto mío, que lo único que importaba ahora es que en dos días, todo aquello sería historia. Rafa, *la heredera*, su puñetera boda y sus tejemanajes misteriosos se habrían acabado para siempre.

Capítulo 37

La Boda

Después de muchos meses de preparativos, de nervios, de ganas de mandar a tomar por culo a todo el mundo y de preguntarme en qué momento me pareció buena idea organizar la boda de mi ex con la hija *itgirl* de un empresario millonario, el día de la verdad había llegado. La fiesta preboda de la noche antes había sido un exitazo rotundo. A última hora, a Alicia se le ocurrió contratar a unos tragafuegos y a unas zíngaras que leían la mano. Yo en principio lo vi una horterada supina, pero como Alicia está más puesta que yo en el mundo *instagrammer*, le hice caso. No sé cuántas menciones tuvimos en los *stories* de Instagram. Muchas, muchísimas. Para la mañana de la boda, ya teníamos más de cien mil seguidores en Instagram, una burrada, sin duda alguna.

La ceremonia empezaba a las seis de la tarde, pero Alicia y yo llegamos a la finca a las nueve de la mañana para recibir al equipo que habíamos contratado, así como a los distintos proveedores que iban llegando. Para cuando nosotras llegamos, los jardines estaban en plena ebullición. El lugar de la ceremonia civil ya estaba montado desde hacía dos días, ahora tocaba desmontar todo lo de las fiestas de anoche – la de los jóvenes y la más formal, de los padres de los novios e invitados – y empezar a colocar las mesas para la cena, el *photocall*, con su *córner* de peluquería y maquillaje, la barra libre de golosinas, los puestos de sushi, el de jamón, el de tacos mexicanos y los de algodón de azúcar y helados.

La heredera y su familia dormían dentro de la casa, pero no faltaría mucho para que se levantasen. A las diez de la mañana venía el equipo de ¡Hola!, un redactor, dos fotógrafos y una estilista cuyo nombre no desvelaré, pero que ya había estado allí la noche antes porque estaba invitada a la boda. Luego hablan de los toreros, pero esta gente sí que está hecha de otra pasta... ¿Cómo es

humanamente posible acostarte pasadas las tres de la mañana y tener al día siguiente, a las diez, el aspecto de una quinceañera, cuando encima pasas de los sesenta? Pues así era, Alicia y yo nos dábamos codazos cuando vimos a... bueno, a la estilista del reportaje, aparecer.

Poco a poco, el bullicio lo inundó todo. La casa se llenó de gente corriendo de un sitio a otro, los jardines de la finca eran un hervidero de gente que cargaba mesas, sillas, centros de mesa, candelabros, guirnaldas de luces... Por suerte hacía un día espléndido y brillaba el sol. No se veía ni una sola nube y en el ambiente reinaba ese aire frío, pero agradable, del mes de febrero. No obstante, se estaban instalando en la zona de la cena unas carpas térmicas que habíamos traído de Estados Unidos y debajo de las mesas habíamos previsto colocar unas estufas de calor que mantendrían a todos los invitados a una temperatura agradable aunque estuviesen en el exterior.

Mientras supervisaba que los puestos de comida quedasen colocados en los sitios que habíamos marcado, Alicia vino hacia mí:

— Dice tu amiga que subas a la casa, que quiere que le ayudes con unas fotos. Ya me encargo yo de esto.

Entré a la habitación donde Natalia se estaba preparando. Allí estaba ella, con unas amigas, de entre las que reconocí a Marta Atán, Ximena Vasconcellos y a Alba Carrillo. Estaban todas ataviadas con unas batas – de seda, eso sí – en las que podía leerse “*bride squad*”. En la de Natalia ponía “*bride*” y aunque estaban sin maquillar, tenían un aspecto envidiable. Qué pieles más bonitas, ojalá tener ahora veinte años y dedicarme a vivir de ser *instagrammer*. Aquello, más que la habitación de una novia preparándose para casarse, parecía un plató de televisión: había cámaras por todas partes, los dos fotógrafos no paraban de hacer fotos, dos camerinos con unos espejos llenos de luces y una mesa en la que había más maquillaje que en el *Sephora* de Gran Vía... Creo que al ver semejante despliegue de medios se me debió quedar la boca abierta unos veinte minutos, calculando por lo bajo. Natalia me llamó levantando la mano:

— Ada, corazón, ven que te presente. Ella es Naty —dijo señalando a la estilista—. Esta es Ada, una de las organizadoras de la boda, Naty.

— Encantada —respondió *ella* mientras me daba dos besos —. La

fiesta de anoche fue espectacular, una maravilla, os felicito.

— Muchísimas gracias, es un honor —que alguien me pellizque, por favor.

— Bueno, Ada, vamos a hacer unas fotos para la primera parte del reportaje, antes de vestirme, ¿*saes*?. La idea es que te quedes aquí y que te asegures de que las fotos van en consonancia con todo lo que hay preparado después, ¿*saes*? que siga todo el mismo estilo, ¿*right*?

— Entendido, pero Naty... —o sea, no pretendería que le dijera yo a esta autoridad en moda cómo tenía que hacer las fotos.

— Nada, nada, querida, tú solo di si crees que el reportaje va quedando armónico, pero no te agobies, que la que toma las decisiones soy yo —dijo la estilista.

Aquello se puso en marcha como un mecanismo perfectamente engranado. Mientras los peluqueros hacían su trabajo, los fotógrafos sacaban fotos; los ayudantes de fotografía sostenían esas pantallas que reflejan la luz y que todas deberíamos llevar encima para hacernos selfis; la estilista miraba las fotos en la cámara y daba su aprobación o pedía que se repitieran cambiando la postura o la iluminación. Algunas fotos me las enseñaban a mí y yo me limitaba a asentir, qué iba a decir, si era todo perfecto. El redactor del equipo iba haciendo algunas preguntas, aunque yo creo que debían haber hecho un cuestionario previo o algo similar, porque tampoco hablaron mucho. O eso, o luego le echaban mucha, mucha imaginación al reportaje escrito. Una de las preguntas, o más bien de las respuestas, provocó la risa de una de las amigas de Natalia:

— ¿Cuándo supiste que Rafael era el hombre con el que querías pasar el resto de tu vida?

— Nada más conocerle. Es tan honesto, tan sano, tan trabajador y tan decente que es imposible no querer estar a su lado en todo momento.

Me di la vuelta al oír la risa, Alba estaba tapándose la boca con la mano. No pude sino acercarme a ella y mirarla con cara de “yo también me parto el culo”.

— Tú eres la ex de Rafa, ¿no? —me preguntó Alba.

— ¿Cómo lo sabes?

— Nata nos lo dijo. Una joya se lleva, ¿verdad?

— Bueno, yo no quiero meterme donde no me llaman. Si ellos son felices...

— ¿Estos? Estos van a durar cuatro días. Seis meses les doy. Pero vamos, que todos sabemos de qué va este rollo.

La miré con gesto de afirmación, como si yo también estuviera en el ajo y supiera de lo que me estaba hablando, aunque la realidad es que yo no tenía ni puñetera idea de lo que iba “ese rollo”. Por no saber, no sabía ni que había “un rollo”. Ella debió darse cuenta de que yo estaba un poco a por uvas, así que se acercó y me susurró:

— Mujer, todo esto de la boda no es más que un paripé, un montaje publicitario a gran escala. Que no te digo yo que a ella no le guste el chico, ni que él no esté pillado por ella, pero lo de decidir casarse con todo este despliegue a los cuatro días de empezar a salir... pero chica, esta boda, con esta repercusión mediática, a quince días de que abran las tiendas de *Clothingale* de Gran Vía de Madrid y Paseo de Gracia de Barcelona, pues les viene de lujo...

— Ah, claro, claro, les ha venido fenomenal...

— Hombre, ella lo tiene todo bien atado, porque se comenta que él ha firmado un acuerdo prenupcial por el que tiene que pagar todos los gastos de la boda si la caga antes de casarse y, por supuesto, no ve un duro si se separan antes de un año. Ahí lo va a tener más jodido, porque buena es Natalia... a esta no la toreas tú como quieras.

Acabáramos. Esa era la razón del “*te hundo, cabrón, te hundo*”. Por eso Natalia decía que si salían las fotos de la despedida a la luz, no había boda. Obviamente, si lo que buscaba con todo esto es que el nombre de su empresa sonase y se relacionase con *bloggers* de moda, *itgirls* y famosos varios, verlo mezclado con *strippers*, drogas y juergas no era lo que más le beneficiaba. Sin embargo, me resistía a pensar que todo aquello no era más que un negocio, que todo era por la publicidad y por la promoción. Algo más tendría que haber, y con algo me refiero a sentimientos. Porque las cosas como son, Rafa no es feo, pero tampoco es que sea Sam Heughan. No es famoso, no tiene dinero, al menos no al nivel de Natalia y no es un tío que tenga grandes contactos en el mundo empresarial. Además es bastante mayor que Natalia, lo que tampoco es que sea nada malo, pero yo imagino que si ella, simplemente, hubiera querido

un figurante para el papel de prometido, podría haber escogido a uno más guapo, más joven y, sobre todo, menos sinvergüenza que Rafa. Por eso estaba convencida de que *algo* tenían que sentir el uno por el otro para llegar al punto en el que nos encontrábamos. Romántica que es una.

La mañana transcurrió entre fotos, llegada de familiares, nervios y confidencias. Yo iba como pollo sin cabeza y, de vez en cuando, me paraba, miraba a mi alrededor y veía a toda esa gente correr de un lado a otro. No podía creerme lo que habíamos conseguido montar entre Alicia y yo, era simplemente, increíble. Habíamos dispuesto que sirvieran un almuerzo frío a todo el mundo, algo para picar: bocadillos, empanadillas, ensaladilla... Algo rápido que prácticamente pudiéramos tomar mientras seguíamos trabajando. Salí al jardín; aún faltaba algo más de una hora para la ceremonia, pero los invitados iban a empezar a llegar de un momento a otro.

— Ali, tía, lo hemos conseguido —le susurré al oído a Alicia.

— Uf, yo hasta que no me vaya hoy a la cama sabiendo que todo ha salido bien, no voy a estar tranquila. No tengo yo claro todavía que Rafa no la vaya a liar...

— Te digo yo que no la lía —no sé de dónde iba a sacar los más de doscientos mil euros que había costado organizar esta boda—. Luego te cuento, que es fuerte el tema.

De repente, todo estaba despejado. Las cajas, bolsas, escaleras, cajas de herramientas... todo había desaparecido. Me acerqué a la zona en la que se iba a celebrar la ceremonia propiamente dicha. Había quedado espectacular, simplemente espectacular. El frontal del *altar* – lo llamábamos altar porque en realidad no conocíamos otra palabra para definirlo, aunque la boda era civil – era un jardín vertical de cuatro metros de largo por dos de alto en el que se utilizaron casi mil plantas y flores. Lo cierto es que las chicas de *La sastrería de las flores*, unas de las mejores floristas de España, habían hecho un trabajo increíble. El altar, propiamente dicho, era una antigua mesa de despacho, con un toque ciertamente *vintage*, que había pertenecido al padre de Rafa, en la que habíamos colocado unas velas y un jarrón con peonías blancas. El pasillo central estaba delimitado con cantos rodados blancos puestos en fila y a él se accedía a través de una antigua puerta de doble hoja que habíamos pintado en blanco. Las sillas eran de tijera blanca; encima de la zona de la ceremonia

habíamos colocado cientos de bombillas diminutas de led, que al encenderse parecían pequeñas estrellas. Sin duda, había sido todo un acierto celebrar la boda al caer el sol, el efecto era precioso.

Me dispuse a dar las instrucciones a las azafatas que se encargaban de la recepción de los invitados. Debían acompañar a los invitados a sus respectivos asientos; la familia del novio a la derecha, la de la novia a la izquierda. El resto de invitados, de manera equitativa según fueran llegando. Al sentarlos, les debían entregar un libreto con información sobre la ceremonia: las piezas musicales que se iban a interpretar, los fragmentos que se iban a leer... Dentro de cada una de ellos había un tulipán, la flor favorita de la madre de Natalia, como ella misma me había comentado un día, que tendría un protagonismo especial en la entrada de la novia. Más de cinco mil euros gastamos en la decoración floral de la ceremonia; solo el ramo de la novia costó trescientos cincuenta euros. Yo sé que está feo hablar de dinero, pero semejante dispendio en flores es algo que aún estoy digiriendo.

Poco a poco, los invitados fueron llegando. Reconocí a algunos familiares de Rafa. Unos me miraron afablemente, saludándome con la mirada. Otros lo hicieron por encima del hombro, como si el hecho de que Rafa fuera a casarse con una niña rica los hubiera convertido, de repente, en gente de una clase superior a la mía. En realidad hubo una parte de la familia de Rafa que siempre creyó ser de más alta cuna que nosotros... supongo que el hecho de que fuera yo la que pagaba el alquiler, la que mantenía a Rafa o la que tapaba y hacía que sus continuas juergas pasaran desapercibidas para la mayoría, no me daba la categoría suficiente para ellos. Pues con su pan se lo coman.

El momento de la verdad había llegado. Yo estaba consumida por los nervios, eran muchas emociones al mismo tiempo. Lo primero y principal, por supuesto, es que un evento de estas características era la prueba de fuego para Two Little Monkeys & Co. Si salía bien, nos coronábamos, pero si salía mal, podíamos echar el cierre y tirar la llave, el ridículo sería a nivel nacional. Nos jugábamos el todo por el todo. Por otro lado, no paraba de pensar que si las cosas hubiesen seguido por el camino que llevaban, quizá esa podría haber sido mi boda. A ver, entiéndeme, no me refiero a esa boda en concreto – ni en sueños – pero sí con la familia de Rafa, con esa prima y esa tía mirándome y pensando “mi sobrino se merece más”. Es cierto que cuando estaba con Rafa

nunca sentí la necesidad de casarme – con Gonzalo tampoco, pero me apetecía hacerlo – ni siquiera me lo planteé en ningún momento, pero estoy casi segura de que, de haber seguido con él, la inercia me hubiera llevado a una boda, probablemente por la iglesia, muy tradicional y muy “de aparentar”.

Rafa y su madre ya estaban frente al altar cuando las primeras notas de *Perfect* de Ed Sheeran comenzaron a sonar. Esta feo que yo lo diga, pero si nos olvidamos de que era mi ex el que estaba vestido de chaqué, esperando a la novia, aquello era perfecto, como la canción. Las luces, la novia andando por aquel pasillo y todos los invitados levantando los tulipanes hacia el cielo como homenaje a la madre de Natalia, tal y como habíamos dejado escrito en la nota que los acompañaba... era maravilloso y pude ver cómo algunos invitados se emocionaban. Joder, si hasta yo me estaba emocionando.

La ceremonia transcurrió sin incidentes, todo según lo previsto, y los invitados fueron trasladándose a la zona donde se servía un refrigerio previo a la cena. Natalia y Rafa, mientras, se disponían a hacerse unas fotos para la revista y, cómo no, *la heredera* pidió que les acompañase. Una vez estuvimos a solas, Natalia se acercó a mí.

— ¿Lo de los tulipanes ha sido idea tuya? —me preguntó.

— Sí, bueno, pensé que era bonito... —contesté con un poco de miedo, porque no sabía si le había gustado o no.

Natalia me abrazó. Pero me abrazó muy fuerte, mucho tiempo, con mucho sentimiento. Noté como lloraba en silencio. Se apartó de mí, se limpió las lágrimas y me dijo:

— Yo le quiero, ¿sais?

— No he dudado de eso ni por un momento —me apresuré a contestar.

— Las cosas son como son, pero yo le quiero.

Por segunda vez en el tiempo que la conocía, Natalia me dio mucha pena, solo que esta vez, no se me pasó. Vale que era una insoportable, una mimada y una consentida y que creía que todo el mundo giraba a su alrededor, pero en el fondo era una pobre chica que no sabía dónde se estaba metiendo.

La cena fue espectacular, hubo un par de contratiempos como un camarero que tropezó tirando al suelo todas las copas y una señora que se pasó con el vino, o con el champán, o con vaya usted a saber qué y vomitó casi encima de otra invitada, pero por suerte pudimos limpiarlo con rapidez y atender a la invitada beoda en el servicio médico que habíamos previsto. Pero con todo y con eso, podemos decir que el primer evento a gran escala de Two Little Monkeys & Co. se saldó con un rotundo éxito.

Cuando llegué a casa, pasadas las cuatro de la mañana, Gonzalo estaba despierto esperándome.

— ¿Qué tal? —me preguntó.

— Muy bien, amor, ha salido todo rodado. Eso sí, no me voy a levantar de la cama en un mes.

— Feliz día de los enamorados —dijo, entregándome una cajita.

— ¡Calla! Yo no te he comprado nada... —vaya tela, vaya tela...

— Lo sé. Ábrelo.

Durante todo el tiempo que duraron los preparativos de la boda de *la heredera*, me había estado quejando de que mi móvil era una castaña. Se me quedaba sin memoria en cuanto hacía cuatro fotos y tenía que desinstalar aplicaciones para poder seguir guardando documentos o vídeos, la batería me duraba un suspiro y, en general, me ponía de los nervios. Abrí la caja y dentro había un iPhone X, el mismo que yo no me había querido comprar porque era tremenda y excesivamente caro.

— ¿Y esto? —me había quedado casi sin palabras.

— Una profesional de los eventos a gran escala como tú no puede ir desinstalando Instagram o borrando fotos cada vez que se quede sin espacio.

— Pero esto es... demasiado.

— Te lo mereces. Esto y más. Créetelo, coño.

“*Créetelo, coño*”. Aquella frase se quedó resonando en mi cabeza. Con mucho esfuerzo, a lo largo del último año y pico me había quitado muchos complejos e inseguridades, forjadas a fuego durante buena parte de mi vida. Pero todavía quedaba un poso, en el fondo, muy en el fondo, pero ahí estaba. Un rumor sordo que me decía que no me merecía todo lo bueno que me

pasaba. Una voz de la conciencia malvada y maligna que me susurraba, “*Ada, no te flipes, que no te mereces todo esto... que un día te van a pillar y se te va a caer el chiringuito*”. Hace poco descubrí que lo que a mí me pasaba tiene un nombre, el “síndrome del impostor”. Consiste básicamente en eso, en creerte que lo bueno que te pasa en la vida, lo has conseguido porque eres una impostora que sabe engañar a la gente, no porque te lo merezcas, porque seas una curranta, o porque te lo hayas ganado. Yo, sin duda, no estaba para nada convencida de que me mereciera todo lo que tenía, pero quizá había llegado el momento de empezar a creérmelo, coño.

Capítulo 38

El merecido descanso

La boda de *la heredera* tuvo su lado positivo, pero también su lado negativo. El positivo fue, como no, que Two Little Monkeys & Co. se convirtió en la empresa de organización de eventos de moda. Nos salían eventos en Madrid, Barcelona, Sevilla... no dábamos abasto. De hecho, tuvimos que hacer una selección de personal para Madrid y otra para Barcelona porque nos era materialmente imposible atender a la cantidad de trabajo que teníamos. Después de la publicación del reportaje de la boda en ¡Hola!, que Two Little Monkeys & Co. te organizase un evento pareció convertirse en un *must* entre las *egobloggers* y las *itgirls*. Recibimos algunos correos muy cachondos, del tipo “*hola qué tal, soy instagrammer y blogger y he pensado que igual os interesaría organizar mi evento a cambio de que os dé visibilidad en stories de Instagram*”. Alicia no me dejó que respondiera, pero mi intención era contestarle que sí, que la ilusión de mi vida era trabajar como una mula y no ver a mi marido en semanas, a cambio de que ella me etiquetase en un vídeo de quince segundos. A la peña se le va la olla con esto de las *influencers*, en serio lo digo. Vale, hay algunas que realmente trabajan en algo que podemos considerar una nueva forma de marketing y de relaciones públicas, pero ¿el resto? Todas el mismo tipo de fotos, de desayunos, de bodegones de ropa doblada y complementos, todas de color crema y con el brillo a tope hasta que queman la foto. Cero originalidad.

Algunas empresas también se interesaron por nosotras, para organizar sus eventos, con lo que empezamos a contratar a *bloggers* e *influencers*. No os quiero contar las risas que nos pegamos al analizar las estadísticas de algunas de las supuestas *influencers* – Alicia las bautizó como *infulerders* – que nos escribieron para “colaborar” con nosotras y ver que tenían un cuarenta, un cincuenta, incluso un sesenta por ciento de seguidores *fake*, vamos, seguidores falsos o comprados. Algunas no hacía falta ni analizarlas con las herramientas de *socialmedia* que nos agenciamos. Solo tenías que entrar en su perfil y ver que, con 60K o 70K de supuestos seguidores, tenían una media de doscientos

“me gusta” por foto y unos diez o doce comentarios. Venga, por favor. Es que es ridículo. Ahora, eso sí, no se podía negar que para no gustarme nada Instagram, me estaba convirtiendo en toda una experta.

Pero como decía, la repercusión mediática que tuvo la boda también trajo consecuencias negativas, especialmente para mí. De alguna manera, se filtró a la prensa que Rafa y yo habíamos sido pareja y, claro, aquello hizo las delicias de cierta prensa del corazón. Sin comérmelo, ni bebérmelo, me encontré durante días con periodistas y fotógrafos en la puerta de mi casa que me hacían preguntas sobre mi vida, en un tono que parecía que yo tuviera la obligación de contestarles. Me llamaron hasta de un programa de televisión – bueno, vamos a ver, hablando claro, me llamaron de *Sálvame Deluxe* – para ofrecerme un montón de pasta por entrevistarme. Una *mortera*, que diría mi abuela paterna. Y mentiría si dijera que por un momento, un momento muy largo, tan largo como para decir “¿me puede llamar usted en un rato?”, no me lo pensé. Era muy tentador. Pero me visualicé sentada en ese plató, contando mis mierdas, con esa gente preguntando sobre mi vida con Rafa, nuestras peleas, sus celos, su afición a las *sustancias* – porque ojo, en este tipo de programas te sacan la mierda más grande de tu vida privada, pero nadie es adicto a la cocaína, sino que toma *sustancias* – o incluso preguntando por Gonzalo, nuestra vida... en fin, que se me pusieron los pelos de punta.

Entre el cansancio acumulado, el trabajo que se nos amontonaba y la prensa persiguiéndome como si fuera la Preysler, las semanas que sucedieron a la boda fueron casi más estresantes que todos los preparativos de esta. Así que, una vez que tuvimos todo encarrilado en cuanto a lo laboral, decidimos que nos merecíamos unas vacaciones. Además, con la prensa agobiándome, lo mejor era desaparecer unos días y que se olvidaran de mí. Conseguimos que mi hermano y Gonzalo pudieran cogerse una semana de vacaciones y organizamos un viaje a Jamaica los cuatro. Mi hermana y Virginia pusieron, como no podía ser de otra manera, el grito en el cielo, por no contar con ellas y porque no podían acoplarse, por los niños y por sus respectivos trabajos.

Al llegar al aeropuerto, sobre las diez de la mañana, vi a lo lejos unas cámaras de televisión, varios fotógrafos y unos reporteros. ¿Cómo se habían enterado de que me iba a Jamaica? Menudo marrón, como mandasen a alguien a perseguirnos, me iba a dar algo, ¡me muero si me sacan en bikini! Mientras

veía cómo venían hacia mí, yo pensaba en cómo suplicarles que me dejaran en paz, que yo no era nadie, que no quería ser *famosa*, ni un personaje público. Atónita, observé como la nube de fotógrafos, periodistas y cámaras nos atravesaba como si fuéramos invisibles y seguían su camino. Me di la vuelta para ver como la nube se detenía. Detrás de nosotros, entre las cámaras y los micrófonos, estaba Paula Echevarría con su novio. Me sentí aliviada de no ser el centro de atención, la verdad, pero no voy a negar que por un segundillo me dio un poco de coraje que no se hubieran dado cuenta de que yo *también* estaba ahí. Por lo visto, mi momento de fama ya había pasado y aunque me sentía muy aliviada de no tener que preocuparme por si me hacían fotos en bikini, un poco de rabia me dio. No mucha, pero un poquito sí, para qué nos vamos a engañar.

Si alguna vez me pierdo y no sabéis dónde buscarme, os voy a dar una pista: Negril. En mi vida había visto una playa como esa. En general, todas las playas de Jamaica son el paraíso, pero esta en concreto es una maravilla. Nosotros nos alojábamos en Montego Bay, a una hora y pico de Negril, pero contratamos una excursión que incluía ir en catamarán hasta la Cueva del Pirata, comer un arroz con frijoles en la playa y tomar una copa en el *Rick's Café*, uno de los bares más famosos de Jamaica y con razón. Está situado en lo alto de un acantilado y las puestas de sol son impresionantes. Hay un sitio desde el que puedes saltar al mar o, mejor aún, ver saltar a los jamaicanos haciendo piruetas increíbles. Una pasada. Allí nos tomamos una copa antes de volver al autobús que nos llevaría de nuevo al hotel. Maldita copa y malditos cubitos de agua del grifo que se me ocurrió masticar. A los veinte minutos, más o menos, de salir, empecé a notar unos calambres en la zona abdominal. A estos le siguieron unos escalofríos y unos sudores helados.

— Gonzalo, no me encuentro bien —le susurré al oído.

— ¿Qué te pasa? —respondió, cogiéndome la mano.

— Que me cago. Que me cago viva. Dile al conductor que pare.

— ¿Que pare, dónde? —dijo Gonzalo señalando al vacío oscuro que rodeaba la carretera.

— Donde sea, pero me cago encima. Por favor. Ya.

— Vale, vale, voy... pero no sé yo si va a poder parar aquí.

— Escúchame una cosa, ni se te ocurra decirle que me estoy cagando, dile que me encuentro mal y punto —le advertí a Gonzalo, cogiéndole por

el brazo.

Mientras que Gonzalo hablaba con el conductor, yo veía pasar mi vida ante mis ojos. Trataba de apretar el culo y no respirar, mientras intentaba pensar en otra cosa, pero aquello estaba a punto de explotar. Sudaba a mares e imaginaba que no debía de tener muy buena cara, porque Alicia, que estaba una fila de asientos por delante de mí, me miró y me dijo:

— Ada, ¿estás bien?

— Mmmmm —negué con la cabeza, no podía ni hablar. Joder, si hablaba, me cagaba encima.

El autobús se detuvo y yo cogí mi bolsa y salí a toda prisa por el pasillo, engancho a Gonzalo, que estaba al lado del conductor, cuando pasé por su lado.

— Sostén la toalla así —le pedí a Gonzalo, entregándole la toalla abierta a modo de cortina, cuando estuvimos abajo.

— Pero échate un poco más para allá —dijo Gonzalo, indicándome que me pusiera en la parte trasera del autobús.

— ¡Dios, Dios, Dios! —exclamé.

— ¿Qué pasa?

— Madre del amor hermoso, ¡no puedo parar! ¡Es completamente líquido! ¡Me arde el ano!

— Estoy seguro de no necesitar tantos detalles, segurísimo.

— Dame las toallitas que llevo en la bolsa, anda.

Cuando subimos de nuevo al autobús, la gente me miraba raro, o al menos, eso creía yo. Era como *si lo supieran*, pero en el fondo me daba igual, porque yo, que había visto pasar la muerte por delante de mis ojos hacía unos minutos, ya me encontraba como nueva. Así que tampoco me importaron las miraditas de risa contenida al día siguiente, cuando, al cruzarme por el pasillo del hotel con nuestros compañeros de autobús, me reconocían. Me limitaba a sonreírles y a pensar “ojalá os pase a vosotros”.

El resto del viaje transcurrió sin incidencias. En la casa mausoleo de Bob Marley, el guía, un jamaicano que no andaba muy bien de la cabeza – se hacía llamar Crazy, con eso os lo digo todo – nos contó que el señor Marley tuvo

once hijos reconocidos legalmente y otros doce o trece sin reconocer y que por eso, la mujer que tocaba su cama se quedaba embarazada de inmediato. Alicia y yo casi nos matamos para retoquetear la cama, obviamente. El cuarto día de viaje me vino la puñetera regla, pero decidí no amargarme y, dado que tenía la certeza de no estar embarazada, me permití fumar marihuana, porque *donde fueres, lo que vieres*, o como se dice en inglés *when in Rome, do as the Romans do*. Por cierto, hablando del inglés, no os creáis cuando os digan que en Jamaica se habla inglés. No. Ni de coña. A mi hermano y a mí nos costaba horrores entenderlos, algo menos en el hotel, pero cuando salíamos de allí, era otro idioma totalmente distinto. Por ejemplo, no usan “I” para decir “yo”, sino “me”, en todos los casos. Gonzalo y Alicia se reían de nosotros, de nuestro inglés pijo de Londres, como ellos decían.

Si algo bueno tuvo que me viniera la regla en el viaje, fue que desdramaticé el hecho de, de nuevo, no estar embarazada. Vale, significaba que había pasado otro mes en el que no lo habíamos logrado, pero también que podía beber lo que me diera la gana y eso, amigos, es mucho decir en un hotel con todo incluido. El día antes de volver, mi hermano, Gonzalo y yo nos bebimos todo lo que no habíamos bebido los días anteriores. Ellos lo llevaron un poco mejor, pero yo cogí tal tajada que me tuvo que llevar Alicia a mi habitación. Era la única que no había bebido nada. Al llegar, me tuvo que ayudar a quitarme la ropa y a mí, me dio por llorar.

— ¿Pero qué te pasa? —preguntó Alicia.

— *Gue* te quiero *musho*, tía —dije yo abrazándola.

— Bueno, tenemos momento “exaltación de la amistad”...

— *Gue* no, tía, coño, *gue* me alegro *musho* de que seas la mujer de mi hermano y *gue* te quiero, joder. — Yo también te quiero mucho, Ada. Pero acuéstate, que vas fina.

— ¿Y tú por *gué* no bebes? ¿No estarás preñada ya?

— Ada, duérmete, anda, mañana hablamos.

La vuelta a casa fue horrorosa. El vuelo salió con tres horas de retraso por culpa de una tormenta; tres horas en las que nos tuvieron encerrados en el avión y en las que yo creía que me iba a morir. Tengo fobia a los aviones, es así. No llego a tener pánico a volar, pero sí se me seca la garganta y me sudan las manos cuando el avión despegar y cuando aterriza. Bueno, vale, la noche

antes de volar no puedo dormir, me pongo un poco tremenda pensando que el avión se va a estrellar y todo ese rollo... Vamos, que he llegado a visualizar cómo serían mis últimos minutos de vida mientras el avión se precipita a *chorrocientos* mil kilómetros por hora. Igual un poco de la olla sí que estoy. El caso es que además de despegar con mucho retraso, tuvimos que atravesar una zona de turbulencias en la que estuve a punto de morir de nuevo. Iba con los ojos cerrados, sudando como un pollo y rezando, lo confieso. Con todo el cachondeo del mundo, el cabrón de mi hermano me cogió la mano y me soltó:

— Ada, el avión no puede parar, pero al fondo del pasillo tienes un baño por si te cagas de nuevo.

Yo es que lo hubiera asesinado en aquel momento, pero preferí esperar a ver si estaba de Dios que nos matásemos y me ahorra hacerlo con mis propias manos. No nos matamos, aunque un rato después casi lo lamenté. Desde la parte trasera del avión se empezaron a escuchar unos gritos. Uno de los pasajeros, un chico de unos treinta y cinco años estaba montando lo más grande porque otra pasajera, una chica que no llegaría a los veinticinco, americana por las pintas, le había vomitado encima. La muchacha, por lo que pudimos deducir, llevaba bebiendo desde que despegamos; el chico ya le había dicho varias veces que se cortase, que iba a acabar malamente, pero no le hizo ni caso. Total, que el vodevil acabó con la muchacha echándole la pota por encima, el zagal gritando, la señora de delante vomitando por el olor, dos niños llorando del susto y las azafatas corriendo de un lado a otro del pasillo con toallas, rociando ambientador para que el resto del pasaje no se contagiase y con Alicia teniendo arcadas el resto del viaje. Una fantasía. No diré más que, cuando llegamos a la pista de aterrizaje de Barajas, estuve a punto de besar el suelo, tal y como hacía Juan Pablo II. Lo que entonces aún no sabía era que las verdaderas turbulencias y las tormentas más violentas me esperaban en casa, a la vuelta de aquel viaje.

Capítulo 39

Hecatombe

Cuando mi hermana me llamó a las ocho de la mañana para preguntarme qué tal el viaje, intuí que algo más había. No sé si fue por su tono de voz, porque notaba que, aunque yo le estaba hablando, ella no me escuchaba o porque me daba la impresión de que estaba deseando contarme algo. Por eso, cuando le terminé de relatar mi odisea cagando por las carreteras de Jamaica y el vuelo de los horrores, le propuse quedar a tomar algo.

— Vale, ¿desayunamos? —se apresuró a decir—. Dejo a los niños en el cole y nos vemos en la cafetería de Ikea a las nueve y media, ¿vale? ¡Hasta ahora!

Iba decirle que estaba rota, que habíamos llegado a las once de la noche a casa después de más de doce horas de viaje, que tenía un jet lag acojonante y que solo quería morirme y resucitar al tercer día, pero la tía me colgó el teléfono antes de que pudiera decir ni una palabra. Pensé en darme la vuelta y seguir durmiendo, pero la certeza de que Allegra me mataría si la dejaba plantada hizo que me levantara y me arrastrara a la ducha. Bueno, eso y que no comía desde hacía casi veinticuatro horas y me moría de hambre. Visualicé las tortitas con nata y caramelo y el zumo de naranja natural que solía tomarme cada vez que íbamos a Ikea, lo cual me dio fuerzas para abandonar mi camita, tan mullidita, tan calentita, con mi maridito dentro durmiendo como un tronco... No, Ada, no, ve a ver qué coño le pasa a Allegra. Sé una buena hermana.

Llegué a Ikea de milagro. En serio, yo no era un ser humano en ese momento. Era algo que se le parecía, pero no se me podía considerar un ser humano propiamente dicho. Allegra ya estaba allí cuando llegué y me había pedido las tortitas y el zumo. Punto para Allegra. La cara, eso sí, la tenía transfigurada, casi peor que la mía, que ya era decir.

— Hola nena, ¿qué tal? —dijo Allegra mientras se levantaba a darme dos besos—. Estás negra, asquerosa.

— Sí, la verdad que he cogido color. Bueno, dime, qué coño te pasa.

— ¿A mí? A mí qué me va a pasar, no me pasa nada, nada, nada en absoluto.

— Allegra... que nos conocemos.

— Bueno, sí que me pasa. Lo de la otra vez.

— ¿El qué? —sabía perfectamente lo que era, pero quería oírsele decir, era mi venganza por hacerme salir de casa en aquellas condiciones infrahumanas.

— Lo del papá de Emma, que ha vuelto a pasar.

— Vamos, que te has vuelto a follar a... ¿cómo se llamaba? ¿Cristian?

— Cristóbal.

— Ah, eso, Cristóbal. Fantástico, hermana, en serio. De puta madre.

Allegra se mosqueó conmigo porque en el fondo lo que estaba buscando era que yo la apoyase, que le dijera que no pasaba nada, que todo estaba bien y que son cosas que pasan. Pero no era eso lo que yo pensaba, así que no estaba dispuesta a quitarle importancia al hecho de que estuviese engañando a su marido y padre de sus hijos, porque no creía que le hiciera ningún favor. Le di mi opinión sincera, que no era otra que tenía que asumir que lo suyo con Andrés no funcionaba y que, probablemente, no iba a funcionar nunca más. Ella misma había dicho el verano pasado que, quitando el tema de los niños, no tenían otra cosa de la que hablar, ni siquiera en París, la ciudad de amor. Pero Allegra seguía emperrada en que cómo iba a hacerle eso a sus hijos, que cómo iba a hacerles pasar por una separación y todo lo que conlleva. Lloraba a mares.

— Allegra, ¿y tú en serio crees que es mejor que vean cómo el matrimonio de sus padres se va a la mierda lentamente?

— Ada, tía, pero es que yo me muero de pena de pensar en contárselo a Andrés, en que visite a los niños cada quince días... Uf, calla, no puedo, no puedo —dijo tapándose la cara con las manos.

— Bueno, pero es que no le tienes que contar que te estás follando a otro. Es más, no se lo cuentes. Y los niños... si os separáis civilizadamente podéis tener un régimen de custodia compartida, incluso los niños pueden quedarse en casa y ser vosotros los que os vayáis

turnando.

— ¡Qué horror, por Dios! —interrumpió Allegra.

— Pues ya, agradable no es y fácil, tampoco, pero no te quedan muchas más opciones.

Mi hermana empezó a llorar desconsoladamente. Asentía con la cabeza y murmuraba “tienes razón”. Me pidió ayuda para decírselo a mi madre. Mi padre era más comprensivo y, sobre todo, menos cerrado de mente, pero mi madre... eso era otro tema. Probablemente pondría el grito en el cielo, diría que esto es el fin del mundo y montaría una tragedia griega. Que una hija se divorciase iba a ser para ella, si no el fin del mundo, al menos una clara señal de que este se acercaba. Lo que más le preocupaba a Allegra, sin embargo, era cómo se lo iba a tomar Andrés. Ella sentía algo por él, algo bonito, pero no parecía ser amor. Podría ser cariño, amistad, incluso gratitud por los años que habían pasado juntos y por los dos hijos que le había dado; desgraciadamente, eso no es suficiente para que un matrimonio siga funcionando. Siempre he pensado que nuestro problema, el de las mujeres heterosexuales en general, es que nos hemos creído el cuento del príncipe azul único e insustituible. Te enamoras a los veinte años, a los veinticinco, incluso a los treinta y ya está, lo has encontrado, ya lo tienes todo hecho. Pero la persona que eres a los veinte años, poco se parece a la persona que eres a los treinta, mucho menos a los cuarenta y en nada a la de los cincuenta. Por supuesto, no hablo de físico, sino de la evolución como persona, el cambio constante al que todos estamos sometidos continuamente. ¿Es lógico pensar que dos personas que se enamoraron a los veinte años van a evolucionar de igual manera? Personalmente, no creo que sea así. En mi caso, por ejemplo, aquello que me enamoró de Gonzalo a los dieciséis no tiene nada que ver con lo que me enamora a día de hoy. Tengo la suerte de que sigo encontrando motivos para quererle cada día, pero entiendo que no a todo el mundo le tiene que pasar igual y soy de las que cree que es más honesto decirle a tu pareja que ya no sientes lo mismo por ella, que dejarte llevar por la corriente y vivir de manera anodina. Allegra estuvo de acuerdo conmigo en esto último. Ellos eran muy jóvenes aún y tenían toda una vida por delante para ser felices.

— De hecho, a vuestra edad hay gente que ni siquiera tiene su primera pareja estable — apostillé.

— Ya, tienes razón... Treinta y cinco años no es nada.

- Bueno, tienes treinta y seis, pero sí, no es nada...
- Capulla... — dijo Allegra sonriendo.

Cuando dejé a Allegra, me fui para la oficina. Habíamos quedado en no ir hasta la tarde, pero total, ya estaba despierta y sabiendo la tormenta familiar que se nos venía encima, poco iba a poder dormir. Encendí mi *notebook* y empecé a contestar mails, teníamos varios para celebraciones pequeñas, cumpleaños infantiles y cosas así. Me apetecía coger trabajos de ese estilo, de los que no te chupan la vida. Estaba muy bien que Two Little Monkeys & Co. se hubiera convertido en un referente en la organización de eventos, pero este tipo de trabajos sin tanta complicación eran como un oasis en medio de la vorágine. Sin querer, abrí un correo de los de la bandeja de “no deseado” y, de pronto, el ordenador dejó de funcionar. Se quedó como muerto. Apareció una alerta, pero no había manera de cerrarla. Toda la pantalla se llenó de ventanas de alertas, me iba a dar algo. Se abrían y cerraban tan rápido que no me daba tiempo ni a ver lo que ponía. Yo pulsaba el ratón, las teclas, nada funcionaba. De repente, sin que yo hiciera nada, el ordenador se reinició. Volví a entrar a las carpetas de documentos, todo estaba en orden, no se había borrado ninguna, aparentemente. Internet también funcionaba bien, así que seguí trabajando un poco. A las doce y pico me llamó Gonzalo:

- ¿Dónde andas? — aún tenía voz de sueño.
- Uf, luego te cuento, estoy en la ofi, pero ya llevo horas funcionando. ¿Te acabas de despertar?
- Hace diez minutos. ¿Te recojo y te invito a comer? Me muero de hambre.
- Vale, amor.
- Dame media hora. Te quiero.

Mientras comíamos en nuestro restaurante japonés favorito, le conté a Gonzalo lo de mi hermana. Bueno, solo lo de la separación, el asunto del amante me lo callé, no era relevante para el caso. Le hice jurar y perjurar que no diría nada, ni siquiera a mi hermano. Gonzalo no se lo podía creer.

- Pero entonces, ¿de verdad le va a pedir el divorcio a Andrés?
- Eso parece... Cuando se fueron a París ella ya andaba mal, de hecho, el viaje fue un intento de arreglar la situación, pero qué va... Es muy triste, dice que quitando el tema de los niños, no sabe de qué hablar

con él.

— Joder...

— ¡Pero si me contó que hasta se inventaba cosas que le habían pasado con los niños para tener tema de conversación!

— No jodas... No sé, a mí Andrés me parece un tío majo, íntegro.

— Ya, si nadie dice lo contrario, pero hay mucha gente maja en el mundo y no te vas casando con todos, ¿no?

— En fin... verás tu madre. Le va a dar algo.

Mi madre. Mi madre se enteró de la separación de mi hermana una semana después de aquella conversación en Ikea. Allegra habló con Andrés ese mismo día y, sorprendentemente – o no –, Andrés pensaba igual. Lloraron un poco, hubo momentos de drama, pero estuvieron de acuerdo en que su matrimonio estaba en un punto muerto en el que no tenía sentido seguir forzando la situación. Convinieron que lo mejor era que los niños se quedasen en casa y que ellos fueran turnándose; de esa manera, quizá fuera menos traumático para Jimena y Toni. El trauma se quedó enterito para mi madre. Quedamos una tarde en casa, mi madre, mi padre, George, al que se lo había dicho unos días antes, Allegra y yo. Ya lo he dicho otras veces, pero es que, jurado por mis futuros hijos, Almodóvar no sabe lo que se está perdiendo por no venir a mi casa a escribir un guion. Se forra.

— Mamá, papá, Andrés y yo hemos decidido separarnos. Es todo de mutuo acuerdo y no hay malos rollos —menos mal que no dijo lo de terceras personas, porque me hubiera dado la risa seguro. Soy así de gilipollas.

— Hija, yo... lo siento mucho —dijo papá.

— ¿Mamá? —susurró Allegra a mi madre, que miraba fijamente un cuadro de la pared.

— Mamá, di algo... —intervine yo.

— *All is said and done, isn't it?* —musitó mi madre.

— ¿Eso no es una canción de ABBA? —preguntó mi hermano, que a veces es imbécil.

— Cállate, anda... —dije yo por lo bajini.

— No, es cierto, es una canción de ABBA. Pero también es la verdad. Es política de hechos consumados, nadie me ha preguntado, nadie me ha pedido consejo, ¡nadie ha tenido en cuenta mi opinión! —exclamó

mi madre poniéndose de pie y cogiendo un cigarrillo.

— ¿Pero qué opinión, mamá? ¡Es mi vida y bastante me cuesta dar este paso como para que encima, la ofendida y la víctima seas tú! —gritó mi hermana.

— Bueno, vamos a calmarnos, todos —mi padre trató de poner paz.

— Siempre habéis hecho lo que os ha dado la gana, siempre. Y nunca me he metido, pero en algo así, Allegra, qué menos que pedir consejo a tu madre, ¡qué menos!

— Hablé con Ada...

— *For heaven's sake!* Con Ada, ni más, ni menos...

— ¡Qué coño pasa conmigo? —grité, ofendida.

— Cariño, eres estupenda, pero como consejera sentimental no creo que seas la más apropiada... —sentenció mi madre.

— ¡Pues me dio unos consejos de puta madre! —gritó mi hermana.

— ¡Bueno, ya está bien! —chilló mi padre, dejándonos a todos clavados en el suelo—. Susan, la niña ha decidido separarse porque tiene treinta y cinco años y es adulta.

— En realidad son treinta y seis —intervine, ganándome las miradas asesinas de todos.

— Los que sean —dijo mi padre—. Ella ha tomado su decisión y no hay más que hablar. Sus padres, o sea, tú y yo, lo único que tenemos que hacer es darle nuestro apoyo y nuestro cariño.

— Gracias, papá —dijo Allegra, abrazándose a mi padre.

— *Ok, right.* Ya veo que soy un cero a la izquierda —se lamentó mi madre.

— Por favor, Susan...

Nadie dijo nada más. Mi madre se metió a su habitación y mi padre nos preguntó si nos quedábamos a cenar, pero todos teníamos cosas que hacer. Nos despedimos en el portal con apenas un par de besos, casi sin decir palabra y yo me marché de allí con una sensación de malestar; me fastidiaba que mi madre hubiera dicho que no era la persona apropiada para dar consejos sentimentales, cuando yo era la única que sabía toda la verdad sobre la situación en la que estaba Allegra. Me sentía como si estuviese ocultando información al resto de mi familia, como si los estuviese engañando. Inocente de mí, no sabía que mi madre no era la única de la familia a la que no se lo contaban todo.

Capítulo 40

Secretos y mentiras

La primavera fue abriéndose paso lentamente, como perezosa. No sé si conocéis Murcia en primavera, pero aun a riesgo de parecer cursi, os diré que es lo más parecido al paraíso en la Tierra. Murcia en primavera huele, sabe, suena y se siente. Huele a azahar, constantemente, en todas partes. Vas andando por la calle y desde cualquier lado, de repente llega una ráfaga de perfume de azahar que lo impregna todo. Sabe a pasteles de carne, a zarangollo, a paparajotes, a café de puchero con anís, a marinera y a Estrella de Levante. Suena, suena mucho, a tambores de Semana Santa, con ese repiquetear que solo se oye en las procesiones murcianas y a esas trompetas desafinadas que, contrariamente a lo que pueda parecer, resultan tan hipnóticas. Y se siente, vamos que si se siente. Se siente en el aire cálido que se abre paso entre el helor que aún perdura, en el sol que calienta, pero no pica, en la alegría y la pasión que inunda sus calles, primero en Semana Santa, luego en Fiestas de Primavera y se siente en las sonrisas de los niños cuando reciben los caramelos de los nazarenos en las procesiones. Murcia es maravillosa siempre, pero en primavera, es la felicidad.

Uno de esos hermosos días de primavera, concretamente el de Miércoles Santo, habíamos quedado con mi hermano y con Alicia para tomar algo y ver la procesión de *los coloraos*, una de las más típicas de Murcia. El plan era conseguir una mesa en la Plaza de las Flores y cenar mientras veíamos la procesión, nada del otro mundo, ni más ni menos que lo llevábamos haciendo de una manera u otra toda la vida. Pero esta vez era distinto, sin duda alguna.

— Ada, Alicia y yo tenemos que decirte una cosa —dijo mi hermano, una vez que hubimos pedido la primera ronda de marineras y cañas.

— ¿Qué pasa? —si es otro divorcio, me voy a vivir a Helsinki, lo juro.

— Verás, es que... estoy... embarazada —musitó Alicia.

— Enhorabuena, de verdad —me alegraba, pero no podía evitar sentir una punzada enorme en el corazón—. ¿De cuánto estás?

— De ocho semanas, dos meses casi —dijo mi hermano.

— ¿Entonces...? — calculé, por encima, que si estábamos en abril, cuando nos fuimos a Jamaica Alicia ya debía saber que estaba embarazada.

— Verás, Ada —intervino mi hermano— papá y mamá ya lo saben desde hace un mes, Allegra también. No te hemos querido decir nada antes por si te sentaba mal...

— ¿A mí por qué me va a sentar mal que tu mujer se quede embarazada?

— Bueno, a ver, no me he expresado bien, quiero decir por si te daba tristeza o no sé...

— Vamos a ver una cosa. Que os quede claro, yo estoy feliz por vosotros, muy feliz. No me tratéis como si fuera una loca, porque no lo soy, ¿vale?

— Ada, cariño, nadie te trata como una loca, pero pensaron que era mejor esperar un poco, a ver si mientras tanto nosotros... —empezó a decir Gonzalo.

— Ah, que tú también lo sabías. De puta madre.

— Ada, por favor —dijo Gonzalo.

— No, no, si es de coña. Vamos a callarnos todos a ver si la inútil de Ada se queda preñada y no se lleva el disgusto, pero como no es el caso y sigo sin poder tener un hijo... —rompí a llorar.

Me disculpé y me levanté de la mesa. Por suerte, estábamos bastante cerca de casa y podía ir andando. La gente que se agolpaba para ver la procesión me hizo ir más lenta de lo que yo hubiera querido, por lo que a Gonzalo le fue muy fácil darme alcance pronto.

— Ada, por Dios, no te pongas así —me pidió.

— Yo me alegro mucho por ellos, ¿sabes? Pero no entiendo por qué yo no me quedo embarazada. ¿Y si en el legrado tocaron algo que no tenían que tocar? ¿Y si no puedo tener hijos nunca, Gonzalo?

— Ada, no digas chorradas. Todo está bien, no hay ningún problema, seguro.

— ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso tienes poderes de médico y lo sabes todo?

— Pues lo sé porque el ginecólogo que te vio dijo que todo estaba perfecto. Ahora, si tú te quedas más tranquila, mañana mismo nos vamos a ver otro ginecólogo y que te lo diga él.

— Mañana es fiesta. Y pasado también.

— Pues la semana que viene. Te prometo que para después de vacaciones cogemos cita y le pedimos que nos haga todas las pruebas necesarias.

— ¿Me lo juras?

— Te lo juro.

Gonzalo me convenció para volver donde estaban mi hermano y Alicia y pedirles disculpas. Así lo hice. La verdad es que me sentí algo mejor después de eso... ellos no tenían culpa ninguna y también llevaban lo suyo pasado, como para encima tener que cargar con mis problemas. También es cierto que la promesa de Gonzalo de consultar con el ginecólogo me animó bastante. A ver, realmente no llevaba más de cinco o seis meses queriendo quedarme embarazada, objetivamente no era demasiado tiempo, pero para mí era una eternidad. Sin embargo, lo que más me inquietaba era la sensación de *no estar haciendo nada*. Entendedme, hacer, hacíamos, pero a lo que yo me refiero es que subconscientemente, tenía la impresión de que estábamos dejando pasar el tiempo sin tomar unas medidas que, quizá, necesitaríamos más adelante. Era como si estuviésemos perdiendo unos meses valiosísimos. Por eso, que Gonzalo me dijera que íbamos a consultar con un médico, para mí era como decir “*ey, estamos tomando las riendas, vamos a buscar soluciones*”.

Mientras que terminábamos de ver la procesión, uno de los nazarenos se me acercó y me dio un chupete de caramelo. Sí, no lo flipéis, en Murcia los nazarenos dan caramelos, monas, huevos, bolsitas de chuches y chupetes y nazarenos de caramelo. Y no es nada sacrílego, ni pagano, son nuestras costumbres. El caso es que yo no pude sino ver en aquel nazareno acercándose a mí, precisa y directamente, y entregándome ese chupete, una inequívoca señal de que las cosas iban a salir bien. Algunos vemos señales en todo, ¿qué pasa? Después nos fuimos a tomar una copa, pero estaba todo tan lleno y tan agobiante que nos despedimos y nos fuimos a casa. Mientras nos cambiábamos en la habitación, le pregunté a Gonzalo algo que llevaba rondándome la cabeza

los últimos meses.

— Gonzalo, si yo no pudiera tener hijos, ¿te separarías de mí?

— ¿Eres tonta o qué?

— No, pero dime. ¿Te separarías de mí?

— Pues no. Primero porque yo te quiero a ti por lo que eres, no por lo que puedas llegar a ser. Quiero estar contigo y, llegado el caso, tener hijos.

— ¿Y si no puedo?

— Ada, a ver si me explico. No te quiero *para* tener hijos. Te quiero porque sí, ¿queda claro?

— Sí, pero...

— Pero nada. Anda, ven aquí.

Gonzalo me cogió entre sus brazos. Me besó en la boca, luego empezó a bajar por el cuello. Nos quitamos la ropa casi a tirones y bueno... digamos que hicimos cosas en la cama que hacía mucho tiempo que no hacíamos, más que nada porque así no se podía “fabricar” un bebé, no sé si me explico. Por primera vez en bastantes meses, follamos de verdad. Echamos lo que se dice un señor polvo, sin preocuparme de si mi cadera estaba levantada para que el semen no se saliera o de si mi orgasmo coincidía con el momento en el que él eyaculaba, para que las contracciones ayudasen a los espermatozoides a llegar más lejos. Por primera vez en meses, lo único que me preocupaba dentro de aquella cama era follarme a mi marido como si lo fueran a prohibir.

Al día siguiente habíamos quedado para ir a La Manga a comernos un caldero. Hacía la tira que no nos juntábamos todos: Alicia y mi hermano, Virginia y Miguel, Allegra... Mi hermana no quería venir. Se encontraba rara sin los niños, que estaban con su padre. Además, ella no pintaba nada ahí, según había dicho.

— Son tus amigas, Ada, ¿yo que pinto?

— Bueno, mis amigas, tu hermano, tu cuñada... Hay bastante endogamia en este grupo, hermana. Venga, no te quedes en casa, que hace un día precioso.

— Que no, Ada, que prefiero estar sola, en serio. Así aprovecho y pongo orden en este zulo...

Mi hermana se había alquilado un apartamento que era la mínima expresión de lo que se suponía que debía ser una casa. Una habitación, un baño en el que casi podías lavarte los dientes mientras meabas y un salón-cocina-lavadero que no era mucho más grande que el resto de la casa. Andrés y ella tenían la custodia compartida, una semana cada uno, y según mi hermana, no necesitaba nada más grande, ni más caro. No hubo manera de convencerla, aunque le prometí que yo misma le ayudaría a ordenar el apartamento cuando volviésemos. Tampoco quiso que me pasara por allí un rato a charlar y yo no quise insistir más, porque yo también tengo mis momentos de querer estar sola, así que no le di mayor importancia.

La verdad que aquel día en la playa, con mis amigas de toda la vida, riéndonos, haciendo carantoñas a la niña de Virginia, que estaba para comérsela, y disfrutando de mi marido, del sol y de la amistad, me hizo reconciliarme un poco con la vida. Bueno, eso y que todavía me temblaban las piernas del polvo de la noche anterior, las cosas como son. Tenía tal obsesión por quedarme embarazada que el sexo había dejado de ser algo placentero, divertido, relajante... Se había convertido en “deberes”, como le llamaban en muchos foros de los que solía frecuentar – cada vez menos, es cierto – lo que me chocaba mucho al principio, pero a lo que ahora le encontraba todo el sentido del mundo. Tener sexo para mí era, en los últimos meses, una obligación. Un trámite por el que había que pasar para poder quedarme embarazada, algo así como cuando vas a la peluquería para cortarte el pelo o hacerte las mechas, que no es que sea un sacrificio, ni mucho menos, pero nadie va a la pelu porque le guste ir a la pelu, vas para ponerte guapa, ¿no? Pues para mí, acostarme con mi marido era algo parecido, lo pasaba bien – casi siempre –, era placentero – a veces – pero el motivo por el que lo hacía no era disfrutar, sino quedarme embarazada. Sin embargo, la noche anterior me había dado igual, en serio. Solo quería pasarlo bien y disfrutar. Y fue genial.

Ya habíamos terminado de comer y estábamos con el café cuando la bebé de Virginia empezó a llorar. Sin apenas inmutarse, Virginia la sacó del carrito, se levantó la camiseta y le enchufó la teta en la boca. Yo no sabía dónde mirar, porque por un lado, me parecía muy tierna esa imagen, pero por otro, me daba cierto pudor. Yo creo que se dio cuenta, porque me miró y dijo:

— Al principio me moría de vergüenza... ¡Yo, sacándome una teta en

cualquier lado!

— Bueno, a ver, tampoco sería la primera vez que enseñas las tetas en público —dijo Alicia, refiriéndose a la vez que Virginia, subida en la barra de un bar, se levantó la camiseta por una apuesta que habíamos hecho y que ganó.

— Ya bueno, me refiero sin ir pedo —contestó Virginia riéndose.

— ¿No se te hace raro? —pregunté yo, con verdadero interés.

— Pues verás, cuando las opciones son encerrarte en un baño a dar de comer a tu hija o hacerlo con naturalidad, como si le estuviera dando un biberón... No sé, el que se moleste, que se lo haga mirar.

— No, no, si yo no digo nada, ni mucho menos.

— Bueno, vamos a ver, cambiando de tema. ¿Os habéis enterado? —susurró Virginia.

— ¿De qué? —dijimos Alicia y yo al unísono.

— Tías, de lo de Rafa.

— ¿Qué es lo de Rafa? —estaba visto que este tío no iba a desaparecer de mi vida jamás.

— Tía, desde que soy madre me he convertido en una maruja y no paro de ver Sálvame, Cazamariposas y toda esa mierda. Es hipnótica, en serio. Atención al bombazo.

Mientras que Virginia hablaba, a mí se me iba viniendo el mundo encima. Resulta que, según contaban en no sé qué programa de esos que veía Virginia, unos periodistas habían conseguido, de manera no muy legal, ni lícita, unas fotos de Rafa en las que se le veía en actitudes muy comprometidas y muy poco decorosas. Unas fotos que se suponía que se habían quitado de la circulación semanas antes de la boda, pero que, de algún modo, quizá *hackeando* un ordenador, volvían a estar en el mercado. Unas fotos que no debían existir, pero que estaban dando vueltas por las redacciones más amarillistas de media España.

Oh, *megde*.

Capítulo 41

Vergüenza propia

Lo que voy a contar a continuación es algo de lo que no me siento particularmente orgullosa, pero es lo que hay. Así sucedió y así lo tengo que contar. Volvamos al momento en el que el mundo se detuvo, en el que la tierra se abrió bajo mis pies. Volvamos al momento en el que Virginia nos contaba que las fotos de Rafa estaban pululando por las redacciones de los programas más sórdidos de la televisión mundial. Bueno, vale, igual estoy exagerando. Pero el caso es que las fotos de Rafa por las que *la heredera* había pagado diez mil euros y que se suponía, habían desaparecido del mapa, estaban ahora en manos de alguien que amenazaba con hacerlas públicas. Por lo que contó Virginia, en un programa de televisión habían dicho que el contenido de las fotos dejaba en muy mal lugar a Rafa, que se le veía en actitudes muy comprometidas y consumiendo *sustancias*. Sin embargo, no podían mostrarlas aún porque su origen era algo turbio y necesitaban tenerlo todo bien atado con los abogados. Hasta aquí todo correcto.

El tema era que yo estaba convencida de que el origen turbio de las imágenes no era otro que la carpeta *Confidencial* de mi ordenador. Vamos, es que estaba claro. Atando cabos, el día que el *notebook* se me volvió loco, tuvo que entrar un virus o algo por el estilo. Es virus tuvo que copiar mis fotos, bueno, las fotos de Rafa, y enviarlas a la persona que las tenía ahora. Pero, ¿cómo pudieron saber que yo tenía esas fotos? Sin duda tuvo que ser el *paparazzi* con cara de bonachón, que en realidad era un cabrón con pintas, el que me había delatado. Aunque bueno, él tampoco sabía que yo había hecho una copia de las fotos, así que todo lo que tenía era una retahíla de suposiciones y teorías que no ponían nada en claro. Lo único que sabía seguro es que las mismas fotos que los colaboradores de cierto programa amenazaban con publicar, estaban en mi ordenador, porque seguramente las habían sacado de ahí. Ay, Dios.

Que las publicasen o no era algo totalmente secundario y que me traía al

fresco. Lo que a mí me estaba quitando la vida era que pudieran seguir el rastro de las fotos hasta mi ordenador y que todo el mundo se enterase de que yo tenía una copia. Primero porque no sabía hasta qué punto era ilegal lo que yo había hecho y, segundo, porque me daba una vergüenza horrible. Era prioritario deshacerme de aquellas fotos, sin dejar ningún rastro. El lunes, cuando Gonzalo se fue a trabajar, abrí el *notebook* e hice una copia de todos los archivos que había en él, excepto de, lógicamente, la carpeta “*Confidencial*”. Después, borré las fotos y las eliminé también de la papelera de reciclaje. Me acordé de que en las noticias había oído que los expertos de la policía en delitos informáticos pueden rastrear archivos aunque estén eliminados, así que tomé la determinación de eliminar todas las pruebas. Apagué el *notebook* y cogí un martillo. Sí, un martillo. Le pegué tal zambombazo al teclado, que la G casi me saca un ojo. Con la ayuda de unos guantes, para no hacerme daño y para no dejar huellas, terminé de partir el teclado y lo abrí en canal. Empecé a descuajeringar todas las piezas que llevaba por dentro, e hice varios montones, con la precaución de no poner piezas que pudieran unirse, juntas. Después, volví a emprenderla a martillazos con las piezas, hasta que quedó una amalgama de plástico y metal difícilmente reconocible. Aun así, fui al lavadero, cogí un barreño, lo llené con aguafuerte y fui metiendo los montones de piezas dentro, uno por uno. Los dejaba un rato y cuando los sacaba, los iba metiendo en bolsas, a las que hacía un nudo. Seis bolsas usé. Me duché, me vestí y metí las seis bolsitas de piezas en el bolso más grande que tenía. Menudo pestazo a aguafuerte. Bajé a la calle y eché a andar, tirando cada una de las bolsitas a un contenedor de basuras distinto, lo más separados entre sí que pude. Cuando volví a casa, me senté en el sofá y me dio la risa floja. No podía parar de reírme, en serio, me sentía una mezcla surrealista entre Walter White, el de *Breaking bad*, Jack el Destripador y el tipo que destruyó los discos duros del PP. El tema de las fotos estaba solucionado, pero ahora se me presentaba otro problema, me había quedado sin ordenador para trabajar, así que me fui y compré otro igual que el que tenía; pensé que era lo mejor para no despertar sospechas. Doscientos cuarenta y cinco euros me costó la broma. Como me estaba convirtiendo en toda una delincuente experimentada, pensé que lo mejor era pagar en efectivo, porque si pagaba con tarjeta, quedaría registro de que había comprado uno nuevo. Cuando te paseas por el lado oscuro de la ley, tienes que tener en cuenta estos pequeños detalles.

Con mi ordenador nuevo, puse rumbo a la oficina. Alicia no estaba, esa semana eran las fiestas de Murcia y teníamos poco trabajo, así que era el momento perfecto para dejar el *notebook* en el despacho, como el que no quiere la cosa, y fingir que llevaba allí desde antes de Semana Santa. Tenía que copiar antes los archivos que había en el ordenador destruido, para que todo cuadrara. Mientras se copiaban abrí el correo corporativo – no lo hacía desde el día que el supuesto virus desató esta debacle – y vi un correo de Natalia.

De: natadegea@grupogea.es

Para: hola@twolittlemonkeysco.es

Asunto: Organización boda

Hola, Ada. Necesito hablar contigo cuanto antes de unos asuntos relacionados con la boda. Imagino que sabes a lo que me refiero. Llámame.

A ver, Ada, tranquila. Tú no tienes nada que ver con esto. Repite: tú no tienes nada que ver con esto. Si preguntan, tú dices que no tienes ni idea, que no sabes de qué te están hablando. Tú entregaste la tarjeta de memoria y no sabes nada más. Respira hondo. Y no la cagues. Ay, que la voy a cagar. No, no, venga, tranquila, tú no sabes nada. Venga, llámala.

— Natalia, guapa, acabo de ver tu correo, dime —madre mía, si es que no se puede ser más falsa.

— ¿Podemos quedar para tomar un café? —contestó ella.

— ¿Ahora? Estoy en la oficina, pero pásate si...

— Voy para allá.

No se despidió. Colgó sin decir ni hasta luego. Apenas diez minutos después sonó el timbre. Fui a abrir la puerta y Natalia, que tenía la cara como de no haber dormido en una semana, entró sin saludar. Se sentó en la mesa, encendió un cigarrillo y soltó a bocajarro:

— ¿Tú has vendido las fotos?

— ¡Pero qué dices! —técnicamente, no estaba mintiendo.

— En *Sálvame* tienen las fotos. No las sacan porque mis abogados han interpuesto una demanda por intromisión en el honor o algo por el

estilo, pero las están cebando ya dos semanas. Luis Belmonte, el *paparazzi* que las hizo, jura y perjura que no hizo más copias y que la única que había te la dio a ti.

— Y yo, te la di a ti —de repente se me encendió una bombilla—. ¿Y si en realidad no hay fotos? ¿Y si es todo una bola y lo único que tienen es una descripción de lo que había en las fotos?

— Desarrolla eso.

— A ver, en el programa este solo han comentado que si se veía a Rafa haciendo tal o cual, ¿no?

— Efectivamente.

— Pues a mí Luis me describió algunas de las fotos, ¿por qué no va a haber hecho lo mismo con los de este programa?

Estuvimos un rato dándole vueltas a esa teoría y Natalia acabó comprándomela. Probablemente no tuvieran más que humo y, con toda seguridad, en unos días pasarían a otro *bombazo* informativo. Antes de irse, no pude evitar darle un consejo.

— Natalia, mira, es posible que un par de días todo esto se olvide, pero Rafa... bueno, si se convierte en un personaje del corazón, puede ser una mina. Escándalos no van a faltar, seguro.

— No tienes ni puta idea de lo que dices, no lo conoces. Rafa ha cambiado. Yo sé que contigo no se portó bien, pero ha madurado y ya no es así.

No quise discutir con ella, ni llevarle la contraria. Tampoco sabía qué versión de nuestra relación le habría contado Rafa, aunque estaba bastante segura de que no le habría hablado de episodios como cuando amenazó con dejarme si iba a la despedida de soltera de Virginia, o cuando tuve que ir a buscarle al hospital porque le habían roto una mano cuando intentaban robarle, según él, cobrar una deuda de drogas, según los demás. Si yo, en su momento, no hice caso de mi familia, de mis amigos y de todas las señales de alarma, ¿por qué iba Natalia a seguir los consejos de alguien a quien apenas conocía? Estaba claro que era perder el tiempo, así que hice lo que en aquel momento pensé que era lo mejor que podía hacer.

— Ojalá sea verdad, pero si en algún momento te sientes sola y necesitas hablar con alguien, un consejo o simplemente, desahogarte,

llámame.

Supongo que en estos tiempos de sororidad que vivimos, lo más correcto por mi parte hubiera sido contarle todos aquellos momentos en los que Rafa se comportó como un verdadero terrorista emocional, lo que en resumen serían, digamos, nuestros ocho años de relación. Pero no creí que sirviera para nada y, honestamente, tampoco me apetecía meterme en ese fregado. Creo que llega un momento en la vida en el que tienes que escoger tus batallas y, desde luego, las relaciones sentimentales de Rafa no era una de las que yo estaba dispuesta a librar.

Capítulo 42

Viejos conocidos

La visita a la consulta del ginecólogo fue un tanto agri dulce. No me dijo nada que yo no supiera ya; me volvió a explorar, me hizo una ecografía y concluyó no había ningún motivo físico por el que no pudiera quedarme embarazada, era cuestión de tiempo. También me dijo que no quitármelo de la cabeza solo dificultaba las cosas. Yo le hablé de los estimuladores de la ovulación, pero se negó en rotundo a recetarme ningún tratamiento. Según dijo, le parecía una irresponsabilidad arriesgarnos a un embarazo gemelar, con las complicaciones que conlleva, sin ningún motivo médico que lo justificase. Yo salí de la consulta con una sensación extraña. Por un lado, tenía la impresión de haber perdido el tiempo, porque yo en el fondo tenía la esperanza de irme de allí con un tratamiento. Pero por otra parte, me había vuelto a confirmar que no había motivos para pensar que existiese algún problema que dificultase el embarazo. Quedamos en volver a vernos en tres meses, si no era antes.

Cuando salimos de la consulta, Gonzalo se fue a trabajar y yo me fui para la oficina. Íbamos a contratar a alguien para los temas administrativos, el teléfono, el correo... Seleccionando los currículos que más nos interesaban, vi uno que me llamó la atención. Era el de Tere, una de mis compañeras de la empresa en la que trabajaba y de la que me echaron cuando esta se vio envuelta en el escándalo de los papeles de Panamá. La llamé y concertamos una entrevista para esa misma tarde, pero no había duda de que era la candidata perfecta. Tenía experiencia, confiaba en ella y era una trabajadora incansable. Aprovechando que tenía que llevar unos papeles al banco, pensé en pasar a ver a mi hermana y darle una sorpresa, pero la sorpresa, sin duda me la llevé yo.

Al llegar a su despacho, me dijeron que había salido a tomar algo, que probablemente estaría en la cafetería que había en la calle de al lado. Y efectivamente, así era, pero no estaba sola, sino con Andrés, su exmarido y mi

excuñado. Lo confieso, me quedé mirando por la cristalera, porque algo me decía que no estaban hablando de los niños o de la pensión de alimentos y, efectivamente, no me equivoqué. Pude ver claramente cómo mi cuñado se levantaba para ir a la barra y antes de ello, besaba a mi hermana. En la boca. Un morreo, con lengua, me atrevería a decir. De repente me subió un calor por el cuello, entre indignación y vergüenza, como aquella vez, a los diecisiete años, que salimos Virginia y yo solas y me volví a casa mucho antes de lo habitual porque Virginia se enrolló con un tuno, pillando a mis padres en pleno acto sexual. Creo que fue el momento más vergonzoso de mi vida. Pues me sentía más o menos igual, como si hubiera visto algo que no debía ver, así que salí pitando de allí, antes de ser descubierta. Es que no me lo podía creer, de verdad, no reconocía a mi hermana Allegra en aquella mujer que se morreaba con su exmarido en una cafetería a las doce del mediodía. Hombre, francamente lo que más me jorobaba es que no me hubiera contado nada, porque la actitud que tenían ambos no daba a entender que fuera un primer encuentro, esos dos llevaban tiempo ya viéndose, seguro.

Apenas habían pasado quince minutos cuando me sonó el móvil. Era Allegra.

— Oye, que me han dicho que has pasado a verme —canturreó, con una vocecilla inocente.

— Sí, pero no estabas y me he ido —a ver hasta dónde era capaz de mentir, la muy falsa.

— ¿Y por qué no has ido a buscarme a la cafetería donde desayuno siempre?

— Tenía prisa, no podía entretenerme. Además, tampoco sabía si estabas con algún cliente o algo —a ver si os creéis que yo no sé mentir.

— No, no, estaba sola. He desayunado yo sola —hace falta ser cínica.

— Bueno, pues nada, ya nos veremos —colgué sin decir ni adiós.

Es que hay que joderse, de verdad. No sabía qué me jorobaba más, si el hecho de que no me hubiese contado que volvía a verse con Andrés, o que me estuviera mintiendo en mi cara como una auténtica cretina. Terminé de hacer las gestiones para las que había salido y me volví a la oficina a seguir haciendo papeleo, facturas, presupuestos... cómo lo odio, señor. No podía

quitarme de la cabeza a mi hermana Allegra y lo que había visto en la cafetería. Joder, si no hacía ni tres meses que se habían separado, aún estaban tramitando el divorcio, o bueno, quizá ya no. No paraba de darle vueltas a qué había cambiado exactamente para, en tan poco tiempo, pasar del “no tengo nada en común con él, más que mis dos hijos”, al “me morreo con mi ex en una cafetería como si tuviera dieciocho años”. Como me conozco muy bien y sé que soy obsesiva por naturaleza, decidí llamar a Allegra y aclarar aquello, antes de que me montase más películas en mi cabeza. Que vale, que sí, que a mí qué me importa y todo eso, pero una cosa os digo, si tengo que llevar el peso sobre mi conciencia de saber que mi hermana le puso los cuernos a su marido y he sido capaz de permanecer en silencio durante meses, qué menos que hacerme partícipe de esto, ¿no? Aunque sea a la fuerza y de casualidad.

Quedamos a comer y en cuanto me senté, decidí no alargar su sufrimiento – ella se olía que yo sabía algo, fijo – y se lo solté de golpe.

— Vamos a ver, tía. ¿De qué vas? Te he visto esta mañana, con Andrés. Me parece súper fuerte, qué quieres que te diga...

— Ah, ¿y me dices que no has ido? Qué embustera, por favor —no, si al final la ofendida, era ella, tócate las narices.

— Mira, es que he flipado tanto, ¡tanto!, que no sabía ni qué decir. Explícame, porque no lo entiendo.

Suelen decir que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, pero en el caso de Allegra fue justo al contrario, no sabía lo que había perdido, hasta que lo tuvo de nuevo. Ella achacaba todos sus problemas con Andrés a la pérdida de interés, la rutina, la costumbre... Vivía en una especie de rueda de hámster en la que, hiciera lo que hiciera, siempre acababa en el mismo punto: trabajo, niños, colegio, lavadoras, la compra y contar los días que estaba sin echar un polvo con su marido, para ver si tocaba ya, o si podía posponerlo un par de días más. Pero al separarse, Allegra había vuelto a retomar alguna de las costumbres que tenía antes de casarse: dedicarse una tarde para ponerse mascarillas o hacerse la manicura, leer sin prisas, ver tranquilamente una serie... y descubrió que todo aquello la hacía muy feliz. Sin embargo, con el paso de los días, se dio cuenta de algo: echaba muchísimo de menos a Andrés. Tuvo que reconocerse a sí misma que uno de los mejores momentos de la semana, era cuando coincidían en su antigua casa para hacer el relevo con los

niños. Se descubrió nerviosa e impaciente por que llegasen las siete de la tarde del viernes y encontrarse de nuevo con Andrés. Uno de esos viernes, ella le propuso comer algo juntos y luego ir a recoger a los niños al cole. Sentados en aquel restaurante, hablaron de los niños, sí, pero también del trabajo, del proyecto de viaje por Estados Unidos que tenía Allegra para ese verano, de que Andrés, por fin, había empezado a escribir la novela que llevaba tanto tiempo fraguándose en su cabeza, hablaron de lo que esperaban del futuro... y mientras que hablaban, Allegra se dio cuenta de que quería a Andrés en ese futuro. Se dio cuenta de que recorrer la costa oeste de Estados Unidos en coche sería mucho más divertido si lo hacían juntos, de que quería que los encuentros de los viernes tuviesen lugar todos los días, se dio cuenta de que la culpa de su infelicidad en los últimos meses no era de Andrés, sino de ella misma.

— Ada, yo delegué mi felicidad en Andrés, en él y en mis hijos. Pensé que ellos debían hacerme feliz, cuando ser feliz es responsabilidad de uno mismo.

— Pero, ¿entonces? ¿aquello de que habías perdido las ganas?

— Me convencí de que no había nada que hacer. Tiré la toalla. Pensé que los años buenos ya habían pasado y que no me quedaba más que hacerme vieja, pagando las facturas y tratando de hacer de mis hijos personas de provecho.

— ¿Y ahora qué ha cambiado?

— Todo. Este tiempo sin Andrés me ha hecho ver que la culpa de que me sintiera infeliz, no era suya. Yo esperaba que él hiciera realidad lo que yo deseaba, como si yo misma no pudiera satisfacer mis deseos, por estúpidos o banales que fueran, y eso me frustraba. Por ejemplo, recuerdo que mi cumpleaños del año pasado fue una mierda, porque yo esperaba que Andrés me hiciera un regalo, y no lo hizo. Pues este año no me va a pasar eso, el mes que viene, el día de mi cumpleaños, me voy ir al Corte Inglés y me voy a comprar un bolso de Michael Kors que tengo fichado desde hace tres semanas.

— Eso me suena un poco materialista, ¿no?

— No es por el regalo en sí, es por las expectativas que depositas en los demás. Es convertirte en el sujeto activo de tu felicidad, y no en un ser pasivo, no sé si me explico.

— Sí, sé a lo que te refieres. Es el *nosotros en singular* — dije,

acordándome de las palabras de Gonzalo.

— ¿Nosotros en singular? No te entiendo.

— Cuando te dije que me iba a casar con Gonzalo, la primera vez, tú me dijiste que nunca había sido *yo*, que siempre había pertenecido a un *nosotros*, ¿te acuerdas?

— Más o menos, sí. No sé si fueron esas palabras, pero algo así.

— Pues eso es a lo que deberíamos aspirar cuando vivimos en pareja, a ser un *nosotros*, pero en singular. Que el *tú* y el *yo* no se confundan hasta desaparecer y desdibujarse en un borrón irreconocible.

— Pues eso es en lo que estamos, hermana.

Allegra me pidió que no dijera nada a nadie aún, que hasta que no estuvieran ambos seguros de lo que estaban haciendo, no quería que mi madre se enterase. Madre mía, mi madre. Le iba a dar algo, fijo, y no de la felicidad precisamente. Ya sé que suena raro, que lo lógico, teniendo en cuenta lo mal que se había tomado la separación de mi hermana, era que ahora pegase saltos de alegría, si al final no había tal separación. Pero eso es porque no conocéis a mi madre; para ella todo es blanco o negro. Si dices que te casas, te tienes casar, y no dejar la boda en suspenso y retomarla un año después, como hice yo con Gonzalo. Si te separas, te separas para siempre, aunque a ella le parezca el fin del mundo romper un matrimonio, si lo has hecho, ya no hay vuelta atrás. Vete tú a hablarle a mi madre de singulares, plurales, tomar las riendas de tu felicidad y todas esas cosas que, según ella, solo son chorradas que nos hacen complicarnos la vida aún más. Es mi madre y la quiero, pero a veces me pregunto si de verdad el cincuenta por ciento de mi carga genética se la debo a ella.

Capítulo 43

La cabra siempre tira al monte

Habían pasado ya varias semanas desde que me deshice de mi *notebook* y cada vez tenía más claro que había hecho la panoli. Ni habían sacado las fotos en televisión, ni se habían publicado en ninguna revista, ni se había vuelto a hacer más referencia a ellas en ninguna parte. Quizá mi teoría sobre que el *paparazzi* se había limitado a describir lo que había en las fotos, era cierta. O quizá las amenazas de los abogados de Natalia de demandar al programa si publicaban las imágenes, hubieran surtido efecto. En cualquier caso, era agua pasada. Por fin, después de muchos meses, Rafa era agua pasada. O casi.

Serían como las nueve y pico de la mañana cuando me encontraba sentada en mi despacho, tomando un café con Tere. Al final, la habíamos contratado para que se encargase de la facturación, los presupuestos, la contabilidad y todos esos temas. Estábamos charlando animadamente sobre lo que íbamos a hacer ese verano cuando Alicia entró como una exhalación y tiró una revista encima de la mesa.

— Mira y flipa, tía —no dijo ni buenos días.

Cogí la revista y allí, mirándome desde la portada, estaba él. Bueno, en realidad no me estaba mirando, porque tenía los ojos cerrados, la mano metida en los pantalones de una rubia y la lengua metida en su boca. Me quedé mirando a la rubia, me era tremendamente familiar. A lo mejor había salido en un Gran Hermano, o era la ex de alguno de los personajes con más bíceps que cerebro que pululaban por la televisión. Jolines, Virginia seguro que sabía quién era y por qué me sonaba la cara, tenía una base de datos de frikis en la cabeza. Pero el caso es que no... no sé, no se le veía muy bien la cara, pero es que yo, a aquella tipa, *la conocía*. No es que la hubiera visto en la tele, es que yo había hablado cara a cara con ella. Estuve mirando la foto durante unos segundos más y, de repente, como un resorte, se me abrió la boca de par en par

y solo atiné a decir:

— ¡Me cago en la sota de bastos, mira quién es! —grité, enseñándole la revista a Tere.

— A ver... ¡Hostia, esta no es...!

— ¡La misma! ¡Qué fuerte, qué fuerte!

Alicia nos miraba sin entender nada, así que se lo expliqué. La muchacha a la que Rafa metía mano entre dos coches era Lola, una compañera de trabajo de Tere y mía. Desde siempre sospeché que a ella le gustaba Rafa, no en plan romántico, sino en el plan en el que estaban en aquella portada. Lo que no podría haber sospechado ni en mil años es que Rafa fuera tan rematadamente gilipollas. La portada no dejaba lugar a dudas. “*Divorcio a la vista*”, ponía. El antetítulo aclaraba aún más. “*Rafa Fontes, marido de Natalia de Gea, pillado saliendo de una discoteca con una rubia desconocida*”. Estábamos estupefactas, porque aunque no me sorprendía de ninguna de las maneras que Rafa se metiese en esos jardines, hacerlo tan públicamente, en la calle... era demasiado hasta para él. Abrimos la revista y leímos el reportaje. Efectivamente, en él se confirmaba lo que Alba Carrillo me contó el día de la boda. Rafa había firmado un contrato prenupcial por el que, en caso de divorcio, no podría pedirle ni un céntimo a Natalia. Tampoco tenía derecho a ninguna propiedad inmobiliaria y tendría que devolver cualquier vehículo que estuviera utilizando y que fuera propiedad de la familia De Gea. Vamos, que se iba con una mano delante, y la otra detrás.

Por mucho tiempo que pase y por muchas vueltas que le dé, creo que nunca seré capaz de imaginarme qué tiene que haber dentro de la cabeza de Rafa. No conseguiré nunca entender qué te puede llevar a jugarte todo lo que tienes por un polvo de una noche. Porque vamos a ser claros, Rafa no se ha visto en su vida en otra igual: casado con una chica monísima, tremendamente forrada, que lo ha introducido en el mundo del famoseo, el papel cuché y las *celebrities*, con contactos en todo el panorama empresarial nacional... Y el tío va y se pone a meterle mano a una tía, que no es su mujer, en la puerta de una discoteca. Al final, está claro que el que nace lechón, muere cochino, que la gente no cambia, y si lo hacen, es a peor.

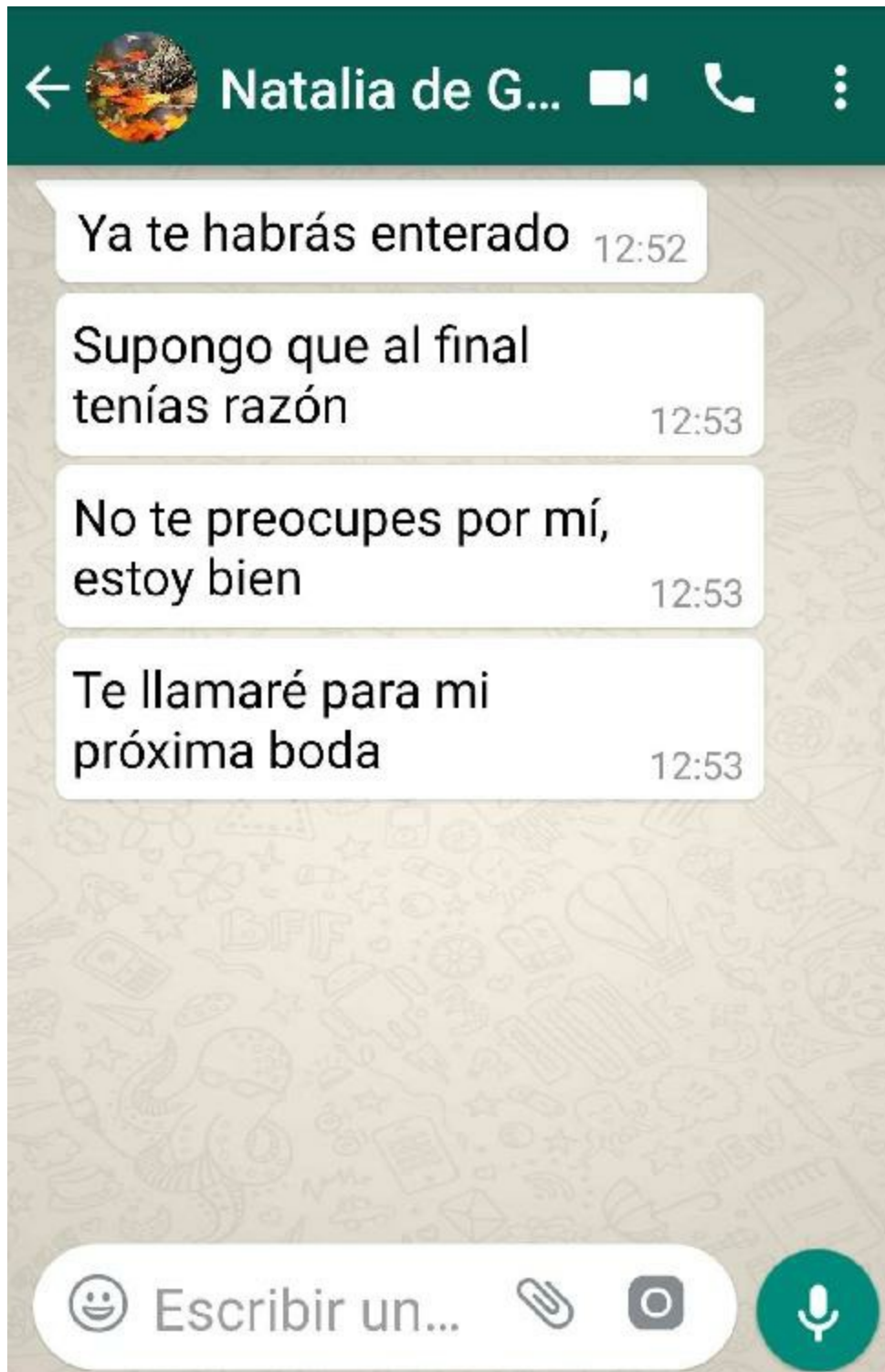
Por un momento estuve tentada de llamar a Natalia, pero me dije que no era procedente. A ver, Natalia no es mi amiga, es una clienta, y llamarla sería

una especie de *te lo dije* velado, así que decidí dejar las cosas como estaban y pasar del tema. Alicia y Tere seguían desgranando la revista, cuando sonó el timbre de la puerta. Era Virginia, que venía a comentar la jugada.

— Bueno, bueno, ayer ya lo dijeron en *Sálvame* que hoy iba a haber un bombazo, pero es tan fuerte, que no me lo creo. Este tío es gilipollas, ¿verdad? —la nueva faceta cotilla-vieja-del-visillo de Virginia no dejaba de sorprenderme.

— Siempre lo ha sido, solo que esta vez, la cagada ha sido portada de revista —dije yo.

Justo en aquel momento me sonó el móvil. Era un whatsapp de Natalia.



Sinceramente, creí ver en aquellos mensajes cierta pena, como si pudiera leer entre líneas un atisbo de tristeza, incluso de vergüenza. Se lo enseñé a las chicas, que para nada estuvieron de acuerdo conmigo. Según ellas, Natalia no era de las que se quedaba en casa llorando y borrando publicaciones de

Instagram, que es el nuevo “romper fotos”. ¿Os habéis parado a pensar en esto un momento? No sé si alguien recordará una canción de principios de los 2000, que decía algo como “*yo romperé tus fotos y quemaré tus cartas, para no verte más*”. Pues como quieran sacar una versión actualizada de la canción, van a tener que cambiar la letra por algo así como “*yo eliminaré tus post y borraré tus DMs, para bloquearte por siempre jamás*”. Así, tal cual, se lo estaba diciendo a estas, que me miraban como si estuviera loca.

— Esa, esta noche se va de discotecas con sus amigas *bloggers* y acabarán en algún reservado vaciando botellas de *Moët* —dijo Virginia, al tiempo que se sacaba una teta para dar el pecho a la niña.

— Desde luego, que menudo peso muerto te quitaste de encima cuando lo mandaste a la mierda—intervino Alicia.

— Yo en su momento se lo dije, que era lo mejor que podía haber hecho —apostilló Tere—. Si teniendo a la prensa pendiente de él, mira lo que ha hecho, qué no hubiera podido hacer siendo anónimo.

— Bueno, chicas, eso ya es agua pasada, capítulo cerrado. Y ahora disculpadme, que tengo que reservar restaurante para mañana, que es el cumpleaños de mi hermana.

— ¿Le vais a hacer una fiesta sorpresa? —preguntó Virginia.

— No, la sorpresa nos la va a dar ella a nosotros —dije yo, muy misteriosa.

Por supuesto, insistieron en saber a qué me refería, si es que tenía novio nuevo o algo por el estilo, pero yo había prometido guardar silencio y eso era lo que iba a hacer hasta que llegase el momento. Mi hermana había decidido volver a intentarlo con su marido e iba a dar la noticia en su cumpleaños.

A la mañana siguiente me levanté hasta nerviosa. Yo sabía lo que iba a pasar en la comida y estaba deseando ver la cara de mi padre, de Alicia... bueno, mentira, lo que estaba deseando era ver la cara de mi madre. Menos mal que tenemos el cupo sanitario cubierto en la familia, porque mi madre iba a necesitar un médico casi con total seguridad. Mientras que Gonzalo y yo desayunábamos, no pude evitar el tema de la semana, Rafa y sus movidas, que además, a juzgar por los whatsapp que estaba mandando Virginia a nuestro chat, venía con novedades.

— Anoche cuando llegué del gimnasio estabas frita —dijo mientras

se preparaba el café.

— Uf, sí, llegué a casa a las ocho y pico, me duché y me metí en la cama, estaba súper cansada.

— Yo que quería cotillear contigo... Qué fuerte lo de tu socio, ¿no?

— Ay, Gonzalo, en serio, no te pega nada ser tan *marujo*. Estás peor que Virginia.

— Hija, si es que es fuerte el tema. ¿Has hablado con *la heredera*?

— Ayer me mandó un whatsapp, que estaba bien y que ya nos veríamos en su próxima boda. Pero es que ahora están estas enviando capturas de pantalla, que la cosa se ha liado aún más.

— A ver, a ver —dijo, quitándose el móvil, el muy cotilla.

Por lo visto, o Virginia es bruja, o conoce muy bien a las *influencers*, porque tal y como ella había predicho, *la heredera* salió de juerga la noche antes, dándose la circunstancia de que debió beberse la mitad de la producción anual de whisky escocés y acabó enrollándose con un tal Tré DJ, conocido por haber sido el objeto del deseo de la hija de una conocida tonadillera. La mala suerte quiso que los indiscretos móviles immortalizaran el momento y *#natatredj* acabó siendo *trending topic*. Simultáneamente, en otra discoteca de Murcia, Rafa había montado en cólera al serle prohibida la entrada. Por lo que se comentaba, la influencia de Natalia no se limitaba a los trapitos, sino que abarcaba también discotecas y otros locales de ocio nocturno. El caso es que a una orden de ella, todos los garitos de moda de Murcia habían vetado la entrada a Rafa, cosa que no le sentó nada bien al susodicho, liándose a puñetazos con el portero que no le dejaba pasar. No seré yo la que se alegre de que le peguen a nadie, pero no os voy a negar que pensé “jódete”, mientras que leía el enlace a la noticia de la pelea, que Alicia había mandado al chat. No, no lo voy a negar, para qué, estaba notando un cosquilleo, un *gustirrinín* por dentro, de pensar que, por fin, alguien había puesto en su sitio a Rafa. Él, que toda la vida había pensado que se encontraba en un escalón por encima de mí y del resto de las mujeres, que se creía que podía hacer lo que le viniese en gana, había venido a dar con una que tenía más poder, más influencia y más huevos que él. Rafa, condenado al ostracismo y a la ignominia, siendo persona non grata en bares y discotecas. Ni más, ni menos. Chúpate esa, Rafael.

Terminamos de vestirnos y nos fuimos directos al restaurante donde

íbamos a celebrar el cumpleaños de mi hermana. Yo quería llegar pronto, porque había comprado unos globos y unas tontunas que quería poner en la mesa para decorar y, por supuestísimo, porque no me quería perder la cara de mi madre cuando viera aparecer a mi hermana con Andrés. Al principio, mi hermana había planeado dar la noticia en los postres y que entonces llegase Andrés, pero se lo quité de la cabeza. La idea de mi madre poniendo verde al que oficialmente todavía era el ex de mi hermana durante toda la comida y que él apareciera después era muy apetecible, pero me pareció jugar demasiados números a la lotería de que se liase parda.

A la una y media, tal y como habíamos quedado, llegaron mis padres, justo detrás de ellos, Alicia y George. Yo había quedado en mandar un whatsapp a mi hermana, que estaba esperando con Andrés y los niños en el coche, cuando estuviéramos todos y así lo hice. Y como dirían en esas publicaciones de Facebook que tanto odio, “lo que pasó a continuación, te sorprenderá”. Los niños entraron corriendo a saludar a mi madre, que cuando levantó la cabeza, se encontró con mi hermana y Andrés delante de ella.

— ¿Y este? —preguntó señalando a Andrés.

— Madre, frena —dije yo, que la veía desbocada.

— No, es que yo no entiendo nada. ¿Ahora somos una familia de esas modernas, de esas en las que el ex es amiguísimo? —se estaba poniendo roja.

— Susan... —mi padre la sujetó del brazo.

— Bueno, pues ya lo único que nos falta es que Andrés se eche una novia y traiga a cenar en Nochebuena —dijo poniendo los brazos en jarras.

— Madre, ya está bien. Andrés no se va a echar ninguna novia, más que nada porque hemos decidido estar juntos otra vez, te parezca a ti bien o no.

— *Oh my God... It can't be true...*

Tal y como se estaba viendo venir, y como yo venía vaticinando, a mi madre se le iba un color y le venía otro. Se abanicaba con una servilleta y nos miraba desconcertada, como si le estuviésemos gastando una broma. Mi hermana decía por lo bajini que cómo era posible que estuviera montando ese numerito, mi madre contestaba que cómo podía estar pasando esto. De repente,

empezó a hiperventilar, se tambaleó y le dio un vahído. Yo me acerqué corriendo a cogerla para que no se cayera al suelo, con tan mala suerte, que cayó justo encima de mí, doblándome un tobillo.

Capítulo 44

Futuro

Me quería morir del dolor. El pie se estaba hichando por momentos y no podía ni apoyarlo en el suelo. Gonzalo me cogió en brazos y nos fuimos al hospital, yo estaba convencida de que me había roto el tobillo, o un dedo, o algo, porque ese dolor no podía ser normal. Cuando llegamos, en Urgencias debían estar regalando algo, porque había más gente que en un concierto de los Rolling Stones. Al menos me trajeron una bolsa de hielo, pero me iba a morir del dolor.

Alicia me mantenía al tanto de lo que pasaba en el restaurante por whatsapp. Mi hermana le recriminaba a mi madre que hubiera montado ese pollo por algo que, en el fondo, era positivo. Mi madre le decía a mi hermana que ya era mayorcita para estar dando esos bandazos. Mi hermana le espetaba que era lo mejor que podía pasarle a sus hijos. Mi madre se carcajeaba y le decía que pobres niños, que los iban a volver locos. Mi hermana se había levantado de la silla y, señalando a mi madre con el dedo, bramaba que no se le ocurriera meter a sus hijos en la discusión. Mi padre amenazaba con irse y dejarlos a todos allí plantados. Andrés se había salido a fumar a la calle, intuía Alicia que por no pegarle fuego al restaurante con todos dentro. Mi hermano ponía en duda que Andrés estuviera bien de la cabeza, si de verdad quería formar parte de aquella familia de desquiciados, más cuando ya los conocía. Mi madre, hablando en inglés cosas que Alicia no supo entender. Casi me alegraba de haberme roto el pie, porque aquello tenía que ser un espectáculo.

— Espérate, que mi madre le acaba de tirar a mi hermana el regalo a la mesa —retransmití a Gonzalo.

— Vaya tela, Ada, tu madre está fatal —me hubiera enfadado, si no fuera porque es la verdad.

— Le ha comprado una cartera de *Louis Vuitton*, pero dice que la mire y se la devuelva, porque se la había comprado para que no estuviera

triste por su separación y que como ya no se separa, y no está triste, se la va a quedar ella, por el soponcio que le estamos dando.

— Pero vamos a ver, ¿qué problema tiene tu madre con que tu hermana no se separe? Yo que sé, yo la podría entender si hubiera venido con un chaval de veinte años a contarnos que se van a vivir a San Francisco, pero coño, es su marido, el padre de sus hijos...

— No, si ya, si no lo entiendes tú, no entiende ninguna persona que piense de manera racional. Pero mi madre es así, cuadrículada. Y lo peor es que lo que más le joroba es, con toda seguridad, contarle ahora a mis tíos y a sus amigos que mi hermana ha vuelto con Andrés.

— Pues sigo sin entenderlo.

— Ni lo intentes, no vaya a ser que al final lo acabes entendiendo y te vuelvas tan majara como ella.

Mi nombre sonó por megafonía, indicando que pasáramos a la consulta número cuatro. Le conté al enfermero lo que me había pasado, obviando por supuesto, el detalle de que mi madre se me había caído encima al enterarse de que mi hermana volvía con su exmarido. Me limité a decirle que había tropezado y me había doblado el tobillo. Como había que hacerme una radiografía preguntó si estaba o creía que podía estar embarazada.

— Como poder, podría ser, pero vamos... —ojalá.

— ¿Pero tienes alguna falta? —preguntó el enfermero.

— Aún no, tiene que venirme la regla en dos días —en realidad tenía que *no* venirme.

— Bueno, en principio no parece que lo tengas roto, pero si te parece hacemos una prueba de embarazo antes de hacer una radiografía. Aunque sea en el pie, más vale prevenir. Un segundito y te saco una muestra.

Desde que me sacó sangre, hasta que volvió con los resultados, transcurrió como una media hora. A mí el pie había dejado hasta de dolerme, no sé si por los mismos nervios, o porque al final no tenía nada. Nos volvieron a llamar por megafonía y entramos a la consulta. Se me iba a salir el corazón por la boca.

— Bueno, pues la radiografía no te la vamos a poder hacer, Ada, porque estás embarazada. Enhorabuena.

Miré a Gonzalo. Miré al enfermero. Volví a mirar a Gonzalo. Y solo me salió decir, *¿qué?* El enfermero volvió a repetir que la prueba de embarazo había salido positiva.

- Pero, *¿seguro?* —si había algún tipo de duda, que me lo dijera.
- Segurísimo.

Yo no sabía qué decir, ni cómo reaccionar. Tantos meses esperando este momento y ahora me había quedado sin palabras. Me quedé tan en shock, que me disponía a levantarme de la silla y salir de la consulta, cuando el enfermero me dijo que si me iba a ir sin que me viera el médico el tobillo.

- Perdona... ay, perdona, es que estoy flipando.
- *¿No te lo esperabas?* —preguntó el enfermero.
- Al contrario, llevaba meses esperándolo.

Al final no tenía nada en el pie. Un poco de hielo para que bajase la inflamación, unos días a reposo y listo. Llegamos a casa, me senté en el sofá, puse el pie en alto y me puse a llorar. Gonzalo se sentó a mi lado y me abrazó.

- *¿Qué te pasa?*
- Ay, Gonzalo, que estoy embarazada...
- Ya lo sé, mujer. *¿Y por eso lloras?*
- No, por eso, no. Es que...
- Estás nerviosa, *¿no?*
- Sí, pero no es eso —jolín, se supone que este tenía que ser el momento más feliz de mi vida y lo estaba convirtiendo en un drama, pero no podía parar.
- *¿Entonces?*

Lo que a mí me pasaba era, ni más ni menos, que llevaba meses esperando aquello. Meses nerviosa los días previos a que me bajase el periodo, soñando cómo sería el momento en el que el test saliese positivo, meses imaginando cómo Gonzalo y yo nos cogeríamos de la mano mientras mirábamos el test y cómo nos abrazaríamos cuando saliese la rayita. Meses llorando cada vez que desgraciadamente, me bajaba la regla. Y resulta que, al final, nos habíamos enterado de que nuestro hijo venía en camino porque mi madre se me había caído encima y me había doblado un tobillo. Es que no era justo, joder. Como

pude, entre lágrimas, se lo conté a Gonzalo, aunque en el fondo me daba un poco de vergüenza decírselo. Gonzalo se quedó mirándome durante unos segundos, quizá buscando la manera de decirme que era gilipollas. Finalmente, habló.

— Ada, ¿qué más da? En serio, ¿qué importa cómo nos hayamos enterado?

— Jolín, ya, pero es que yo quería que fuera todo perfecto...

— ¿Más? ¿Más perfecto que estar tú yo aquí juntos, esperando a nuestro hijo? ¿Qué más necesitas?

De repente, el cerebro me hizo “boom”. Algo, como un resorte, saltó dentro de mi cabeza. Pensé todo lo que había pasado en los últimos dos años de mi vida. Romper con Rafa, volver con Gonzalo, enterarme de que perdí mi oportunidad de volver mucho antes con él por culpa de Rafa, decidir casarme con Gonzalo, posponer mi boda, perder mi trabajo, poner en marcha una empresa, organizar la boda de mi ex, el lío de las fotos y el presunto pirateo de mi ordenador... También pensé en el accidente de Virginia, en lo que le podía haber pasado a su hija. E inevitablemente pensé en el bebé que perdimos, en que en aquella ocasión sí estuvimos esperando el resultado de la mano... y en cómo terminó todo.

— Tienes razón, no necesito más que lo que ya tengo. Y me da igual que no hayamos esperado el resultado del test cogidos de la mano, porque cuando quiero que me cojas la mano es dentro de nueve meses, cuando tengamos a nuestro hijo en brazos.

— No te la pienso soltar.

Lo cierto es que las cosas no se tienen que valorar por cómo empiezan, sino por cómo acaban. Gonzalo y yo habíamos empezado demasiado pronto y no era nuestro momento. Pero como mi madre me ha repetido mil veces, *everything happens for a reason*, todo pasa por algo. Lloré lo increíble cuando me despidieron de mi trabajo y me sacaron de una patada de mi zona de confort. Pero indudablemente, Two Little Monkeys & Co. no sería una realidad si hubiera seguido maquetando folletos y haciendo fotos a botes de champú. ¿Por qué perdimos el primer bebé? Aún seguía doliendo, pero quizá no fuera su momento, tal vez de haber seguido adelante el embarazo no hubiéramos podido expandir Two Little Monkeys & Co. a Madrid, Barcelona

y Sevilla, y no sería una de las empresas de organización de eventos de referencia en España.

Habían pasado muchas cosas en los dos últimos años, pero todo había merecido la pena, sin duda. Allí, a mí lado, en aquel sofá en el que hasta hace unos segundos lloraba por haberme enterado de que estaba embarazada de una forma tan rocambolesca, estaba sentado Gonzalo, mi Gonzalo, el Gonzalo que siempre había sido el *tú* de mi *nosotros*. Lo que le hacía perfecto, lo que de verdad hacía que hacía perfecto aquel *nosotros* era que, por fin, había conseguido encontrar la manera de decirlo en singular. Y nosotros, en singular, se dice Gonzalo y yo. Al menos hasta que nosotros, seamos tres.

Epílogo

Anne nació, como no podía ser de otra manera, en ese pedazo de cielo en la Tierra que es la primavera murciana. La llamamos Anne en homenaje a Anne Beatrix Willmot-Horton, quien inspiró a Lord Byron para escribir *She walks in beauty*, el poema que mi madre leyó en nuestra boda.

Unos meses antes vino al mundo mi sobrino, al que llamaron Fernando por su abuelo paterno, con el consiguiente disgusto de mi madre, que hubiera preferido un nombre inglés. Alicia y George ya planean darle un hermano o hermana y es que, mi sobrino, es adorable.

Virginia se reincorporó al trabajo después de un año de ser madre en exclusiva, desintoxicándose de los programas del corazón. Todavía tiene recaídas con *Sálvame Deluxe*. Cuando Miguel se queda durmiendo viendo Netflix, ella cambia de canal, pero lo negará ante un jurado.

Aún no hemos organizado la segunda boda de Natalia, aunque sí algunos eventos para *Clothingale*. A Natalia la vemos mucho... en las revistas del corazón, sobre todo. Cada semana le endosan un novio nuevo, pero todo es falso, salvo alguna cosa.

Rafa tuvo unos meses de gloria en la prensa del corazón, pero ya hace tiempo que anda de capa caída. Se le atribuyeron dos romances que, en el caso de ser ciertos, no entiendo cómo no le dio vergüenza que salieran a la luz. Ahora se rumorea que va a entrar en la próxima edición de Gran Hermano VIP, junto con gente tan insigne como Tamara la del *No cambié*, Leticia Sabater, Yola Berrocal o una *instagrammer* cutre famosa por etiquetar a firmas de lujo en fotos en las que saca bolsos de *plastiquete* y por tener en su canal de Youtube tropecientos vídeos sobre cómo se hace las ondas del pelo y sobre cómo organiza su *closet*.

Allegra y Andrés siguen felizmente casados. No llegaron a firmar los papeles del divorcio, así que no nos dieron el gusto de volver a casarse, con lo que nos gusta un sarao en mi familia. Mi sobrina Jimena y mi sobrino Toni

no tienen traumas conocidos por la separación y posterior reconciliación de sus padres. De hecho, no creemos que hayan sido conscientes de que tal cosa ha sucedido.

Mi padre por fin se ha jubilado. Con cuatro nietos en el mundo, pretende vivir su infancia en plenitud, y disfrutar con ellos del tiempo que no pudo pasar con nosotros cuando éramos pequeños. Sigue yendo al despacho una vez por semana, porque no se fía de los *individuos* que trabajan allí, a pesar que cuando ellos no le oyen, dice que son los mejores abogados de la Región. Ha intentado convencer a Allegra para que se haga cargo del despacho, pero no hay manera.

Mi madre sigue siendo mi madre. Con todo lo que ello conlleva. Opina que mi hermano y Alicia son unos irresponsables por querer tener otro hijo tan pronto, porque en el fondo sigue pensando que esa boda tan precipitada fue un error. Lo de mi hermana parece tenerlo superado, aunque todavía los tilda de inconscientes e inmaduros.

Y Gonzalo y yo... A día de hoy todavía me sorprende algunas mañanas cuando abro los ojos y lo veo en mi cama. A veces me apena haber pedido tantos años alejados el uno del otro, pero luego pienso que todo lo que pasa en la vida tiene una razón. ¿Alguna vez habéis estado en la playa de noche, frente al mar? Da miedo meterse al agua, ¿verdad? No sabes qué puede haber por debajo del agua, ni qué corrientes te pueden arrastrar, todo es oscuro y no aciertas a distinguir donde acaba el mar, donde empieza el cielo o si la costa más próxima queda muy lejos de la orilla en la que tú te encuentras. Pero al día siguiente, por la mañana, te colocas en el mismo sitio, y eres capaz de ver los peces que nadan cerca de tus pies, las algas que no quieres que te toquen, las zonas con rocas, incluso las medusas que debes evitar. Y ya no te da miedo meterte al agua, al contrario, te metes y disfrutas del baño. Tú eres la misma, el mar es el mismo, pero a tu alrededor hay luz y esa luz te hace que lo veas todo más claro. Gonzalo fue mi luz, mi sol, fue quien hizo que un mar oscuro e incierto, un mar aterrador, se convirtiera en un sitio en el que te apeteciera meterte, no porque ahora estuviese libre de peligros, sino porque ahora sí, sabes que eres capaz de afrontarlos, esquivarlos y evitarlos. Y es que, amigos, la vida no va de encontrar a alguien que te mantenga seguro, va de encontrar a alguien con quien no te dé miedo afrontar los peligros.

Por cierto, he vuelto a escuchar a Queen, gracias a Dios. No ha sido nada premeditado, ni mucho menos, pero hace unos días, me encontré a mí misma cantando a voz en grito *Don't stop me now*. Tiene narices, pero en este momento de mi vida, es la canción que mejor me define. Porque me siento viva, porque le he dado la vuelta a mi mundo, porque estoy en éxtasis de felicidad y porque nada puede pararme ahora. Ahí queda eso.

Agradecimiento a mis amigas de Instagram

No puedo irme sin agradecer a mi comunidad de Instagram todo el apoyo recibido durante el tiempo que he estado escribiendo esta novela. Sin ellas, hoy no tendrías *Nosotros, en singular, se dice tú y yo* entre las manos. A todas vosotras, que quisisteis leer esta novela incluso antes de que estuviera escrita, GRACIAS. Vosotras hacéis que las redes sociales valgan la pena.

@paulamgram

Si quieres saber cómo suena *Nosotros, en singular, se dice tú y yo*, no te

pierdas la lista de Spotify “Nosotros en singular”.

In loving memory of Aunt Ufo.